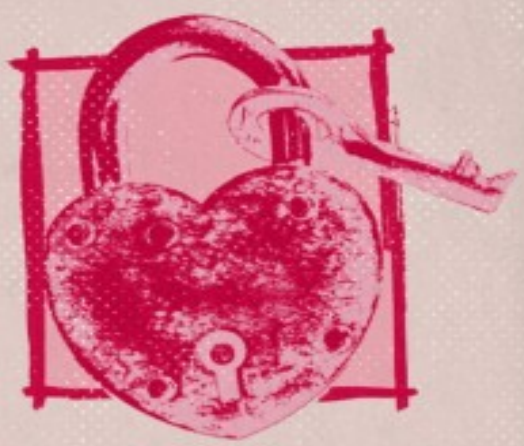
ROSE HILL: LIBRO 1

WILD LOVE

AMOR SALVAJE







LA AUTORA DE LA SERIE CHESTNUT SPRINGS

ELSIE SILVER

CONTRALUZ

ROSE HILL: LIBRO 1

WILD LOVE

AMOR SALVAJE

ELSIE SILVER

Traducido del inglés por Eva Pérez Muñoz

CONTRALUZ


EL UNIVERSO DE ELSIE SILVER
ALBERTA
COLUMBIA BRITÁNICA
Edmonton
Montañas Columbia
Montañas Purcell
Montañas Rocosas
Cordillera de las Cascadas
Calgary
Isla de Vancouver
Emerald Lake
Ruby Creek
Chestnut Springs
Blisswater Springs
Rose Hill
Vancouver
Victoria
SASKATCHEWAN
N
E
O
S

A mis lectores:

Me dejáis sin palabras cada día. Vuestro cariño, vuestro apoyo, vuestra ilusión… No sabéis lo afortunada que me siento de teneros ahí. Gracias por confiar en mí y acompañarme en este viaje hasta Rose Hill. Ojalá este lugar os enamore tanto como a mí.

Lo he dicho antes y lo repetiré hasta la saciedad: no hay lectores como los de Elsie. Sois los mejores del mundo.

¡Feliz lectura!

Un beso enorme,



Para todas las mujeres que han descubierto que conformarse no es suficiente. Y para todas las que aún estáis buscando algo más: lo que buscáis está ahí fuera. Lo encontraréis. Y, si no, no pasa nada. Siempre os quedará Ford Grant.

UNO
Ford

—Tío. *Forbes* te ha nombrado «el multimillonario más atractivo del mundo».

Weston Belmont, mi mejor amigo, lee el titular con un entusiasmo exagerado, solo para burlarse de mí, como si fuera un *stripper* a punto de salir al escenario.

No le hago caso y sigo sacando los productos de limpieza de la caja que tengo a mis pies.

—Ford —insiste, agitando la revista delante de mí—. Es una locura.

Alzo la vista hacia él y le lanzo la mirada más inexpresiva que soy capaz de poner. Está repantingado en una silla de respaldo alto, con las botas encima de mi escritorio, de cuyas suelas caen restos de tierra seca, añadiendo más suciedad al desastre que tengo montado aquí.

—Sí, una locura total.

Me doy la vuelta con los brazos en jarra y contemplo el viejo granero que va a convertirse en mi nuevo estudio de grabación y en la sede de mi productora musical. Lo llamo «granero», aunque en realidad es una estructura polvorienta y vacía, más parecida a una nave abandonada. Los agujeros con restos de óxido rojizo en el suelo me hacen pensar que, en otro tiempo, debió de haber establos aquí. Ahora es simplemente un espacio abierto, enorme y desordenado, con una pequeña zona de cocina junto a la entrada, separada de la zona principal por un pasillo largo y estrecho.

En cualquier caso, está a un paseo de la casa principal, en una parcela enorme e inclinada, justo en el límite de Rose Hill.

Y cuando abres las puertas del viejo granero, la vista es sencillamente espectacular.

El lago marca el límite inferior de la finca, y los pinos que la flanquean a ambos lados hacen que parezca un refugio privado. Las

afueras del pequeño pueblo de montaña están a solo cinco minutos en coche. Más allá, solo hay kilómetros y kilómetros de montañas en plena naturaleza canadiense.

El lugar es precioso, pero la propiedad está hecha un desastre. Aun así, tiene un potencial inmenso. Lo veo clarísimo. Casas de invitados para los artistas, muebles antiguos, el wifi que va y viene, nada de paparazis…

Rose Hill Records. Así he bautizado mi nuevo proyecto, en honor al pueblo del que he acabado enamorándome.

Produje un álbum que tuvo bastante éxito y desde entonces el gusanillo no ha parado de darme guerra. Estoy deseando repetir la experiencia. Por suerte para mí, hay un montón de artistas que quieren probar. Me entusiasma la idea de poder crear a diario. Escuchar música todos los días. Hacer que las canciones cobren vida.

Sobre todo aquí.

Rose Hill es el lugar perfecto para construir un hogar y levantar el negocio con el que siempre he soñado.

Un refugio propio en el que no necesito llevar traje ni rendir cuentas a accionistas que solo se preocupan por los beneficios. Y en el que tampoco tengo a los medios encima por haber sido nombrado «el multimillonario más atractivo del mundo», como si eso fuera el mayor logro al que uno pudiera aspirar.

—Aquí dice que te negaste a hacer declaraciones.

Si hubieran nombrado a West el multimillonario más atractivo del mundo, lo habría exprimido al máximo.

Yo, en cambio, preferí no hacer comentarios y me mudé a un pueblo pequeño para empezar una nueva aventura empresarial por mi cuenta. No soporto ser el centro de atención.

—Bueno —murmuro—, en realidad sí les dije algo antes de anunciar oficialmente que no iba a hacer ningún comentario.

West suelta un resoplido.

—Esto promete.

Se me contrae un músculo de la mejilla. Me conoce bien. Me conoce mejor que nadie.

—Les dije que apenas se me podía considerar multimillonario, y que eso solo significaba que era más atractivo que el resto de las dos mil quinientas personas de la lista. Que como solo querían escribir un artículo sobre el aspecto menos interesante de mi vida, no iba a hacer ninguna declaración, porque esa «hazaña» no lo merecía. Que el tío guapo y con dinero les decía: «No, gracias, que os den».

—Qué raro que no quisieran publicar semejante perla, Ford. Es incomprensible.

Me encojo de hombros e ignoro la pulla. Me siento incómodo hablando de dinero. He tenido más que de sobra toda la vida, y últimamente he pasado mucho tiempo rodeado de gente que hace que mi infancia parezca modesta. Nunca me ha parecido que la riqueza fuera una cualidad admirable. De hecho, creo que es justo lo contrario. Cuando tienes pasta, la gente te trata de forma distinta. Y si encima te obsesionas con tu propia fortuna, puedes llegar a convertirte en un auténtico gilipollas.

¿Por qué iba a querer alguien leer un artículo sobre lo rico que es un tío cualquiera?

Además, no me gusta ser el centro de atención. Me pone de mal humor, saca mi vena más sarcástica y, según me han dicho, doy la impresión de ser borde y poco dado a tratar con la gente. A mí me parece un poco exagerado. Yo más bien diría que soy directo, y que la gente se ofende con demasiada facilidad.

No tengo el encanto natural de West. Soy consciente de cómo me ve la gente, pero no es algo que me quite el sueño. Quien me conoce de verdad sabe cómo soy. Y los que no, pues allá ellos, no voy a perder ni un segundo de mi vida preocupándome por lo que opinen de mí personas que ni me van ni me vienen.

Me agacho, cojo el plumero y cruzo la estancia. Las suelas de mis botas retumban sobre el suelo de madera desgastado mientras me acerco a la vieja estufa de hierro fundido que hay en un rincón. El hueco está lleno de telarañas y restos de troncos a medio quemar. Me pregunto cuánto tiempo llevarán ahí, quién los puso, qué historia hay detrás. Si no resultaran tan molestos a la vista, los dejaría ahí.

La verdad, me siento como un pijo urbanita que ha venido aquí a invadirlo todo para dejarlo reluciente.

Podría pagar a alguien para que hiciera todo este trabajo sucio por mí, pero me da más pereza tener que buscar a una persona de confianza que limpiar yo mismo. Además, construir algo con tus propias manos tiene su encanto. Sí, tengo dinero, pero no necesito gastarlo cuando yo mismo puedo encargarme. Cuando tengo la ambición y las ganas de hacerlo.

Trabajo duro. Así es como acabé siendo el dueño de uno de los bares más concurridos y con mejor música en directo de Calgary. Así fue como acabé fundando una app de música en *streaming* que disparó mi cuenta bancaria a niveles indecentes. Mi padre tenía mucho dinero, muchos contactos y podría habérmelo dado todo hecho…, pero no lo hizo. Se empeñó en que mi hermana y yo aprendiéramos a valorar el dinero.

Pero ¿a qué atribuirán todos mis logros a partir de ahora?

Dinero. Contactos. Suerte. Y yo no creo en la suerte.

—¿Qué clase de foto es esta? —pregunta West desde el otro lado de la estancia, alzando la revista—. Parece que te estás escondiendo detrás del cuello subido de la chaqueta.

—Es que me estaba escondiendo.

—¿Por qué?

Ay, West. Su ceño fruncido y la cabeza ladeada lo delatan. Está perplejo. Para alguien como él, no tiene ningún sentido que yo no disfrute siendo el centro de atención. West es un tío imponente, divertido, todo un espectáculo andante… y me encanta. También tiene un corazón enorme y es más de fiar que nadie. Es alguien auténtico en un mundo lleno de farsantes. Me encontró leyendo junto al lago cuando éramos unos críos y empezó a hablarme como si me conociera de toda la vida. Y desde entonces, no ha dejado de hacerlo. Por muy distintos que seamos, algo entre nosotros encajó.

Y así llevamos veinte años.

—Porque no quería que me hicieran fotos. No me gusta.

—¿Y eso? ¿Necesitas que te diga lo guapo que eres?

Resoplo.

—Estaba yendo a tomar un café con mi hermana, no posando para una sesión de fotos.

Se ríe.

—Venga ya, ¿tanto te costaba sonreír?

—Sí. —Me quedo mirando la estufa, con el plumero en la mano, preguntándome cómo narices voy a hacer todo lo que tengo pendiente.

—Para limpiar esa estufa vas a necesitar una pala, no un plumero.

—Gracias, West. Qué suerte tengo de tenerte aquí para que me ilustres con tus aportaciones magistrales.

Suelta un suspiro exagerado.

—Va a ser como en los viejos tiempos. Tú y yo liándola.

—El que la liaba eras tú. Yo solo miraba.

—Me acuerdo de Rosie siguiéndonos a todas partes, solo para meterse contigo. Joder, qué orgulloso me sentía al ver cómo te hacía trizas.

Me tenso al oír el nombre de su hermana. «Rosalie». Hace diez años que no la veo, pero, aun así, se me agarrotan los hombros.

Me vuelvo hacia West.

—¿No había hecho un máster y tenía un trabajo estupendo en Vancouver?

Es algo que ya sé. A veces la busco por internet…, solo para asegurarme de que es feliz, por supuesto. West la menciona de vez en cuando, pero nunca entra en detalles. Todo son generalidades, actualizaciones superficiales. Lo que no deja de ser lógico. ¿Por qué iba a contarle a su mejor amigo la vida de su hermana pequeña, que se largó a vivir a la ciudad?

Es mejor no preguntar.

West hace un gesto con la mano como si, para él, el mayor mérito de Rosie en la vida hubiera sido pasarse la adolescencia lanzándome pullas.

—Aquellos veranos eran lo mejor. Me quedaba hecho polvo cada vez que te ibas a la ciudad a estudiar.

Sí, yo también odiaba regresar a la ciudad. A ese colegio lleno de críos que, a diferencia de West, me trataban como si fuera distinto. Volver a la presión de ser el hijo de uno de los guitarristas más

famosos del planeta. Rose Hill era mi refugio favorito de pequeño, y parece que sigue siéndolo ahora que tengo treinta y dos. Aquí el tiempo se detiene. Nadie te trata como si fueras rico o famoso, ni siquiera especial. Cada uno va a lo suyo. Debe de ser el aire de montaña, que les da a todos esa perspectiva que en la ciudad no se encuentra.

Pero mi conexión con este lugar va mucho más allá. Hay algo más profundo que tira de mí hacia aquí: sus recuerdos.

—Pues este año no vas a tener que ir llorando de esquina en esquina, West, porque me voy a quedar aquí un buen rato.

Tiro el plumero a la caja, asumiendo que quizá voy a tener que contratar a alguien si quiero dejar este sitio decente para empezar a grabar pronto. La casa principal ya está habitable (yo mismo la he reformado por completo este invierno), pero este edificio necesita mucho más trabajo.

—¡Sí, joder! Te voy a meter en mi equipo de bolos.

—No. Ni de coña. Dijiste que eso lo hacíais en la noche de padres, y yo no soy padre. —Doy una pequeña patada a lo que creía que era un insecto muerto, pero ahora estoy convencido de que son excrementos de ratón—. Bueno, salvo que cuente como padre de toda una manada de roedores.

—No creo que los ratones vayan en manadas.

—Llámalo como quieras, pero eso no me convierte en padre.

—Me da igual. En realidad solo somos Sebastian y yo, suponiendo que esté en el pueblo, ahora también tú…

—No, conmigo no cuentes.

—… y Clyde el Loco.

—¿Quién es Clyde el Loco? Ya no puedes ir llamando «loca» a la gente así como así.

—Es el tío que vive al otro lado de la montaña. Un ermitaño. Cree en todas las teorías conspiranoicas habidas y por haber. Sus historias son mis favoritas. Y él mismo se presenta como Clyde el Loco. Así que, si quieres, corrígele tú mismo.

Parpadeo. Esto ya roza el delirio.

—No voy a jugar a los bolos contigo, West.

Él resopla y hace un gesto despectivo con la mano.

—Eso dices ahora. Pero de crío también te negabas a participar en todas mis locuras, y luego siempre acababas viniendo, con ese flequillo de emo tapándote los ojos, subiéndote las gafas enormes por el puente de la nariz. —Esboza una sonrisa deslumbrante. El blanco de sus dientes contrasta con su barba de tres días—. Esa cara de pocos amigos y algún libro raro de poesía bajo el brazo.

No puedo evitar soltar una carcajada ante su certera descripción. Niego con la cabeza.

—Vete a la mierda, Belmont.

—Pero mírate ahora…

Lo apunto con el dedo.

—Ni se te ocurra decirlo.

Alza las manos y las mueve con un aspaviento, como si estuviera anunciando algo a lo grande.

—El multimillonario más atractivo del mundo.

—Te odio.

—Qué va. Me adoras. Soy el rayo de sol que ilumina tu mal genio.

Frunzo el ceño.

—¿Cómo dices?

—Es un tópico de las novelas románticas…

Un golpe en la puerta lo interrumpe. Ambos volvemos la cabeza hacia la puerta desvencijada y el pasillo estrecho que gira bruscamente hacia la pequeña cocina.

—¿Quién puede ser? —susurra West, como si estuviéramos metidos en un lío.

Puede que lo estemos. Llevo poco tiempo en el pueblo, reformando la casa principal, así que no tengo ni idea de quién puede ser. Mi hermana Willa entraría sin llamar. Mis padres me avisarían antes. Y mi mejor amigo está aquí, justo delante de mí.

La verdad es que no hay nadie más en mi vida que se preocupe lo suficiente por mí como para venir hasta aquí.

Soy de los que no dejan entrar a cualquiera en mi mundo. Mi círculo de confianza es reducido. Una de las mejores cosas de Rose Hill es que los paparazis no están dispuestos a pasarse horas conduciendo solo para ver si suena la flauta y consiguen una foto.

—Ni idea —respondo. Me encojo de hombros y West imita el gesto, abriendo los ojos como platos.

Otro golpe.

—Os oigo susurrar ahí dentro —dice una voz femenina que no reconozco desde el otro lado de la puerta.

Lo primero que pienso es en Rosie, pero es una voz demasiado joven para ser la suya. Así que, con un suspiro resignado, me acerco a la puerta y la abro de golpe.

Delante de mí hay una cría. Lleva unos vaqueros negros rotos, unas Converse negras y una camiseta enorme de Death From Above 1979 (uno de mis grupos favoritos) con varios agujeros hechos a propósito. Tiene el pelo negro azabache recogido en dos trenzas que le caen por los hombros con un flequillo recto. Luce una expresión de absoluto desinterés y el asa superior de una mochila JanSport le cuelga de los dedos.

No sabría decir cuántos años tiene. Pocos. Parece estar en esa edad rara y confusa que precede a la adolescencia. Lo sé por esa mirada apática y por el grano gigante en la barbilla. Se cruza de brazos y me recorre de arriba abajo con la mirada antes de volver a subir con parsimonia.

—¿Y tú quién eres? —No pretendo sonar borde, al fin y al cabo, es solo una niña.

Aprieta los labios y parpadea una vez, despacio.

—Tu hija, capullo.

Ahora el que parpadea a cámara lenta soy yo. Oigo la silla de West rodar por el suelo de madera y sus pasos firmes acercándose.

—¿Perdona? —He oído lo que ha dicho, pero mi cerebro se niega a procesarlo.

—Eres mi padre —insiste ella, poniendo los ojos en blanco—. Al menos desde el punto de vista biológico.

Pero eso es imposible. Completamente imposible. Me pongo a la defensiva. Es absurdo.

Solo ha hecho falta un puto artículo en *Forbes* sobre mi cuenta bancaria para que empiecen a salir las cucarachas. Esta historia la conozco de sobra. Casi me da la pena la niña. Es demasiado joven

para haber tramado esto ella sola. Seguro que alguien la ha empujado a hacerlo.

—Mira, como te llames, no sé qué estás buscando, aunque puedo imaginarlo. Pero te has equivocado de presa.

—Me llamo Cora Holland. Tú te llamas Ford Grant junior y eres mi padre biológico.

—Uf, mejor quita lo de «junior» —murmura West a mi espalda—. Lo odia.

Ni siquiera me molesto en mirarlo. Me limito a clavar la vista en esta mocosa insolente que me está soltando tremenda gilipollez a la cara. Eso sí, hay que reconocer que tiene agallas.

—Eso es imposible. Jamás me he tirado a Morticia Addams.

—Qué original, niñato enchufado. Nunca me han dicho eso antes. —Hurga en su mochila (negra, cómo no) y, con gesto ostentoso, saca un papel con un logotipo que reconozco al instante.

Es el de la empresa a la que mandé una muestra de ADN para poder hacer un árbol genealógico que le regalé a mi madre.

—¿Y por algún casual no te has tirado un vasito de cartón, una placa de Petri o un tubo estéril a cambio de unos cuantos dólares?

Siento cómo toda la sangre se me precipita a los pies mientras se me revuelve el estómago y la cabeza me da vueltas.

Porque sí. Sí lo hice.

West me da una palmada en el hombro y me lo aprieta con fuerza antes de pasar junto a mí y salir por la puerta.

—Bueno, pues… supongo que nos vemos en los bolos.

Y aquí me quedo.

Solo.

Mirando a una niña que probablemente sea mi hija biológica. Y sintiéndome como si, en vez del multimillonario más atractivo del mundo, me hubieran nombrado el padre más inútil del planeta.

DOS
Rosie

Sonrío a las personas reunidas en la sala de juntas.

Mi jefe.

El jefe de mi jefe.

Y el jefe del jefe de mi jefe.

Deseaba con todas mis fuerzas bordar esta presentación. Y creo que lo he conseguido. No, no lo creo, estoy segura. Aunque nadie lo diría a juzgar por las miradas vacías y los asentimientos distraídos. Tampoco esperaba que se levantaran a aplaudirme, pero un par de palmaditas en la espalda no me habrían venido nada mal.

En lugar de eso, lo que obtengo es una situación que roza lo incómodo.

—Y bueno… —Me aliso la falda de tubo con las manos; un gesto que delata lo nerviosa que estoy—. Esa es mi conclusión sobre la adquisición, según los datos que he recopilado.

Más miradas vacías de mierda.

—Así que…, mmm…, gracias por venir a mi TED Talk. —Me río de mi propia broma, aunque el sonido me sale agudo, desesperado, y hace que me encoja por dentro de vergüenza.

Miro de reojo a Faye, mi compañera favorita del equipo de Administración, que está tomando notas de la reunión. Aprieta los labios para contener la risa y me dedica un discreto pulgar hacia arriba.

Al menos Stan, el presidente de la empresa, y también mi jefe, se apiada de mí lo suficiente como para soltar una risita por lo bajo. Aunque se ríe de casi todo lo que digo. Luego se relame y clava la vista en mis tetas.

Así que recojo la pila de papeles de la mesa que tengo delante con una última sonrisa tensa y me apresuro a volver a mi sitio. En cuanto noto el respaldo firme de la silla, suelto un suspiro de alivio y por fin me relajo un poco.

Cuando alguien del departamento de Contabilidad empieza a hablar, Stan se inclina hacia mí. Seguro que va a quejarse de que comprar otra gravera nos va a costar un dineral, ignorando por completo el hecho de que también nos hará ganar mucho más.

—Has estado genial. Eres una chica muy lista.

Intento no poner cara de asco. «Una chica muy lista». Me entran ganas de vomitarle encima de esos pantalones beis tan caros, pero me trago las náuseas y fuerzo una sonrisa incómoda, como si de verdad me halagara su condescendencia.

—Gracias, Stan.

La reunión se eterniza en una sucesión monótona de gente hablando, hojas de cálculo en proyectores y yo intentando convencerme de que, tarde o temprano, este trabajo me va a encantar. Tengo demasiados préstamos estudiantiles como para permitirme pensar otra cosa.

«¡Sí, este es el mejor trabajo del mundo!».

Me lo repito en bucle, recordándome mi generoso sueldo y en lo adulta que me voy a sentir cuando salde todas mis deudas. Soy la persona con más estudios de toda mi familia. Trabajo en la ciudad. En una empresa de materiales de construcción que está entre las quinientas más potentes del país.

Lo que llaman vivir el sueño.

Cuando me quiero dar cuenta, la reunión ya ha terminado y casi todo el mundo ha abandonado la sala de juntas. Faye me ha susurrado «lo has clavado» antes de irse, pero yo sigo aquí. Soy la más nueva del equipo, así que me toca recoger después de la reunión.

Mientras ordeno la sala, Stan, que aún sigue sentado, me hace un gesto para que me acerque.

—Te necesito un momento, Rosie.

—Rosalie —lo corrijo. No me conoce lo bastante como para llamarme Rosie.

Se ríe por lo bajo, como si mi petición le hubiera hecho gracia.

«¡Stan es el mejor jefe del mundo!».

Si me lo digo lo suficiente, puede que al final me lo crea.

—¿Puedes enseñarme en este mapa cuál es la propiedad exacta de la que hablabas? —pregunta—. ¿La que limita con nuestra cantera actual?

—Sí, claro.

Cuando me sitúo a su lado, tiene abierta una imagen por satélite en el portátil tan alejada que ni siquiera se distingue en qué país estamos.

—¿Puedo? —pregunto, señalando el ratón. Él asiente y levanta las manos, echándose hacia atrás en la silla, pero sin apartarse.

Paso por alto el detalle y me inclino para mover el mapa y hacer *zoom* hasta dar con la propiedad en cuestión.

—Ahí —le indico justo en el momento exacto en que noto una mano posarse en la parte superior de mi culo.

Su mano.

Me quedo helada, estupefacta por el contacto y por la desfachatez absoluta que tiene este hombre. Podría fingir que solo me está rozando el coxis o poner cualquier otra excusa igual de absurda, pero lo siguiente que hace es deslizar su palma grande y ancha por la curva de mi trasero y mover los dedos hacia el centro. Cuando está a punto de apretármelo, me giro de golpe y me lo quito de encima de un manotazo.

Entonces tiene la cara dura de mirarme con ojitos de niño bueno, como si fuera inocente. Y eso es lo que más me cabrea.

Me hierve la sangre.

Paso de ser la Rosie simpática a la Rosie de «te voy a arrancar la cabeza». Al fin y al cabo, una no se cría siendo la única hermana de alguien como Weston Belmont sin aprender a sacar las uñas.

Me enderezo y suelto con voz helada:

—Stan, si quisiera que me tocaras, te lo habría dicho.

—Rosie…

—Pero como no es el caso, ahora tendré que informar a Recursos Humanos. Eres un cerdo.

Me mira atónito. No se esperaba esa respuesta. Tampoco que cogiera mis cosas sin miramientos y me fuera hecha una furia hacia la puerta.

Lo lógico sería que se disculpara, que me pidiera perdón, pero en su lugar dice:

—Los de Recursos Humanos ya se han ido. Tendrás que esperar a mañana.



—Tienes cara de cansado.

Ryan sale tambaleándose de nuestro dormitorio y me dedica una sonrisa bobalicona. Espero sentir ese torbellino de mariposas agitándose en mi estómago, pero no llega.

—Lo estoy —responde, antes de irse directo a la cafetera.

No tengo ni idea de dónde estuvo anoche. Cuando volví, después de quedarme hasta tarde en la oficina, dándole vueltas a mil cosas mientras terminaba el trabajo que tenía pendiente, el apartamento estaba vacío. Efectivamente, los de Recursos Humanos se habían ido ya; lo sé porque pasé por delante de sus despachos varias veces, algo que no hizo más que aumentar mi ansiedad.

Al llegar a casa, abrí una botella de vino y me quedé mirando la ciudad. Bajo el cielo negro, cubierto de nubes, y la incesante llovizna de la Costa Oeste, los coches se deslizaban por las calles mojadas de Vancouver con un murmullo suave que casi me resultó relajante. Después, cené un bol de palomitas y me puse a pensar en mi vida.

Muchas chicas en mi lugar se habrían preocupado por no saber dónde estaba su novio. Le habrían llenado el móvil de llamadas y mensajes, exigiendo saber dónde y con quién estaba. Pero yo no sentí esa necesidad.

Me gusta Ryan. Siempre me ha gustado. Desde aquel primer día en la clase de Finanzas del máster, cuando se dejó caer en la silla de al lado con esa sonrisa torcida y aniñada tan característica. A partir de ahí, todo fue rodado: primero fuimos amigos y compañeros de estudio, luego compañeros de piso y, después… algo más.

Y simplemente me quedé.

A veces me pregunto si no fue todo demasiado fácil. Pasamos de compartir piso a ser pareja de una forma tan obvia y natural que nunca me cuestioné nada. Y ahora, que volvemos a parecernos más a dos compañeros de piso, me descubro pensando en qué momento ocurrió y por qué no me di cuenta. ¿Lo habrá notado también el dulce y adorable Ryan o solo me pasa a mí?

¿El amor se va apagando poco a poco? ¿O simplemente te despiertas un día y lo tienes claro de repente?

—¿Qué hiciste anoche? —pregunto—. Ni siquiera te oí llegar.

Se sienta en un taburete de la isla de la cocina de nuestro moderno apartamento de dos habitaciones.

—Sí. Volví sobre las tres y estabas frita. Unos peces gordos de la central nos invitaron a tomar unas cervezas después del trabajo y, ya sabes, una cosa llevó a la otra.

Suelta una sonrisa afable y me revuelve el pelo. Hay días en los que eso podría parecerme tierno, pero después de lo que viví ayer, me resulta… paternalista.

Le devuelvo una sonrisa forzada y me aliso el pelo. Ryan es un buen tío. Me lo recuerdo una y otra vez, incluso en los detalles más pequeños. Y luego me siento culpable porque esas tonterías empiecen a molestarme, y más culpable aún por lo que esa irritación pueda estar revelando.

Es como un *golden retriever:* alegre, tranquilo, despreocupado. Y, a veces, cuando me babea sin querer o me llena de pelos la camiseta negra, como un perro grande y feliz, me entran ganas de chillarle. Pero, como sé que lo hace con buena intención, me contengo.

Prefiero ignorarlo, porque tenemos una vida demasiado ajetreada como para preocuparme por eso ahora mismo. Se supone que Ryan es todo lo que debería desear, y no estoy dispuesta a tirar por la borda una relación de años con un buen hombre solo porque estoy estresada y al límite.

Sería una locura. Podría ser solo una fase. Podría arrepentirme. Siempre he sido la hija responsable. No tomo decisiones a la ligera.

—Qué bien —comento sin el menor entusiasmo. Porque un grupo de compañeros de una petrolera saliendo de juerga por la ciudad no

me resulta mucho más apetecible que un grupo de obreros de la construcción haciendo exactamente lo mismo.

Cualquiera de las dos opciones parece la ocasión perfecta para que acaben metiéndote mano.

Me arden las mejillas al recordar la sensación de la mano de Stan sobre mi culo. Estaba convencida de que, si algún día me pasaba algo así, sería capaz de no darle importancia, que no me afectaría tanto. Cuando viajo en el SkyTrain, el metro de Vancouver, la gente me roza continuamente. Pero con él lo que importó fue la intención, la dirección que tomó su mano.

Fue completamente invasivo. Y anoche me quedé despierta durante horas, dándole vueltas al asunto y recordando su aliento entrecortado justo detrás de mí cuando me clavó los dedos.

Ese pequeño jadeo fue lo que me hizo reaccionar.

Un jadeo que sigue repitiéndose en mi cabeza. Que me pone la piel de gallina. Que me hace no querer volver a poner un pie en la oficina. Quizá no debería afectarme tanto, pero lo hace. Y no sé en quién confiar lo suficiente como para contárselo. Podría decírselo a West, pero tengo muy clara cuál sería su reacción, y no quiero que acabe en la cárcel.

Así que me decido por Ryan. El bueno, dulce y confiable Ryan.

—Me gustaría saber tu opinión sobre algo.

Deja de estar pendiente del móvil y me mira con esa expresión serena que parece querer tranquilizarme.

—Claro, cariño. Dime.

—Ayer, al final de esa presentación tan importante para la que he estado preparándome tanto tiempo… ¿Sabes a cuál me refiero?

Vuelve a mirar el móvil, pero asiente.

—Sí, claro. Llevas una semana entera paseándote de un lado a otro y recitándola en voz baja. Seguro que lo has hecho de maravilla.

—Sí, esa. Salió bien, pero… —Me retuerzo los dedos en el regazo, olvidándome de la taza de té abandonada en la encimera. Lo miro, intentando reunir el valor para soltarlo. Pero a él solo parece interesarle un vídeo de un mapache en una bañera con espuma—. Al

final de la reunión, estaba enseñándole algo a mi jefe, Stan, y me tocó. Bueno, me agarró el culo.

Se me cierra la garganta cuando lo veo levantar la cabeza de golpe.

—Hostia. —Es lo primero que suelta. Pero lo dice con un matiz de diversión, como si fuera algo gracioso.

—Sí. Hostia.

Ryan se incorpora al notar mi tono seco y me mira preocupado. Ya era hora.

—¿Crees que lo hizo adrede? ¿Que quería hacerlo?

Que eso sea lo primero que se le ocurra preguntar hace que me escueza el puente de la nariz, con esa punzada incómoda que precede a las lágrimas.

—Sí. Lo hizo completamente adrede.

—Mierda. ¿Estás bien? —Deja el teléfono a un lado y por fin me dedica toda su atención. Ojalá no lo hiciera. Creía que quería que me mirara, pero ahora, esa mirada fija me pone todavía más nerviosa. Me resultaba más fácil contárselo cuando no me estaba observando así.

Asiento con firmeza, como si estuviera absolutamente segura de que estoy bien, aunque en realidad no lo tengo nada claro.

—Le dije que iba a informar a Recursos Humanos, pero ya se habían ido. Así que ahora estoy intentando mentalizarme para hacerlo hoy.

Resopla con fuerza, se remueve en su asiento y me pone una mano en la pierna antes de soltar el peor comentario que ha salido nunca de su boca:

—Joder, Rosie. Lo siento. Sé lo importante que es este trabajo para ti. ¿No crees que sería mejor hacer como si no hubiera pasado? Las grandes corporaciones… —me acaricia el muslo antes de darme un apretón, y yo me aparto— hacen lo que sea por evitar los escándalos. Tú eres relativamente nueva en el puesto. Me fastidiaría mucho que esto te pasara factura.

Me quedo muda de asombro. Parpadeo, mirando al hombre con el que convivo desde hace dos años con una mezcla de furia y desolación en el pecho.

Muevo la boca y el cuerpo, aunque no en consonancia con lo que siento por dentro.

—Sí. Claro. No quiero que esto me pase factura.

Asiento mientras le doy una palmadita en la mano, que sigue sobre mi pierna. Ya no sé si es él el que intenta tranquilizarme o yo a él.

Lo único que sé es que esta no es la reacción que esperaba de Ryan.

Por eso le aparto la mano de mi cuerpo.

—Me alegra que estemos de acuerdo en esto. Si yo fuera tú, seguiría con mi trabajo como si nada.

«Si yo fuera tú».

—Ajá. —Es lo único que consigo murmurar mientras me echo un poco hacia atrás.

—Lo sé, cariño. Lo sé. —Intenta darme un apretón en el hombro para calmarme, pero solo consigue que me invada una sensación de rechazo. No quiero que me toque—. Cuando lleves tanto tiempo en el sector como yo, aprenderás que, a veces, hay que pasar por alto algunas cosas si quieres triunfar.

Resoplo y me digo mentalmente que, a partir de ahora, tendré que hacer la vista gorda a futuros acosos sexuales. Un consejo especialmente irritante viniendo de alguien que estuvo fuera toda la noche, comiendo y bebiendo a costa de los mandamases de su empresa. Sé que Ryan me lo ha dicho con buena intención, que quiere ayudar, pero lo único que ha conseguido es que me entren unas ganas tremendas de darle un puñetazo en la cara.

Pero la Rosie Belmont educada y profesional, orgullosa de su título en Administración y Dirección de Empresas, no va por ahí pegando a la gente, así que me trago el cabreo y mascullo un «gracias» antes de darme la vuelta.

La diferencia entre lo que yo siento frente a lo ocurrido y cómo lo ha entendido él me hiere en lo más hondo, pero no pienso desquitarme con Ryan ahora. No puedo permitirme perder el control.

Aun así, me duele ver que ni siquiera parece molesto.

No esperaba que fuera a la oficina y le partiera la cara a Stan, pero mentiría si dijera que no me habría gustado. Me habría bastado

con sentir que el hombre con el que comparto mi vida se pusiera de mi lado. Que saliera a defender mi honor (sí, ya sé que suena anticuado). No sé…, un ápice de furia, una mínima señal de que le preocupa mi seguridad, de que le indigna la injusticia de todo esto.

Joder, hasta me habría conformado con un simple abrazo.

Pero no he tenido nada de eso.

Más tarde, cuando me dispongo a salir de casa esa mañana, Ryan me hace un gesto con el pulgar hacia arriba desde detrás de la mampara de la ducha.

—¡A por ellos, tigresa!

Me paso todo el trayecto en metro hasta el trabajo con náuseas.

Empiezo a temblar en el ascensor, mientras subo a nuestra planta.

Mantengo la vista baja, sabiendo que, si consigo llegar a la privacidad de mi diminuto despacho, podré recomponerme a puerta cerrada.

Pero cuando estoy a punto de llegar, me intercepta Linda, de Recursos Humanos, con una expresión de disculpa en la cara antes incluso de decir nada.

—Buenos días, Rosalie. Cuando dejes tus cosas, ¿puedes venir a mi despacho?

—Sí, por supuesto —respondo con un hilo de voz, asintiendo.

Ambas intercambiamos una sonrisa forzada. Sin embargo, en cuanto me doy la vuelta, noto cómo una lágrima gruesa me cae por la mejilla. Porque sé perfectamente lo que viene a continuación.

TRES
Ford

Cora y yo llevamos una hora sentados en los escalones del granero destartalado, repasando los resultados del test de ADN Kindred. Mientras yo he estado buscando en internet opiniones fiables sobre su precisión, ella se ha quedado esperando a mi lado en silencio. La he visto poner los ojos en blanco cada vez que escribía la misma pregunta con distintas palabras.

En mi defensa diré que no es lo mismo preguntar «¿Qué grado de precisión tiene el test Kindred?» que «¿Se equivoca alguna vez el test Kindred?».

—¿Entonces estás segura de que soy tu padre biológico? —La pregunta me suena absurda hasta a mí, pero me está costando asimilar la noticia.

—Sí —responde Cora, jugueteando con los cordones de sus zapatillas. Me fijo en los garabatos que ha dibujado con rotulador negro en las punteras blancas. Yo también solía hacer eso—. Hace poco me enteré de que mis padres recurrieron a una donación de esperma. Eso es lo que nos conecta.

¿Debería abrazarla o hacer algo parecido? Sería un poco raro, teniendo en cuenta que no la conozco, así que decido seguir preguntando.

—¿Y tú…? ¿Eh…? —Me paso la mano por el pelo, frustrado por no encontrar las palabras—. ¿Tienes un lugar donde vivir?

Suelta un suspiro tan exagerado, tan cargado de fastidio, que se me escapa una sonrisa. Me recuerda a mi hermana, Willa.

—Así que decidiste buscarme…

—Sí, y te he encontrado. Tu nombre salió en las noticias por tu nueva productora y todo ese rollo. Y ya sabes, a los críos de ahora se nos da bastante bien movernos por internet.

—Ya, es que… Lo siento. Me está costando asimilar esto. No esperaba… Bueno, no te esperaba a ti.

Recorre con las uñas pintadas de negro y descascarilladas la goma llena de garabatos de sus zapatillas.

—Donaste esperma. ¿Qué esperabas?

—Salir de ese edificio con los cien dólares que necesitaba en el bolsillo.

Entre nosotros se instala un silencio incómodo. Y también me invade la culpa. Tengo que controlarme. No puedo comportarme como un imbécil con una niña.

—Tenía diecinueve años. No pensé en las consecuencias. Nunca se me ocurrió que podría haber un hijo mío por ahí.

Resopla.

—¿Así que te olvidaste de que habías donado esperma?

Me encojo de hombros, con los codos apoyados en las rodillas.

—Más o menos —murmuro antes de lanzar una mirada rápida en su dirección—. Lo siento.

Vuelve a poner los ojos en blanco, pero curva la comisura de la boca un instante.

—Está bien. Pensaba que eras rico o algo así. Tu padre es una estrella del rock. ¿Por qué necesitabas cien dólares?

Suelto una carcajada breve que me vibra en el pecho y bajo la cabeza.

—Me moría de ganas de ver a Rage Against the Machine en su gira de regreso. Pero mi padre, por muy rico y famoso que fuera, nunca financió mi estilo de vida ni el de mi hermana. Era muy de enseñarnos a ganarnos las cosas por nosotros mismos, para que no fuéramos los típicos niños ricos de papá. En ese momento, acababa de empezar la universidad y estaba sin blanca. La matrícula estaba pagada, pero trabajaba en un bar para poder costearme el alquiler y comer. —Niego con la cabeza al recordar aquella conversación con él—. No quiso prestarme los cien dólares para las entradas. Me dijo que la gente trabajadora aprende a priorizar lo que es necesario a lo que no y que, a veces, hay que renunciar a los caprichos.

Cora reprime una sonrisa y aparta la vista.

—Vaya. Menudo zasca le diste, ¿eh?

No respondo a eso porque, de repente, me doy cuenta de que voy a tener que contarles a mis padres lo de Cora. ¿O no? No sé ni

por qué está aquí ni qué quiere.

—Es casi como si Zack de la Rocha hubiera tenido algo que ver en mi concepción. ¡Mola! Además, no han vuelto a hacer una gira desde entonces, así que, ¿quién podría culparte? Sí, está claro que fue una buena inversión.

No puedo evitarlo y suelto una carcajada.

—Me gusta tu lógica.

Cora sonríe, aunque es una sonrisa triste. Me ha dicho que tiene doce años, pero parece mayor. Da la impresión de ser demasiado madura, de tener un cansancio del mundo impropio para una niña de su edad.

—Está bien, vamos a suponer que soy tu padre biológico de verdad —digo con la voz un poco áspera—. ¿Qué te ha traído a mi casa?

—¿Qué casa? Esto parece un vertedero —masculla con fastidio.

Me giro para confirmar que, efectivamente, el granero es lo menos parecido a una casa que te puedas encontrar.

—En realidad, la casa está ahí. —Señalo la vivienda de estilo rústico recién reformada. Sencilla, pero con encanto.

En cuanto al granero, necesita mucho trabajo. Aunque sé que merecerá la pena. Las vistas al lago, el olor a pino en el ambiente… Se nota que la primavera ya está cerca. En cuanto todo se ponga verde, este lugar va a ser espectacular.

—Mi padre ha muerto.

Esa frase me deja helado. Veo cómo sigue jugueteando con los dedos, mirando al suelo. Me quedo quieto, observándola.

—Te acompaño en el sentimiento. —¡Dios!, qué frase más absurda. Esta niña ha perdido a su padre y yo le suelto la típica condolencia de manual.

Pero a ella no parece importarle. De hecho, vuelve a encogerse de hombros. Por lo visto, es su gesto habitual.

—Estuvo enfermo mucho tiempo. Tenía ELA, así que ya sabíamos lo que iba a pasar. No fue ninguna sorpresa.

Trago saliva con dificultad. Decido dejarla hablar. Esto no va sobre mí.

—Mi madre… —Suelta un suspiro que hace que su pecho suba y baje como si llevara el mundo entero a cuestas—. Mi madre no lo está llevando bien. Eran novios desde el instituto, aunque me tuvieron de mayores. Tuvieron problemas para concebir y todo ese rollo. Y no tenemos a nadie que nos ayude.

Noto una opresión en el pecho, como si alguien me estuviera pisando con una bota y cada vez cargara más peso sobre mis pulmones. Intento mantener la respiración estable, pero apenas lo consigo, aunque Cora no parece darse cuenta.

—Creo que necesita irse a vivir a algún sitio donde… puedan ayudarla. —Ladea la cabeza y noto cómo sopesa sus siguientes palabras—. He estado investigando un poco y estoy bastante segura de que tiene depresión clínica. Una de las gordas. Así que me he puesto a buscar distintos lugares para ella. Ya sabes, algún centro especializado donde pueda ingresar para que la traten. Hay varios. Lo he hablado con una orientadora del instituto, y me ha dicho que, al ser menor de edad, lo más probable es que acabe en el sistema de acogida, a no ser que consiga un acogimiento familiar. De momento, me está haciendo un favor enorme al no haber llamado todavía a los servicios sociales.

Ahora soy yo quien baja la cabeza y me pongo a trazar líneas invisibles en la punta de mis botas solo para tener algo que hacer con las manos. Me pregunto qué imagen estaremos dando, sentados el uno al lado del otro, imitando nuestros gestos sin querer.

—Por lo visto, eres mi único pariente vivo. Bueno, además de mi madre.

«Mierda».

—¿No tienes ni tíos ni abuelos? ¿Alguien a quien conozcas mejor que a mí?

Oigo cómo sorbe por la nariz, y yo tengo la delicadeza de no mirarla. No la conozco, pero tengo la sensación de que es de ese tipo de personas a las que no les gusta que las miren mientras lloran.

A mí tampoco me gusta. Debe de ser genético.

—No. Mis padres eran hijos únicos. Y mis abuelos murieron.

—Vale. —Asiento, sin apartar los ojos de nuestros pies—. Vale.

—¿Vale qué?

—Vale que voy a llevarte a casa. Y puede que también hable con tu madre.

La veo girarse y mirarme por el rabillo del ojo.

—¿Así, sin más?

Me enderezo y me apoyo en los escalones desvencijados detrás de mí. Por dentro estoy teniendo un ataque de pánico. No estoy preparado para esto. Ni siquiera sé lo que implica exactamente eso del acogimiento familiar. Qué supone, qué requisitos hay. Pero si soy el único que puede evitar que esta cría termine en el sistema de acogida, joder, ¿cómo voy a dormir tranquilo si le digo que no? En el fondo, soy todo un blando.

—Sí. Así, sin más.

Tiene doce años. No necesita preocuparse por los detalles. Eso es cosa de adultos. De mi abogada, Belinda, que me va a matar cuando se entere.

Ya me la imagino, con esa voz áspera que suena como si se fumara un paquete de tabaco al día, soltándome un sermón por ser siempre un cabrón insensible y elegir los momentos más inoportunos para sacar mi lado tierno.

Y no le faltará razón.

Me levanto, cierro la puerta del «vertedero» y me dirijo a grandes zancadas hacia mi Mercedes G-Wagon.

—Vamos, enana —le digo, agitando una mano por encima del hombro—. ¿Necesitas ir al baño? ¿Tienes hambre? Podemos pillar una hamburguesa de camino.

Necesito moverme. Ponerme en marcha. Meterme de lleno en esto para no pararme a pensarlo demasiado y empezar a buscar excusas para no hacerlo.

Porque, en el fondo, sé que, aunque parezca una locura, esto es lo correcto. Me fío de mi instinto.

Cora no tarda en seguirme. Se sube al asiento del copiloto y noto cómo me observa. Debe de estar intentando entender cómo he pasado de compararla con Miércoles Addams a… lo que sea que estoy haciendo ahora.

—Jamás le diría que no a una hamburguesa.

Mientras me palpo los bolsillos en busca de la cartera, le pregunto:

—¿Eres lo bastante alta como para ir delante?

—Tengo doce años.

Suelto un suspiro y pulso el botón de arranque. El zumbido del motor del todoterreno llena el silencio de la cabina.

—Hoy en día parece que los críos van en sillita hasta que tienen la edad de beber. Solo quiero ser precavido.

Resopla y se abrocha el cinturón con un clic. Me sorprendo mirándola de perfil, buscando rasgos míos en ella. El sarcasmo, seguro. Tal vez el buen gusto musical. Los cordones negros. Incluso esas cejas marcadas que le dan aire de estar siempre enfadada.

Recorremos el trayecto hasta la salida de la finca en silencio. Y hasta que no llegamos al final del largo camino flanqueado por árboles, no me doy cuenta de que no tengo ni idea de a dónde vamos.

—Espera. ¿Dónde vives?

Baja la mirada, ocultándose tras una mueca.

—En Calgary.

—Eso está… a más de tres horas de aquí.

Se muerde el interior de la mejilla y me mira de reojo.

—Ya. Lo siento.

—¿Cómo has venido hasta aquí? —El intermitente sigue puesto, pero aún no he girado.

—En autobús. He tardado toda la noche con las paradas.

—¿Tu madre te ha dejado venir sola en un autobús nocturno?

Gira la cabeza hacia la ventanilla.

—Creo que estaba dormida cuando me fui y todavía no se habrá levantado de la cama.



Nos detenemos frente a una típica casa familiar de dos plantas en una calle llena de viviendas similares. Al final de la manzana, se ve

un colegio. Junto a la acera, hay una portería de hockey con varios palos y guantes apilados encima, como si los chavales que estaban jugando se hubieran ido a comer a mitad del partido.

Parece un barrio residencial cualquiera, de esos con caminos de entrada bien cuidados y coches de gama media.

Lo único que desentona en la fachada de la casa de Cora es el césped. Está cortado como en las demás, pero las líneas no son del todo rectas. Comparada con las casas vecinas, se ve algo descuidada. Las cortinas medio corridas en pleno mediodía hacen que parezca que los dueños se han ido de vacaciones.

Aunque sé que ese no es el caso.

Cora se baja del coche de un salto y cierra la puerta con más fuerza de la necesaria. Después, camina con paso firme hacia la entrada. La sigo, echando un vistazo alrededor para comprobar si alguien nos observa. Aparecer aquí con una hija que no sabía que tenía, en una casa en la que nunca he estado, para conocer a una mujer que… ¿usó mi esperma?… es surrealista.

Me paso una mano por la barba mientras me acerco a la puerta.

—Perdona el desorden —masculla Cora. Pulsa un código en el teclado y entra.

Desde luego, no hablaba por hablar. Me detengo en la entrada y contemplo el interior de la casa de concepto abierto. Puede que mi oficina esté hecha un desastre, pero esta casa parece una cueva oscura, sin airear. La tele está encendida en un canal de noticias, con el volumen lo bastante alto como para oír al presentador murmurar algo mientras los titulares corren por la parte inferior de la pantalla. La cocina pide a gritos una buena limpieza: hay una caja de pizza sobre la encimera abarrotada de cosas, un cartón de leche abierto al lado y el fregadero está atestado de platos sucios.

Todavía no huele mal, pero sí a cerrado.

—Ponte cómodo —dice Cora—. Voy a buscar a mi madre.

Y entonces desaparece por la esquina, con las zapatillas todavía puestas, subiendo a toda prisa las escaleras.

Me quedo de pie, incómodo, en la entrada. No sé cómo ponerme cómodo aquí. Lo que me gustaría es abrir las ventanas y ponerme a limpiar, pero eso sería pasarse de la raya.

Es curioso cómo ser el «multimillonario más atractivo del mundo» no te sirve de nada para algo como esto. Siempre supe que era un reconocimiento de lo más absurdo, y ahora tengo la prueba. Cora no se ha mostrado muy comunicativa durante el trayecto. Cada vez que le he preguntado por su madre, se ha limitado a mirar por la ventanilla y a murmurar la respuesta más escueta posible. Tengo la sensación de que intenta protegerla y, a la vez, protegerme a mí también a su manera. Como si evitara hablar del tema.

Y lo entiendo, porque yo hago lo mismo. Pero esta vez, esta táctica me ha metido de lleno en una situación que puede derivar en cualquier cosa. Puede estallar por completo y salir muy mal.

Saco el móvil para mirar la hora. Diez minutos después, vuelvo a mirar.

Entonces oigo murmullos y los pasos de dos personas y, antes de darme cuenta, estoy frente a una mujer que parece tener cincuenta y muchos. No debe ser mucho más joven que mi madre. Pero ahí se acaban las similitudes. Si creía que Cora parecía cansada, a esta mujer se la ve deshecha.

Se acerca con expresión ausente, forzando una sonrisa mientras levanta una mano flácida para estrechar la mía.

—Hola, soy Marilyn.

—Hola, Marilyn. Yo soy Ford —respondo en voz baja, fijándome en su ropa holgada, el pelo revuelto y las marcas de la almohada en las mejillas. Acabo de mirar el reloj: falta poco para las dos de la tarde; una hora poco habitual para estar durmiendo, y menos un martes.

Ahora que lo pienso, Cora debería estar en clase.

—Encantado de conocerte —añado, retrocediendo.

Ella asiente y esboza otra sonrisa. Esta vez temblorosa. Va a juego con su voz quebrada y la lágrima que le resbala por la mejilla. Y también con lo que dice a continuación:

—Cora me ha dicho que has venido a ayudarnos.

Con solo ver la expresión protectora de Cora, aferrada a la mano flácida de su madre, sé que he tomado un camino del que ya no hay vuelta atrás. A estas alturas de mi vida, tendría que haber aprendido

a blindarme mejor. Pero aún no lo he hecho, porque si algo tengo claro es que estoy demasiado metido en esto como para largarme.

—Sí, Marilyn. Quiero ayudaros. En todo lo que pueda.

CUATRO
Rosie

Me paso los dientes por el labio inferior, como una púa rasgando la cuerda de una guitarra. Aprieto el volante con fuerza con la vista clavada en la casa de mi hermano, que también fue nuestro hogar de la infancia.

Después de dos semanas de deambular sin rumbo, sin trabajo y rebosando autocompasión, estoy oficialmente de vuelta en Rose Hill, el pueblo donde crecí. Un lugar al que apenas vengo y que no sabía lo mucho que echaba de menos hasta que he necesitado volver para sentir la seguridad de estar de nuevo en casa, mientras me lamo las heridas y trato de averiguar qué hacer con mi vida.

Acabo de subir con el coche por el mismo camino empinado de grava por el que me caí cuando era pequeña. Me raspé las rodillas y llené de sangre mis flamantes zapatillas blancas. Mientras mi hermano me lavaba con la manguera como si fuera un caballo, lloré desconsolada como si fuera el fin del mundo. Ahora, sin embargo, me río al recordarlo.

Me hace gracia que un momento que en su día me pareció horrible haya acabado sacándome una sonrisa.

Miro hacia la granja, situada en el extremo oeste del pueblo. Por encima de la propiedad se alzan unas paredes de roca que separan nuestras tierras de la autopista. Esa vía principal se abrió a golpe de dinamita hace años, y ahora hay una malla metálica pegada a la roca para que, si hay desprendimientos, las piedras no caigan sobre la carretera… o sobre nosotros.

A la izquierda, veo el lago, tan pintoresco. Me recuerda a los días de verano en colchonetas inflables, las fiestas de adolescentes con barriles de cerveza en la orilla y las motos de nieve en invierno.

Miro a la derecha y diviso la casa de mis padres, mucho más arriba en la colina. Desde aquí, solo se ve el tejado entre los árboles.

Cuando West se hizo cargo del rancho, decidieron mudarse «lejos», o eso dijeron.

Lo cierto es que se han pasado toda la vida preocupándose por West y no estoy segura de que aguantaran mucho tiempo sin tenerlo al alcance de la vista.

Vuelvo a mirar la casa de mi hermano e inspiro hondo para armarme de valor y entrar fingiendo que todo me va de maravilla.

Justo antes de pedirle si puedo quedarme con él un tiempo.

—Joder, Rosie. Mueve el culo de una vez —mascullo para mí.

Abro la puerta del coche y me dirijo con paso decidido al porche. Ni me molesto en cerrar con llave el vehículo. Si alguien tiene las agallas suficientes para venir hasta aquí a robarme algo, me quito el sombrero ante él.

Es más, hasta le preguntaría de dónde las saca, porque yo ya no tengo ninguna.

Creo que no he vuelto a respirar desde la gran bocanada de aire que he tomado en el asiento del conductor. Ahora solo estoy conteniendo el aliento mientras levanto la mano para llamar a la puerta y terminar con esto de una vez. Pero, justo antes de tocar la madera con los nudillos, la puerta se abre de golpe y todo el aire que estaba reteniendo se me escapa de los pulmones.

Porque delante de mí está Ford Grant.

Siento un vuelco en el estómago que me sacude por completo.

Tengo que echar la cabeza hacia atrás para encontrarme con sus ojos esmeralda. Siempre fue alto, pero ahora es sencillamente… enorme.

—Ford.

Me mira fijamente, y el peso de esa mirada hace que el corazón me retumbe contra las costillas.

—Hola.

Frunce el ceño y no puedo evitar fijarme en su pelo. Antes era más cobrizo, pero se ha ido oscureciendo con el paso de los años. Ahora es de un castaño intenso, con reflejos rojizos que solo se aprecian cuando les da la luz en el ángulo adecuado.

Luce una barba de tres días perfectamente arreglada que enmarca sus pómulos altos. La piel bronceada del cuello se le tensa

cuando la nuez sube y baja al tragar, sobre el escote en V de la camiseta color caqui.

Dios. Hace al menos diez años que no lo veo. Cualquiera pensaría que con el tiempo se habría vuelto menos cortado, pero veo que no. Porque sigue ahí, inmóvil, mirándome como si nunca me hubiera visto antes.

Así que le tiendo la mano y esbozo una sonrisa de medio lado.

—No sé si te acuerdas de mí. Soy Rosalie Belmont. Solíamos pasarnos julio y agosto lanzándonos pullas mientras seguíamos a mi hermano, Weston Belmont, a todas partes.

Niega con la cabeza, con el rostro impasible. Luego sale al porche y me estrecha la mano. Su palma cálida envuelve la mía.

—Cierto. Rosalie. Debí de volverme tan bueno ignorándote que acabé olvidándote del todo.

Una carcajada estalla en mi pecho y noto cómo se me llenan los ojos de lágrimas.

Ese pique entre nosotros nunca me había sentado tan bien. Resulta hasta reconfortante.

—Ah, qué tiempos aquellos —susurro, apartando la vista de esa mirada penetrante mientras me froto la punta de la nariz.

No quiero mirarlo porque sé que, aunque vaya de borde y se oculte detrás de esa fachada de fingido desinterés, Ford es una buena persona. Y me va a calar.

Estuvo allí cuando Travis Lynch me rompió el corazón. Me recogió de una fiesta al otro lado del lago y me llevó a casa, observándome en silencio mientras escribía en mi diario cosas horribles e inmaduras sobre Travis. Y luego, cuando bajé la ventanilla y lo lancé entre los árboles, en medio de una carretera oscura y llena de curvas, no dijo nada.

Nunca hablamos de aquella noche. No había mucho que decir. El mejor amigo de mi hermano mayor, que siempre estaba sacándome de quicio, fue testigo de mi derrumbe emocional por un chico que alcanzó su todo su potencial a los dieciséis… y luego me dejó en casa de mis padres sin pronunciar ni una sola palabra.

Sin embargo, sé que esa noche vio la desesperación en mi mirada; que me miró un poco más de lo debido. Y también sé que,

si lo miro ahora, la verá otra vez.

—¡Tía Rosie!

Gracias, Dios mío. Una vocecita angelical. Salvada por un terremoto rubio con coletas.

—¡Emmy!

La niña se cuela por delante de Ford y se me lanza encima con tanta fuerza que vuelve a dejarme sin aire. Se me escapa una lágrima enorme, que me seco a toda prisa. Pero, por encima del hombro de Emmy, veo a Ford mirar el rastro que ha dejado, como si esa lágrima traidora le hubiera ofendido en persona.

Pongo los ojos en blanco y vuelvo a centrarme en la niña que tengo en mis brazos. Calentita y llena de energía.

—Madre mía, peque, deja ya de crecer. —La alzo con un gruñido—. Como sigas así, no voy a poder levantarte.

Se ríe a carcajadas y me planta un beso pegajoso en la mejilla. Intento no poner cara de asco. Adoro a mi sobrina, pero no soporto las caras sucias y las narices llenas de mocos. Me entran ganas de lavarlas con la manguera, como hacía West conmigo.

Supongo que sigo esperando a que se me despierte el instinto maternal.

—¿Qué haces aquí? —pregunta Emmy, apartándose para mirarme mientras me agarra la cara con sus manitas regordetas y pringosas.

—Eso mismo me pregunto yo —interviene mi hermano, sobresaltándome al aparecer por detrás de Ford.

Abrazo a Emmy con más fuerza. No tengo reparos en usar a una niña de seis años como escudo humano contra estos dos.

—¿Sorpresa? —chillo, con una sonrisa exagerada dirigida a West.

Menos mal que mi hermano no es de los que se ponen a indagar. No le va mucho eso de compartir sentimientos, a menos que sea a puñetazos, así que sonríe y se acerca para abrazarme, aplastando a su hija entre los dos.

—Tienes que bañar a esta diablilla, West. Está pegajosa y huele a zumo de naranja.

—A polo de naranja —me corrige mi sobrina, muy seria.

—¿Antes de cenar?

—Eh, eh, Rosie Posie. No puedes aparecer aquí de repente y ponerte a juzgar cómo estoy criando a mis hijos. Esta semana me toca a mí. Mia siempre me está dando por el culo con esto, no necesito que tú también te pongas en modo madre.

Enarco una ceja.

—A lo mejor Mia quiere algo más que darte por culo, ¿no crees?

Emmy se parte de risa, encantada de que usemos la palabra «culo» como si nada.

Ahora es West quien pone los ojos en blanco. Aunque su matrimonio no funcionó, él y Mia son unos padrazos y llevan de maravilla lo de la paternidad compartida. Los admiro muchísimo por eso.

Mi hermano ignora mi pulla y sigue con el interrogatorio:

—¿Has venido solo para una visita sorpresa o te vas a quedar un tiempo?

Dejo a Emmy en el suelo antes de responder y la veo salir corriendo dentro de la casa, gritándole a su hermano Oliver que estoy aquí. Miro de nuevo a Ford, que está con los brazos cruzados, la barbilla inclinada hacia abajo y me observa con una intensidad que me pone nerviosa.

—¿Qué eres? ¿Su guardaespaldas?

—¡Ja! —West suelta una carcajada—. No necesito un guardaespaldas. Y, si lo necesitara, no contrataría al multimillonario más atractivo del mundo.

Abro los ojos como platos y tengo que morderme los labios para no reírme. Vi la portada, cogí la revista y hasta leí el artículo, pero no pienso darle a Ford esa satisfacción.

—¿Ford Grant es multimillonario? ¿Te refieres al padre o al hijo?

West ríe, pero Ford resopla y niega con la cabeza.

—Me voy dentro. Que os divirtáis, idiotas.

Observo cómo se aleja, puede que con demasiada atención.

Sí, está claro que con demasiada atención, a juzgar por el leve puñetazo que me da mi hermano en el hombro.

—Más te vale no estar comiéndotelo con los ojos.

Suelto un bufido divertido.

—Bah. Una no tiene todos los días delante al… ¿Cómo era? ¿El «multimillonario más atractivo del mundo»? —Me aseguro de decirlo lo bastante alto para que Ford me oiga.

West se ríe.

—Estás jugando con fuego, hermanita. ¿Qué diría Ryan?

Se me tensan los hombros y trago saliva antes de mirar a mi hermano a los ojos, del mismo tono azul que los míos.

Luego niego con la cabeza cuatro veces.

Él asiente tres.

Y eso va a ser todo lo que digamos al respecto.

Justo lo que quería. Lo que necesitaba. No estoy lista para tomar ninguna decisión sobre Ryan hasta que no me aclare las ideas y pueda pensarlo con calma.

—¿Cenamos? —propone mi hermano antes de preguntar—. ¿Habitación de invitados o cabaña?

—Cenamos, sí, y me quedo en la cabaña, gracias.

Cuando se da la vuelta lo sigo con una sensación de alivio inmensa. Sabía que podía contar con West para rescatarme de los líos que yo sola me busco. Lo que no me esperaba era al puto Ford Grant, con sus ojos de halcón y su culo de mil millones.

CINCO
Ford

—Anda, déjame que te enseñe. Tengo un plan —dice Cora desde el sofá, sentada al lado de Oliver. Le está explicando cómo construir un portal del Nether en Minecraft o alguna chorrada por el estilo. No controlo mucho la jerga. Él no dice nada, como de costumbre, pero, por la expresión de su cara, sé que está fascinado. Emmy se ha apretujado al otro lado de Cora, devorando lo que debe de ser su tercer polo en lo que va de día.

Y yo… tengo la sensación de estar atrapado en un manicomio.

Después de semanas de papeleo para ponerlo todo en orden, hoy es mi primer día como tutor legal de Cora en régimen de acogimiento familiar. Mi abogada me odia por haberla obligado a tramitarlo, y mi asesor financiero está convencido de que he perdido la cabeza. Puede que tenga razón.

No he avanzado nada con el estudio de grabación, y eso me tiene bastante agobiado. La lista interminable de cosas que tengo que hacer no me deja dormir. Necesito un suelo nuevo, paredes, pintura, calefacción, aire acondicionado, una instalación eléctrica en condiciones y conseguir que, por fuera, tenga aunque sea un poquito de buen aspecto. Todo el lugar necesita un buen lavado de cara, y eso sin contar con la propia cabina de grabación.

Y ahora aparece en escena la dichosa Rosie Belmont, con su lengua afilada y unos ojos sospechosamente húmedos, y lo único que quiero es exigirle que me diga quién le ha hecho daño para poder arreglarlo.

Llevo años colado por esta mujer. No es nada nuevo, pero ya ha pasado una década. No me esperaba que, nada más verla, ese torbellino de sentimientos que tuve por ella de adolescente regresara al instante. ¡Y madre mía!, qué bien le ha sentado el paso del tiempo. Sus ojos siguen siendo de ese tono azul brillante tan increíble que parece irreal. Se ven casi cristalinos contra el tono

bronceado de su piel, y son tan expresivos como siempre. Se oscurecen cuando se enfada, brillan cuando está alegre y hoy estaban anegados de emoción. Siempre ha llevado el pelo largo, pero ahora lo tiene un poco más largo, a capas y ondulado, cayéndole en una cascada indomable que le enmarca el rostro en forma de corazón. Del mismo rubio oscuro que recordaba, aunque ahora salpicado de destellos dorados y alguna que otra mecha nacarada. Parece que lo lleva despeinado, pero a propósito. Le queda perfecto.

Eso fue lo primero que pensé mientras me quedaba en la puerta, mirándola embobado.

Me bastó una sola mirada, un solo latido, para volver a ser ese chico de dieciocho años.

—¡Está bien! —exclama West dando una palmada detrás de mí y provocándome un respingo—. ¿Qué hay para cenar?

—¡Polos! —grita Emmy con el puño en alto. Está desatada y, siendo sincero, me da un poco de miedo. Es una versión en miniatura de West. Criarla es el castigo que el universo le tenía reservado por todo lo que él le hizo pasar a sus padres.

—Ni hablar, pequeña chiflada. A ti te tocan verduras y más verduras. Los demás comeremos… —deja la frase en el aire mientras rebusca en la nevera.

Al igual que mi casa, la de West también es una vivienda de campo de estilo rústico con aire artesanal. Rodapiés altos, ventanas estrechas, pintoresca, con todos los dormitorios en la planta de arriba y un porche acristalado al frente. La suya es amarilla; la mía la hice decapar hasta dejar la madera original y le di un acabado con un barniz exterior para darle un toque más rústico. El interior de la mía está todo reformado y es más moderno; la suya se ha quedado un poco anticuada.

—Bueno… —West suelta un suspiro—. Me parece que vamos a tener que pedir una pizza vegetal. Emmy se ha zampado todo lo que había.

Típico de West, siempre improvisando. Cierro los ojos y sonrío. En mi cabeza, vuelvo a ver a Rosie y recuerdo cómo me he quedado sin palabras cuando me la he encontrado antes en la puerta.

Cuando los abro, también la veo. Está de pie, en el umbral de la puerta de la cocina, mirando hacia el sofá. Debe de haber vuelto de instalarse en la cabaña. Cuando sigo la dirección de su mirada, me doy cuenta de que está observando a Cora. Y Cora hace lo mismo con ella.

Soy un imbécil por no haberlas presentado aún, pero la conversación del porche me ha dejado descolocado.

—Hola —dice Rosie, alzando un poco la barbilla hacia Cora—. Soy Rosie. La hermana de West.

—Hola —responde Cora, imitando el gesto—. Yo soy Cora. La hija de Ford.

Hago una mueca. No porque no me guste cómo suena. Es solo que nunca habíamos hablado de… No sé. ¿De cómo llamarnos?

Rosie da un paso atrás al oírlo, procesando la información, y luego clava sus ojos azules en mí y susurra de una forma nada discreta:

—Vaya. Enhorabuena por haber perdido por fin la virginidad.

Lo único que puedo hacer es quedarme mirándola. En cuestión de minutos hemos vuelto a la misma dinámica que teníamos de adolescentes: ella sigue siendo divertida, preciosa y estando completamente fuera de mi alcance, y yo vuelvo a sentirme como aquel chaval cortado y torpe que no sabía cómo comportarse cuando estaba cerca de ella.

Sé que es solo cuestión de tiempo antes de que le suelte alguna bordería para mantenerla a distancia. Entonces ella responderá que me odia, y luego contraatacará con alguna pulla igual de mordaz.

Nuestro círculo vicioso de siempre.

—Bueno, en realidad fue el donante de esperma de mis padres —suelta Cora como si nada—. Así que, por lo que sé, podría seguir siendo virgen. Por cierto, se ha oído tu susurro desde aquí.

Cierro los ojos y me masajeo las sienes. Esta niña es demasiado lista, demasiado sarcástica y tiene unas ganas tremendas de llevar siempre la voz cantante. Va a acabar conmigo, lo sé. Y lo peor es que fui yo quien firmó para hacerme cargo de ella. Estoy metido en un buen lío.

—¿Qué es un donante de esperma?

Emmy tenía que quedarse justo con ese detalle. ¡Cómo no!

West se ríe por lo bajo e intenta salvarme:

—¡Emmy! ¡Ollie! Vamos a ocuparnos de lo nuestro y a lavarnos las manos antes de cenar. Yo me encargo de hacer el pedido.

Agradezco en silencio su intervención mientras oigo a los niños alejarse hasta el baño.

Cuando por fin abro los ojos, Rosie me está mirando con sus enormes ojos azules abiertos como platos y los labios rosados formando una «O» perfecta.

—¿Qué? —espeto, sabiendo que está a punto de soltarme uno de sus comentarios mordaces. Siempre tiene alguno preparado.

Sonríe con suficiencia. Nunca se ha dejado intimidar por mi tono seco.

—La genética es poderosa en ella —dice, en un claro guiño a Star Wars—. Me cae bien.

Cora resopla.

—Oye, que estoy aquí mismo. Es de mala educación hablar de alguien como si no estuviera presente.

Suelto un suspiro.

Porque va a ser una noche muy muy larga.



—Bueno, este es tu cuarto —le digo a Cora, que está a mi lado, tiesa como un palo. Es su primera noche conmigo y yo estoy haciendo un esfuerzo bastante patético para que este momento no resulte tan incómodo.

—Lo sé. Ya me lo has enseñado antes.

Sí, me estoy cubriendo de gloria.

Me doy un discurso mental para no desmoronarme. Soy un hombre adulto. No debería ponerme tan nervioso delante de una cría. Es cierto que no tengo ni idea de lo que estoy haciendo, pero al menos podría fingir que lo tengo todo controlado.

—Sí, bueno, iba a decirte que también hay una habitación de invitados en la planta baja, por si prefieres no dormir en la misma planta que yo. Pero no tiene baño propio y yo suelo madrugar, así que podría ser un incordio.

—¿Y qué más me da dormir en la misma planta que tú?

Hago una mueca.

—Solo quiero asegurarme de que estés cómoda.

No se mueve. Está con los brazos cruzados, pero me lanza una mirada de reojo con la que podría fulminarme en el acto.

—¿Sabes?, puede que mi madre no esté en su mejor momento, pero te investigó a fondo y comprobó si tenías antecedentes penales.

—Normal. Yo también lo habría hecho.

—Ojalá no te hubiera dicho que no me queda más familia. Si me hubiera inventado un tío mafioso, al menos ahora tendría un seguro de vida.

Suelto un bufido. Es graciosa.

—Si quieres, podemos fingir que lo tienes.

Ahora es ella la que casi sonríe, y siento que he marcado un tanto.

Camina despacio hacia el centro de la habitación. La observo girar lentamente sobre sí misma, examinándolo todo con atención. Los colores son muy de su estilo: paredes gris claro, una cama de hierro forjado negra…

—¿Te gusta? He comprado lo básico para empezar, pero si quieres podemos decorarla o algo así. No sé…, poner cuadros, cambiar la ropa de cama, añadir libros…

—Quiero sábanas negras.

Frunzo el ceño, mirando la ropa de cama que elegí: un sencillo juego en morado intenso. Pensé que sería lo bastante oscuro.

Parece que me equivoqué.

—Vale, veré qué encuentro. —Me paso una mano por el pelo, frustrado. No sé cómo hablar con una niña de doce años. Y encima esta más bien parece tener veinte—. ¿Tienes hambre? ¿Hay algo que te guste en especial? No sabía qué comprar, así que decidí

esperar a que me dijeras qué prefieres. Pero hay de todo en la despensa. Quiero que te sientas como… en casa.

Ella asiente y, por fin, me mira.

—Puedo prepararte un huevo duro —sugiero.

Arruga la nariz.

—¿Un huevo duro?

Jamás pensé que podría sentirme tan juzgado por una cría, pero aquí estoy, defendiendo el valor nutricional de un huevo cocido.

—Es un tentempié estupendo. Rico en proteínas. Y ayuda a dormir bien.

Cora me mira con cara de asco.

—También hay cereales.

Alza una ceja.

—¿De qué tipo?

—¿Copos de avena?

Frunce los labios en una sonrisa burlona y niega con la cabeza.

—¿Lucky Charms? —intento de nuevo. Los compré en contra de mi buen juicio. Demasiado azúcar, pero, teniendo en cuenta lo que he visto con West y sus hijos, me pareció el tipo de comida que podría gustarle a alguien de su edad.

Esta vez hace el gesto de las pistolas con los dedos y esboza una casi sonrisa.

—Ahora sí empezamos a hablar el mismo idioma.

Bajamos juntos a la cocina y la observo mientras se come un cuenco de cereales en la isla. Y ahí es cuando me golpea de lleno la magnitud de lo que acabo de hacer. Los nervios me suben por la garganta y me invaden las dudas. Y más tarde, cuando me da las buenas noches y cierra la puerta de su habitación, decido meterme en internet a buscar unas sábanas negras para, al menos, acertar en algo.

SEIS
Ford

—¿Qué haces aquí?

Rosie, que está sentada al final del embarcadero, gira la cabeza de golpe, claramente sorprendida por mi llegada.

—Disfrutar de las vistas.

Esta noche venía buscando un poco de paz y silencio para aclararme. Pero con Rosie aquí sé que no voy a encontrar ni una cosa ni la otra. Miro hacia el lago oscuro. Sin el tenue resplandor que emiten las luces solares de los pilares del muelle, el agua estaría completamente negra. Pero conozco bien el paisaje, ya que el embarcadero está justo en la línea que separa mi propiedad de la de West. Aunque ahora mismo no se vea nada en el horizonte, puedo imaginármelo casi a la perfección.

—¿Y tú qué haces aquí? —pregunta ella.

Sigo de pie. Aún no sé muy bien cómo comportarme con ella. Y eso que soy un hombre hecho y derecho de treinta y dos años, independiente y con éxito.

—He venido a sentarme en mi embarcadero y a escapar de las nuevas realidades de mi existencia, en la oscuridad, junto al agua, donde reina el silencio. Pero resulta que estás aquí, y contigo nunca hay silencio…, salvo cuando estás planeando la muerte de alguien.

Se ríe entre dientes, pero sin ganas. Luego se gira de nuevo hacia el agua inmóvil.

—Primero: este no es tu embarcadero, es el de mi familia. Lo sé porque llevo viniendo aquí toda la vida. Y segundo: yo no planeo la muerte de nadie.

Camino hacia ella y decido no decirle que, según el registro de la propiedad, el embarcadero está en mis tierras.

—Cierto, tú eres más de crímenes pasionales. Aunque siempre he pensado que tramaste la muerte de Travis Lynch con todo lujo de detalles en aquel diario.

Se ríe, pero no es la risa ligera y desinhibida que conozco. Rosie arrastra ahora una pesadumbre que no encaja con los recuerdos que tengo de ella. Puede que sea tres años menor, pero de adolescentes siempre supo seguirnos el ritmo a West y a mí. West nunca la dejó fuera de nada. Era la estrella de Rose Hill, tan popular que la gente la tenía en un pedestal.

O, al menos, eso me parecía a mí, que era alguien más bien solitario. Aunque también es cierto que, de niño, solo estaba aquí en verano. De vez en cuando veníamos en Navidad o algún que otro fin de semana, pero mi vida estaba en la ciudad: la consulta de mi madre, el grupo de mi padre. Él salía de gira, y Willa y yo íbamos al colegio. Sin embargo, el verano era sagrado. Mis padres lo organizaron así a propósito. Pasábamos esos dos meses en Rose Hill, y era la mejor escapatoria del mundo.

No fue hasta que fui adulto que empecé a venir más a menudo, simplemente porque me apetecía. Y cuando la ciudad se volvió demasiado asfixiante, decidí instalarme aquí de forma definitiva.

—Sí. Estoy bastante segura de que escribí un párrafo entero sopesando qué sería más humillante para él: cortarle el pene o los testículos.

—Qué macabro. ¿Y al final por qué te decidiste? —Me agacho y apoyo una mano en las tablas para sentarme. Nos separan varios metros, pero ambos terminamos con las piernas colgando sobre el borde, el uno al lado del otro, mirando las luces de las casas al otro lado del lago.

—No me acuerdo.

—Una pena. El otro día me lo crucé en el supermercado.

—Ah, ¿sí? —No me mira, pero noto por el cambio en su tono que le ha hecho gracia—. Espero que los años le hayan pasado factura. ¿Qué dice eso de mí?

—Que puedes sacar a la chica del pueblo, pero nunca al pueblo de la chica.

Suelta un suspiro.

—Y que sigues siendo tan cruel como siempre —añado.

Ahora sí se ríe. Empieza con un suave resoplido que va creciendo hasta convertirse en la risa de Rosie de antes. Esa que llenaba de

alegría cualquier sitio al que fuera.

—Ay, Ford… Gracias. Que me insultes hace que me sienta como en casa. Y no, mejor no me digas qué dice eso de mí.

Se me escapa una sonrisa. Balanceo las piernas al ritmo de las suyas, mientras intento pensar qué decir a continuación.

—¿Qué tal la vida en la ciudad? Tengo entendido que te mudaste allí y tienes trabajo, novio, un apartamento… ¿Qué te ha traído de vuelta?

—Ah, ¿sí? ¿Y tú vienes mucho por aquí? Pensaba que habías comprado un bar y creado una aplicación de música superfamosa. Te hacía muy urbanita.

Me encojo de hombros. Se refiere a Gramophone, la aplicación que empezó como un proyecto universitario de un grupo de amigos… hasta que reventó en descargas y se convirtió en algo mucho más grande.

Aunque en realidad reventó en más de un sentido.

—Sí, hice todo eso. Pensé que comprar el bar donde trabajé durante la universidad sería mi proyecto personal. Y lo fue, durante un tiempo. Luego llegó la aplicación y me mantuvo entretenido un rato.

—¿Ya no?

—Gin and Lyrics tuvo más éxito del que esperaba. Me aburrí, así que contraté a más gente y fui delegando responsabilidades. Ahora el bar prácticamente se gestiona solo. Al principio solo contrataba grupos que me gustaban, pero cuando empezamos a tener más público, empecé a contratar grupos que le gustaban a los demás para mantener la clientela.

—Grupos que no te gustan.

—Exacto. Antepuse el negocio a mis preferencias personales. No pasa nada, pero ya no tengo la sensación de que ese bar sea mío, aunque esté a mi nombre. Aun así, me alegra que haga feliz a otras personas. Siempre estaré orgulloso de ese sitio.

Asiente despacio, balanceando su cuerpo suavemente.

—¿Y la aplicación?

—Gramophone empezó igual. Pero claro, no era solo mía. Tenía socios. Y con el tiempo dejó de tratar de música y pasó a convertirse

en una obsesión por el dinero y la fama.

—Y a ti no te va mucho eso, ¿verdad?

Suelto un suspiro profundo. Todavía me duele ese asunto. Más que lo del bar. No me gusta hablar de ello.

—Cuando alguien antepone su obsesión por el dinero a su integridad, ya no quiero estar cerca de esa persona.

Rosie emite un murmullo pensativo al notar mi tono acerado, pero no insiste. Prefiere volver a las pullas, algo que agradezco de veras.

—¿Así que ahora te recluyes como un ermitaño en la finca medio abandonada de al lado? ¿Vas a enterrar cofres llenos de dinero? ¿Tienes en mente algún plan excéntrico de multimillonario con mapa del tesoro incluido?

—No. Es un plan excéntrico de multimillonario en el que abro mi propio estudio de grabación y trabajo solo con músicos que me gustan o en los que creo. Tengo el dinero para lanzar a artistas que no pueden permitirse entrar en la industria y los contactos para ayudar a los que necesitan un sitio donde crear sin que sus discográficas de mierda se metan en medio. Con internet y las plataformas de *streaming,* la distribución ya no es el problema que era antes.

—¿Y tu padre?

Vuelvo a suspirar. Cora me llamó «niñato enchufado», y por mucho que me joda, no le falta razón. Me ha resultado prácticamente imposible desvincular mi nombre y mi carrera de la de mi padre y su célebre grupo de rock, Full Stop.

—Su nombre abre puertas. Sería un idiota si no lo invitara a producir algo en algún momento. Aunque seguro que discutiríamos cada decisión.

—Qué adorable. ¿Ya conoce a su nieta?

Me quedo inmóvil. Lo cierto es que ni yo mismo la conozco del todo aún. Lo sabe West y ahora también Rosalie. Bueno, también se lo conté a sus padres, aunque más bien lo descubrieron solos, a base de husmear. Después de criar a West, tienen un sexto sentido para detectar cualquier drama.

—No lo saben todavía.

—¿Qué?

—Están de viaje. Pensaba contárselo cuando vinieran a Rose Hill. Van a pasar aquí el verano, en su casa.

—Ford… —dice Rosie, horrorizada.

—¿Qué? Si apenas he tenido un minuto libre para asimilarlo yo mismo. Estoy hasta arriba de correos, llamadas y promesas que he hecho para poner todo esto en marcha. No me imaginaba que mi vida fuera dar este giro. Quería renovar la casa y el estudio por mi cuenta, pero ahora tengo a Cora matriculada en el instituto. Necesita apoyo. Y ni siquiera sé cuánto tiempo se va a quedar conmigo.

—¿Va a vivir aquí de forma permanente?

—Ha sido algo completamente imprevisto. Su madre cayó en una depresión profunda tras perder a su marido. Supongo que así salió a la luz lo del donante de esperma. Por eso Cora me buscó.

Rosie se ríe por lo bajo.

—Chica lista.

Suelto otro suspiro y agacho la cabeza.

—Marilyn se quedó hecha polvo cuando descubrió todo lo que había hecho Cora para protegerla. Hablamos con sus médicos y también tuvimos una conversación sincera entre nosotros. No quiere arrastrar a Cora por los altibajos de su tratamiento. Me pidió que le diera un mes para intentar recuperarse y estar mejor. Así que, como mínimo, se va a quedar aquí ese tiempo. No tienen a nadie más que pueda echarles una mano. Ni un solo pariente.

—Joder, qué duro… —murmura Rosie, balanceando los pies.

Asiento y sigo desahogándome.

—Sí. Y yo ni siquiera sé qué cereales y cosas de picoteo comprarle ni cómo encontrar las sábanas negras que me ha pedido. Los tentempiés para críos llevan una cantidad absurda de azúcar, y todas las sábanas negras que veo parecen de raso brillante, como sacadas de una película porno. Llevo una hora buscando en internet.

Gime y se tapa la cara con las manos, aunque me doy cuenta de que está sonriendo.

—Tienes que contárselo a tus padres.

Aprieto los dientes mientras me planteo cuánto quiero revelar esta noche. Aun así, termino explicándoselo porque no quiero que me juzgue.

—Cuando Willa y yo éramos pequeños, una fan fue a la prensa diciendo que mi padre era el padre de su hijo. Era mentira, pero fue un follón. Recuerdo a mis padres discutiendo, y a él yendo a juicio. Y también me acuerdo de cómo hablaban de esa mujer, de ese bebé. Él estaba furioso, y mi madre, destrozada. Al final, todo se solucionó, pero no sé cómo van a reaccionar ahora.

Rosie abre los ojos de par en par y su tono se vuelve casi un susurro.

—No recuerdo nada de eso.

—No, claro que no. Fue justo antes de que empezáramos a venir a Rose Hill. Aquello cambió por completo la forma en que nos criaron. Mi padre dejó de hacer giras y se compraron esta casa para mantenernos alejados de los medios.

—A lo mejor necesitan que se lo digas con antelación. Un tiempo para asimilarlo.

Resoplo. El que necesita tiempo para asimilarlo soy yo. Tiempo para hacerlo sin que mi padre monte en cólera, llame a abogados y contrate a investigadores privados para intentar desacreditar a Cora y a su madre.

Soy su hijo, y lo haría para protegerme. Igual que yo no les estoy contando nada todavía para proteger a Cora.

Pero Rosie insiste. Siempre lo hace. Siempre está metiendo el dedo en la llaga.

—No puedes soltar una bomba así a tu familia sin más, Ford.

Y, como siempre, vuelvo a usar el único mecanismo de defensa que me ha funcionado con ella: ser borde. Es demasiado fácil volver a las viejas costumbres.

—¿Igual que has hecho tú presentándote en casa de West con los ojos llenos de lágrimas y sin dar ni una sola explicación?

Gira la cabeza hacia mí al instante, y yo contemplo su rostro bajo la tenue luz del embarcadero, su pelo rubio oscuro, recogido en una coleta alta, con algunos mechones sueltos cayéndole por los pómulos, su piel bronceada, sus labios perfectos y delicados y esa nariz fina y recta. De adolescente, siempre se quejaba de que era demasiado grande y marcada, pero a mí siempre ha parecido uno de sus rasgos más bonitos.

Sigue siendo la mujer más guapa que he visto en mi vida.

—No es lo mismo. No tengo por qué darle a West ninguna explicación sobre lo que pasa en mi vida. Soy una adulta independiente. Y él es mi hermano.

—Una adulta independiente con el coche lleno de maletas que duerme en la cabaña del jardín de su hermano sin saber cuándo se va a ir.

Aprieta la mandíbula y me mira con los ojos entrecerrados.

—Tampoco tengo que explicarte a ti nada, Ford. Y desde luego no necesito tu aprobación. No deberías mirar la paja en el ojo ajeno cuando tienes una pedazo de viga en el tuyo.

Reflexiono sobre sus palabras y me doy cuenta de que mi preocupación por ella le ha debido de parecer condescendiente.

—Hablaré de ello cuando esté preparada —continúa—. Pero te aseguro que esta tampoco es la vida que me había imaginado llevar.

Me gustaría decirle que a mí me pasa lo mismo, pero no me da la oportunidad de hacerlo.

—Gracias por la charla. —Se pone de pie. El embarcadero cruje bajo sus pies mientras se aleja, pero luego sus pasos se detienen y lo único que oigo es el suave chapoteo del agua debajo—. Bueno, no —añade desde la oscuridad. Por su voz, sé que se ha girado de nuevo hacia mí—. Vete tú. Este es mi embarcadero y quiero estar sola.

Sonrío, porque eso es exactamente algo que diría Rosie. Justo el tipo de discusión absurda que siempre iniciaba, y que yo le dejaba ganar.

Y, por mucho que hayan cambiado las cosas, al final todo sigue igual, porque con esa sonrisa aún dibujada en la cara, me levanto y ella pasa junto a mí, rozándome, antes de sentarse en medio del embarcadero, como si estuviera reclamando su territorio. Solo le falta clavar un estandarte con su escudo familiar.

Estoy a punto de marcharme, pero me permito una última mirada en su dirección. Está con los hombros tensos y la nariz alzada. La he cabreado, pero no lo suficiente como para impedirme volver a ser ese adolescente que fui.

Me agacho, extiendo la mano para agarrarle la coleta alta y le doy dos tirones firmes, observando cómo la luz le acaricia la curva de la garganta.

Ella gruñe, molesta, pero no me intimida.

—Buenas noches, Rosie Posie.

—Que te den, Junior. Te odio. —El viejo insulto sale con total naturalidad de sus labios, pero no logra borrarme la sonrisa—. ¿No te he dicho que te largues de mi embarcadero?

Relajo la mano y dejo que los mechones sedosos se deslicen entre mis dedos. Oigo el suave suspiro que se le escapa cuando la suelto.

Y entonces me doy la vuelta y me marcho.

Puede que este embarcadero no sea de su propiedad, pero si lo quiere, es todo suyo.

SIETE
Rosie

He dormido en la vieja cabaña del jardín donde, de pequeños, solíamos refugiarnos durante las tormentas o hacíamos fiestas de pijamas con los amigos. Huele a madera húmeda. La litera de abajo es un poco más amplia que la de arriba. Las sábanas son de franela barata. Y, aunque una rana estuvo croando fuera mientras yo intentaba conciliar el sueño, no recuerdo cuándo fue la última vez que dormí tan bien.

Volver a Rose Hill ha sido como quitarme el disfraz de chica de ciudad que me he obligado a llevar día tras día, con la esperanza de que, si me lo ponía lo suficiente, acabaría sintiéndome cómoda con esa nueva versión de mí misma. Pero ahora que me lo he quitado, por fin he vuelto a respirar.

Es como si siempre hubiera tenido en la cabeza una idea muy clara de lo que era el éxito. Como si pudiera ver mi vida con absoluta nitidez: una escena radiante, tan real que casi podía tocarla. Pero cuanto más intentaba encajar en esa escena, más fuera de lugar me sentía. Más insatisfecha.

Me preguntaba por qué el hecho de haberlo logrado no me hacía sentir más realizada. Trataba de convencerme de que solo necesitaba tiempo para acostumbrarme a lo que significaba el éxito. Al fin y al cabo, había conseguido lo que siempre había creído que quería.

Pero ahora, aquí de pie, a solo unos pasos de la puerta de la cabaña, mientras me empapo de la belleza salvaje que me rodea, me doy cuenta de que no echo nada de menos la ciudad.

El sol brilla, el aire es fresco y el lago reluce como un manto infinito de diamantes. Incluso la losa de mis préstamos estudiantiles y el agobio de no tener ingresos parecen más llevaderos aquí, en medio de toda esta paz.

Esto. Esto era lo que echaba en falta. Esto era lo que necesitaba.

A mi izquierda, oigo a Emmy correteando por la casa principal. Más arriba, en la montaña, el humo se eleva de la chimenea de la casa nueva de mis padres. Sé que tengo que ir a verlos y ponerlos al día, o, al menos, simplemente pasar a saludar, pero temo ese momento con cada fibra de mi cuerpo.

No quiero tener que admitir ante ellos hasta qué punto se ha desmoronado mi vida. Siempre ha sido West el que acababa confesando sus errores: que lo habían detenido, que había tenido un accidente por participar en una carrera ilegal, que había dejado embarazada a una chica, que se había roto algo… Hasta que no tuvo hijos y montó su negocio de entrenamiento de caballos, no dejó de darles disgustos.

Yo, en cambio, siempre he sido la buena. La que no da problemas. La que pasa desapercibida y se las apaña sola para que nadie tenga que preocuparse.

Pero, por mucho que me cueste reconocerlo, ya no puedo más. De repente, me he dado cuenta de que estoy agotada de fingir que lo tengo todo controlado. Por eso, después de dos semanas de bajón, enviando currículums que nunca obtenían respuesta (o en los que pedían referencias que no tengo), le dije a Ryan que me iba a casa con mi familia. Y, cuando añadí que no sabía cuánto tiempo me quedaría, no fui capaz de mirarlo a los ojos.

De eso han pasado casi veinticuatro horas, y lo único que tengo de él es un mensaje preguntándome si estoy bien. Cuando lo he leído, casi me he echado a reír. Es tan complaciente. Ni siquiera me pidió que me quedara.

«Haz lo que tengas que hacer» fue todo lo que me dijo.

Seguramente lo nuestro se acabó hace mucho tiempo, pero nos tenemos demasiado cariño como para romper del todo. No odio a Ryan. Todo lo contrario.

Pero no lo echo de menos. No me muero por él. Y tengo muy claro que una cosa es sentir cariño por alguien y otra muy distinta estar enamorada.

Con ese pensamiento en la cabeza, conduzco hasta el centro del pueblo. Mientras recorro los acantilados sinuosos que llevan hasta la colina que baja hacia la calle principal, me esfuerzo por encontrar un

motivo para volver a la ciudad. No tengo trabajo ni pareja, ¿qué me queda allí?

Mis amigos son sus amigos.

Mi piso, en realidad, es su piso.

Si me paro a pensarlo detenidamente, es deprimente. Lo único que de verdad es mío es este coche y un par de títulos universitarios que vienen acompañados de una deuda estudiantil abrumadora.

Sí, Rosie Posie ha triunfado a lo grande.

Sin embargo, cuando aparco frente a mi lugar favorito del pueblo, me siento reconfortada. Lo que ahora mismo necesito es un té del Bighorn Bistro: cafetería de día y restaurante de producto local de noche. Tiene el mejor té del mundo. Nadie supera las mezclas artesanales de Tabitha.

La campanilla de la puerta suena al abrirla. Dentro huele a cruasanes recién hechos y pétalos de rosa. El interior es un oasis con plantas verdes por todas partes, luces diminutas enredadas en vigas de madera y tragaluces enormes que inundan de claridad la sala. Las mesas son de madera al natural, grandes y alargadas. Todo es estilo familiar; algo que al principio no gustó mucho en el pueblo, pero que ahora todo el mundo adora. Probablemente sea el único restaurante «bueno» del pueblo, aunque la calidad y el cuidado en cada detalle superan con creces lo que me he encontrado en la ciudad.

No creo que Tabitha trabaje esta mañana, pero me hago el propósito de escribirle mientras me encuentre en Rose Hill. Es un par de años más joven que yo, pero jugamos juntas en el equipo de voleibol del instituto y solía salir conmigo y mis amigas en verano. Justo cuando estoy pensando en ella, como si la hubiera invocado mentalmente, aparece doblando la esquina, secándose las manos en un delantal blanco, con el pelo oscuro recogido en una trenza despeinada y una mancha de harina en la mejilla.

—¡Rosie! —Sus ojos extenuados se iluminan al verme. No puedo evitar que me pase lo mismo. Tabitha es de esas personas con las que puedes retomar la conversación como si no hubiera pasado el tiempo.

En cierto modo, siempre hemos sido espíritus afines. Nuestras familias esperaban que fuésemos las hijas «fáciles». West era un poco gamberro, sí, pero su hermana era un auténtico desastre. La clásica chica de pueblo pequeño de la que todos hablaban.

—Hola, Tabby. ¿Sorpresa? —Me encojo de hombros y alzo una mano a modo de saludo—. ¿Cómo estás?

Resopla, haciendo que los mechones de pelo sueltos que le caen por la cara se agiten.

—Cansada.

Me río. Parece que una parte inevitable de la vida como adulto es que todos nos quejemos de lo cansados que estamos. Así que me uno al club.

—Te entiendo —respondo, mientras recorro con la mirada los dulces que hay detrás del mostrador. Tienen una pinta estupenda.

—No, me refiero a cansada nivel extremo. Recuérdame que nunca tenga un bebé.

Levanto la vista, sorprendida.

—¿Un bebé?

—Erika. —Pronuncia el nombre de su hermana con una mirada dura, como si con eso me lo dijera todo. Y así es.

—¿Está bien? —Me siento un poco incómoda preguntándole eso, pero no hacerlo sería peor.

—Si estar «bien» significa vivir en la ciudad, quedarse embarazada y dejarme al niño cada dos por tres mientras se va a solo Dios sabe dónde, entonces sí, está de maravilla.

—¿Un niño? —No sé mucho sobre niños pequeños, pero sí que no puedes dejarlos siempre a cargo de otra persona. Sin embargo, Erika lleva años con problemas. La última vez que hablé con Tabby, me contó que le había pagado de su bolsillo un programa de desintoxicación y que le había conseguido un lugar seguro donde vivir en la ciudad. Me parte el alma pensar que no haya funcionado.

Tabitha niega con la cabeza.

—Tiene dos años. Y te aseguro que eso que dicen de las rabietas de los dos no es ninguna tontería. Por suerte, los tres están a la vuelta de la esquina. ¿Sabías que ahora a esa edad los llaman

«adolescentres»? Estoy intentando convencerme de que eso suena mejor.

Se me escapa una risa seca porque no sé qué otra cosa hacer.

—¿Y tus padres? ¿No ayudan?

Hace una mueca. Recuerdo que una vez me dijo que estaban pensando en cortar del todo la relación con Erika. Ahora sí que se me rompe el corazón.

—Rosie, no necesitas este drama en tu vida. Lo que necesitas es un té, ¿verdad?

Se nota que quiere cambiar de tema, así que le sigo la corriente.

—Sí. Té y un cruasán. Pero ¿por qué no quedamos un día a tomar algo cuando no estés trabajando ni haciendo de niñera? Invito yo. Tú me cuentas tus dramas y yo te cuento los míos.

Todo su cuerpo se relaja, aliviado.

—¿En serio? Me encantaría. No te imaginas cuánto.

—Pues no se hable más —respondo con entusiasmo.

—¿Cuánto tiempo vas a estar por aquí?

Me muerdo el labio inferior. He estado evitando afrontar esa pregunta, convenciéndome de que solo iba a ser un breve descanso, de que pronto volvería a la ciudad con energías renovadas. Fingir que no pasaba nada me ha funcionado… hasta esta mañana.

Pero ahora respondo antes de pensarlo siquiera, antes de poder mentirme a mí misma o darle demasiadas vueltas a las consecuencias.

Y con las impresionantes vistas desde la cabaña aún frescas en mi cabeza, digo:

—Por tiempo indefinido.

Luego miro el ticket y me doy cuenta de que acabo de dejar temblando mi cuenta bancaria solo por comprarme un té y un cruasán.

«Tengo que encontrar trabajo».

Entonces lo veo claro: podría buscarlo aquí, en Rose Hill. Es lo que haría una chica que solo tiene dos cifras en su cuenta: ponerse las pilas y salir a buscar trabajo.

Decidido. En cuanto salga de aquí, daré un paseo por la calle principal para ver si encuentro alguna oportunidad. Me vale

cualquier cosa. Estoy orgullosa de mi formación, pero nunca me he creído por encima de ningún empleo. Soy una curranta nata. Y lo que más motiva ahora mismo es la perspectiva de cobrar un sueldo.

Oigo a alguien carraspear detrás de mí, impaciente. Así que sonrío a mi amiga de la infancia y me aparto del mostrador.

—Gracias, Tabby. Nos vemos —le digo, despidiéndome con un gesto de la mano antes de darme la vuelta.

Luego salgo al aire fresco de la mañana primaveral, sintiéndome sorprendentemente en paz con la idea de encontrar trabajo aquí.



Cuando Ford baja de su todoterreno, trago saliva con fuerza.

Lleva unos vaqueros negros desteñidos, una camiseta también negra, desgastada, y unas gafas estilo aviador doradas apoyadas sobre su nariz recta.

Es como una versión reluciente y mejorada de sí mismo, sin el *mullet* ni las gafas de montura metálica que llevaba de pequeño. En aquel entonces era alto y flacucho, y caminaba con los brazos colgando a los lados como si fuera un muñeco de goma.

Ahora no camina. Ahora avanza con paso firme. Solo ha hecho falta una década para pasar de ser el Ford torpe y entrañable al Ford cabrón multimillonario con un físico de infarto.

Lo observo desde donde estoy apoyada, haciendo tiempo junto a la puerta principal, de lo que, según la descripción que West me dio anoche, será su futura oficina.

Nunca me he sentido nerviosa a su lado, pero mentiría si dijera que verlo rodear el coche con el ceño fruncido no me provoca un escalofrío de esos que hacen que te tiemblen las piernas y se te enciendan las mejillas.

Pero entonces abre la boca y lo estropea todo.

—¿Qué quieres? Cora por fin está en clase y tengo mucho trabajo pendiente. Ahora mismo no tengo tiempo para torturarme recordando el pasado contigo.

Y así es como pasamos del Ford irresistible al Ford capullo en un abrir y cerrar de ojos. Estoy a punto de arrojarle mi té templado a la cara solo por ver su reacción, pero me recuerdo a mí misma que he venido aquí con una idea en mente.

Una idea brillante.

Una idea que necesito que funcione, porque resulta que en Rose Hill las ofertas de trabajo escasean.

—Tengo una propuesta para ti.

Se sube las gafas de sol a lo alto de su pelo oscuro y revuelto y me lanza una mirada de sospecha mientras pasa junto a mí.

—Qué miedo —masculla, metiendo la llave en la cerradura de la puerta vieja y desconchada.

—No, en serio, es perfecta. —Lo sigo al interior del edificio polvoriento y húmedo—. Te lo juro. Es una propuesta de negocios. Y no puedes decir que no.

Eso hace que se gire hacia mí. Es tan alto que tengo que frenar en seco. Se quita las gafas y empieza a mordisquear el extremo de plástico de una de las patillas metálicas.

Un gesto que debería parecerme asqueroso.

Pero lo cierto es que me gusta.

—¿Tienes hambre o qué? —Cruzo los brazos y ladeo la cadera. Ford siempre consigue sacar la adolescente insolente que llevo dentro. Me fastidia que tenga ese efecto en mí.

Aunque la manera en que me recorre con la mirada no se parece en nada a la de cuando éramos adolescentes.

Su cara permanece impasible, mientras que la mía está en llamas.

—¿No puedo decir que no? —Ignora mi pulla y vuelve a morder el plástico—. No me parece una decisión muy inteligente para un negocio.

Trago saliva de nuevo, aunque esta vez tengo la garganta tan seca que es como si tuviera la boca llena de algodón.

—Créeme, será una decisión muy inteligente.

—Claro, porque tú nunca me engañarías, ¿verdad, Rosalie?

Pongo los ojos en blanco y, al hacerlo, descubro una telaraña en un rincón del techo.

—Por favor. Ya no soy una cría.

Vuelve a mirarme de arriba abajo antes de soltar un suspiro y fijarse en el montón de carpetas apiladas en la mesa tosca que hace de escritorio improvisado.

—Ya lo sé.

Todo lo que sale de su boca rezuma sarcasmo. Me pongo a la defensiva de inmediato, pero no puedo volver a soltarle pullas hasta asegurarme de que acepta.

—Tengo un máster en Administración y Dirección de Empresas. No te arrinconaría para obligarte a tomar una mala decisión empresarial.

Me mira de nuevo con esos ojos verde oscuro, evaluándome.

—Vale.

Parpadeo varias veces.

—¿Vale?

—Has dicho que no podía negarme. —Le aparece un hoyuelo encantador en la mejilla izquierda. Solo un segundo. Apenas un destello.

Me enderezo, doy un paso hacia él y respiro hondo, deteniéndome un instante en sus botas gastadas antes de alzar la vista hasta sus hipnóticos ojos de un verde bosque. Su olor me envuelve. ¿Cedro? No, sándalo. No estoy segura. A árboles. A madera. Algo que me recuerda al incienso que solía quemar en mi etapa *hippie*. Y algo más fresco también, más vivo.

Sacudo la cabeza para centrarme y le suelto mi idea de golpe:

—Deberías contratarme.

Ford parpadea y se saca lentamente las gafas de la boca, mirándome con intensidad. Yo alzo la barbilla y le sostengo la mirada, negándome a sentirme intimidada.

—Puedo ser tu asistente. O algo parecido. Lo que necesites. Puedo limpiar telarañas. Soy una experta en Excel. Se me dan genial los presupuestos. ¿Quién sabe? Igual consigo que ganes unos cuantos millones más. ¡También puedo echarte una mano con Cora! ¿Estás demasiado ocupado frunciendo el ceño y revisando el saldo de tu cuenta? No hay problema, yo la recojo del cole.

Sigue mirándome sin decir nada, con expresión impasible. Quizá debería habérselo planteado con más tacto. Quizá, no. Seguro.

Transcurren unos segundos que se me hacen eternos. Me humedezco el labio inferior, mientras mi confianza empieza a tambalearse.

Él sigue el movimiento de mi lengua con una lentitud que me eriza la piel.

Luego traga saliva y repite la mejor palabra del mundo:

—Vale.

—¿Vale?

Se encoge de hombros y se cruza de brazos, haciendo que se le marquen los bíceps bajo la camiseta.

—¿Te acuerdas de lo de «No puedes decir que no»?

Asiento.

—Aunque esperaba que fueras un capullo y lo hicieras de todos modos.

Esboza una sonrisa de medio lado y niega con la cabeza antes de darse la vuelta.

—Rosalie, ¿cuándo te he dicho yo que no a algo? —dice mientras se aleja.

Me quedo ahí, atónita.

«Necesito largarme de esta fiesta y que alguien me lleve a casa».

«Quiero estar sola».

«Necesito un trabajo».

Porque, por más que lo intente, por muy imbécil que haya sido conmigo, no consigo recordar una sola vez en la que Ford me haya respondido con algo distinto a un «vale».

OCHO
Rosie

Me apoyo en el lateral del coche, frente al instituto de Rose Hill. Aunque estamos a principios de primavera y todavía no hace calor, el contacto con la superficie negra, justo bajo el sol, es una forma fantástica de engañarme y hacerme creer que sí.

En cuanto Ford me ha dicho la hora a la que salía Cora, me he ofrecido a venir a recogerla. Ese granero huele fatal, y cuando le he sugerido que quizá debería contratar a un profesional para reformarlo y sacarlo del siglo pasado, ha dejado de hablarme. Como el crío malhumorado que recuerdo. Aunque sabe que tengo razón.

Por eso estaba deseando salir de allí. Demasiada tensión. Tenía un nudo en el estómago que me estaba haciendo dudar si de verdad valía para este puesto. Se nota que aún me afecta el recuerdo de cómo terminó mi último trabajo y la idea de que tal vez ni siquiera me contrataron por mis capacidades. El caso es que necesitaba espacio, estar lejos de Ford. Con él cerca siempre me cuesta respirar. Por eso he llegado aquí tan temprano.

El móvil me vibra en el bolsillo trasero y, al sacarlo, veo el nombre de Ryan iluminando la pantalla. Suspiro hondo antes de deslizar el dedo para contestar.

Espero que el sol me ayude a sobrellevar esta conversación.

—Hola.

—Hola, cariño, ¿qué tal está yendo la visita a tu familia? —pregunta, distraído. Seguro que está en el trabajo, revisando correos o consultando su invitación oficial al Club de los Niños Bien. Oigo cómo mastica algo. No debería molestarme, todo el mundo tiene que comer, pero a mí me está sonando como unas uñas arañando una pizarra.

Quizá porque me fui de allí hecha polvo, por algo que claramente me afectaba, y él sigue actuando como si le diera lo mismo.

—Bien. Esta noche subiré a cenar con mis padres.

—Genial. Dales recuerdos de mi parte.

Sí, claro, porque no va a ser nada incómodo.

—Vale. Oye…

—¿Cuándo crees que vas a volver?

—Pues mira, de eso justo quería hablar… Resulta que… he encontrado trabajo aquí.

Deja de masticar al instante.

—¿Has encontrado trabajo allí? —Suena desconcertado, y eso me hace sentir culpable al instante.

—Sí. —Aprieto los labios y miro hacia el campo donde solía jugar al fútbol de pequeña—. Prácticamente me cayó del cielo y…, bueno, ya sabes que estaba buscando trabajo.

—Ya, pero ¿allí? —Lo dice con un tono despectivo que me enciende por dentro. Me enderezo un poco, como si me viera en la necesidad de defender a Rose Hill. Yo sí puedo criticar este lugar, no es perfecto, pero es mi pueblo. Él no es de aquí, y me toca las narices que crea que puede menospreciarlo.

—Sí. Es una gran oportunidad. Y necesito espacio.

—¿Espacio?

Hago una mueca. Me lo imagino perfectamente, con esa cara de niño confundido, dándole vueltas a la palabra.

«Espacio».

—Sí. Espacio.

Al principio no dice nada.

—¿Espacio en sentido figurado o literal? —pregunta al fin—. ¿Espacio físico como el que tienes allí? ¿O espacio de mí?

Trago saliva mientras observo a los padres que esperan para recoger a sus hijos. Charlan animadamente entre ellos y alguno me mira con curiosidad. Crecí aquí, sí, pero llevo tanto tiempo sin venir que la mayoría no me reconoce.

—Creo que ambas cosas —contesto en voz baja.

Más silencio.

—Lo siento, Ryan —continúo—. Solo… quiero ser sincera contigo.

—¿Hay alguien más?

Pienso en todas las miradas que me ha echado Ford hoy. Y en cómo me tiró de la coleta anoche.

Niego con la cabeza.

—No. No hay nadie.

Su suspiro de alivio me pilla por sorpresa. Ese destello de celos, después de tanto tiempo sin mostrar interés, me descoloca.

«Demasiado poco, demasiado tarde».

—Vale, bien. Oye… ¿puedo ir a verte allí? Me encantaría que nos sentáramos a hablarlo con calma y ver qué podemos hacer para arreglarlo.

Quiero decirle que no. Que se acabó. Que no soy yo, que es él. También quiero preguntarle por qué no tuvo ningún problema en pasar por alto lo que ocurrió con Stan.

Pero no me apetece hablar de eso último. Ni con él ni con nadie. Y no quiero ser cruel, como Ford dice que soy. Ni tomar una decisión tan definitiva mientras estoy hecha un lío. Ni tampoco ser la clase de persona que deja una relación larga por teléfono.

—Sí, claro. Por supuesto.

—Perfecto. —Puedo oír la sonrisa en su voz y el crujido que hace su silla cuando cambia de posición—. Voy a mirar el calendario… ¿Te viene bien el segundo fin de semana del mes que viene?

Me quedo con la boca tan abierta que casi se me desencaja la mandíbula.

—¿El mes que viene?

—Sí. Ahora mismo tengo unos cuantos proyectos importantes. Estoy hasta arriba de trabajo.

«Pues sí que deben de ser importantes».

Que esté programando con toda la calma del mundo «reconquistarme» dentro de cuatro semanas me deja sin palabras. Si la situación no fuese tan terriblemente decepcionante, tendría gracia. Incluso me reiría si no estuviera tan ofendida. Debería dejarlo todo y venir corriendo. Para hablar. Para pedirme perdón por no haberme consolado cuando le conté lo que me había pasado en el trabajo. Por no ponerse furioso cuando Recursos Humanos me entregó una carta de despido absurda por «bajo rendimiento», justo después de que uno de los directivos me agrediera sexualmente, metiéndome mano.

Y entonces suena el timbre que anuncia el fin de las clases y me salva. Literalmente. Porque entre esta calma y el calorcito del sol, si hubiera tenido un minuto más, le habría soltado algo cruel de verdad.

Y sé que no soy perfecta. Que últimamente no he puesto mucho de mi parte para arreglar lo nuestro. Pero también veo que ninguno de los dos lo ha hecho. Seguimos juntos porque nos resulta cómodo. Por seguridad.

Las puertas se abren de golpe y los gritos alegres de los alumnos llenan el aire.

—Sí, consulto mi agenda y te digo —murmuro.

Y le cuelgo.

Estoy nerviosa, y también me invade una vergüenza que nunca había sentido antes.

Vergüenza por no tener el valor de haber hecho algo respecto a Ryan y a mi antiguo trabajo. Vergüenza porque mi novio desde hace dos años no ha sentido el menor impulso de defenderme en todo lo que ha pasado. Y vergüenza porque no debería dejar que esto me afectara tanto. Soy Rosie Belmont, la chica divertida, alegre, la que siempre está de buen humor…, pero ahora me siento como una versión apagada de mí misma.

Me siento justo como se ve Cora, que se acerca arrastrando los pies, con unas Dr. Martens enormes y cara de pocos amigos.

Estoy a punto de reír, porque tiene exactamente la misma pinta que Ford tenía hoy. Huraña, temperamental… y vestida de negro de pies a cabeza.

—¡Cora! —la llamo, levantando la mano para saludar—. ¡Hoy te llevo yo!

Siento cómo varias miradas se clavan en mí, pero las ignoro.

Ella pone los ojos en blanco y se sube la mochila, tirando de las correas con los pulgares.

—No hace falta gritar —refunfuña al llegar.

—¿Prefieres que la próxima vez baile para que me reconozcas entre la multitud? —le digo, dándole un codazo a modo de broma cuando pasa junto a mí.

Echa un vistazo hacia atrás, niega con la cabeza y señala con la barbilla a un grupo de padres que esperan.

—No. A esos padres salidos de pueblo les pondría demasiado.

Ay, madre. Recuerdo muy bien esta etapa. Cuando te crees que eres mayor y muy guay, pero en realidad estás llena de angustia adolescente y de todos los estados de ánimo posibles.

Siento una punzada agridulce al verla subirse al asiento de copiloto. Puede que ella y yo no seamos tan distintas.

Por eso me obligo a sonreír, abro la puerta del conductor y me siento a su lado.

—Me refería al baile del pollo, no a un *striptease* —digo con fingida decepción mientras arranco el motor.

No responde, pero, cuando la miro de reojo, me parece verla esbozar una sonrisa.



—¿Qué haces? —me pregunta Cora, mirándome con el ceño fruncido desde el asiento del copiloto. He aparcado delante de la oficina cutre de Ford. Cuando pone esa cara, se parece a él.

—Pensar —respondo, retorciendo las manos sobre el volante.

—Pues tienes pinta de que te va a dar algo —dice tan tranquila, mientras se mete un chicle en la boca.

—Sí, es una descripción bastante exacta de cómo me siento ahora mismo.

—¿Es por Ford?

Me dejo caer contra el respaldo y apoyo las manos sobre el volante.

—Es por toda mi vida, ¿sabes?

Cuando la veo asentir, estoy a punto de soltarle: «Pues claro que no lo sabes. Solo tienes doce años», pero hay algo en su mirada que me hace pensar que sí lo entiende.

—Mi trabajo. Mi situación actual. Mi novio. Tener que contarles todo eso a mis padres… Que me diera algo sería la guinda del

pastel.

Se le ilumina un poco la cara al oír lo de «novio». Es algo muy sutil, pero lo noto enseguida por la forma en que se inclina hacia delante y por cómo me observa, con más atención.

—¿Tienes novio?

Suelto un bufido y niego con la cabeza.

—Buena pregunta. Yo también me la hago.

Su suspiro de decepción me arranca una sonrisa.

—¿Y tú? ¿Tienes novio?

Frunce el ceño.

—¿Qué? No voy a chivarme a tu padre…, digo, a Ford. Mierda, lo siento. ¿Cómo se supone que debemos llamarlo?

—¿Jefe?

Suelto una carcajada. Esta cría es la caña.

—A mí me gusta llamarlo Junior.

—Tengo entendido que eso no le gusta nada.

Me acerco un poco y le guiño un ojo con complicidad.

—Por eso mismo.

Me observa como si no supiera muy bien qué pensar de mí. Estoy segura de que no transmito ese rollo maternal al que está acostumbrada con mujeres mayores. Ahora mismo soy un completo desastre como para ofrecerle algo así. Pero tampoco soy lo bastante joven como para parecer una hermana. Supongo que lo más parecido sería una tía enrollada. De esas que agradecen que no las toquen con las manos pegajosas de helado.

Estar con Cora es un soplo de aire fresco, y no estoy segura de querer separarme de ella todavía. Además, no me importa reconocer que puede que su presencia alivie un poco la tensión de lo que estoy a punto de afrontar.

—Oye, ¿quieres venir conmigo a casa de mis padres en vez de quedarte viendo cómo Junior se pasea de un lado a otro con cara de enfado, limpiando un edificio cuando podría pagar a alguien para que lo hiciera por él?

Sonríe de medio lado y mira por la ventanilla.

—Claro. Greta y Andy parecen majos.

—¿Los conoces?

—De vista. Una vez. Parecen dos abuelos.

—¿Tal vez porque lo son?

Me lanza una mirada cortante y se me escapa una sonrisa. Ojalá sigan pareciendo dos abuelitos adorables cuando se enteren de que Rosie, «la niña buena», se ha descarriado y ha perdido de golpe el trabajo, la casa, el novio y la posibilidad de darles más nietos.

Odio decepcionar a la gente.

La ansiedad me revuelve el estómago, pero le dedico una sonrisa forzada a Cora.

—Ve a decírselo a Ford para que no se preocupe. Te espero aquí.

Sale del coche y se aleja dando pequeños saltitos que hacen rebotar su mochila; así parece más niña de lo que dejan ver sus ceños fruncidos y su sarcasmo. La sigo con la mirada, sonriendo y deseando poder recogerla más veces.

A los pocos minutos, sale del edificio… con Ford detrás.

Ni siquiera le dirige una mirada mientras vuelve corriendo al asiento del copiloto.

—¿Por qué viene él?

Se encoge de hombros.

—Ha dicho que quería acompañarnos.

Ford se detiene a unos pasos, observando cómo Cora se abrocha el cinturón, con una expresión de desconcierto en su rostro perfecto. Luego gira lentamente la cabeza hacia el asiento trasero y yo tengo que hacer un esfuerzo enorme para no echarme a reír. Dudo que recuerde cuándo fue la última vez que sentó su millonario culo en un coche sin mampara y sin cubitera de hielo.

Pulso el botón para bajar la ventanilla trasera y digo:

—¿Quieres que te abra la puerta, Junior?

El modo en que ladea la cabeza. Cómo cruza los brazos. Cómo clava los ojos en los míos por encima del reposacabezas de Cora. Todo en él es puro desdén.

Y, aun así, sonrío.

Avanza sin decir una palabra, abre la puerta y se mete como puede en el asiento trasero. Casi me da pena. Mi Subaru Impreza de cinco puertas es práctico, y conducirlo es una gozada, pero no está pensado para que un hombre de su tamaño viaje cómodo atrás.

—No se preocupe, caballero. No vamos lejos. Y si le entra hambre, creo que dejé una barrita de cereales medio derretida en el bolsillo de detrás de ese asiento.

Me sigue lanzando su mejor mirada de desprecio a través del retrovisor, mientras Cora juega al Pokémon GO, fingiendo que no le hace gracia lo que digo.

Entonces Ford extiende el brazo, saca la barrita (que seguro que está caducada), la abre y le da un buen mordisco sin apartar los ojos de los míos.

Veo cómo mueve la mandíbula con firmeza y la barba incipiente hace que baje la vista un instante a sus labios justo antes de que los curve en una sonrisa apenas perceptible.

—Gracias, Rosalie —dice con tono neutro—. Está deliciosa.

NUEVE
Ford

Veo cómo Rosie respira hondo antes de levantar la mano para llamar a la puerta de casa de sus padres. No entiendo por qué está llamando. Ella siempre ha sido más de entrar como una exhalación y anunciar su llegada a voces. Extiendo la mano para apretarle el hombro en un gesto de apoyo, pero los años de práctica me frenan, así que la bajo y me recuerdo a mí mismo que soy su jefe, no su novio.

Aun así, está claro que le pasa algo. No sé qué. Sigue siendo ella, pero se la ve inquieta. Al menos se ha reído cuando me he comido esa barrita caducada. Solo por eso ha merecido la pena, aunque todavía tengo el sabor a avena rancia pegado al paladar.

—¡Rosie, cariño! —Greta Belmont sacude la cabeza y parpadea varias veces, como si no se creyera lo que ven sus ojos—. ¿Qué haces aquí? —Consigue recomponerse lo justo para abrazar a su hija con fuerza.

—Hola, mamá. —Rosie le devuelve el abrazo con la misma intensidad.

—¿Qué haces aquí? —repite Andy desde detrás de su mujer, con un hilo de sospecha en la voz.

Greta se gira y le da un manotazo en el pecho sin soltar a su hija.

—¡Saluda a tu hija como es debido! Ha venido a darnos una sorpresa.

Andy enarca una ceja mientras mira a Rosie. Tiene pinta de ser un gruñón, pero en el fondo es todo corazón. Eso sí, cariñoso no es.

—¿Cómo estás, Rosie Posie? —le pregunta, observándola con atención antes de abrazarla con suavidad. Tiene los mismos ojos azules que Rosie, y el pelo ya empieza clarearle por la parte de arriba.

—Estoy bien, papá —responde Rosie. Se le quiebra la voz un instante, pero lo disimula aclarándose la garganta y repitiendo—:

Bien. —Se separa de él.

Entonces su madre se gira y repara en los que nos hemos dejado arrastrar hasta aquí.

—¡Y has traído contigo a Ford y a Cora!

Greta parece encantada de verme.

A Andy, en cambio, se le ve confundido.

No le culpo. Yo tampoco tengo muy claro qué hago aquí. Quizá ha sido por la forma en que Cora se quedó mirando sus uñas descascarilladas y soltó: «Creo que Rosie está teniendo un ataque de ansiedad. Voy a ir con ella a casa de sus padres. Nos vemos luego».

No iba a dejar que pasara por eso sola.

Rosie me mira por encima del hombro, con las mejillas ligeramente sonrosadas, y se vuelve de nuevo.

—Sí. Mi idea era traer solo a Cora, pero Ford se ha autoinvitado. —Se pasa las manos por la parte delantera de los vaqueros, como sacudiéndose el polvo—. Así que… ¡Aquí estamos!

—Bueno, pasad, pasad. Vamos a tomar un té —dice Greta, guiñándome un ojo—. ¿O prefieres una cerveza? Si no recuerdo mal, a ti y a West os iba mucho cuando erais más jóvenes.

Andy me estudia con atención. No llega a fruncir el ceño, pero su cara no invita precisamente a quedarse. Sospecho que su instinto arácnido le está diciendo lo mismo que a mí: que es bastante raro que su hija, tan independiente y metódica, se presente aquí sin avisar.

—Un té está genial.

Greta sonríe y rodea a Rosie con el brazo, apretándola contra su costado.

—Perfecto. El té es la bebida favorita de Rosie Posie.

Me muerdo el interior de la mejilla mientras entramos en la casa. Supongo que la señora Belmont no ha visto a su hija meterse un *gin-tonic* entre pecho y espalda, como sí he visto yo.

Seguimos a Andy hasta el salón y no puedo evitar fijarme en cómo Cora observa cada detalle. La nueva casa de los Belmont es como una gran caja de hormigón, moderna de arriba abajo, excepto por los muebles.

Se los trajeron todos de su antigua casa. Y, aunque cualquiera pensaría que no pegan nada con los electrodomésticos de acero inoxidable y las paredes gris pizarra, el conjunto tiene cierto encanto ecléctico. No creo que sea intencionado, pero funciona.

Los muebles tienen personalidad. Los asientos de los sofás de terciopelo con estampado floral se hunden un poco en el centro. La mesa baja es un tablero de cristal sobre una base de hierro forjado. Debajo, una alfombra persa en tonos blancos, rosas, azules y un verde menta aporta calidez. Incluso las estanterías tienen un aire a casita de campo *vintage.*

Greta se acomoda en uno de los sofás, al lado de su hija. Cora y yo nos sentamos frente a ellas, cada uno en un extremo del otro sofá. Estoy casi seguro de que es el mismo en el que me desmayé una vez de adolescente, después de beber demasiadas cervezas.

Andy viene al cabo de unos minutos con una bandeja con la tetera, varias tazas y un plato de galletas de mantequilla y la deja en el centro de la mesa antes de sentarse en un sillón reclinable de cuero azul marino, la única pieza que parece comprada en esta década.

—¿No ha venido Ryan contigo? —pregunta Greta mientras sirve la primera taza.

—No —responde Rosie de inmediato, alzando la vista hacia mí mientras Cora se lanza a por las galletas—. Esta vez no.

—Madre mía, esta galleta está sequísima —me susurra Cora, sosteniéndola frente a su cara como si estuviera examinando una muestra de laboratorio.

—¿Está bien? Ese chico se pasa todo el día trabajando.

Rosie aprieta los labios. De pronto tengo la sensación de que está evitando mirarme.

—Sí, trabaja muchísimo.

—¿Demasiado? —añade Andy. Lo plantea como una pregunta, pero sus ojos lo afirman sin rodeos. Como si ya supiera la respuesta.

Greta lo reprende con un gesto mientras Rosie coge una galleta y se la mete en la boca como si así pudiera evitar la conversación.

—Es probable —masculla, limpiándose a toda prisa una miga del labio.

—¿Qué? —dice Andy, todavía mirando a su mujer—. ¿Aparece aquí de repente, sin avisar, con Ford al lado? Siempre supimos que esto acabaría pasando.

Rosie abre los ojos como platos y empieza a toser con fuerza, como si la galleta se le hubiera ido por el lado equivocado. Greta le da unas palmadas en la espalda, pero solo consigue que las migas salgan disparadas de su boca.

Joder. Esta es, sin duda, la merienda más incómoda que he tenido en la vida.

Rosie se lleva una mano a la garganta y coloca la otra sobre la rodilla de su madre, en una súplica silenciosa para que deje de aporrearle la espalda, mientras intenta recuperar el aire.

—Quizá deberías hacerle la maniobra de Heimlich —sugiere Cora desde su extremo del sofá.

Rosie niega con la cabeza.

—No, estoy bien —responde sin aliento. Se pasa el dorso de la mano por la boca para limpiársela y fulmina a su padre con la mirada—. Primero, ¿qué es eso que siempre supisteis que acabaría pasando? —Luego mira a Greta—. Dios, estas galletas están más secas que la arena del desierto.

Cora asiente y suelta:

—Tal cual.

Me inclino hacia delante, apoyo los codos en las rodillas y me froto las sienes. A ver si así consigo inventarme una excusa puramente amistosa para justificar por qué he sentido la necesidad de acompañar a Rosie a esta reunión, como un puto caballero andante.

Pero todas las razones que se me ocurren son justo las que no debería decir en voz alta. Lo que siento por Rosie va mucho más allá de la amistad. Y estoy más contento de lo que debería por tenerla de vuelta en el pueblo.

—A ver, es por la forma en que siempre discutís los dos… —empieza Andy.

—Papá, para. Hay tres razones por las que te equivocas. La primera es que Ford es el mejor amigo de West. La segunda es que ahora es mi jefe…

—¿Cómo? —Greta parece escandalizada.

A Andy cada vez se le ve más suspicaz.

—¿Qué ha pasado con ese trabajo tan importante en la gran ciudad?

Rosie suspira, se endereza y lo encara.

—No funcionó, papá.

Se miran en silencio unos segundos, como si mantuvieran una conversación tácita.

Al final Andy asiente con firmeza y Rosie hace lo mismo.

Los demás nos quedamos mirando, sin entender nada.

—Y bueno —continúa Rosie, señalándome con la mano—, he aceptado un puesto como asistente personal de Ford.

¿Asistente personal? ¿Eso cree que es? Reconozco que hoy no he estado muy comunicativo. Tenerla cerca me tenía en tensión. Era como si no pudiera evitar girarme hacia ella, como si mis ojos se vieran arrastrados contra mi voluntad.

Ha sido bastante desconcertante.

Y eso me ha impedido decirle lo que en realidad tengo en mente para ella.

—No —digo. Rosie da un respingo al oírme alzar la voz—. Voy a contratar a Rosalie como mi directora de operaciones. Justo después de que tengamos una entrevista formal mañana, en la que pueda revisar su currículum y fijemos algunas normas básicas.

—Tiene un máster en Dirección de Empresas —señala Andy con orgullo.

Asiento y lo miro a los ojos.

—Lo sé, señor. He visto su perfil de LinkedIn. —Mis ojos vuelven a Rosie, como siempre. Está tan sorprendida que no me suelta ni un solo comentario mordaz, lo que es todo un hito—. Y estoy seguro de que también tiene una mente privilegiada para los negocios. Por eso quiero que me ayude a poner en marcha Rose Hill Records. Así yo podré centrarme en la parte creativa, con la seguridad de que los números están en buenas manos.

Rosie parpadea, con la boca entreabierta.

—¿Y qué pasará cuando vuelva a la ciudad? —Greta hace la pregunta que no quiero oír, asestándome un golpe directo en el

estómago. Y, en el fondo, sé que probablemente tiene razón.

El bajón que siento es inmediato, tan duro y rápido como la primera vez que Rosie se fue.

Tiene su vida en Vancouver. Un novio.

Y sé que no se quedará mucho tiempo en Rose Hill.

Sin embargo, no quiero pensar en eso.

Nunca lo admitiré en voz alta, pero me emociona demasiado volver a tenerla cerca.

Rosie Belmont se largó hace diez años para empezar su vida y apenas ha vuelto desde entonces. Cuando se fue, me dejó hecho polvo.

Y no quiero ni imaginar lo que podría hacerme ahora si se vuelve a ir.

—Podría teletrabajar. —Fuerzo una sonrisa, miro de reojo a Rosie y añado—: Si eso es lo que quiere, claro.



El agua helada me corre por la piel mientras giro la cabeza para tomar aire con fuerza. Nado con brazadas largas y lentas, aunque mi cabeza va a mil. Nadar suele despejarme, pero hoy, después de esa merienda surrealista, no está funcionando.

Pienso en Cora.

Pienso en el moho que he descubierto esta tarde en una pared del despacho cuando he intentado cambiar un interruptor.

En los artistas que inundan mi bandeja de entrada, con propuestas para trabajar conmigo. En que aún no tengo una fecha de apertura.

Pero, sobre todo, pienso en Rosie.

Por eso me detengo en seco cuando oigo su voz en mitad de mi baño de la tarde.

—¿Me estás espiando, Junior?

Respiro hondo y me aparto el pelo de la cara con ambas manos.

Rosalie está sentada al final del embarcadero, envuelta en una manta con estampado navajo, comiéndose una bolsa de patatas fritas. Me mira como si fuera idiota, como siempre.

—¿Cómo?

—No dejas de pasar nadando por delante de mi embarcadero. Llevo un rato observándote. Vas y vuelves de ese poste a aquella boya, una y otra vez. Como un león enjaulado. O como uno de esos raritos, intentando echarme un vistazo.

A decir verdad, sí que me siento un poco como un león enjaulado. Y mentiría si dijera que no esperaba verla.

—Y encima hace un frío de cojones —continúa ella—. No te van a dar ninguna medalla por nadar en el lago antes de junio.

Sigo moviendo los brazos y las piernas para mantenerme a flote mientras la miro.

—Me gusta nadar. Me despeja. Me deja reventado. Deberías probarlo. Igual te vuelves más agradable.

Se mete otra patata en la boca, balanceando las piernas, que tiene colgando del borde del embarcadero.

—Paso. Verte hacer ejercicio es casi como si lo hiciera yo. Y ambos sabemos que nunca voy a ser agradable contigo y que esa agua está congelada. Solo empeoraría las cosas. No, gracias, caballero.

—Es bueno para el metabolismo —replico sin dejar de mirarla.

Al ver cómo sus ojos se deslizan por mis hombros, aparto la vista. Se me eriza la piel, y el corazón me late un poco más fuerte.

—Si tienes frío, te dejo sentarte en mi embarcadero. Incluso puede que comparta las patatas. ¿De qué sirve tener un buen metabolismo si no puedes comerte unas pocas fritas cuando te da la gana?

Sonrío. Solo un poco, pero es una sonrisa.

—A ver si lo he entendido bien. ¿Vas a dejar que me siente en tu embarcadero y comer de tus patatas?

Se encoge de hombros y me devuelve la sonrisa.

—Sí. Tengo que ser un poquito simpática con mi nuevo jefe.

Niego con la cabeza, pero no digo que no. Nado hasta la orilla, cojo la toalla, me pongo el albornoz, camino por el embarcadero

hasta donde está Rosie y me siento a una distancia prudente.

Me mira ladeando la cabeza.

—No muerdo, Junior. Desde ahí no llegas a las patatas. ¿O quieres que te las lance? Que conste que no me importa. Abre la boca y fingiré que apunto.

Gruño por lo bajo y me impulso con las palmas, acercándome un poco más a ella. Lo justo para llegar a las patatas, pero no tanto como para cruzar la línea de lo profesional. O familiar. O lo que sea que se supone que es para mí la hermana pequeña de mi mejor amigo.

Rosie me tiende la bolsa sin dejar de mirar el agua.

—¿Sigues comiendo solo las Old Dutch de crema agria y cebolla?

Suelta una risita.

—No me puedo creer que te acuerdes. Pero sí. Aunque cada vez me cuesta más encontrarlas en caja. A veces tengo que conformarme con la bolsa —responde, mirando con desdén el envoltorio.

—¿Hay alguna diferencia?

—La caja tiene más encanto. Y creo que saben mejor.

—¿En serio? —Me meto una en la boca y el sabor me transporta de inmediato al pasado: hombros quemados por el sol, pecas en la nariz, toallas mojadas, una pandilla de críos pasando aquí los veranos y empujándose unos a otros, cayendo al agua… Rosie lleva toda la vida comiendo estas patatas, pero yo solo las he comido con ella.

—Sí. Es como beber Coca-Cola en botella de cristal. Mil veces mejor.

Asiento y cojo otra.

—Tienes razón.

Sonríe con satisfacción.

—Qué alegría oír eso. Hacía tiempo que no me daban la razón.

Lo dice como quien no quiere la cosa, pero me deja pensando. Rosie es lista, aguda y brillante. Y, aunque es una experta en soltar pullas, es una tía increíble. ¿Quién coño le ha hecho creer lo contrario?

—¿Dónde está Cora? —pregunta entre crujido y crujido, sin preocuparse por parecer refinada o educada delante de mí. Eso es lo que la hace distinta: me ve a mí, me trata como una persona normal, no como al «multimillonario más atractivo del año» o como quiera que me llamara esa gilipollez de artículo.

No quiero ser ese tío. Y con Rosie, no tengo que serlo.

—Escribiendo como una posesa en su diario. Le pregunté si quería venir al lago conmigo y casi me mata con la mirada.

—Uf. Debería volver a escribir un diario. Es tan catártico. Me va a hacer falta si voy a trabajar contigo todos los días.

Me río por lo bajo y me paso la mano por el pelo, observando cómo el agua se ondula bajo la brisa primaveral.

—No sé qué hacer con ella. Le doy techo y comida, pero somos unos completos desconocidos. No sé cómo ser padre.

—No creo que necesite que seas su padre. Ya tiene uno. O lo tuvo. Solo necesita que estés ahí, de la forma que mejor os funcione a los dos.

—Todo esto es rarísimo, y los dos lo sabemos.

Rosie asiente, pensativa. Sigue balanceando los pies como una niña.

—Sí. Pero ¿sabes?, a veces solo hacemos lo que podemos. Esto es nuevo para los dos. Necesitáis tiempo, un período de adaptación. Y recuerdo cómo era tener su edad: hormonas revolucionadas, dramas, te crees que lo sabes todo. Tenéis que encontrar algo que tengáis en común, algo que podáis hacer juntos y que no parezca un… deber o algo parecido. Está claro que nadar no le va. ¿Qué es lo que le gusta?

Resoplo.

—El negro.

—Pues el negro es un color genial.

—El negro no es un color, Rosie. Es un tono. Y tiene guasa que lo digas tú, que llevas vistiéndote casi exclusivamente de rosa desde que te conocí con nueve años.

Se ríe.

—Menudo friki estás hecho. Y no me visto solo de rosa. Ahora mismo, por ejemplo, llevo un sujetador y unas bragas rojas.

Me quedo inmóvil un instante, y luego me tapo la cara con la mano y exhalo, fingiendo estar exasperado cuando en realidad lo que necesito es recomponerme.

Y no imaginarme a Rosie Belmont en lencería roja.

Oigo su risa suave.

—Relájate, Junior. Era broma.

Y entonces… me lanza una patata a la cara.

Abre mucho los ojos, sorprendida por su propio impulso, y se echa a reír con una leve sacudida de cabeza.

—Te juro que cuando estoy contigo me comporto como una cría.

Suelto una carcajada, me miro las manos y le lanzo una patata de vuelta.

—Ford Grant, no me puedo creer que acabes de hacer eso. —Lo dice con un jadeo, intentando no reírse. Se le inflan los mofletes, como dos manzanas sonrojadas. Si tengo que tirarle patatas todos los días para hacerla reír así, con ese tipo de risa que hace que te duela el estómago y que te expulsen de clase, lo haré encantado.

Le lanzaré patatas a Rosie Belmont todos los putos días.

Le guiño un ojo y le tiro otra, que le da justo en el labio superior, dejando un rastro de polvo de crema agria y cebolla.

Ella echa la cabeza atrás y se ríe a carcajadas. La coleta le cae en cascada por la espalda. Coge otra patata con lágrimas en los ojos, pero antes de que pueda arrojármela, le agarro la muñeca.

Seguimos riéndonos mientras la atraigo hacia mí con un tirón juguetón y estiro la mano para quitarle la patata que tiene entre los dedos. Rosie cae sobre mí, y el snack se deshace entre los dos mientras forcejamos como dos críos peleando por un juguete. La bolsa acaba tirada al otro lado de ella.

Entonces apoya la mano libre en mi pecho desnudo, entre las solapas de mi albornoz, y ahí se acaba la risa.

Rosie baja la vista hasta donde su piel roza la mía. Ese jugueteo infantil que teníamos se escurre entre las tablas del embarcadero y se disuelve en el lago.

Cuando vuelvo a mirarla, la veo humedecerse los labios mientras curva las yemas de los dedos en el hueco que tengo bajo la clavícula. Me mira sin disimulo, a conciencia.

Y yo estoy demasiado aturdido para moverme. Demasiado débil para detenerla.

—¿Se puede saber qué coño estáis haciendo? —La voz de West corta el aire del atardecer como un látigo. Rosie alza la vista y me mira a los ojos.

Los dos nos incorporamos de golpe, como si nos acabaran de pillar haciendo algo malo.

Todavía estoy intentando reaccionar cuando me da una palmadita en el hombro, como si estuviera consolando a un niño, y susurra:

—Lo siento.

Y, sin previo aviso, me empuja al lago entre las risas de su hermano.

Me sumerjo bajo el agua solo unos segundos antes de salir a la superficie.

—Recordando los viejos tiempos —le grita a West, que se acerca por el embarcadero.

Los dos Belmont estallan en carcajadas mientras yo me limpio el agua de los ojos y miro hacia arriba. Luego señalo a Rosie, sin tener muy claro qué acaba de pasar, pero con una certeza absoluta:

—Esto no te va a salir gratis, Rosie Posie.

DIEZ
Rosie

En cuanto entro en el edificio con olor a humedad que llamamos oficina, estoy lista para enfrentarme al día.

He optado por un *look* de trabajo menos formal de lo habitual, pero llevo una americana de un rosa palo (sí, rosa), y eso me hace feliz. La he combinado con una camiseta blanca, unos vaqueros anchos y unas botas de ante beis de tacón ancho. Con un poco de suerte, cuando le dé una patada en el culo a Ford por ser tan desconcertante, le dolerá.

El tirón de pelo. Cómo se quedó completamente inmóvil cuando le hice la broma de lo de la lencería roja. Cómo me arrastró hacia él. Ese pecho marcado asomando bajo el albornoz que me volvió loca. Que me dejara tocarlo…

Sí, voy a darle una buena patada en el culo.

Ford ya está aquí, sentado en el viejo escritorio, sujetando el teléfono entre el hombro y la oreja. Se le ve relajado con los brazos cruzados, las piernas estiradas y recostado en el respaldo. Puedo oír vagamente a alguien al otro lado de la línea y, mientras él escucha, intento no quedarme mirándolo. O mejor dicho, no fijarme en lo que ahora sé que es un pecho esculpido bajo ese jersey grueso de punto. También lleva unas pulseras de cuentas sobre un reloj que brilla lo justo para atraer la atención.

Pelo revuelto. Botas desgastadas. La barba un poco más crecida que ayer…

Es como estar delante de una luz roja parpadeante. Hay mil razones por las que no debería dejar que mi cerebro siga por ese camino.

Mi hermano. Mi novio… o compañero de piso. Necesito centrarme en el trabajo y no en la transformación que ha sufrido Ford en la última década, que lo ha convertido en un imán para las miradas.

Me armo de valor, lo saludo con la mano y me doy la vuelta con la sensación de haber recuperado el rumbo. O, al menos, de tener claro qué carril debo evitar.

Pero cuando por fin me fijo en la estancia, freno en seco, porque, justo en frente del escritorio de Ford, como a unos seis metros, hay otro escritorio. Con otra silla. Orientada hacia él.

¿Qué es esto? ¿Una cámara de tortura especialmente ideada para mí? ¿Voy a tener que trabajar todo el día frente a Ford? Ni de coña.

Me acerco al escritorio con paso decidido, pero me detengo al ver lo que hay encima.

La tapa del libro luce un estampado de mariposas sobre un campo de flores que revolotean entre los pétalos. Esta solía ser brillante, pero ahora tiene manchas de humedad y está un poco sucia en una esquina.

Me llevo las manos al pecho y froto en círculos lentos mientras miro mi diario. El mismo que tiré por una ventanilla hace años. El cierre de metal está roto, pero el candado en forma de corazón sigue ahí, colgando de las dos anillas destinadas a mantenerlo cerrado, aunque ahora está tan abierto como lo estaba mi corazón cuando lo escribía.

Si alguien quisiera leerlo, se encontraría con una montaña rusa por mis pensamientos y emociones sin filtro. De hecho, si no recuerdo mal, en la primera página puse algo así como: «Léelo bajo tu propia responsabilidad. Puede que aquí te ponga verde».

Doy unos cuantos pasos más y me planto justo delante del diario. Paso los dedos por la tapa y noto el contraste entre la zona mate y la brillante.

De pronto, se me llenan los ojos de lágrimas y no sé muy bien por qué. Tal vez porque estoy frente a una reliquia perdida de mi adolescencia.

Giro la cabeza y miro a Ford por encima del hombro.

Él ya me está observando, y no aparta la vista mientras responde al teléfono:

—Me parece un buen plan. ¿Por qué no lo comentas con ellos y luego me cuentas?

Cuelga sin despedirse. Seguro que a algunas personas eso les parecería un gesto de mala educación, pero estoy convencida de que, para Ford, es pura eficiencia.

—¿Has sido tú quien ha puesto esto aquí? —Señalo el diario mientras me giro del todo hacia él. Todavía no lo he cogido. No sé si estoy preparada.

—Sí. —Se inclina hacia delante para dejar el móvil en la mesa y vuelve a recostarse, entrelazando las manos por detrás de la cabeza como si estuviera en una hamaca.

Se me seca la garganta.

—¿De dónde lo has sacado?

—De la cuneta. Lograste que volara por encima del arcén y cayera entre un tronco caído y un álamo.

Frunzo el ceño, confundida, porque nada de esto tiene sentido.

—¿Y seguía allí después de todos estos años? —En cuanto lo digo, sé que es una pregunta absurda. No estaría así tras una década olvidado en el suelo del bosque.

—No. Fui a buscarlo al día siguiente de que lo tiraras. —Ladea un poco la cabeza, como si meditara lo que va a decir a continuación—. Me llevó unos cuantos viajes.

Parpadeo, intentando asimilar sus palabras.

—¿Me estás diciendo que volviste varias veces a buscar mi diario?

Se encoge de hombros en una confirmación tácita.

—¿Por qué? —No lo entiendo. Todo el tiempo y el esfuerzo que debió de suponerle solo por la hermana pequeña de su mejor amigo, la que se pasaba los veranos tocándole las narices.

Entonces caigo en la cuenta y lo señalo con un dedo acusador.

—Querías leerlo, ¿verdad?

Me mira con una expresión inescrutable. Voy hacia él, encantada por haber encontrado una nueva forma de meterme con él.

—¿Leíste mi diario, Junior? ¿Tenía chicha?…

—No, nunca lo he leído. —Se endereza y se inclina hacia el escritorio. Luego, sin mirarme, abre el portátil con gesto displicente—. No te haría eso. Pero pensé que quizás algún día querrías recuperarlo. Y cuando por fin lo encontré, ya te habías ido a la universidad y me olvidé de él. No te he visto desde entonces.

—Pero has visto a West.

Asiente. Sigue evitando mirarme. Si no lo conociera, diría que está nervioso. O incluso avergonzado.

—Podrías habérselo dado a él.

—Podría.

De repente, la que está nerviosa soy yo. Este hombre hizo algo bonito, incluso tierno, hace muchísimo tiempo y no sé cómo reaccionar.

Está claro que no quería que nadie lo leyera. Y West lo habría leído encantado porque es un tocapelotas nato. Habría hecho una lista negra con todos los chicos mencionados o habría soltado alguna broma incómoda en la cena de Navidad.

—Vaya. —Me paso los dedos por el pelo, que me he esmerado mucho en ondular—. Así que lo que quieres es que me sienta culpable por haberte empujado al lago ayer, ¿eh?

Eso le hace contraer la mejilla y lanzarme una mirada furtiva.

—¿Funciona? ¿Te sientes culpable? —pregunta, antes de volver a bajar la vista a la pantalla.

Ahora soy yo la que lo mira con cara de póker. Porque, después de esa revelación, Ford me hace sentir muchas cosas…

Y «culpable» no está entre las primeras.

Me deja sin palabras.

Me conmueve.

Me desconcierta…

Ford rompe el silencio sin mirarme.

—Cuando termines de mirarme embobada, ¿puedes buscarme un contratista que no me intente tomar el pelo con la reforma de este sitio? Ah, y me gustaría ver tu currículum. Más que nada para poder decir que no les mentí a tus padres.

Y ahí es cuando decido que no, que no me siento culpable por haberlo empujado al lago.

Ni un ápice.

Cora parece una nube de tormenta adorable cuando sale a zancadas por la puerta principal del instituto. Ford insistió en que, como su directora de operaciones, no hacía falta que fuera a recogerla yo. Le respondí que así él podría trabajar más tranquilo por las tardes, pero lo cierto es que esta excursión diaria me da el respiro que necesito para librarme un rato de la presión de su mirada mientras trabajo. Además, Cora me cae bien. Me gusta estar con ella. Me hace reír incluso cuando no me apetece, así que recogerla es más un placer que una obligación.

Cuando me ve, alzo las dos manos como si fuera a saludarla. Pero en vez de eso, junto los pulgares y los dedos y empiezo a hacer el baile del pollo.

En cuanto se da cuenta de lo que estoy haciendo, abre los ojos como platos y acelera el paso.

Me meto los pulgares bajo las axilas y empiezo a agitar los brazos como si aleteara. Cora ya está tan cerca que no puedo contener la risa. No la conozco lo suficiente como para tomarme estas confianzas con ella, pero por algún sitio hay que empezar.

Alguien debe de estar observándonos, porque justo antes de llegar hasta mí, veo cómo gira la cabeza de golpe, entorna los ojos hacia un hombre y espeta:

—¿Y tú qué miras?

A mí me entra la risa tonta. No sé quién es, aunque últimamente no conozco a mucha gente de por aquí. En solo diez años, Rose Hill ha pasado de ser un refugio pintoresco junto al lago a un pueblo de montaña en plena expansión.

—Hola, Cora —le digo con calma mientras la veo rodear el coche y dejarse caer en el asiento del copiloto.

—Hola, Rosie.

Entro, me pongo el cinturón y arranco el motor para salir del aparcamiento.

—¿Qué tal te ha ido hoy en el instituto?

—Bien, hasta que te pusiste a hacer el baile del pollo a la salida.

—¿Crees que mañana todos tus compañeros hablarán de mí? —Le lanzo una mirada burlona. Sé que le está haciendo gracia porque

reacciona como lo haría una cría de su edad: apretar los labios y girar la cabeza para mirar por la ventanilla.

—A veces me recuerdas a mi padre. Él también habría hecho algo así.

Cuando me doy cuenta de que no se refiere a Ford, me quedo un instante en silencio, pero decido no andarme con rodeos.

—Ah, ¿sí? Tenía que ser un tío guay.

—Lo era —responde en voz muy baja, con la mirada fija en el cristal.

—¿Cómo se llamaba? —pregunto mientras salimos de la zona de recogida y entro en una calle más tranquila.

—Doug.

—Bueno, pues si crees que a Doug le habría gustado mi baile del pollo, seguiré haciéndolo.

Ahora sí suelta un bufido divertido.

—Uf, sí. Ford se parece más a mi madre. Tú eres el Doug de esa relación.

La señalo con el dedo.

—Pero Ford y yo no estamos juntos. Solo somos dos amienemigos de la infancia que ahora, además, son jefe y empleada.

Me lanza una mirada que dice claramente que soy idiota. Es una de sus mejores expresiones, se nota que la tiene muy perfeccionada y, la verdad, es algo que me fascina de ella.

—¿Amienemigos?

—Sí. Es la palabra perfecta para describirnos. —La miro de reojo y vuelve a observarme como si fuera la persona más tonta del planeta.

Pero lo único que consigue es hacerme sonreír.

—Entonces en el instituto todo bien, ¿no? ¿Estás haciendo amigos?

Se encoge de hombros.

—Sí.

Vale, hemos entrado en el terreno de las respuestas con monosílabos. Ya volveremos sobre eso otro día. O me daré un paseo por los pasillos como quien no quiere la cosa y lo veré con mis propios ojos.

—¿Y qué tal con Ford?

Hoy me ha sacado de quicio. Pensaba que estábamos teniendo un momento bonito, una especie de conexión sincera por lo del diario, pero luego se ha cerrado en banda. Y cuando le he dado mi currículum, lo ha examinado a fondo, con el ceño fruncido, bolígrafo rojo en mano y dándose golpecitos en los labios con él. Yo lo he observado desde mi mesa. Bueno, más bien, lo he fulminado con la mirada. Y entonces ha escrito «CONTRATADA» en el margen superior, ha venido hasta mí y lo ha dejado caer sobre mi escritorio con una sonrisita insoportable.

Cora vuelve a encogerse de hombros.

—Mola.

—Ah, ¿sí? —No puedo evitar la diversión en mi voz. «Mola». Me encanta que lo vea así. Mucha gente no lo vio así nunca. Era demasiado intelectual, demasiado raro. En este pueblo le han colgado mil etiquetas, pero nunca se han referido a él como alguien que molara. Y aunque yo nunca lo he dicho en voz alta, siempre he pensado que lo era.

Ella asiente.

—Sí. Aunque no… —hace un gesto con la mano, como buscando las palabras adecuadas— no hablamos mucho, supongo. —Se encoge de hombros otra vez y se queda callada.

Noto que está pensando, que tiene lo que quiere decir en la punta de la lengua, así que no digo nada y espero a que lo suelte.

—Pero me encanta Gramophone. Escucho toda mi música ahí. Y esta mañana lo he oído hablar con Ivory Castle. Antes solo era una de esas estrellas pop cutres para adolescentes, pero luego grabó con él y le dio un aire completamente nuevo. ¿Has oído su nuevo single? Tiene un sonido áspero y rasgado, pero es lo bastante comercial como para que le guste incluso a la gente con mal gusto musical. Toca la guitarra y todo. Es genial. Siempre que consigas olvidarte de toda la basura que sacó antes.

Me muerdo tan fuerte el interior de la mejilla que creo notar el sabor de la sangre. Con todo ese sarcasmo que destila, no me había dado cuenta de lo mucho que esta chica admira a Ford.

—Eso sí que mola. ¿Se lo has dicho?

Agita una mano en el aire como si espantara una mosca.

—Qué va. La mayoría de las veces solo me mira como si le diera miedo.

Siento una punzada de compasión por Ford. Es cierto que está completamente perdido con ella.

—No quiero complicarle la vida, así que no tiento a la suerte. Es alguien importante y está muy ocupado.

Y ahora la punzada es por Cora. Porque eso me suena demasiado. Me pasé tantos años intentando no dar problemas a mi familia, pasar desapercibida, que ahora me doy cuenta de todas las oportunidades que perdí para tener con ellos una relación más profunda. No es que esté resentida con mis padres por dejar que me convirtiera en la hija invisible, pero sí aprendí a no apoyarme en ellos, a no contarles nada. Y, en parte, también fue culpa mía. Vi la ansiedad que les generaba West y decidí no darles más quebraderos de cabeza.

Ahora que lo pienso, me sentí muy sola. Y no quiero eso para Cora… ni para Ford.

—No es tan borde como parece a veces —le digo por fin—. No te lo tomes al pie de la letra. Y sé que cuesta. Créeme, lo sé. —Porque es verdad. Por mucho que me queje y despotrique de él, sé que es buena gente y sé cómo hace las cosas—. Y te aseguro que no le estás complicando la vida. No te conviertas en una molestia cuando no lo eres. Puede que aún no te conozca bien, pero quiere hacerlo. Lo que pasa es que no sabe por dónde empezar.

Cora asiente con seriedad y nos sumimos en un silencio cómodo. Subo el volumen de la radio para lo que queda de trayecto hasta Rose Hill Records y niego con la cabeza con una sonrisa en los labios.

Él la mira como si le diera miedo.

Y ella lo mira con admiración.

Pero los dos son demasiado parecidos como para decirse una sola palabra.

Es adorable.

ONCE
Ford

—Te he dicho que como de todo —responde Cora, sentada en un taburete de la cocina. Está tan absorta en un libro que ni se molesta en mirarme mientras le pregunto qué le apetece cenar. Pasa las páginas sin más, mientras yo me desespero, intentando averiguar qué le gusta comer para poder prepararselo.

Acabamos de intentar llamar a su madre a la clínica, pero Marilyn no estaba disponible. Y, aunque no quiera admitirlo, sé que le ha dado un bajón. Está intentando hacerse la dura, pero noto que la echa mucho de menos. Y no la culpo.

Por eso estoy intentando compensárselo de algún modo.

—Si pudieras cenar cualquier cosa del mundo, ¿qué elegirías? —Miro el interior de la nevera. Obviamente no tengo todos los ingredientes del mundo ahí dentro, pero si me dijera lo que de verdad le gusta, podría prepararle algo parecido. O encargarlo si hiciera falta.

—Lo que sea.

La veo encogerse de hombros por el rabillo del ojo. ¿Yo también era así de adolescente? Lo sabría si me hubiera molestado en contarle a mi familia lo de Cora. A mi madre, a mi padre, a mi hermana la bocazas… Todos tendrían algo que decir. Y seguro que también recibiría muchos consejos útiles… y unas cuantas críticas. Me dirían que no debería haberme metido en esto. Que ha sido algo impulsivo. Que estoy arriesgando mi estabilidad financiera. Que no tengo ninguna obligación legal.

Y tendrían razón. Pero me siento demasiado protector con Cora.

Cualquier comentario crítico o sugerencia de que haga menos de lo que ya hago podría hacerme saltar como una fiera. En plan «papá oso» desatado. Es una sensación nueva; una con la que todavía estoy lidiando y que me ha impedido hablar de esto con nadie más.

—Entonces…, ¿ancas de rana?

Veo cómo asoma sus ojos color avellana por encima del libro.

—Vale.

—¿Hígado?

—Me encanta.

—¿Caviar?

—Cómo se nota que eres un pijo.

Mierda, esa ha sido buena. Me paso la mano por la boca para disimular la sonrisa.

—¿Perritos calientes?

Me mira desconcertada.

—¿Sabes que eso es lo más asqueroso que has dicho hasta ahora? ¿Tienes idea de lo que llevan?

Saco el paquete de la nevera y lo leo.

—Sobras de carne.

Cora se limita a asentir. Bueno, al menos ya no me está ignorando con ese libro de terror de Stephen King que está leyendo para demostrar que no es la típica cría de su edad.

—¿Te resultarían menos ofensivos si asamos las salchichas en una hoguera?

Se le iluminan los ojos un instante, pero enseguida vuelve a adoptar su pose de chica fría e indiferente.

—¿Tienes galletas, chocolate y nubes para hacer *s'mores?*

Soy un soltero de treinta y dos años adicto al trabajo. Por supuesto que no tengo lo necesario para hacer *s'mores,* pero lo único que digo es:

—No.

Puede que Cora crea que no deja traslucir nada, pero yo percibo al instante cómo se le caen los hombros.

—Puedo ir a comprar lo que hace falta.

—No. Da igual. Salchichas asadas me parece bien. Voy a por un jersey.

Cuando sube las escaleras, yo ya estoy en modo resolución de problemas. Porque si esa niña quiere *s'mores,* eso es lo que va a tener.

Busco el móvil de Rosie con un rápido deslizamiento del dedo en la pantalla y la llamo sin pensármelo dos veces.

—Ya sabía yo que me estabas espiando —responde a modo de saludo.

Pongo los ojos en blanco, de pie en medio de mi enorme y vacía cocina, y voy directo al grano.

—¿Tienes los ingredientes necesarios para hacer *s'mores?*

—Tío, ¿tú has visto la cabaña en la que vivo? Tengo un hornillo eléctrico, una tostadora y un hervidor en un rincón. Me alimento a base de patatas de crema agria y cebolla de una marca cutre porque en el supermercado de este pueblo no venden Old Dutch.

—Vale, olvídalo…

—Pues claro que tengo los ingredientes para hacer *s'mores.*

—Estás hecha polvo, Rosie.

—¿Qué has dicho? ¿Que estoy para echar un polvo?

No digo nada. Cualquier respuesta que le diera me dejaría en evidencia. Y más aún cuando me he puesto rojo como un tomate solo de pensarlo.

—¿Puedo pasar a recogerlos?

—No.

—¿No?

—¿Por qué iba a compartirlos contigo? Eres un billonetis.

—Esa palabra no existe.

—Lo sé, pero suena genial y me hace gracia.

Lo intento una vez más.

—Son para Cora.

Rosie se queda callada un segundo y luego dice:

—Ah, bueno, ¿por qué no me lo has dicho antes? Te los llevo ahora mismo.

Y me cuelga.



—¿Sabes encender una hoguera?

Cora está justo detrás de mí mientras coloco las ramitas y unas bolas de papel de periódico en la base.

—Claro —respondo.

—Pensaba que eso te lo hacía el mayordomo.

Me siento sobre los talones, aún de rodillas, y alzo la vista hacia la cara llena de sarcasmo de Cora.

—Madre mía. ¿Rosie y tú os habéis puesto de acuerdo para burlaros de mí hoy?

Suelta una risita que no le había oído nunca.

—No. Ojalá lo hubiéramos hecho.

—Al final vais a conseguir que me entre algún complejo. —Me sacudo las manos—. ¿Quieres encenderla tú?

—¿Yo?

—Sí. Creo que añadir la piromanía a tu perfil psicológico te vendría al pelo.

Cora no se ríe. Me observa, sopesando mis palabras. ¿Me he pasado? No debería vacilar a una cría de doce años.

A mi «hija» de doce años.

Pero entonces dice:

—Esa ha sido buena.

—Ah, ¿sí?

Otra risita.

—Sí. Y quiero encenderla. Enséñame cómo.

—¿Nunca lo has hecho?

Se encoge de hombros.

—Mi padre tenía ELA.

Ya lo sabía, pero no entiendo qué tiene que ver eso con encender una hoguera.

—Pues… eso. Cada año se movía menos. Mi madre lo ha cuidado desde que tengo uso de razón, y yo me adapté a la situación. No íbamos de acampada ni cosas por el estilo. O quizá sí, pero era tan pequeña que no lo recuerdo.

Y ahí es cuando decido cuál va a ser nuestro objetivo: hacer todas las cosas que nunca pudo hacer. Cosas sencillas. Cosas propias de la infancia. Cosas en las que ella forme parte.

Eso es lo que Marilyn quiere para ella.

—Aunque te parezca mentira, a mis padres les encantaba ir de acampada. Antes de que se compraran la casa aquí, cuando yo tenía

tu edad, íbamos siempre. Y luego también seguimos haciéndolo.

—¿Tus padres tienen una casa aquí?

Asiento y saco el mechero de mango largo que he traído de casa.

—¿Puedo conocerlos algún día?

Su pregunta me pilla desprevenido. Normalmente la gente solo quiere conocer a mi padre porque es… él. Porque es famoso.

—¿Quieres conocer a mis padres?

Otro encogimiento de hombros. Debe de tener los trapecios de hierro de tanto hacerlo.

—Sí. Nunca he tenido abuelos. Podría estar bien.

Parpadeo un par de veces. ¿Me está diciendo que quiere conocer a mis padres para saber lo que es tener abuelos? Debería tener cuidado con lo que desea, porque después de ver cómo se comportan con los hijos de mi hermana, sé que son de lo más exagerado.

—Vale. Sí. Les preguntaré cuándo van a venir por aquí. —No le digo que aún no les he hablado de ella. Y de pronto me siento fatal por no haberlo hecho.

—¡He traído cervezas y *s'mores!* —anuncia Rosie, reventando mi burbuja de culpabilidad mientras sube desde el lago.

La valla que separa las dos propiedades no llega hasta el agua, así que es más rápido venir andando que dar toda la vuelta en coche. Aun así, me sorprende verla. Me recuerda a cuando éramos pequeños y recorríamos el pueblo en bici como una pandilla de inadaptados. Aparecíamos en la casa del otro sin avisar, con el pelo revuelto, aclarado por el sol, y las uñas llenas de tierra.

Sin una sola preocupación.

Rosie ya no se parece en nada a aquella niña. Lleva un forro polar enorme, blanco y suave, que parece una manta, el pelo recogido en una coleta alta con una goma de terciopelo rosa fosforito, unos calcetines mullidos, unas Birkenstock y unos leggings negros.

Más de uno diría que va hecha un cuadro, pero yo la veo guapísima. Chaqueta y tacones durante el día y esto por la noche. Creo que lo que más me gusta de esa dicotomía es que se pone lo que quiere, cuando le da la gana, y todo le queda bien.

Tengo la sensación de que no le importa lo más mínimo lo que piense de ella. Y eso me parece maravilloso.

Cuanto más la miro, más noto una opresión en el pecho. Me llevo la mano al corazón para intentar aliviar esa punzada, procurando no pensar demasiado en cómo está reaccionando mi cuerpo.

—¡Hola! —Cora la saluda con tanto entusiasmo que casi tengo que pellizcarme. No esperaba que mostrara tanta alegría al verla, pero… me pasa lo mismo.

—Hola, mi pequeño nubarrón —responde Rosie, dejando las cervezas y la comida sobre la hierba.

¿«Mi pequeño nubarrón»?

Se acerca a la hoguera donde estamos agachados y le revuelve el pelo a Cora con cariño. Ella pone los ojos en blanco, pero luego baja la cabeza y sonríe con timidez. Rosie tiene ese don: es capaz de derribar cualquier barrera o rastro de incomodidad. En cuanto entra en cualquier sitio, cae bien a todo el mundo sin ni siquiera intentarlo.

Ella es el sol, y los demás solo somos simples rocas orbitando a su alrededor.

—Hola, mi gran nubarrón —me saluda, justo antes de restregarme los nudillos por la coronilla.

—Muy profesional, Rosalie.

Intento no mirarla, pero me quedo helado cuando noto la uña de su dedo índice recorriéndome el borde de la oreja. Sé que lo hace de broma, pero no puedo evitar que se me corte la respiración.

Y cuando se inclina lo bastante cerca como para que sea de todo menos profesional, y su aliento me roza el cuello, se me para el corazón.

—No estamos en el trabajo, Junior —susurra.

Le lanzo una mirada de advertencia por el rabillo del ojo, pero Cora me interrumpe, riéndose.

—Es verdad que lo odia a muerte, ¿eh?

Sé que se refieren al apodo, pero yo sigo atrapado en la sensación de los dedos de Rosie sobre mi piel. Esa parte no la he odiado en absoluto.

Rosie se aparta, rompiendo el contacto.

—Oh, sí. Siempre lo ha odiado. Te he traído un refresco, ya que no puedes beber cerveza. —Ladea la cabeza, pensativa—. ¿Cuándo empezamos nosotros a beber, Ford?

—Ni idea. Yo solo recuerdo que tú bebías *gin-tonic.*

Ella suspira con nostalgia y se deja caer en un tocón a modo de asiento.

—Dios, me encanta el *gin-tonic.* Es un quitabragas total.

Toso, pero Rosie sigue a lo suyo, ignorándome.

—En fin, Cora, he ido a la tienda y he encontrado esta cerveza de raíz sin alcohol que hacen en el pueblo.

—¿Has ido a la tienda? —pregunto, animando a Cora con un gesto para que se acerque y encendamos el fuego.

Rosie se encoge de hombros.

—Pues claro. No iba a presentarme sin traerle nada a Cora.

Cora se arrodilla a mi lado, y al ver sus piernas junto a las mías y sus manos aferradas al mechero, me doy cuenta de que, pese a toda su actitud, sigue siendo muy pequeña.

La miro mientras intenta desbloquear el seguro y encenderlo. De pronto, soy consciente de lo joven que es, de lo sola que está, de que ya lleva varios días aquí y de que lo único que he hecho ha sido comportarme como un torpe con ella.

—Anda, ven. —Le paso el brazo por los hombros—. Yo me encargo del seguro. Tú enciende la llama y prende el papel.

Cora asiente y se muerde la lengua, concentrada. Encender un mechero parece lo más sencillo del mundo, pero entonces recuerdo cómo se ha comportado antes en la cocina, sentada, leyendo un libro sin molestar, siempre demasiado complaciente, y me doy cuenta de que se ha acostumbrado a todo con tal de hacerles la vida más fácil a sus padres.

—¡Ya está! ¡Se ha encendido! —chilla emocionada.

Se me humedecen los ojos al verla ilusionarse con una simple llama.

—Vale, ahora ve con cuidado —le indico mientras acerca la llama al papel arrugado—. Sopla despacio.

—¿No se apagará?

—No, solo un poco, lo justo para que se avive.

No me mira, pero me devuelve el mechero, apoya las palmas sobre los ladrillos que rodean la hoguera y sopla con cuidado. Cuando las llamas empiezan a alzarse, se le iluminan los ojos. En realidad, todo en ella parece brillar, y por fin siento que estoy haciendo algo más por esta niña que ser solo su tutor legal.

Sonrío, pero no estoy mirando al fuego.

Estoy mirando a Cora.

Y cuando alzo la vista, los ojos de Rosie también brillan. Solo que me está mirando a mí.

DOCE
Rosie

No puedo ignorar el impulso repentino que me invade en cuanto Ford se levanta para llevarse a acostar a Cora. Meto la mano en el bolsillo, saco el móvil y escribo enseguida un mensaje a Ryan.

Yo: ¡Hola! Seguro que ahora mismo estás trabajando. Solo quería saber si tu agenda sigue igual de llena o si has encontrado algún hueco libre. Creo que tenemos que hablar. ¿Este fin de semana quizá?

Me quedo mirando la pantalla encendida y, al cabo de un minuto, aparecen los tres puntitos grises. Empiezan. Se detienen. Pasan varios segundos y vuelven a aparecer. Ese patrón continúa mucho más de lo que debería tardar en escribir una respuesta sencilla, pero sigo ahí, esperando a que aparezcan las palabras.

Ryan: ¡Hola, cariño! Ojalá pudiera. Estoy saliendo de viaje para una vista de obra, así que ni siquiera voy a estar en la ciudad. Ahora estoy muy liado. Te llamo esta noche cuando llegue a casa.

Me entran ganas de corregirle y decirle que se dice «visita de obra» no «vista de obra», pero esa tentación queda sepultada bajo mi absoluta indiferencia. Ni siquiera me molesto en responder. Guardo el móvil en el bolsillo con un gesto de fastidio y vuelvo a disfrutar del calor crepitante del fuego que tengo delante.

Estoy completamente absorta viendo danzar las llamas cuando Ford se sienta en el tocón de al lado.

—Toma —dice con voz ronca, envolviéndome los hombros con una manta.

Me deja sin palabras que haya bajado de su casa solo para traerme una manta.

Pero opto por no tomarle el pelo. Después de tanta comida, estoy más relajada de lo normal.

—Ha sido divertido. Gracias por invitarme.

Es tan alto y nuestros tocones están tan juntos que nuestras piernas acaban rozándose.

Decido que es mejor no pensar demasiado en eso.

Oigo cómo suelta una risa baja y ronca mientras seguimos mirando el fuego. El lago brilla en la oscuridad al fondo y un búho ulula en los árboles.

—No te he invitado, solo te he preguntado si tenías los ingredientes. Te has invitado tú sola.

—Bueno, al menos he traído cerveza.

Coge la suya y le da un buen trago. No sé por qué, pero el sonido que hace al tragar me resulta de lo más viril.

—Aunque hubieras venido con las manos vacías, nos habríamos alegrado igual de verte.

—Querrás decir Cora. —Le doy un codazo, intentando devolver la conversación a un tono ligero. Porque ahora hay algo distinto en Ford.

Hace diez años, esa intensidad suya me parecía torpe, incluso entrañable. Ahora… no lo sé. Me pone nerviosa, como si no pudiera soportar que toda su atención se centrara en mí sin que me pique la piel.

—No. Yo también me habría alegrado de verte.

Ahora soy yo la que le da un buen sorbo a la cerveza. Ya no está fría. El calor de las llamas ha templado la lata y ha perdido algo de gas. Aun así, me la bebo como si estuviera en el desierto muerta de sed.

—Has cambiado —es lo único que atino a decir.

Se inclina un poco más hacia mí, chocando su hombro con el mío.

—Tú también.

—Supongo que eso es algo bueno, ¿no? —bromeo, devolviéndole el empujón—. Si mal no recuerdo, no te caía muy bien cuando éramos críos.

Sonríe con suficiencia, con la vista todavía clavada en el fuego que ha encendido con su hija. Luego gira la cabeza y me mira

directamente.

—Recuerdas mal, Rosie.

El corazón se me acelera. No sé qué responder, así que hago como si no hubiera dicho nada. Quizá he sobredimensionado el peso de sus palabras y por eso se me ha hecho un nudo en el estómago. Sí, seguro que he exagerado el efecto que me ha causado su voz al pronunciarlas, con ese retumbar grave que me ha resonado en el pecho.

—Creo que Cora se lo ha pasado muy bien esta noche —suelto con la garganta reseca. Entonces me fijo en que, entre codazos y empujones, hemos terminado mucho más cerca de lo que deberíamos.

Pero ninguno hace el amago de apartarse. Al contrario, cuando quiero darme cuenta, estamos cara a cara, y sus ojos verdes brillan como las hojas bañadas por el sol en pleno verano.

Me humedezco los labios y él baja la mirada.

—¿Cora?

—Sí. Ha comido, se ha reído, ha hablado un poco de música… Creo que… —Recorro su rostro con la mirada. ¿Cuándo se ha vuelto tan guapo? ¿Ha sido algo gradual o ha ocurrido de golpe?

Quizá soy yo la que ha cambiado.

He conocido a muchos amigos de West. Incluso tuve algún flechazo con alguno. Pero con Ford era distinto.

No era una atracción física, sino algo más profundo. Me fascinaba. Era un tipo de chico que nunca había visto: intelectual e introspectivo, pero con algo magnético, incluso siendo un adolescente larguirucho.

Era un reto. Inteligente, mordaz y siempre demasiado atento a todo.

Un enigma dentro de otro.

Sí, no se parecía en nada a los chicos de este pueblo. Y ahora…, ahora no se parece a ningún hombre que haya conocido.

—¿Rosie? —Su voz me devuelve al presente y me doy cuenta de que me he quedado embobada mirándole la cara.

Carraspeo.

—Sí, perdona. Lo que quería decir es que creo que la música puede ser ese algo en común que podría acercaros. Hoy, cuando la he recogido, ha hablado un poco de eso. Creo que necesita sentir que no es una carga para ti.

Él asiente y sigue mirándome.

Y de nuevo me asalta ese dichoso picor en la piel. ¿Seré alérgica a Ford Grant? Tenerlo tan cerca me da urticaria.

Me llevo la palma a la mejilla y sus ojos siguen el gesto.

Creo que también tengo fiebre.

—¿Por qué me miras así? —susurro en una noche ya de por sí silenciosa.

Su mirada se encuentra con la mía, y ahora es él quien se lame los labios.

—Será mejor que pares.

Frunce el ceño, con esas dos pequeñas arrugas entre las cejas que le salen cuando se concentra demasiado.

—Sí.

Aprieto la lata con tanta fuerza que la oigo crujir. Eso hace que baje la vista. Menos mal, porque ya no podía seguir mirándolo.

—¿Estás soltero? —Me arrepiento en cuanto la pregunta sale de mi boca. Me odio por haberla hecho.

Ford se aparta un poco y oigo el roce de su barba contra la palma al pasarse la mano por la cara.

—Sí, ¿y tú?

Mantengo la vista baja. Respiro con dificultad, como si me costara horrores no desmoronarme bajo la intensidad de su mirada.

—No lo sé.

Y es cierto. Llevo tanto tiempo intentando complacer a todo el mundo, evitando problemas, que me aterra decepcionar a la gente que me importa. Pero sé que mi relación se ha terminado. Por fin lo he aceptado. Sin embargo, decírselo a Ford antes que a Ryan sería una cabronada por mi parte. Cuando se trata de Ford y de mi vida personal, prefiero no entrar en detalles. Es más seguro mantenerlo todo en el terreno de la ambigüedad.

Se pone de pie lentamente, estirando con calma ese cuerpo imponente, y se coloca justo delante de mí, antes de agacharse

hasta quedar a mi altura. Nuestros labios están a un suspiro de distancia, y me mira con tal intensidad que soy incapaz de sostenerle la mirada.

Después, levanta la mano muy despacio y me agarra de la coleta, igual que hizo la otra noche, pero esta vez tira de ella con delicadeza, obligándome a echar la cabeza hacia atrás para mirarlo.

—La próxima vez que me preguntes eso, asegúrate de estarlo.

Y entonces se da la vuelta y se marcha, dejándome atónita y aún más confundida de lo que ya estaba.

Cuando vuelvo a la cabaña, estoy demasiado alterada para dormir. Pensaba que el paseo me despejaría un poco, pero solo me ha dado más tiempo para darle vueltas a lo que ha pasado. Así que saco mi viejo diario y me acomodo para un viaje al pasado. Ryan no llama, aunque apenas me doy cuenta. Estoy demasiado absorta leyendo mis reflexiones de adolescente sobre Ford Grant.

Me río, lloro y, al final, me quedo dormida con el diario en la mano y la lámpara de la mesilla encendida.

TRECE
Ford

—Me lo pasé muy bien anoche —anuncia Cora, rompiendo el silencio que reina en el interior del coche.

—Yo también.

—¿Podemos repetirlo? Lo de cocinar en una hoguera. —Me mira casi con timidez, como si no estuviera acostumbrada a pedir lo que quiere. O como si pensara que voy a decirle que no.

—Claro.

—¿Y me enseñarás a montar esa especie de pirámide de papel y ramitas?

—¿Debería preocuparme por este repentino interés tuyo en hacer fuego?

Resopla divertida y vuelve la vista a la ventanilla.

—Estuvo bien. Fue agradable. Me pareció algo muy…, no sé…, ¿de campo?

Doblo la esquina hacia el centro del pueblo, en dirección al instituto. Sé exactamente a lo que se refiere. Aquí estamos rodeados de naturaleza salvaje: el bosque, el lago, las estrellas… Puedes encender una hoguera en la ciudad, sí, pero no es lo mismo. Todo es demasiado pulcro, demasiado artificial.

—A mí también me encanta esa sensación.

—¿Podemos volver a intentar llamar a mi madre hoy?

—Por supuesto —respondo. Aunque esta vez me pondré en contacto antes con la clínica para asegurarme de que lo hagamos a la hora adecuada.

Cora asiente. Yo también. Pero hoy, el silencio no es incómodo. Al contrario, tengo la impresión de que anoche conseguimos avanzar un poco. Que logramos forjar un pequeño vínculo dentro de esta situación tan surrealista.

—¿Hasta qué hora os quedasteis Rosie y tú anoche?

«Rosie». Por más que lo intente, no dejo de pensar en lo que sucedió ayer. En la expresión atormentada de su cara mientras contemplaba mis labios y me pedía que dejara de mirarla así.

Cora me hace la pregunta con naturalidad, pero noto cómo juguetea con las correas de la mochila mientras sigue mirando por la ventanilla.

—No mucho más después de llevarte a acostar. Se fue pronto. Tenía que trabajar o algo por el estilo. La verás después de clase.

Gira la cabeza y me lanza una mirada inquisitiva.

—Genial. Me cae bien.

—A mí también.

—Puede que me caiga mejor que tú.

Suelto una carcajada.

—No te culpo. Es muchísimo más simpática que yo.

—Y también es muy guapa.

Ay, Dios. Estamos entrando en terreno peligroso. La miro de reojo y me doy cuenta de que me está observando con demasiada atención como para que ese comentario haya sido inocente.

Me encojo de hombros.

—Es Rosie Belmont —digo, como si con eso lo explicara todo: su belleza, cómo es, cómo ha sido siempre—. Y la hermana pequeña de mi mejor amigo.

Cambio de tema justo cuando nos unimos a la fila de coches para dejarla en el instituto.

—¿Te apetece escuchar algunas maquetas conmigo este fin de semana? Desde que anuncié lo de la nueva compañía me han llegado un montón.

Parece sorprendida. Pero también me doy cuenta de que Rosie tenía razón, porque veo cómo en sus ojos color avellana brilla una chispa de interés.

Lleva puesta una sudadera negra enorme, con agujeros en los puños, donde ha metido los pulgares. Me señala primero a mí y luego a ella.

—¿Quieres escuchar música conmigo?

—Sí. Podría estar bien.

—Sí, por favor —responde sin más.

Luego abre la puerta y se baja del coche. Pero antes de marcharse, se cuelga la mochila al hombro, esboza una sonrisa llena de suficiencia y me dice:

—Por cierto, que sepas que todos los padres babosos que vienen a recoger a sus hijos también se han dado cuenta de que ella es… —hace el gesto de las comillas en el aire— Rosie Belmont.

Y sin dejar de sonreír, me cierra la puerta en las narices y me deja ahí, dándole vueltas a la imperiosa necesidad que siento ahora de acompañar a Rosie a recoger a Cora todos los días.



—Por favooor —lloriquea Rosie mientras gira en su silla, mirando al techo. La escena tiene algo de infantil: el tono de su voz, la forma exagerada de suplicar… Pero lo que me fascina es cómo le ondea el pelo al dar vueltas. Es una mezcla de tonos castaños, dorados y plateados, como si cada mechón fuera de un color distinto, y todos más oscuros en la raíz. Está claro que algunas mechas son de peluquería, pero otras seguro que se le han aclarado por el sol.

Salí con una chica que se negaba a salir a la calle sin sombrero porque decía que el sol le estropeaba el tinte. Yo no notaba nada, la verdad, pero me gustaba por más cosas que su pelo.

Lástima que a ella solo le gustara yo por mi dinero.

—No, en serio. Te van a pagar bien. Solo ven a ver el sitio. Hiciste un trabajo impecable en la casa de mis padres: terminaste a tiempo, por debajo del presupuesto… Todo perfecto. Eres el rey de las reformas.

Sigue girando en la silla. Apenas distingo la voz grave y apagada del hombre que está al otro lado del teléfono.

—Sí, ya sé que hay otros contratistas en la zona, pero tú les das mil vueltas. Ni punto de comparación. Estás a otro nivel.

Otro giro más.

En vez de estar pendiente de ella, debería estar respondiendo a la avalancha de correos que tengo acumulados en la bandeja de

entrada. O haciendo el pedido de la ingente cantidad de aparatos que necesito para el equipo de sonido.

—No, no te estoy vendiendo la moto. Pregúntale a West. Te dirá que es una gran oportunidad. Y si te llaman por algún incendio, no pasa nada. Ya nos apañaremos.

Cuando por fin me ve apoyado en el marco de la puerta, deja de girar y me mira de arriba abajo sin cortarse un pelo; seguramente en venganza por lo de anoche.

—Sí, ya sé que West cree que es una buena idea. Pero también le parece cojonudo hacer una carrera por una carretera sin quitamiedos y con un precipicio al lado. Tendrías que ver a este tío. Lleva un Rolex. Y se peina de forma que parece que lleva el pelo revuelto. No va a unirse a tu equipo de bolos. No lo querrías allí.

Me miro de reojo la muñeca y veo el brillo de mi Rolex. Me lo compré para celebrar que había alcanzado un millón de dólares en mi cartera de inversiones. Dinero ganado con el sudor de mi frente. Fue el primer capricho caro que me permití.

Además, me encanta este reloj.

Y sí, tengo el pelo revuelto porque he venido estresado del instituto, preocupado por cómo estarían las cosas con Rosie después de mi ataque de locura de anoche.

Tengo que dejar de tirarle del pelo.

Le hago un gesto con la barbilla.

—¿Estás hablando con el contratista?

—Sí, el contratista que más me gusta y en el que más confío —responde, alzando la voz para que él la escuche desde el teléfono.

El hombre murmura algo al otro lado de la línea.

—Dice que te reforma la oficina si te unes al equipo de bolos.

—Dios. Qué obsesión tienen estos tíos con el puto equipo de bolos.

Rosie tapa el micrófono del teléfono como si acabara de soltar una blasfemia.

—Ford, ese equipo es como el Club de la Lucha. Solo puedes entrar si te invitan. Hay padres que no han conseguido entrar. Tiene prestigio. —Suelta un suspiro y añade en un murmullo—: No sé por

qué, pero se lo toman muy en serio. Así que más te vale ponerte en modo ganador si tienes pensado unirte a ellos.

Llevo casi dos años burlándome del equipo de bolos de West. No ser padre me ha mantenido a salvo de invitaciones. Pero ya no tengo excusa. Vivo aquí. Y ahora se supone que soy padre.

Me paso una mano por el pelo, despeinándomelo aún más.

—Vale, dile que sí. Dile que…

Rosie abre la boca para hablar, pero luego se quita el móvil de la oreja y se queda mirando la pantalla.

—Ha dicho: «Nos vemos esta noche a las siete» y ha colgado.

—¿Quién es?

—Sebastian Rousseau.

—¿Lo conozco?

—No. Lleva viviendo aquí un tiempo. Es piloto de aviones contra incendios. Vino para ayudar en un incendio forestal y le gustó tanto esto que se quedó. Trabaja en verano y el resto del año hace reformas. Da un poco de miedo, pero es majo.

—¿Por qué da miedo?

—Porque es un borde de cojones.

—También dices que yo soy borde.

—Sí, pero al lado de Bash, eres un osito de peluche.

Pongo los ojos en blanco.

—Pues llámalo y dile que esta noche no puedo. Tengo que buscar a alguien que se quede con Cora. No voy a dejarla sola justo ahora que acaba de llegar.

Rosie deja el móvil sobre la mesa.

—Yo me quedo con ella.

—¿Vas a pasar un jueves por la noche con una niña de doce años?

—¿Por qué no? ¿Qué pasa, que cuando lo haces tú es más divertido?

Estoy un poco mosqueado. Intento disimular, pero lo cierto es que me hacía ilusión pasar otra noche con Cora. Mientras conducía de vuelta a la oficina, además de estar preocupado por lo de Rosie, también iba pensando en qué preparar para la cena.

—Le he prometido que íbamos a volver a cocinar en una hoguera.

—La sobornaré con pizza y una peli de chicas. Es joven, se le pasará. Hazlo por nosotros. Así no tendremos que trabajar en un sitio que huele a humedad. Ya no estás en la ciudad, Dorothy. Aquí los buenos contratistas no caen del cielo. Puedes chasquear los talones todo lo que quieras con esas botas Frye de quinientos pavos, que no van a aparecer por arte de magia.

La fulmino con la mirada y me acerco a mi escritorio. Al dejar el móvil y la agenda, una hoja se levanta con el aire.

La cojo y reconozco al instante la letra grande y llena de florituras. En cuanto veo la fecha, sé perfectamente lo que tengo entre las manos: el borde rasgado, las líneas gris pálido. Rosie escribió esta página con dieciocho años, sentada en el asiento de copiloto de mi coche.

Me vuelvo hacia ella. Me está mirando con una sonrisa burlona.

—¿Has arrancado esto de tu diario?

—Claro. —Cruza las piernas, con unas botas altas de cuero negro que le llegan hasta la rodilla.

—¿Por qué?

—Porque el otro día hablamos justo de esto. ¿Vas a leerlo o te vas a quedar ahí, como un pasmarote, buscando algo con lo que llevarme la contraria? Te va a encantar. Era una adolescente criticona y con muy mala leche. Hasta yo me he horrorizado de mis propias palabras.

Bajo la vista al papel y leo las primeras líneas:

Querido diario:
Travis Lynch es escoria.

Vuelvo a mirarla.

—¿En serio quieres que lo lea?

Se cruza de brazos y el jersey amplio se le ajusta sobre el pecho de una forma en la que no debería estar fijándome.

—Sería un poco raro que lo hubiera dejado en tu mesa si no quisiera que lo leyeras.

Típico de nosotros: intentamos llevarnos bien pero siempre acabamos soltándonos pullas. Niego con la cabeza, frustrado, y

vuelvo a mirar la hoja.

Querido diario:

Travis Lynch es escoria. Esta noche me he presentado en su fiesta sin avisar y me lo he encontrado con la polla metida en la boca de alguna zorra que está aquí de vacaciones. He oído que el brócoli hace que el semen sepa fatal. Espero que Travis se haya comido todas esas verduras que tanto le gustan.

La miro.

—¿Es verdad eso del brócoli?

Se encoge de hombros con una risita.

—No lo sé. Nunca lo he comprobado.

Me río y sigo leyendo.

Ford (que normalmente es un gilipollas integral) ha venido a recogerme cuando lo he llamado llorando. Debería haber tardado en venir veinte minutos, pero ha llegado en diez. Lo que significa que ya estaba fuera, así que me siento menos culpable por haberle fastidiado el viernes por la noche. Debe de estar bastante cabreado conmigo, porque está todo el rato evitando mirarme. Debería sentirme mal, pero me gusta cabrearlo. Así que eso ha sido lo único bueno que me ha pasado esta noche.

Alzo la vista y niego con la cabeza.

—Algunas cosas nunca cambian, ¿eh, Rosalie?

—Rosalie. Qué formal —responde con sorna.

Suelto un bufido y me dispongo a seguir leyendo, pero entonces decido que, después de lo de anoche, puede que este sea el momento perfecto para poner cierta distancia entre nosotros. Para establecer unos límites. La formalidad no es mala entre un jefe y su empleada. Sobre todo cuando mi autocontrol con ella es una mierda y ella ni siquiera sabe si tiene novio.

Así que clavo la vista en la hoja y digo, casi sin pensarlo:

—Estamos en el trabajo. Y, en teoría, soy tu jefe. Será mejor que mantengamos las formalidades. Si fuéramos a follar, te llamaría Rosie. Pero como no vamos a hacerlo, prefiero llamarte Rosalie en la oficina y en cualquier cosa relacionada con el entorno laboral.

Veo cómo se tensa por el rabillo del ojo. Por desgracia, siempre he sido torpe y brusco con ella. Eso tampoco ha cambiado.

—Qué bien. Sigues siendo un gilipollas integral —murmura con desdén.

Se me revuelve el estómago. Sé que me he pasado. Y mucho. Pero no me atrevo a mirarla. Porque si lo hago, me comeré mis palabras y volveré a decirle cosas que no debo. Dejaré escapar pensamientos y sentimientos que mantengo guardados bajo llave. Así que dejo que el silencio se instale entre nosotros y bajo la vista a la página del diario para terminar de leerla.

> *Bueno, cortarle la polla a Travis también podría ser lo mejor de la noche. O los huevos. No sé qué sería peor. Si le corto la polla, se queda sin ella. Pero si pierde los huevos, lo mismo no le funciona la polla. Sí, creo que eso sería peor.*
>
> *En fin, creo que esto es bastante incriminatorio y podría meterme en líos.*
>
> *Si me detuvieran, ¿pagaría Ford mi fianza?*

Y ahí es donde termina. Justo cuando soltó un gruñido de frustración y lanzó el diario por la ventanilla. Levanto la vista y me está mirando con cara de pocos amigos. Conozco bien esa expresión. Así es Rosie: si me comporto como un imbécil con ella, no se corta y me planta cara.

—¿Te ha molestado lo que te he dicho? —pregunto.

Enarca una ceja.

—Llevo años aguantando tus impertinencias. El día que seas amable conmigo, pensaré que alguno de los dos está a punto de palmarla.

Me cuesta disimular la sonrisa.

—Además, nunca me acostaría contigo. Te odio demasiado.

Ahí está.

No debería hacerme gracia. Pero me río. Sabe exactamente cómo sacarme de quicio y hacer que aflore mi peor cara.

Deslizo la página por el escritorio hacia ella.

—Me ha gustado. Demuestra lo desequilibrada que estabas.

—Y lo sigo estando. Será mejor que te andes con ojo, Ford Grant junior.

Sí, la he cabreado de lo lindo. Pero lo bueno de saber cómo tocarle las narices al otro, es que también sabes cómo desconcertarlo.

Y eso fue lo que pasó anoche junto al fuego: que tuvimos un momento de desconcierto mutuo.

Pero, por lo visto, debo de querer más, porque abro el portátil y le digo:

—Lo que cuentas ahí es fascinante, pero te equivocaste en algo. Aquella noche, cuando me llamaste, sí estaba en casa. Y me salté todos los límites de velocidad para llegar hasta ti.

CATORCE
Ford

Me arrepiento de haber pensado que sería buena idea pasarme el día trabajando justo enfrente de Rosie. Me cuesta horrores apartar la vista de ella. Cada vez que suelta un suspiro, y hoy ya van unos cuantos, me descubro mirándola.

Ella, en cambio, ni me mira. Está completamente concentrada en el portátil que tiene delante. No es ni medio normal. Sé que lo está haciendo a propósito, que se niega a mirarme. Y solo me ha dirigido la palabra para asuntos relacionados con el trabajo. Ni una sola burla.

Supongo que por eso empezamos a enviarnos correos, aunque estemos los dos aquí, cara a cara.

Buenos días, señor Grant:

Estoy preparando el presupuesto para la reforma. ¿De cuánto dinero disponemos?

Quedo a la espera de su respuesta.

Un saludo,
Rosalie Belmont
Directora de operaciones en Rose Hill Records

Hola, Rosalie:
De lo que haga falta.

Ford Grant
CEO y productor ejecutivo de Rose Hill Records

Señor Grant:
Si quiere que le prepare un presupuesto, necesito cifras.

Y debería añadir una despedida a su firma de correo. Si no, la gente empezará a pensar que es usted un auténtico capullo.

Un saludo,
Rosalie Belmont
Directora de operaciones de Su Alteza Capullil en Rose Hill Records

---

Hola, Rosalie:
Me da exactamente igual lo que piense de mí la gente que no conozco.
Te adjunto las cifras.

¡Que tengas un buen día!
Su Alteza Capullil
CEO y productor ejecutivo de Rose Hill Records

Oigo una risita cuando le llega el correo.

Después seguimos trabajando en silencio. Ella tararea de vez en cuando y yo mordisqueo la tapa del bolígrafo mientras intento encajar a los técnicos de sonido en un calendario que va cambiando por momentos, respondo a una discográfica que pregunta por el álbum que grabé con Ivory Castle y reviso un sinfín de propuestas de artistas interesados. Desde que se corrió la voz sobre la nueva compañía, no he dejado de recibir correos. Me llama la atención una estrella del *country* con problemas de imagen. He visto a Skylar Stone en las noticias (todo el mundo la ha visto), pero ese correo despierta mi interés.

Tengo debilidad por los casos perdidos.

En cuanto entra otro correo de Rosie en la bandeja, se me acelera el corazón.

Buenas tardes, señor Oscuro:

Adjunto una hoja de cálculo con el presupuesto estimado para la reforma de la oficina y el estudio de grabación. En una pestaña tiene el presupuesto inicial; en la otra, la proyección estimada. Me

coordinaré con el contratista y los subcontratistas para completar esta última.

Quedo a la espera de sus comentarios sobre la viabilidad del proyecto. No dude en indicarme cualquier cosa que no le cuadre. Sé lo mucho que le gusta crear problemas donde no los hay.

Un saludo,
Rosalie Belmont
Directora de operaciones en Mortífagos Records

P. D.: Me muero de hambre. Me voy a comer. Tienes una hora libre para devorar almas o lo que sea que hagas mientras no estoy.

Le respondo justo cuando se levanta y sale por la puerta:

Rosalie:

Gracias por la hoja de cálculo. Por suerte para ti, puedo devorar almas en mi mesa mientras trabajo.

¡Que tengas un buen día!
Tom Riddle
CEO y productor ejecutivo de Rose Hill Records

Sé que tiene el correo en el móvil, así que no me sorprende oír su risa al otro lado de la puerta. Luego grita:

—En realidad lo que me mata es eso de «Que tengas un buen día».

Sacudo la cabeza, porque lo que me mata a mí es oírla reír.

No mentía cuando dije que no me importa lo que piense la gente.

Pero Rosie Belmont no es «gente».



Estoy sacando fotos del exterior del granero reconvertido en oficina para enviárselas al diseñador que contraté en la ciudad para mi bar.

La idea es mantener el aire de refugio de montaña que tiene este lugar, conservando la madera envejecida del granero.

No quiero que parezca nuevo, reluciente ni de catálogo.

Quiero que tenga personalidad. Quiero música con alma y un espacio que invite a la inspiración.

Me imagino casitas con encanto, todas iguales, escondidas entre los árboles, donde los artistas puedan retirarse a crear. Montañas, lago, naturaleza… Un entorno sereno para que la gente se relaje y se centre en su arte, lejos del brillo y glamur superficiales de una industria que a veces puede resultar tóxica por dentro.

El silencio aquí fuera es… profundo. Y no me había dado cuenta de cuánto lo necesitaba hasta que volví a instalarme en Rose Hill.

Por eso me sobresalta el timbre estridente del teléfono de la oficina, que rompe mi momento zen.

Luego se detiene.

Y, acto seguido:

—Hola, oficina de Ford Grant junior.

Aprieto los dientes al oír mi nombre. Quiero a mis padres, pero, joder, menuda putada me hicieron al seguir con esa tradición.

—Ay, dios mío, ¿el auténtico Ford Grant? —Rosie suelta un chillido fingido.

Me quedo helado.

—¡Señor Grant! Cuánto tiempo. ¿Cómo estás?

Cruzo la hierba irregular que rodea el edificio y subo los escalones de dos en dos para entrar cuanto antes.

Abro la puerta de golpe y me encuentro a Rosie, con los ojos azules muy abiertos, apoyada en el escritorio con la cadera. Hoy hace un frío que pela, más propio de invierno que de la primavera, así que me hace un gesto para que cierre.

—¿El pequeño Ford? Está bien. Trabajando a tope en este sitio… y, por lo visto, con su cara de gruñón de siempre.

Se queda un segundo en silencio mientras me recorre con la mirada.

—No, seguro que no está pasando de ti. Bueno…, no, estoy aquí porque me ha contratado.

La veo apretar los labios y me paso una mano por el pelo, frustrado. Mi padre tiene buenas intenciones, pero a veces es un mandón de cojones, y ya hemos chocado más de una vez por eso.

—Lo entiendo, Ford, pero Junior ya es mayorcito, aunque a veces se comporte como un crío. Si necesita tu opinión, seguro que te la pedirá. Es un hombre inteligente y responsable; hay que confiar en que tomará buenas decisiones. Aunque sea guapo, no es ningún tonto.

Siento que la mandíbula se me desencaja. Rosie baja la mirada al escritorio y dibuja círculos con el dedo, como si no acabara de salir en mi defensa y soltarme dos cumplidos en la misma frase.

—¿Vais a venir Gemma y tú este verano? Me encantaría veros. Ha pasado demasiado tiempo. Además, las estrellas del rock envejecen de dos maneras: como Sting o como Keith Richards. Tengo curiosidad por saber por cuál de los dos caminos vas tú.

Oigo la carcajada de mi padre al otro lado del teléfono. Rosie no tiene ni un puto filtro. Para ella no es el guitarrista mundialmente famoso de Full Stop, sino el vecino de toda la vida.

—¿Que no eres tan mayor como ellos? Vaya. Es curioso, ¿verdad? Cuando eres pequeño, ves a la gente de mediana edad como si fueran ancianos.

Asiente y murmura un «ajá» de vez en cuando mientras escucha lo que le dice mi padre.

—Perfecto. Ya se lo diré. Adiós, Senior.

Cuelga el auricular y me mira directamente.

—Me debes una.

Trago saliva y asiento.

—¿Por qué has hecho eso?

Suelta un suspiro, deja caer los hombros y baja un poco la barbilla.

—Porque a veces necesitamos respirar un momento antes de enfrentarnos a las conversaciones importantes, ¿no crees?

No sé qué pensar. No sé si está hablando de ella, de mí…

«¿O de nosotros?».

Me quito esa idea de encima al instante. No existe un «nosotros», salvo en lo que respecta al trabajo.

—Además, yo puedo meterte caña, pero no me gusta que lo haga nadie más.

Eso debería bastarme. Al fin y al cabo, no somos más que compañeros de trabajo y amigos a regañadientes. O, al menos, eso es lo que deberíamos ser.

Con esa premisa en la cabeza, rodeo mi escritorio… y me detengo al oír un papel rasgándose en medio del silencio de la oficina.

Alzo la vista justo a tiempo para ver a Rosie venir hacia mí con aire decidido, el diario en una mano y una hoja arrancada en la otra. La deja caer sobre mi mesa, da dos golpecitos con los dedos y dice:

—Y te debía una. —Luego gira sobre sus talones y vuelve a su sitio.

La observo alejarse, impaciente por coger esa hoja y leerla. Y, cuando lo hago, me transporta al pasado, a un día que recuerdo demasiado bien.



Querido diario:

Hoy he tenido un día de mierda. No tan desastroso como el de West, pero para mí *ha sido horrible.*

Este verano, decidí matricularme en un curso de Química a distancia. Pensé que sería buena idea adelantar créditos y así tener una hora libre el curso que viene. Además, la química es difícil. Por alguna razón creí que, al no tener que compaginarla con los deberes de las otras asignaturas, sería más fácil. Pero me equivoqué, y ahora me doy cuenta de que quizá no soy más que una masoquista idiota con ínfulas de lista.

He suspendido el examen final. He suspendido todo el curso. Y me he pegado una buena llorera yo sola. En parte porque estoy decepcionada conmigo misma, y en parte

porque me da pánico tener que contárselo a mis padres, ya que tienen que firmar la nota. Odio defraudarlos.

He estado a punto de hacerlo. He entrado a la cocina con la hoja con el suspenso en una mano y un bolígrafo en la otra, dispuesta a pedirles perdón mil veces por haberla cagado tanto…

Pero me los he encontrado sentados a la mesa, hablando muy en serio con West. Sobre la mesa había una bolsita llena de marihuana. Ford estaba de pie, en un rincón con una cara de «tierra trágame» impresionante*.*

No seré un genio en química, pero sí soy lo bastante espabilada para entender lo que estaba pasando.

Aun así, mis padres me han tratado como a una cría. Le han pedido a Ford que me sacara de allí porque «no necesito oír esas cosas». Y él, como el buen santito que es, ha asentido y ha obedecido sin rechistar.

Nos hemos sentado en el embarcadero en un silencio incómodo. Él, esperando a West, y yo, a mis padres. Supongo que se ha aburrido, porque al final me ha preguntado qué llevaba en la mano. Y yo, como estaba tan hecha polvo, he pensado: «A la mierda. Se lo voy a contar. Total, no tengo nada que perder».

Y eso he hecho.

Esperaba que se burlara de mí. Seguro que no ha suspendido ni una sola asignatura en su vida. Pero no ha dicho ni mu. Ha cogido el boli y la hoja y ha falsificado la firma de mi madre con una precisión alucinante, antes de devolverme el papel como si nada.

Me he quedado mirándolo embobada, como la idiota que soy, mientras él contemplaba el lago con ese aire de tío culto e inteligente que tiene.

Al cabo de un rato ha debido de incomodarle que lo mirara tanto, porque ha dicho: «A veces necesitamos respirar un momento antes de enfrentarnos a las conversaciones importantes».

Seguro que lo ha sacado de alguno de sus libros de poesía pedante. Pero, aun así, le he dado las gracias antes de marcharme. Aunque se ha negado a mirarme a los ojos.

Estoy segura de que solo ha sido amable conmigo porque le doy pena por lo tonta que soy.

Pero bueno, al menos así puedo darles un respiro a mis padres antes de soltarles otra mala noticia.



Me duele el pecho al leerlo. Odio que sintiera que tenía que tragarse sus decepciones solo para no complicarles la vida a los demás.

—Nunca pensé que fueras tonta —digo, alzando la vista para mirarla desde mi escritorio—. Y conocía la firma de tu madre de ver a West practicarla para falsificarla en situaciones parecidas.

Rosie me responde con un guiño cómplice y vuelve a centrarse en la pantalla de su ordenador.

—¿Llegaste a contarles alguna vez lo del examen a tus padres?

Sonríe, pero sin mirarme.

—Qué va. Ese es nuestro secreto, Junior. Volví a hacerlo el semestre siguiente y aprobé. Aunque nunca conseguí esa hora libre que tanto soñaba.

Ahora tengo la impresión de que siempre ha estado tan empeñada en no decepcionar a nadie que puede que nunca haya aprendido a priorizarse a sí misma.

Y eso es justo lo que propongo cuando la acompaño a recoger a Cora: estar con ella, darle prioridad… y evitar que esos «padres babosos» se hagan ideas equivocadas.

Porque Rosie cree que sabe cuál es nuestro secreto, pero el mío es que siempre, incluso por aquel entonces, me ha encantado sentarme con ella en el embarcadero.

QUINCE
Ford

—¿Mi hermana está cuidando a tu hija? —pregunta West, incrédulo, mientras gira el volante de su camioneta con la palma de la mano.

—No está cuidándola. Cora tiene doce años. Y Rosalie se ofreció a hacerle compañía. Están comiendo pizza y viendo *Una rubia muy legal.*

Suelta un resoplido.

—Rosie nunca se ofrece a cuidar a mis hijos.

—Porque una de tus hijos es una salvaje y el otro… —Me muerdo la lengua, dándome cuenta de que acabo de meter la pata.

West se echa a reír.

—No te cortes. Puedes decirlo. Una es una salvaje y el otro no habla.

—Bueno, contigo y con Mia sí que habla.

—Ya, pero eso no ayuda mucho a una niñera, ¿no? —Tamborilea los dedos tatuados sobre el volante—. Me da igual. Es listo. Lo hará cuando le dé la gana. Y entonces todos desearemos que se calle.

Típico de West: no pierde la calma por nada, ni siquiera con el mutismo selectivo de su hijo. Yo estaría con la ansiedad por las nubes, investigando todas las opciones posibles; él simplemente se deja llevar y deja que el niño marque el ritmo.

—Ollie tiene suerte de tenerte.

West esboza una sonrisa de oreja a oreja.

—Qué va. El afortunado soy yo. Ese crío me ha enseñado mucho sobre la vida.

No lo dudo. Ser padre cambió a West. Lo llevó por otro camino. Puede que Mia y él no estuvieran hechos el uno para el otro, pero él y esos niños sí. Es más, creo que lo salvaron, porque en cuanto aparecieron en su vida, dejó de hacer estupideces.

—Te has pasado la salida —le digo cuando dejamos atrás el bar del lago; el que tiene una bolera en el sótano, máquinas recreativas,

mesas de billar y un restaurante arriba.

West resopla.

—No, no me la he pasado. Ese bar es para turistas. La noche de padres se celebra en el Rose Valley Alley.

No me jodas, menuda horterada.

—¿«Noche de padres»? ¿En serio lo llamáis así?

—Pues claro. ¿Cómo coño quieres que lo llame? ¿«Hombres adultos con hijos que se juntan en la bolera una noche cada dos semanas»?

—¿Cada dos semanas?

—Sí, tío. Es una liga. Un jueves juegan las mujeres, y al siguiente los hombres. Entre temporadas hacemos un pequeño parón. Ahora estamos en la de primavera.

—Pensaba que era una vez al mes o algo así.

—Da gracias de que no sea todas las semanas. En una ciudad más grande lo sería.

Lo miro boquiabierto. Siempre hemos mantenido el contacto, viéndonos aquí o en la ciudad. Es cierto que, hasta ahora, nunca hemos vivido en el mismo sitio y que somos polos opuestos, pero West es mi amigo de toda la vida. Y, sin duda, el más leal.

Pero, sinceramente, no sé qué pensar de esta obsesión que tiene con los bolos.

—Sí, claro. Gracias, Dios mío, qué suerte tengo —murmuro.

West se ríe al ver mi cara de espanto y, antes de darme cuenta, está aparcando frente a un edificio viejo al borde de la carretera.

En lo alto, fijada al tejado, hay una figura recortada gigante de dos bolos y una bola, que proyecta una silueta rara contra el sol de poniente y las cumbres de las montañas. En la fachada parpadean varios letreros de neón con mensajes como: «ABIERTO», «BOLOS FLUORESCENTES» o «ALITAS Y CERVEZAS».

Nos bajamos del coche y seguimos por una pasarela de madera, tipo embarcadero, hasta la entrada.

Dentro, el sonido de las bolas chocando con los bolos lo inunda todo. Y sí, el letrero no mentía: huele a alitas y a cerveza. Entonces me fijo en un cartón pegado con cinta a un poste junto a la barra en

el que pone «Bienvenidos a la Liga Masculina», y no puedo evitar soltar una carcajada.

Esto es tan… propio de un pueblo pequeño.

—¡Weston! ¿Cómo va eso, amigo? —lo saluda un hombre enorme, mofletudo y con una sonrisa resplandeciente desde la barra.

Intento no fijarme en cómo los botones de su camisa de bolos a rayas parecen a punto de estallar.

—De maravilla, Frankie. He traído al cuarto jugador del equipo. ¿Podemos dejar el papeleo de inscripción para luego? —pregunta West, señalando con el pulgar hacia las pistas, donde la gente ya está moviéndose de un lado a otro—. Quiero presentárselo a los chicos.

—Sin problema. Hoy os toca en la pista seis —responde el hombre antes de fijarse en mí—. ¿Qué número calzas?

—El cuarenta y siete. ¿Las zapatillas de bolos tienen un tallaje diferente?

El hombre se ríe, saca un par de zapatos y los lanza sobre el mostrador.

—Aquí tienes, grandullón. Estos te irán bien.

Los cojo y sigo a West hacia las pistas, sintiéndome como un chaval en su primer día de cole. Pienso en Cora, en lo valiente que es. Si ella ha podido mudarse a un pueblo nuevo, con un instituto nuevo, en una casa nueva y con un tío al que apenas conoce, yo puedo unirme a una puta liga de bolos.

—Allá vamos. —West me da una palmada en el hombro y me empuja hacia delante—. Chicos, este es Ford.

Un hombre de pelo oscuro muy corto, con algunas canas, levanta la vista mientras se ata los cordones. Tiene los ojos oscuros, cara de pocos amigos y, aunque no es tan alto como yo, está mucho más fornido. Me mira como si me odiara, y eso que ni siquiera he abierto la boca.

—Ese es Bash —dice West—. O Sebastian. Pero el nombre completo es un coñazo, ¿no crees?

Genial. Mi nuevo contratista.

—Y este de aquí… —West empuja hacia mí a un hombre mayor, delgado como un palo— es Clyde el Loco.

Lleva una gorra mugrienta de camionero con el logo de la bolera Rose Valley Alley y me mira con desconfianza. Aun así, sigo pensando que con llamarlo Clyde bastaría.

—¿Y este quién es? —pregunta, entornando los ojos vidriosos.

—Mi amigo Ford —explica West. Otra vez.

—Los Ford son unos coches de mierda. No te puedes fiar de ellos.

—Bueno, menos mal que yo no soy un coche —replico con una sonrisa torcida.

West se ríe. Nadie más lo hace.

—¿De dónde eres?

—De Calgary, supongo.

El hombre hace un gesto como de escupir.

—Gente de ciudad. Tampoco te puedes fiar.

—Clyde, cállate —dice Bash por primera vez, justo al terminar de atarse los zapatos.

—Tampoco me fío de ti. Te dije que el aeropuerto de Denver era la sede de los Illuminati y aun así fuiste. Y tú… —Se vuelve hacia West—. Tú eres demasiado feliz. Siempre bromeando. Como si no te importara que el gobierno te esté espiando con ese móvil que llevas encima todo el día.

West saca el teléfono y lo agita delante de Clyde.

—¿Este? Pues que me espíen si quieren. Se van a aburrir rápido. —Luego se gira hacia mí—. Clyde vive al otro lado de la montaña, sin luz ni agua corriente. Pero cada dos jueves hace una excepción para venir a beber cerveza de barril.

Clyde farfulla algo que suena mucho a «puto bocazas» antes de dar un trago a su cerveza. Yo no sé si reírme o quedarme callado, flipando. Clyde es un cliché andante del ermitaño de montaña.

Miro a West con los ojos abiertos como platos y suelto lo primero que se me ocurre:

—¿Rosie sabe que este tío existe?

Se lo pasaría en grande hablando con él.

West resopla y hace una seña a un camarero.

—Sabe quién es, pero aún no lo ha visto en persona. Nos darían un buen espectáculo.

Mientras pide un par cervezas, se nos acerca otro hombre. Es alto. Más que yo, lo que es poco habitual teniendo en cuenta que mido metro noventa. Pero este tipo lo es. Piernas largas, brazos largos…, hasta el cuello parece interminable.

Bash se pone de pie y se coloca a mi lado, cruzando los brazos sin decir nada. De no ser por los horribles zapatos bicolor de bolos, parecería intimidante.

—Hola. Soy Jirafa —dice el hombre—. Capitán del equipo High Rollers. Jugamos contra vosotros esta noche.

Me tiende la mano, y me río al estrechársela. Qué presentación más rara.

El tío alto no se ríe. Bash tampoco. Se miran como si esto fuera algo tremendamente serio.

—Soy Ford. Y no creo que te llames Jirafa. ¿Cómo te llamas de verdad? —pregunto mientras retiro la mano. Oigo la risita de West a mi espalda.

—Jirafa.

Parpadeo. No puede hablar en serio. ¿Pretende que lo llame así como si fuera su nombre real?

—Vale, pero… ¿Cuál es tu nombre real? El de adulto funcional.

Eso arranca un gruñido divertido a Bash y una mueca de desprecio a Jirafa, que se da la vuelta sin decirme su nombre y se aleja, espetando por encima del hombro:

—Suerte esta noche. La vais a necesitar.

Y esa frasecita de las narices basta para que, de pronto, me importe muchísimo esta liga de bolos. Que le den a este tío, a su apodo de mierda, a su actitud de chulo de instituto y a su camiseta de bolos idéntica a la del resto de su equipo.

West me pasa una cerveza y se ríe.

—Jirafa me cae como una patada en los cojones.

Bash asiente.

—No es de fiar. Ese cuello no es normal —gruñe Clyde.

En cuanto a mí, levanto la cerveza, brindando hacia el equipo rival y suelto:

—¡Gracias por desearnos suerte, Estirado!

—Estirado… —repite Bash, soltando el aire casi como si se estuviera riendo—. Me gusta.

No conseguimos vencer a los malditos High Rollers ni a sus absurdas camisetas a juego, pero me lo paso mucho mejor de lo que esperaba.

DIECISÉIS
Rosie

Cora bosteza tan fuerte que me pregunto si no se habrá hecho daño. Aprieta los puños y veo cómo sus párpados se van rindiendo poco a poco. Sonrío al verla desde el otro extremo del sofá. A pesar de sus comentarios sarcásticos y su actitud de chica dura, ahora mismo parece mucho más pequeña.

Me pregunto cuándo fue la última vez que le dieron un abrazo. El último que recibí yo fue de mi padre, el día que aparecí por sorpresa en su casa.

—Me ha gustado esta peli —anuncia, cambiando de postura en el sofá, mientras celebramos la victoria de Elle Woods.

Meto los pies, enfundados en unos calcetines mullidos, bajo su manta y le doy un pequeño toque en las piernas.

—Es por todo el rosa, ¿verdad, mi pequeño nubarrón?

Resopla, pone los ojos en blanco y me aparta las piernas con las suyas.

—Yo no odio el rosa.

Levanto una ceja con la intención de provocarla.

Se fija en la goma de pelo fosforita que llevo en el pelo.

—A ti te queda bien.

—Gracias —respondo.

—Pero tú eres guapa. Es normal que te quede bien.

Ladeo la cabeza y la observo. Hemos pasado una noche estupenda y muy divertida. Hemos comido demasiada pizza. Le he preparado un batido con helado y cerveza de raíz. Nos hemos reído de Ford a sus espaldas. Me ha hablado del instituto y de cómo se ha hecho amiga de otros dos pequeños nubarrones, algo de lo que me alegro un montón.

Lo que no me alegra nada es lo que acaba de decir.

—Cualquiera puede vestir de rosa, Cora. Y tú no solo eres guapa: eres preciosa. Por dentro y por fuera. Y eso no tiene nada que ver

con los colores que lleves. —Hago un gesto con la mano hacia ella—. O, en tu caso, con los tonos. Podrías ponerte algo rosa sin problemas.

Baja la mirada y empieza a juguetear con la manta mientras los créditos finales avanzan por la pantalla.

—¿Nunca te sientes como si…, no sé…, como si quisieras reinventarte?

Madre mía. Vaya puñetazo directo al estómago.

—Estás hablando con la chica que hace menos de una semana tuvo un ataque de pánico y dejó atrás su vida hecha polvo. Así que sí, sé de lo que hablas. Lo he hecho, y me ha salido bien unas cuantas veces.

Cora asiente y se muerde el labio con una expresión de incertidumbre en el rostro.

Le rozo la pierna con el pie para tranquilizarla.

—Eh, Cora. —Me mira a los ojos—. El rosa y el negro combinan de maravilla. Si quieres ponerte algo rosa, hazlo. Te va a quedar genial. Al fin y al cabo, tienes los genes del multimillonario más atractivo del mundo.

Se le escapa una risita tímida y baja la barbilla.

—Y si alguien te dice algo, le frunces el ceño y le sueltas: «¿Tú sabes quién soy yo?».

Ahora sí que se ríe a carcajadas.

—Yo en tu lugar lo aprovecharía al máximo.

—Si quisieras, tú también podrías hacerlo —dice con un brillo de diversión en los ojos.

Me remuevo incómoda, debatiéndome sobre si sostenerle la mirada o apartarla.

—Me temo que no soy lo bastante joven como para convencer a nadie de que Ford es mi padre.

«Me salté todos los límites de velocidad para llegar hasta ti».

Llevo todo el día dándole vueltas a la dichosa frase. La he repasado tantas veces que ya ni siquiera estoy segura de que signifique algo.

Aunque, el simple hecho de que no pueda quitármela de la cabeza ya significa algo, ¿no?

Pero ¿significaba algo para él? ¿O fue algo que soltó sin pensar? ¿Lo dijo en serio o solo estaba tomándome el pelo?

Y vuelta otra vez al bucle.

—¿Vas a volver a la ciudad? —pregunta Cora, trayéndome de vuelta a la realidad.

—¿Perdona?

—¿Que si vas a volver a vivir en la ciudad?

—Vaya. La mayoría de la gente empieza con las preguntas fáciles antes de lanzarte las que te dejan hecha un lío.

—Qué mala suerte la tuya —repone, encogiéndose de hombros con descaro.

No sé si reír o llorar, así que echo la cabeza hacia atrás y me quedo mirando las vigas de madera del techo.

—No lo sé. ¿Sabes? Siento que tengo la obligación de seguir viviendo en la ciudad. Fui la primera de mi familia en ir a la universidad. Quedarme aquí, en Rose Hill, habría sido lo fácil, pero me fui, lo conseguí. Y ahora, en cierto modo, tengo la sensación de que haber vuelto es como dar un paso atrás. Y, sin embargo…

—¿Y, sin embargo, qué?

Se me escapa una sonrisa. Esta niña debería ser periodista con lo incisiva que es.

—Y, sin embargo, me encanta estar aquí. Me siento en casa. En el apartamento de la ciudad no me pasa lo mismo. En la ciudad tengo la impresión de estar corriendo en una carrera que ni siquiera quiero ganar. Una carrera a la que solo me apunté para poder decir que participé.

—¿Y tu novio? —Pronuncia la palabra «novio» con un tono de desprecio que no me esperaba.

«La próxima vez que me preguntes eso, asegúrate de estarlo».

Esa fue la frase que me tuvo obsesionada toda la noche. La razón por la que me quedé hasta las tantas releyendo mi diario, intentando convencerme de que todo lo que había escrito demostraba que Ford y yo nos odiábamos, como siempre hemos dicho.

Pero ahora, de adulta, no estoy tan segura de que pueda interpretarse así.

Buscaba pruebas de que no había nada ente nosotros… y lo único que encontré fue una confirmación de lo contrario. Me siento como uno de esos dibujos animados con los ojos desorbitados y un montón de signos de interrogación flotando a su alrededor.

—¿Ryan?

—Sí.

Empiezo a pensar que me está evitando. Hoy le he escrito para decirle que, si él no podía venir antes, pensaba ir yo a verle el próximo fin de semana. Omití la parte en la que «ir a verle» significaba dejarlo. Pero, por lo visto, va a estar otra vez fuera de la ciudad por trabajo.

—Me has preguntado por lo de reinventarse, y creo que tanto él como yo lo hemos hecho. Hemos cambiado. Nuestras vidas han cambiado. Hay veces en las que dos personas evolucionan juntas, y otras en las que se separan. Si decido volver, no será por él, sino por mí.

Es la primera vez que lo digo en voz alta. Lo he pensado mucho. Puede que haya alargado esta historia demasiado, paralizada por la culpa. Pero no se rompe una relación de dos años con alguien decente de la noche a la mañana. Hay que meditarlo bien, estar muy segura.

Y en algún momento, me he dado cuenta de que he desperdiciado años persiguiendo una vida que pensaba que tenía que vivir. Que cumplía metas que creía que debía cumplir y lograba objetivos con los que, en teoría, debía sentirme realizada.

Estaba persiguiendo una fantasía que debería haberme hecho feliz. Y Ryan formaba parte de esa fantasía, de esa vida que creía que quería.

Pero ahora sé que no quiero lo que «debería querer». Y eso no tiene vuelta atrás. Cuando lo deje, le miraré a los ojos, se lo diré a la cara y le daré un abrazo. Porque le tengo demasiado respeto como para hacerlo de otra manera.

—Eso ha sonado muy maduro —asiente Cora, impresionada. Yo carraspeo para disimular la risa.

—Gracias —respondo—. Y, oye, si vuelvo a la ciudad, no tienes de qué preocuparte. Ford ha insistido hoy en venir conmigo a

recogerte, así que ya sabe lo que tiene que hacer. Estás en buenas manos.

Cora resopla, se tapa la cara con las manos y estalla en una risita.

—Esa no es la razón por la que ha venido contigo.

Frunzo el ceño, confundida.

—¿Cómo que no? Claro que sí.

—No —insiste, con una sonrisa traviesa y los ojos chispeando de diversión—. Ha sido porque le he contado que todos los padres babosos te estaban mirando.

Suelto una carcajada.

—Ford pasa de esas cosas.

—No te hagas la ingenua, Rosie. No te pega. —Me da una palmadita en la pierna como si fuera tonta, se levanta del sofá y me da un abrazo rápido y algo torpe—. Gracias por esta noche. Me lo he pasado genial. Incluso con tanto rosa.

Y se va a dormir.

Y yo me quedo otra vez dándole vueltas a lo mismo, como llevo haciendo las últimas veinticuatro horas.



Me despierto al notar unos dedos ásperos apartándome el pelo de la cara con delicadeza. Tengo la mejilla hundida en un cojín de pana, y el olor a pollo frito, cerveza y sándalo me llena las fosas nasales.

Cuando consigo abrir los ojos, me encuentro a Ford sentado en la mesa baja, mirándome con ese aire rudo y arrebatador que me deja sin aliento. La chaqueta marrón de cuero se ajusta a sus hombros anchos, los vaqueros desteñidos le marcan los muslos fuertes. Incluso sigue llevando puestas esas putas botas carísimas.

Es como si me hubiera visto tumbada al entrar y hubiera venido directo hacia mí.

«Me salté todos los límites de velocidad para llegar hasta ti».

—Hola —murmuro, incorporándome en el sofá—. Perdona, me he quedado dormida en cuanto Cora se ha ido a la cama. Antes no, lo

juro. He sido muy responsable.

Sonríe con dulzura y alza la mano como si fuera a apartarme otro mechón, pero la retira enseguida y apoya los codos en las rodillas.

—Lo sé.

—¿Qué tal los bolos? —pregunto, respirando hondo para despejarme.

Ahora esboza una sonrisa tan radiante que casi me deslumbra. Lo que es prácticamente un milagro, viniendo de alguien que suele esconderse detrás de un ceño fruncido perpetuo.

—¿Estás borracho?

—No. —Se pasa la mano por el pelo con una risa ronca—. Es solo que… me lo he pasado bien. Ha sido una chorrada, pero también me he relajado y he tenido un poco de vida social.

De pronto, soy consciente de lo tenue que es la luz, del silencio que reina en la casa y de lo cerca que estamos el uno del otro.

Y me siento tremendamente cohibida.

—Guay. —Me estremezco por dentro al instante. «¿Guay? Qué respuesta más brillante, Rosie»—. Bueno, pues… nada. Estaré encantada de hacer noche de chicas con Cora cada vez que juegues a los bolos.

Suelto una risita, me estiro y me pongo de pie. El sofá y la mesa están tan juntos que acabo entre sus rodillas. Sus ojos verdes brillan como si me viera por primera vez. Tiene la barba incipiente un poco más crecida, lo que le da un aire aún más canalla.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Tú. En los bolos —respondo, mordiéndome el labio inferior. Cuando veo cómo Ford sigue el gesto con la mirada, noto un cosquilleo en la piel.

—Si te resulta más cómodo, puedes quedarte. Puedes… dormir aquí todas esas noches.

Miro hacia abajo y me doy cuenta de que se está aferrando con fuerza a los muslos, justo a cada lado de donde yo estoy. Me llama la atención lo blancos que tiene los nudillos, la tensión de su cuerpo, y no puedo evitar preguntarme qué haría con esas manos si simplemente las dejara libres.

«La próxima vez que me preguntes eso, asegúrate de estarlo».

Me aclaro la garganta y pienso en West. En Ryan. En el desastre que soy ahora mismo, y decido que lo último que necesita nadie es cargar con el caos que es mi vida.

Doy un paso para apartarme.

—No, será mejor que me vaya. Pero primero voy a echar un vistazo a Cora.

—Rosie, espera.

Antes de que pueda alejarme me sujeta. Pasa de aferrarse los muslos a sostener los míos, con una palma grande y firme en cada uno.

El aire se me congela en los pulmones, pero debajo de los leggings me arde la piel.

No puedo apartar la vista.

Sus manos.

Mis piernas.

Me entran unas ganas locas de acercarme más, pero me obligo a quedarme quieta, a seguir respirando y a esperar. Él hace lo mismo. Y cuando por fin me atrevo a mirarlo, parece hipnotizado. Inmóvil.

Pasan los segundos y ninguno de los dos se aparta. El corazón me late con tanta fuerza que me duele.

Y entonces, por fin, respira hondo y alza la vista hacia mí. Esos ojos verdes son feroces, ardientes y están llenos de deseo.

—Gracias. Por toda tu ayuda.

Solo consigo asentir. Noto el pulso de sus dedos en las piernas, y eso me empuja a dar un paso atrás. En cuanto me suelta, lucho contra el impulso de volver a sentir su contacto.

—Ahora vuelvo —susurro, con un hilo de voz. Ford no gira la cabeza para seguirme con la mirada, pero asiente.

Tomo una profunda bocanada de aire y me apresuro a subir las escaleras, decidida a no dar más importancia a lo que solo ha sido un simple «gracias». Ya nos hemos tocado antes. No es nada nuevo. Además, ahora mismo no puedo permitirme cruzar esa línea.

Hago una mueca cuando las tablas del suelo crujen bajo mis pies y suspiro aliviada al asomarme al cuarto de Cora. Con las sábanas negras y la lámpara de lava roja, parece la guarida de Drácula.

Me suelto el pelo y dejo la goma rosa fosforito en su mesilla. Luego me quedo un rato mirándola. Dormida parece un ángel.

Es tan guapa que puede ponerse el color que le dé la gana. Y mientras la observo, me prometo en silencio enseñarle a creer mucho más en sí misma.

Me doy la vuelta para salir y me detengo en seco. Ford me ha seguido hasta aquí y me ha pillado mirando embobada a su hija dormida. Tiene una expresión que no sé interpretar del todo. Hay ternura, y también un poco de anhelo.

No nos decimos nada, pero al pasar junto a él, me roza la espalda con la mano, en un contacto apenas perceptible.

Después me acompaña escaleras abajo, va a por mi chaqueta y me la entrega con su gesto arisco habitual.

—Te acompaño a casa —murmura, con voz ronca.

Nada de «¿Puedo?» o «¿Qué te parece si…?». Solo una afirmación directa. Y sé que, aunque le dijera que no, lo haría de todos modos.

Así que me encojo de hombros y respondo con un «Vale» mientras meto los brazos en las mangas.

Salimos a la noche fresca y echamos a andar hacia el lago. Podríamos ir por la carretera principal, pero tardaríamos el triple. Además, prefiero pasar junto al agua, sobre todo cuando está tan oscuro como ahora, cuando lo único que se oye es el chapoteo suave en la orilla y la luna creciente se refleja como en un espejo sobre la superficie oscura del lago.

En Vancouver hay agua por todas partes, pero no como esta, tan cristalina y con ese aroma a lluvia fresca.

—Puedes dejarme aquí —le digo al llegar a la valla—. Creo que voy a sentarme un rato en el embarcadero.

«Necesito aclararme un poco».

Pero Ford no capta la indirecta. Simplemente asiente y me sigue, con las manos metidas en los bolsillos de los vaqueros.

Podría decirle que se largue de mi embarcadero, montarle una escena y volver a nuestras pullas de siempre, pero esta noche no tengo fuerzas. Ahora mismo, entre nosotros hay una ternura que no quiero perder.

Y, aunque no quiera reconocerlo, me alegro de que me haya seguido hasta aquí.

Nos detenemos en el borde del embarcadero. Uno al lado del otro, en silencio.

—Echaba de menos esto —susurro.

—Yo también —dice él, al cabo de unos segundos.

—Aquí todo es tan… salvaje. Hace calor, hace frío, nieva, hay fuego. Osos, pumas, sanguijuelas. Echaba de menos la sensación de estar en un lugar tan indómito. De pequeños, cuando estábamos aquí, vivíamos sin preocupaciones, ¿verdad?

Lo veo asentir por el rabillo del ojo con gesto serio.

—La ciudad se vuelve monótona. Te cambia. Te adaptas. Y casi se te olvida lo que se siente estando aquí.

Se me acelera el corazón. Sé que habla de la vida en la ciudad, pero mi mente lo interpreta como algo más profundo. No es que lo haya olvidado, es que estaba tan ocupada siendo la hija alegre, ambiciosa y optimista que ignoré cualquier punzada de nostalgia que tuviera por este lugar.

—¿Crees que volverás a la ciudad? —pregunta, balanceándose sobre los pies.

—Cora me ha preguntado lo mismo esta noche.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué le has dicho?

—Que aquí me siento en casa.

—El trabajo es tuyo todo el tiempo que quieras.

Sonrío.

—Hasta que te saque de quicio y me despidas.

Él resopla.

—Inténtalo, Belmont. Pero deberíamos hacerlo oficial. Yo me quedo con tu currículum y tú me mandas tus referencias. Así nadie podrá decir que entraste por enchufe.

Me quedo paralizada. Referencias. ¿Cómo se me ha podido olvidar? Ahora me debato entre abrazarlo por entender que no quiero parecer una enchufada y arrancarle, uno a uno, los pelillos de la nuca por recordarme que mis referencias son una mierda.

La ansiedad empieza a apoderarse de mí. Me cuesta respirar. Y otra vez me asalta el recuerdo de esa mano que estaba donde no

debía y ese instante que debería haber olvidado, pero que aún no he superado. En mi cabeza oigo ese jadeo brusco y es como si volviera a estar en esa sala de juntas.

—¿Te encuentras bien?

Noto la preocupación en su voz. En circunstancias normales, haría lo imposible por evitar este tipo de atención. Le restaría importancia al asunto e intentaría no dar problemas.

Pero no sé si es por el silencio, o el cansancio, o porque confío en Ford más de lo que pensaba y por eso nunca he tenido la necesidad de ser perfecta con él. El caso es que respondo en voz baja:

—No.

Esa única palabra basta para que se vuelva hacia mí.

—¿Qué te pasa?

Siento el escozor de las lágrimas en los ojos. Lágrimas de pura vergüenza. Y el calor asciende por mi pecho hasta la garganta.

—No puedo darte mis referencias. O, al menos, no las de mi último trabajo, que deberían ser las mejores.

—¿Por qué no?

Ahora su voz es dura, aunque sé que no va contra mí. Y entonces caigo en la cuenta de que, en realidad, nunca lo ha hecho.

—Porque me despidieron —digo, de golpe. Siento un alivio inmediato al poder contárselo a alguien en vez de seguir cargando con ello en silencio y sintiéndome culpable.

—¿Y por qué cojones te despediría alguien?

Me muerdo el labio inferior. Las lágrimas se van acumulando en mis pestañas. Si parpadeo, se caerán. Así que decido no mirar a Ford y me concentro en el agua.

—Mi jefe tenía las manos demasiado largas y lo mandé a la mierda. No sé muy bien cómo se movieron las cosas dentro de la empresa después de eso, pero está claro que él se adelantó y habló con Recursos Humanos antes que yo. La compañía decidió que era más fácil prescindir de mí que escuchar mi versión.

No dice nada, pero noto su mirada.

Me encojo de hombros y continúo:

—Si quieres, puedo darte sus datos de contacto, pero dudo que digan algo bueno de mí.

Parpadeo y dos lágrimas enormes resbalan por mis pestañas. Me las imagino cayendo. Incluso oigo el «plop, plop» que harán al tocar el suelo.

Me obligo a sonreír y me las seco con la mano.

Al principio, Ryan no supo qué decir cuando me despidieron. Y después, cuando lloré, se limitó a señalar que ya encontraría algo mejor.

Ford no me suelta palabras bonitas que no sirven para nada. En su lugar, me agarra con fuerza y me estrecha contra su pecho. Me rodea los hombros con un brazo y con el otro me envuelve la cabeza, como si quisiera protegerme del mundo.

Es la segunda vez esta noche que siento sus dedos enredándose en mi pelo. Y también es la segunda vez que me llega su embriagador aroma masculino.

Las lágrimas vuelven a caer. Pero esta vez no me contengo. Me acurruco contra su pecho y dejo que su camiseta de algodón las absorba mientras juego con la cadena de plata que le cuelga del cuello y noto el colgante frío contra la mejilla.

—Soy un desastre. Mi vida es un desastre. Me han despedido. Llevo dos años saliendo con un hombre decente y no sé cómo decirle que ya no estoy enamorada de él. Vivo en la cabaña cutre de mi hermano y cocino en un hornillo. Ceno patatas fritas todos los días. Estoy hasta el cuello de deudas estudiantiles y me siento culpable todo el tiempo: por abandonar mi vida, por huir, por fracasar. Estoy cansada, Ford. Joder, estoy tan cansada.

Siento el roce de su barba cuando me da un beso en la cabeza y apoya la mejilla en mi pelo.

—Entonces descansa un poco, Rosie. Yo te sostengo.

Eso solo me hace llorar más.

No sé cuánto tiempo nos quedamos así, con Ford dejándome derrumbarme entre sus brazos. Absorbiendo toda mi angustia para que yo no tenga que cargar con ella.

No deja de acariciarme la cabeza con la mano en ningún momento. Ni siquiera cuando dejo de llorar.

Estoy agotada, aturdida. Tengo la sensación de que ahora mismo podría quedarme dormida en sus brazos y ni me daría cuenta.

—Últimamente me he preguntado si no habría sido mejor hacer como si nada hubiera pasado —confieso en un susurro contra la seguridad que me proporciona su pecho—. No enfrentarme, no hablar. Simplemente dejarlo atrás y seguir adelante.

Me estoy refiriendo al trabajo, al acoso, y él lo sabe.

Noto cómo se le tensan los brazos.

—No, nunca pienses que era tu obligación aguantar ese tipo de conductas —dice con un tono que destila veneno—. Tienes todo el derecho a procesarlo como necesites, Rosie. Pero yo…, yo haré que paguen por ello. Voy a arruinarlos.

La dureza en su voz disipa mi ansiedad.

Suelto un suspiro.

—Por favor, no se lo cuentes a nadie. Solo lo sabéis Ryan y tú. Y no quiero revivirlo todo otra vez.

Se queda rígido.

—¿Y qué hizo Ryan al respecto? —pregunta con voz helada.

—No necesito que nadie haga nada —respondo esquiva, enterrando aún más la cara en su pecho, como solo he hecho una vez en mi vida. Y en esa ocasión, también estaba asustada—. El simple hecho de habértelo contado ya me hace sentir mejor.

Su única respuesta es besarme otra vez el pelo y abrazarme unos segundos más.

Luego me suelta y me acompaña hasta la puerta de la cabaña como todo un caballero. Y cuando por fin me meto en la cama, no le doy más vueltas a lo que dijo o no dijo. Porque después de haberle contado lo que me sucedió en el trabajo, y sabiendo que mi secreto está a salvo con él, por fin me relajo y duermo a pierna suelta.

Y es que, aunque no necesito un caballero andante que defienda mi honor, me consuela saber que tengo a alguien que lo haría sin dudar.

DIECISIETE
Ford

Estoy cansado. Agotado después de haberme pasado toda la noche investigando a Stan Cumberland y a Apex Construction Materials, dos nombres que encontré en el perfil de LinkedIn de Rosie. Después de poner a todo volumen en los AirPods la versión de *How I Could Just Kill a Man* de Rage Against the Machine, me lancé de cabeza a una especie de cacería para encontrar todo lo que pudiera sobre ese tío.

Acabo de dejar a Cora en el instituto. Esta mañana ha podido hablar otra vez con su madre por teléfono. Se ha enterado de que pronto podremos ir a visitarla, y la noticia le ha levantado el ánimo. Luego no ha parado de hablar de Rosie durante todo el trayecto. No ha callado ni un segundo. Nunca la había oído hablar tanto.

Me ha confirmado lo que ya sospechaba: que los dos estamos completamente obsesionados con Rosie Belmont. La única diferencia es que yo no llevo su goma rosa fosforito.

Cora sí.

No puedo evitar sonreír mientras la veo entrar al instituto con paso ligero. Va vestida de negro y gris de la cabeza a los pies, pero lleva ese destello rosa en la trenza que le cae por la espalda.

Entonces me viene a la cabeza la imagen de Rosie subiendo a la habitación de Cora solo para dejarle esa goma. Un gesto íntimo, de complicidad, en el que yo no estaba incluido. Aunque tampoco hacía falta que me incluyeran, porque esta mañana, ver la sonrisa de Cora mientras bajaba las escaleras con la goma puesta me ha bastado para saber que tiene un significado especial para ambas.

Me paso todo el trayecto de vuelta al trabajo pensando en los correos que tengo que contestar, el calendario que debo organizar en torno a un estudio de grabación cuya fecha de apertura va cambiando cada semana, en los puentes que necesito tender con diferentes discográficas para que la música que produzco no se

quede estancada aquí, en medio de las montañas; en los contratos que tengo que redactar; en los pedidos que tengo que revisar y las facturas que hay que pagar, tanto del estudio como del bar.

Vamos, que me paso todo el viaje preocupándome por lo que escapa a mi control. Así que, como es lógico y normal, lo primero que hago en cuanto entro en la oficina es mirar hacia el escritorio de Rosie. Está vacío. Mejor. No necesita que yo esté respirándole en la nuca cuando ya tiene bastante con lo suyo. Ojalá haya dormido hasta tarde.

Pero cuando llego a mi mesa, me doy cuenta de que no ha sido así, porque sobre ella me espera otra hoja arrancada de su diario. No puedo evitar reírme al verla. Sobre ella hay pegado un post-it amarillo que dice: «Gracias por lo de anoche. De todas formas, me lo debías».

Retiro el post-it, confundido, y empiezo a leer.



Querido diario:

Hoy me he roto el pulgar en la cara de una gilipollas que está aquí de vacaciones. West ha tenido que llevarme al hospital porque mis padres estaban trabajando.

Cualquiera pensaría que estaba preocupado por mí, pero no. Me ha dicho que estaba muy decepcionado por no saber cerrar el puño como es debido y que, en vez de eso, debería haberle tirado del pelo. Con lo pesado que se ha puesto, insistiendo en que el pulgar nunca debe meterse dentro del puño, me veo recibiendo en breve unas cuantas lecciones de pelea bastante cuestionables.

Pero ¿cómo iba yo a saberlo? Nunca le he pegado a nadie. La Rosie buena y feliz, la que siempre sonríe, no va por ahí dando puñetazos. Y, la verdad, hasta hoy tampoco había querido hacerlo.

Estoy bastante depre porque estoy casi segura de que mi temporada de voleibol se ha ido a la mierda.

Pero no me arrepiento de haberle pegado.

He mentido y he dicho que ha sido porque esa tía estaba insultando a la familia de Tabitha, soltando comentarios bastante feos sobre Erika. Sabía que nadie hablaría del tema. Es uno de esos secretos a voces que en los pueblos pequeños como este solo se mencionan a puerta cerrada.

Pero en realidad ha dicho que Ford solo estaría bueno si se quitara las gafas y, de paso, encontrara algo parecido a una personalidad.

Debe de ser imbécil, porque Ford está bien tal y como es, y su personalidad también. Seguro que fue porque se quedó en blanco cuando él *dijo algo gracioso y necesitó que su amiga, otra imbécil, le hiciera un dibujo para entenderlo.*

Además, yo sí puedo meterme con él, pero no me gusta que lo hagan los demás.

Me han dicho que está bien, que no le ha pasado nada. Lo que significa que tendré que volver a soltarle otro puñetazo la próxima vez que la vea.

Pero esta vez, con el pulgar por fuera.



Tengo que leerlo tres veces. Y cada vez me parece más surrealista. Por la fecha, Rosie debía de tener diecisiete años y yo diecinueve, casi veinte, cuando lo escribió. Fue nuestra época dorada de discusiones. Sus padres trabajaban mucho y West siempre la llevaba consigo. Iba con nosotros a todas partes. Yo habría hecho lo mismo con Willa si nos hubiéramos llevado menos tiempo, pero en aquella época, nuestros cinco años de diferencia se notaban demasiado. Así que, mientras ella se pasaba los veranos compitiendo en torneos de hípica, yo me quedaba en Rose Hill.

Me quedaba en Rose Hill intentando por todos los medios no enamorarme de Rosalie Belmont.

Y aún sigo intentándolo.

Por eso entierro bien hondo cualquier emoción que me provoque esta entrada del diario y guardo la hoja en el primer cajón de mi mesa.

Hoy he venido aquí con el firme propósito de darle el espacio y el respeto que necesita para atravesar esta etapa complicada de su vida, de apoyarla en todo lo que pueda y de esbozar mi mejor sonrisa cuando vuelva a desplegar las alas y se marche de nuevo.

Porque soy un hombre adulto, un «padre», y sé cómo ser maduro.

Por eso me dejo caer en la silla y hago la llamada que llevo demasiado tiempo evitando.

Solo hace falta deslizar el dedo y el teléfono empieza a sonar. Una vez. Dos…

—¡Ford! —contesta la voz áspera y profunda de mi madre.

Sonrío.

—Hola, mamá.

—¿Cómo está mi niño?

—Bueno, pues… resulta que tengo una hija.

He decidido que lo mejor es arrancar la tirita de golpe.

—Y un talento extraordinario para dar noticias importantes —replica.

Sabía que debía decírselo a ella. Mi padre primero habría perdido los nervios y luego se habría calmado, pero mi madre siempre ha sido la más tranquila. Así ha funcionado siempre nuestra familia. Además, cuanto mayor me hago, menos quiero que se metan en mis asuntos. Sé que lo hacen con buena intención, pero me fastidia de igual modo.

—He pensado que lo mejor era soltarlo de golpe, sin pensarlo demasiado.

—Claro, hijo. Porque si hubieras pensado un poquito más y no hubieras soltado «otras cosas» de golpe, ahora no estaríamos teniendo esta conversación —se ríe, encantada por su propia ocurrencia.

Estoy acostumbrado a este tipo de salidas suyas; es lo que tiene tener una madre terapeuta sexual.

—Doné esperma con diecinueve años.

—Siempre has sido generoso, debajo de toda esa fachada hosca.

—Mamá…

—Perdón. No estaba preparada para esta conversación. Y eso ya es decir, con todo lo que oigo a diario. ¿Te importaría explicarme por qué donaste esperma? Porque, con la de veces que te pillé haciendo la colada tú solo con la cara roja como un tomate, creí que la mayoría de tus donaciones eran caseras.

—¡Qué cruz! —Me froto la cara con la mano, deseando que el suelo se abra y me trague—. Necesitaba dinero para una entrada para el concierto de Rage Against the Machine, y papá no quiso darme ni un céntimo.

Mi madre suspira con fuerza.

—Pues le diste una buena lección.

Me tiembla la mejilla. Exactamente lo mismo que dijo Cora.

—Ya. Bueno, el caso es que ahora vive conmigo. Y se va a quedar por tiempo indefinido. Así que si podemos evitar hablar de ella como si fuera una carga, te lo agradecería.

Se hace el silencio al otro lado de la línea, como si empezara a asimilar la noticia.

—Perdona, no era mi intención. ¿Te has… asegurado de que esté todo en orden?

Sé que es su forma delicada de preguntarme si he resuelto todo el papeleo legal. Ahora tengo muchos bienes que antes no tenía, como me recuerda mi abogada cada dos por tres.

—Sí, todo en orden. Se llama Cora. Y, bueno, quiere conoceros. A ti y a papá.

—Eso le va a encantar. —Noto la diversión en su tono—. Has llamado justo cuando está en el gimnasio. ¿Se supone que se lo tengo que decir yo? Porque seguir usando a tu madre como escudo con treinta y tantos años es un poco cutre.

—Ya sabes cómo es papá. Igual que Willa: primero estallan y se ponen de mala leche y luego se les pasa y hacen lo que toca. Seguro que dentro de unos días se presenta aquí con su camiseta de «Mejor

abuelo del mundo». Lo único que necesito es que no monte un operativo para rescatarme de esto, ¿vale?

Ahora se ríe de verdad.

—No lo dudo. Pero aún nos quedan un par de semanas en Portugal. Luego iremos a pasar el verano a Rose Hill. Estoy deseando conocerla. ¿Por qué no me hablas un poco de ella?

Estoy a punto de ponerme a contarle todo, agradecido de poder hablar de esto con mi madre.

—Bueno, pues Cora es…

—Espera. Antes de nada, ¿cómo estás tú? ¿Cómo lo está llevando mi niño?

Me encojo de hombros en la oficina vacía, un gesto que me recuerda a Cora.

¿Que cómo estoy?

Pues igual que Rosie. Hecho un lío, pero apañándomelas para que no se me note.

Aunque no le digo eso.

—Estoy bien, mamá.

Y entonces empiezo a hablarle de mi hija.



Estimado señor Grant:

Solo quería avisarle de que estoy ayudando a Sebastian a recoger materiales y estaré de vuelta en la oficina en breve. Pero mientras espero en la ferretería (¡qué aburrimiento!), quería aprovechar para comentarle algo.

He estado pensando mucho en posibles productos de merchandising y me he tomado la libertad de encargar un diseño. Le adjunto una propuesta para un chándal corporativo.

Por la cantidad de correos que recibimos de fans, sobre todo chicas, creo que podría ser un artículo estupendo para lanzar junto con la nueva web. Hay muchas otras opciones que podríamos explorar, pero, como mujer, puedo decirle que yo me lo pondría

encantada. ¡Y a los artistas también podría gustarles! Incluso podríamos regalarlos en Navidad o algo por el estilo.

Quedo a la espera de sus comentarios o sugerencias.

Un saludo,
Rosalie Belmont
Directora de operaciones de Rose Hill Records

Rosalie:

Ese chándal es rosa. El logo tiene flores. Y ni siquiera aparece el nombre de la empresa.

¡Que tengas un buen día!
Ford Grant
CEO y productor ejecutivo de Rose Hill Records

Señor Grant:

El rosa y las flores son bonitos, femeninos y pensados para atraer al público que va a comprarlos. Quizá podríamos hacer una versión masculina para usted, con uno de esos todoterrenos enormes, tipo *monster truck*, y esas bolas de acero que algunos cuelgan del parachoques. Si le interesa, estaré encantada de encargar el diseño. Estoy segura de que estaría arrebatador vestido de azul.

Por cierto, me alegra que haya mencionado lo del nombre de la empresa. No aparece en el chándal porque justo me estaba preguntando si no querría replantearse lo de Rose Hill Records. Aquí, todos los negocios se llaman Rose Hill algo. Es… demasiado evidente, poco original.

Estoy deseando saber qué opina al respecto. Si cuando vuelva me recibe con el ceño fruncido, sabré que me he pasado. Pero tenía que decirlo.

De nada,
Rosalie Belmont

Directora de operaciones de Rose Hill Records
Ubicada (¡cómo no!) en Rose Hill, Columbia Británica

Rosalie:

Aprecio tu iniciativa. Puedes quedarte el chándal. No veo la hora de recibir mi versión masculina en Navidad. Seguro que es de lo más elegante y exquisito.

Eso sí, no pienso cambiar el nombre de mi empresa.

¡Que tengas un buen día!
Ford Grant
CEO y productor ejecutivo de Rose Hill Records (y punto final).



—¡Ya estoy aquí! Y he traído a Sebastian —anuncia Rosie, entrando con aire triunfal por la puerta del viejo granero, seguida de mi compañero de bolos.

Ella viene con una sonrisa de oreja a oreja; él, con el ceño fruncido, aunque no tanto como anoche, cuando se encaró con Estirado.

Bash alza la barbilla a modo de saludo y dice:

—Voy a echar un vistazo a esto.

Se remanga la camisa de cuadros y se aleja como si estuviera buscando bronca.

—Es encantador, ¿verdad? —susurra Rosie, en tono cómplice mientras se acerca a mi mesa.

Me recuesto en la silla, como si unos centímetros más de distancia fueran a ayudarme a no desearla tanto.

(Spoiler: no funciona).

Entrelazo los dedos, bajo la barbilla y la observo. Está haciendo lo de siempre: exagerar su alegría para intentar aliviar cualquier incomodidad o tensión. Ya lo hacía con West de adolescente y ahora

le sale con tanta naturalidad que dudo que sea consciente. Es como si pensara que sus problemas no merecen atención ni solución porque podrían molestar a los demás.

Y eso es un error.

Además, su sonrisa no disimula la hinchazón bajo los ojos. Me duele pensar que estuvo llorando sola, en esa casucha de mala muerte. Me duele tanto que ni siquiera puedo enfadarme por su sugerencia de cambiarle el nombre a la empresa.

Por lo demás, está impecable. Pelo liso, pantalones anchos color camel, jersey en tono crema y un collar dorado en el cuello. Recuerdo cómo se aferró a mi cadena la otra noche, en el embarcadero.

Me llevo la mano al pecho de forma involuntaria, imitando su gesto, consciente de lo cerca que estuvo del colgante. Pero, en cuanto noto que Rosie se fija en mi mano, me detengo y me aclaro la garganta.

—¿Sebastian? Ah, sí, todo un encanto.

—Si se porta mal contigo, dímelo y le meto un puñetazo. Con el pulgar por fuera. —Me guiña un ojo y levanta el puño antes de balancearse de un pie al otro.

Parece que ambos estamos un poco incómodos después de lo de anoche, pero ninguno quiere hablar de ello. No podemos.

Al menos yo no. Porque si hablo, diré cosas que no debo. Lo mejor es que me limite a mantener las formas.

No necesita otro jefe salido. Y yo no pienso convertirme en un jefe/padre baboso.

Así que recurro a lo seguro: meterme con ella.

—¿En serio? No creo que hayas aprendido a cerrar bien el puño. Y no me sirves de nada con la mano rota.

Pone los ojos en blanco.

—Mira. Ha vuelto Ford el capullo.

Odio ser un capullo con ella, pero no sé comportarme de otra forma. De modo que cojo el sobre que tengo delante y se lo tiendo.

—¿Qué es esto? —Sus dedos rozan los míos al cogerlo, y yo disimulo el escalofrío que siento cambiando de postura en la silla.

—Un bono de bienvenida. Te he mandado el contrato por correo. Vas a tener que darme tus datos bancarios para los próximos pagos.

En cuanto lo abre, se queda con la boca abierta y los ojos como platos.

—No.

—No te estoy pidiendo permiso, Rosie.

Levanta la vista un instante y masculla:

—Déjame que te lo reformule: ni de coña.

—Pues sí, sí de coña —respondo sin inmutarme.

Niega con la cabeza, pero no aparta los ojos del cheque, que sostiene con fuerza entre los dedos.

—No. —Ahora me mira directamente a los ojos—. Es demasiado.

—No lo es. Siempre he pagado bien a mis empleados.

Vuelve a hacer un gesto de negación.

—Es una empresa reciente. No está en el presupuesto. Lo sé perfectamente porque he estado revisando las hojas de cálculo.

Ladeo la cabeza y le lanzo mi mejor mirada de «¿Me estás tomando el pelo?».

—Rosalie. Por supuesto que está en el presupuesto.

—No se le da un bono de bienvenida de esta cuantía a alguien sin experiencia. Si ni siquiera tengo referencias.

Aprieto los dientes al oír lo de las putas referencias.

—Yo sí lo hago.

Parpadea muy rápido, como si estuviera intentando no llorar con todas sus fuerzas.

Joder, espero que no llore. Como lo haga, me levantaré de esta silla antes de lo que se tarda en decir: «Stan Cumberland está muerto».

—No me lo merezco —susurra, con labios temblorosos, antes de volver a mirar el cheque.

—Rosalie —digo. Veo cómo respira hondo. Nuestras miradas se encuentran y le doy un momento para recomponerse—. Claro que te lo mereces. Cada céntimo. —Y no estoy mintiendo.

Rosie tensa la mandíbula y se endereza, como si de repente fuera más alta. Más alta… y cien mil dólares más rica.

Pensé que sería suficiente para ayudarla sin que pareciera una obra de caridad.

A mí, la verdad, no me parece tanto. Lo que, si me paro a pensarlo, es absurdo y demuestra lo desconectado que estoy de la realidad.

Pero, aunque yo crea que se merece muchísimo más, para ella es un dineral.

—Ford, yo…

Me inclino hacia delante, pendiente de lo que va a decir.

Pero justo en ese momento Bash irrumpe en la estancia a zancadas y anuncia:

—Tenéis moho.

Rosie articula un «gracias» silencioso mientras aprieta el cheque contra su pecho y se limpia una lágrima de la comisura del ojo.

Y yo me paso el resto del día preguntándome qué narices estaba a punto de decirme.

DIECIOCHO
Ford

Esta noche habría preferido pasarla lejos de Rosie. Necesito poner algo de distancia entre nosotros. No dejo de pensar en ella, de buscarla con la mirada, de girarme en su dirección antes incluso de darme cuenta.

Es como si, haga lo que haga, estuviera conectado a ella.

Así que no es de extrañar que, cuando he entrado en casa y Cora me ha dicho que ella y Rosie iban a jugar al Monopoly, haya sentido una mezcla de entusiasmo y desesperación. He intentado escabullirme, pero no ha habido forma de librarse. Así que aquí estoy, atrapado en mi propio tiempo libre, intentando no quedarme embobado mirando a Rosalie Belmont.

Mi cuerpo no parece entender que ahora es oficialmente mi empleada. Pero mi cabeza sí lo sabe; tiene muy claro que Rosalie Belmont no solo es la hermana pequeña de mi mejor amigo, sino también alguien con quien no puedo permitirme cruzar los límites profesionales.

—¡Madre mía! ¿Otro?

Rosie se frota las manos con una sonrisa malvada mientras coloca otro hotel en la casilla más cara del tablero.

—A ver, mi pequeño nubarrón, ya te advertí que era una crack en este juego. Que te lo confirme Ford si no, que le daba unas palizas épicas cuando éramos adolescentes.

Aprieto los labios.

—No, eso no es verdad.

—¡Ja! Sí que lo es. Es increíble que hayas llegado tan lejos en la vida siendo tan pésimo al Monopoly.

—No soy pésimo. Solo tengo otras prioridades.

Rosie se recuesta en la silla con una expresión de suficiencia que me recuerda que, fuera del trabajo, toda la fachada profesional se evapora.

—Bueno —dice, hojeando los billetes de colores—, desde aquí parece que tu prioridad es perder.

Resoplo y veo cómo Cora nos observa divertida.

—Es un juego de mesa, no la vida real. A mí no me importa tanto perder dinero falso como a ti.

Rosie se pone rígida.

—¿Y eso qué se supone que significa?

Cora parece captar la tensión y entra al quite.

—Bueno, yo me lo estoy pasando genial viendo cómo Rosie te deja sin blanca.

Me encojo de hombros y le guiño un ojo a Cora.

—Yo también. Se le da bien.

Rosie entrecierra los ojos y deja el fajo de billetes en la mesa.

—¿Esto es una indirecta por lo de hoy?

Frunzo el ceño, tratando de entender por dónde va.

Cora se pone de pie.

—Voy a por algo de comer. ¿Queréis algo?

—Si vas a restregármelo por la cara, te lo devuelvo ahora mismo —murmura Rosie.

—¿Cómo? —le susurro yo, mientras oigo a Cora trastear en la despensa.

Rosie baja la voz también, pero sus palabras están cargadas de rabia.

—Lo del bono. No voy a quedármelo si vas a lanzarme pullas y comentarios envenenados sobre lo bien que se me da dejarte sin blanca. Tengo mi orgullo.

Joder. Ni me había vuelto a acordar de ese dinero.

—Mi comentario no iba por ahí en absolu…

—¡Eh, Rosie! —grita Cora, interrumpiéndome—. ¿Puedes venir a alcanzarme esto?

Rosie niega con la cabeza, se levanta y se dirige a la despensa con los hombros tensos y la cabeza bien alta. Está enfadada, sí, pero eso no evita que me encante verla aquí, descalza, moviéndose por mi casa como si fuera la suya.

—Ni siquiera sé lo que estás buscando…

—¿Ford? —Cora asoma la cabeza desde la despensa, mirándome con ojos inocentes—. Rosie tampoco llega. ¿Nos ayudas?

Suelto un suspiro, echo la silla hacia atrás y me levanto. Luego rodeo la isla y veo a Rosie de puntillas, estirándose hacia la balda más alta. La camiseta se le ha subido un poco, dejando al descubierto una franja de piel. Me fijo en su cintura estrecha y en la curva de su trasero enfundado en esos vaqueros desteñidos que le quedan de infarto.

—Déjame —digo, en un tono más brusco de lo que pretendía. Me pongo detrás de ella, alzo el brazo y hago todo lo posible por no tocarla demasiado.

Noto la corriente de aire justo antes de oír el clic de la puerta al cerrarse y el giro del pestillo.

Me quedo paralizado, pegado a la espalda de Rosie, dentro de esta despensa diminuta y oscura. La única iluminación que tenemos es el pequeño haz de luz que se cuela por la rendija de la puerta.

—¿Cora? —pregunto con firmeza, justo cuando Rosie se gira hacia mí y me roza el brazo y el torso con el pecho.

—¡Cora, no habrás cerrado con llave!

Me agarro a la balda que hay sobre su cabeza para no agarrarla a ella.

—Os dejaré salir cuando dejéis de discutir por tonterías. Escucharos es agotador. Está claro que os gustáis. Empezad a comportaros como corresponde.

Rosie se apoya en mi pecho con una mano mientras los pasos de Cora se alejan.

—¡Cora! ¡Vuelve aquí ahora mismo y abre la puerta! —grito. Rosie se ríe, casi con histeria. Siento su aliento cálido en el cuello. Huele dulce, a Coca-Cola y a esas gominolas de melocotón que lleva picoteando toda la noche.

Me entran unas ganas tremendas de besarla. De saborearla. Aquí, en este rincón oscuro, donde nadie nos vería.

El silencio se vuelve denso. Lo único que percibo es la tensión incómoda que emana de su cuerpo, pegado al mío…, hasta que, por fin, habla.

—¿Esto no te recuerda mucho a algo, Junior? ¿O solo me pasa a mí?

Trago saliva y pienso en aquella noche.

Fueron siete minutos en el paraíso, por culpa de uno de esos estúpidos juegos de adolescentes. Como era de esperar, el destino decidió reírse de mí y me encerró en un armario, a oscuras, con Rosalie Belmont.

Me río por lo bajo, en un murmullo grave que parece vibrar en las baldas. Bajo la cabeza, derrotado.

—No, no te pasa solo a ti, Rosalie.

«Rosalie». Porque ahora no puedo llamarla Rosie. Esta puta despensa es demasiado pequeña y ella está demasiado cerca.

—Al día siguiente me costó lo mío convencer a West de que no había pasado nada en ese armario —se ríe, más bajito esta vez, recordando la historia.

Trago saliva.

—Es que no pasó nada. Supe que eras tú al instante. —Fue por su olor, por ese perfume tan intenso y dulzón, casi empalagoso, que usaba entonces, como a regaliz negro.

Tamborilea los dedos sobre mi pecho como si tocara un piano.

—Lo sé, pero fingimos bastante bien, ¿verdad?

Asiento, aunque dudo que pueda verme.

—Me despeiné a propósito —dice.

Lo recuerdo como si fuera ayer: Rosie mandándome callar mientras se pasaba los dedos por el pelo.

Me sobresalto al sentir las yemas de sus dedos índice y corazón rozándome los labios. Alzo la mano de golpe y le agarro la muñeca, pero ella no se aparta. Traza el arco de mi labio superior con suavidad y susurra:

—Te pringué los labios con mi *gloss* cutre extrabrillante.

—Lo recuerdo —respondo con voz áspera, sin soltarle la muñeca.

—No me acuerdo del sabor. Y eso que me ponía esa porquería sin parar —murmura, mientras vuelve a trazar mis labios con los dedos.

No hace falta que lo piense. Lo tengo grabado. Nunca lo olvidaré.

—Sandía.

Rosie contiene el aliento ante mi respuesta inmediata y acerca la cara hasta que nuestras narices se tocan.

Me arde el estómago; sé que no puedo hacer esto. Le suelto la muñeca y doy un paso atrás, sintiendo la estantería metálica clavándoseme en los omóplatos.

No dice nada, pero su respiración se vuelve más profunda, más irregular.

—Dejaste que todos pensaran que nos habíamos besado en ese armario —murmuro con voz ronca—. Incluso dijiste que había estado bien. —Apenas alcanzo a distinguir cómo asiente en la penumbra—. ¿Por qué?

—Porque me molestaba que la gente hablara de ti como si fueras un pringado incapaz de ligar con una chica. Y eso fue lo que le solté también a West. Gracias a eso dejó de darme la lata con el tema.

—Pero si era verdad —replico—. Yo no ligaba con nadie.

El silencio nos envuelve un instante, hasta que ella responde despacio:

—Pero podrías haberlo hecho. Lo que pasa es que las chicas que iban detrás de ti no te llegaban ni a la suela del zapato, y tú ni te dabas cuenta.

¿Que había chicas interesadas en mí? Ni me enteré. En aquel entonces, yo solo tenía ojos para Rosie.

En aquel entonces… y también ahora.

—No sé si estoy de acuerdo en eso.

—Yo sí. Te observaba.

—Para ser alguien que decía odiarme, estabas bastante pendiente de mí.

Rosie deja escapar un murmullo pensativo.

—¿No dicen que hay que tener cerca a los amigos, pero más cerca a los enemigos?

—No somos enemigos, Rosalie.

—Todo sería más fácil si lo fuéramos.

Sus palabras quedan flotando en el aire. No sé cómo interpretarlas. Ojalá pudiera verle la cara ahora mismo.

—Antes, cuando he dicho eso, no me refería al bono de bienvenida.

Mueve la cabeza para asentir con un gesto rápido.

—Vale.

—Jamás se me ocurriría meterte caña con eso.

—¿Solo con otras cosas? —pregunta con un tono que suena casi esperanzado.

Trago saliva. Sí, siempre le lanzo pullas y le meto caña para ocultar «otras cosas». Pero también es cierto que nunca le digo que no.

—Solo con otras cosas.

—Vale —repite.

—Estás más que cualificada para este trabajo, lo sabes, ¿verdad? No lo estoy haciendo por pena ni nada por el estilo.

Suelta un resoplido irónico.

—Venga ya, Ford. Si prácticamente te lo supliqué.

Me encojo de hombros.

—Puede ser, pero podría haberte dado dinero sin confiarte ninguna parte de mi negocio. Y no he hecho eso. Eres un activo. Lo que haces tiene un valor real. Y sería una locura que dejaras pasar una oportunidad como esta. No dejes que nadie te haga pensar lo contrario, y menos yo.

El silencio vuelve a instalarse entre nosotros. No sé si me he pasado, pero no soporto verla dudar de sí misma así. Lo que más me revienta es que alguien le haya hecho creer que su valor depende únicamente de su aspecto.

—Me desconciertas —suelta de repente.

Me río por lo bajo y me paso la mano por la mandíbula.

—La sensación es mutua.

—¿Tú crees que…? —empieza, pero se interrumpe. Espero un segundo y luego me inclino un poco para oír mejor lo que tenga que decir—. ¿Crees que, en otras circunstancias, tú y yo podríamos haber sido…?

El clic de la cerradura y la luz que entra cuando Cora abre la puerta de golpe hacen que se calle al instante.

—Bueno, ¿qué? ¿Ya habéis dejado de discutir?

No me puedo creer que nos esté regañando una cría de doce años. Ni tampoco que, por un momento, haya deseado que volviera

a encerrarnos aquí dentro.

Cuando vuelvo a mirar a Rosie, me encuentro con sus ojos muy abiertos y esos labios perfectos, color cereza, entreabiertos. Dios, cómo me gustaría saber lo que estaba a punto de decir.

«¿Algo más?». ¿Eso era lo que quería preguntar? ¿Si ella y yo podríamos haber sido algo más?

Es una pregunta que me he hecho muchas veces a lo largo de los años. Pero nunca he encontrado el momento adecuado para plantearla. Siempre había demasiado en juego.

Y ahora tampoco lo es.

Sin mirar a Cora, respondo:

—Sí. Hemos firmado una tregua.

Y salgo de la despensa antes de quedarme demasiado tiempo analizando la confusión que refleja el rostro de Rosie.

DIECINUEVE
Rosie

Me he pasado las últimas tres semanas dejándome la piel para ganarme los cien mil dólares que Ford me dio como si fuera el cambio que te dan al comprar un granizado en la tienda de la esquina.

He creado hojas de cálculo magníficas, proyecciones y sistemas financieros a medida para Rose Hill Records.

Cada vez que preparo un té, también le llevo uno a Ford, sobre todo desde que tuvo el detalle de llenar la cocina de la oficina con mis mezclas favoritas del Bighorn Bistro.

Además, intento poner orden en los plazos y tareas de Bash, mientras avanza la reforma del viejo granero reconvertido en oficina. En apenas unas semanas, ha transformado por completo el espacio, levantando tabiques nuevos e instalando lámparas modernas. Aún falta pintar, pero yo ya puedo imaginarme lo bonito que va a quedar: contemporáneo, aunque con ese aire rústico que le dará un encanto especial.

Recojo a Cora todos los días del instituto (a veces Ford me acompaña con cara de pocos amigos), e intento disimular cuando la veo con mi goma del pelo. Nunca hemos hablado de ello, pero la lleva puesta a diario. Cada vez que me fijo, siento un pellizquito en el pecho difícil de explicar.

Ford y yo actuamos con cordialidad. Demasiada cordialidad. Somos tan correctos que resultamos… insípidos. Mantiene siempre las distancias, no me tira del pelo y no me suelta burradas como las de antes (como, por ejemplo, que no tiene intención de follar conmigo). De hecho, suelta más tacos delante de Cora que conmigo.

Los domingos por la noche ceno con mis padres, con West y con los niños, las semanas que le toca estar con ellos. Y, cada dos jueves, tengo noche de pizza y película con Cora mientras Ford se va

a jugar a los bolos con su equipo de padres. Siempre pierden, pero él vuelve con una sonrisa en la cara.

Me gusta verlo sonreír.

Y cada día lo veo encariñarse un poco más con esa niña cuya existencia desconocía hasta hace nada.

Es viernes por la tarde y tengo los auriculares puestos mientras escribo un correo a varios especialistas en insonorización, a ver si alguno puede venir a trabajar a Rose Hill. Intento no agobiarme pensando en la inminente visita de Ryan de este fin de semana. Anoche me escribió para decirme que vendría el sábado por la mañana.

Por fin.

Llevo semanas deseando que este encuentro pase de una vez. Incluso me ofrecí a conducir las nueve horas hasta allí. Ahora incluso podría permitirme ir en avión si quisiera. Pero él siempre encontraba alguna excusa. De todos modos, que quiera zanjarlo cuanto antes no significa que no lo tema. Sé que va a ser incómodo y triste, y no paro de pensar en cómo decírselo sin hacerle daño. A veces incluso practico en voz alta, buscando el tono perfecto.

Odio herir a la gente, y sé que esto le va a doler. Pero también sé que, al tocar los labios de Ford en aquella despensa oscura, estuve demasiado cerca de hacer algo que siempre he jurado no hacer.

Si no fuera una auténtica cabronada, terminaría esta relación por mensaje y… seguiría con mi vida. Aunque no creo que mi vida fuera muy distinta a la que llevo ahora. Quizá lo único diferente sería que disfrutaría de mi libertad.

«Libertad».

Intento mantener los ojos fijos en la pantalla, pero se me van solos hacia Ford y Cora. Y me pregunto si esa tendencia a mirarlo justo cuando pienso en «libertad» tiene algún tipo de significado más profundo.

O quizá la pregunta sea más simple: ¿qué significa el hecho de que no pueda dejar de mirarlo?

En este momento le está enseñando a Cora un tocadiscos que ha desembalado hoy mismo. Ella está acurrucada en el sofá de cuero, siguiendo cada gesto suyo con fascinación.

Se han pasado las últimas semanas uniendo lazos a través de la música. No entiendo la mitad de sus conversaciones, es como si hablaran en chino, pero me basta con ver cómo se les ilumina la cara cuando mencionan a algún grupo que les gusta. Me encanta verlos juntos. Me emociona la entrega de Ford, cómo se ha lanzado sin reservas a ser la persona que Cora necesita, y me conmueve la forma en que ella se esfuerza para sacar lo mejor de una situación que tiene que ser durísima.

A veces siento que tengo tanto que aprender de los dos que es como si el universo me hubiese traído aquí justo para eso.

Por eso detengo el pódcast en mi móvil, para poder escucharlos sin parecer una cotilla.

—… se lo dio a mi padre, que luego me lo dio a mí —explica Ford, levantando la tapa de plástico del aparato.

—¿Y por qué no a tu hermana? Tu familia parece un poco machista en lo que a tocadiscos y nombres se refiere, Junior.

Ford suelta una carcajada seca, y yo reprimo una sonrisa mientras bajo la vista a la pantalla. Cora es lo más.

—No lo sé… Mi hermana se quedó con la guitarra de mi abuelo. ¿Eso cuenta?

Ella se encoge de hombros.

—Supongo.

Veo cómo Ford se queda pensando mientras levanta la aguja. Bajo ese aspecto arrogante y sus comentarios mordaces se esconde un hombre sensible. Seguro que la idea de que sus tradiciones familiares puedan ser sexistas lo tiene en vela toda la noche.

Luego saca un disco de su funda de cartón y se muerde el labio mientras baja la aguja con mucho cuidado.

—¿Me enseñas cómo se hace? —Cora se inclina hacia delante, mirándolo como si estuviera presenciando una operación supercomplicada.

En cuanto a mí, no puedo dejar de mirarle los antebrazos y las venas que se le marcan en las manos cuando flexiona los dedos.

—Claro. —Ford levanta de nuevo la aguja y se aparta para dejarle sitio—. Mira, ven. Así podrás escuchar música siempre que quieras.

Ella abre mucho los ojos, sorprendida.

—¿Me vas a dejar usarlo incluso cuando tú no estés?

Ford se encoge de hombros.

—Sí, bueno, es probable que algún día sea tuyo. Si lo rompes, peor para ti.

Empieza a explicarle cómo alinear la aguja, aunque dudo mucho que Cora le esté escuchando. Está demasiado ocupada observándole con una mezcla de adoración y desconcierto en su cara de muñeca.

Ford no se ha dado cuenta de que acaba de decirle que va a estar ahí el resto de su vida, pero Cora lo ha entendido a la perfección.

Aparto la mirada y vuelvo a poner el pódcast para dejar de invadir un momento tan íntimo. Unos minutos después, no resisto la tentación y echo otro vistazo. Ambos están sentados en el sofá y Cora se acerca un poco más a él.

La música resuena por toda la oficina y oigo vagamente a Ford hablarle con entusiasmo de Fela Kuti, un artista nigeriano del que nunca había oído hablar. Cora escucha fascinada, con los ojos muy abiertos.

Se me hace un nudo en el estómago y se me acelera el corazón.

Puede incluso que me tiemblen los ovarios.

Y cuando llaman a la puerta, me levanto de golpe para darme un respiro de tanta dulzura.

Me preparo para ver la cara de perro de Sebastian.

Pero, en vez de eso, me encuentro con Willa, la hermana pequeña de Ford.

Y a su lado está Ryan.



—Hola, Rosie —saluda Willa, con las manos en las caderas y esa melena pelirroja indomable cayéndole alrededor de la cara. No nos conocemos demasiado. También venía por aquí en verano, pero, al ser más pequeña, nos movíamos en grupos distintos.

Está estupenda. Piel bronceada por el sol, aspecto descansado… y con un cabreo monumental.

—Siento presentarme así, sin avisar, pero necesito hablar con el gilipollas de mi hermano.

Parpadeo, preguntándome si ha venido en avión y luego ha alquilado un coche, o si ha decidido conducir todo el trayecto desde Chestnut Springs, ese pueblo pequeño de la provincia de al lado, hasta aquí. Pero en cuanto veo cómo intenta pasar junto a mí y colarse dentro, reacciono al instante y me muevo para bloquearle el paso.

Ella se mueve hacia el otro lado.

Y yo vuelvo a interponerme.

Dentro, Ford y Cora están teniendo un momento especial, y si cree que va a entrar como un torbellino y montar un numerito, lo lleva claro. Willa me mira enarcando una ceja, como si no se pudiera creer que la haya detenido. Dos veces.

—Hola, Willa. Tal vez pueda ayudarte yo primero.

—Rosie, apártate. Tengo unas cuantas cosas que decirle al capullo que olvidó contarme que tiene una hija.

Sí, está furiosa.

Le sonrío con dulzura, ignorando por completo a Ryan. Ni de coña voy a dejarla pasar en ese estado. Puede gritarle a Ford todo lo que quiera, pero no delante de Cora.

—Lo siento mucho. Ahora mismo no va a ser posible, pero si tienes la amabilidad de esperar un momento, puedo traerlo personalmente.

—¿Me tomas el pelo? ¿Traerlo? Ya lo arrastro yo misma hasta aquí por no haberme contado que soy tía. —Intenta moverse hacia un lado, pero vuelvo a cerrarle el paso—. Rosie, ¿qué narices estás haciendo?

—Willa —le digo con mi tono más amable—. No estoy haciendo nada. Estás en mi pueblo, en mi lugar de trabajo. Y Ford es mi jefe. —No le cuento que, en cierto modo, también siento que esa niña de ahí dentro es un poco mía—. Si crees que vas a entrar aquí hecha un basilisco porque no te han contado algo que crees que deberías saber, te equivocas. Puedes desahogarte aquí fuera, y yo traeré a Ford para que te escuche.

Willa me mira fijamente y yo le sostengo la mirada sin pestañear. Ryan gira la cabeza de una a otra, como si estuviera viendo un partido de tenis. Y entonces… Willa se echa a reír y después, con una sonrisa en la cara, dice:

—Se me había olvidado lo cabrona que puedes llegar a ser.

—Años de práctica con un hermano mayor. Al final una se curte, ¿no crees?

Le guiño un ojo y ella suspira, dejando caer la barbilla contra el pecho.

—He venido todo el camino echando humo. Y me he desahogado con tu novio de camino a la puerta. Voy a… —señala con el pulgar por encima del hombro— dar un paseo por la colina con mucha «amabilidad» mientras tú me lo «traes personalmente». Seguro que le encanta que hables de una forma tan fina.

—Sí, aquí todo es muy *Downton Abbey.* —Le hago una breve reverencia y me giro hacia Ryan, mientras ella pone los ojos en blanco y se aleja—. Ryan. Has llegado pronto.

Esboza una sonrisa temblorosa, insegura. No creo que me haya visto nunca así. Siempre he sido la Rosie complaciente, aplicada, la que soñaba con conseguir un trabajo sofisticado en la gran ciudad.

Rose Hill debe de sacar mi lado salvaje.

—Cogí un vuelo anterior y pensé en venir directo hacia aquí para darte una sorpresa.

Le devuelvo una sonrisa igual de vacilante que la suya. Da unos pasos titubeantes hacía mí, con los brazos abiertos. Y, aunque no tenga la culpa de nada, algo dentro de mí se encoge y me entran unas ganas tremendas de retroceder.

Sabía que iba a venir. Mañana. Pero ahora me doy cuenta de lo mucho que necesitaba esas últimas horas para prepararme. Podría haber ensayado un par de frases más. Haber buscado en Google más sinónimos de «lo nuestro se ha acabado». Tenía planeado endulzarlo con una buena dosis de cumplidos, pero en este momento no se me ocurre absolutamente nada y lo único que me queda es una sensación total de pánico que me paraliza por completo.

También sabía que volver a verlo sería incómodo. Pero al tenerlo delante, con los brazos abiertos, me doy cuenta de que no me imaginaba cuánto.

El último hombre al que abracé fue Ford. Y me deshice entre sus brazos.

Ahora, en cambio, cuando levanto los brazos y doy un paso hacia Ryan, nuestro contacto es más bien torpe. Mantengo las caderas hacia atrás y él me da unas palmaditas en la espalda.

«Joder. Esto va a doler».

Nos separamos y me doy cuenta de que Ryan está mirando a Willa a unos metros de nosotros.

—Deberías ir a buscar a tu jefe. Así hablamos. ¿Has terminado ya por hoy?

—Sí —respondo con un suspiro. Aunque no quiero dar por terminada la jornada. Me gustaría pasarme lo que queda del viernes escuchando funk nigeriano mientras veo a Ford y a Cora hablar de instrumentos, ritmos imposibles y cómo usar un tocadiscos—. Puedo irme ya.

Me doy la vuelta, cruzo el recibidor y giro por el pasillo hasta la oficina principal. Cora y Ford están en el sofá de cuero marrón, sentados muy rectos y mirándome con la misma expresión: cejas pobladas, pómulos marcados y esos ojos felinos, casi idénticos salvo por el color.

La alarma en sus caras es evidente.

—Habéis oído todo, ¿no?

—Willa no es precisamente discreta —responde Ford, sin inmutarse.

Se me contrae la mejilla.

—No, no lo es. Se ha ido a dar una vuelta por la colina. Te está esperando. Y Ryan también está en la puerta.

—¿Ryan está aquí?

Miro a Cora, que ha hecho la pregunta que preferiría no tener que responder. Ahora me observa con los ojos entrecerrados, con los brazos cruzados y los hombros tensos.

—Sí.

—¿Cuánto tiempo se va a quedar?

—No lo sé.

No voy a mentirle, pero tampoco voy a decirle que pienso mandarlo de vuelta cuanto antes.

Me fijo en Ford. Su mirada me atraviesa con tanta fuerza que me quema la piel. Y enseguida siento ese picor inconfundible que siempre me provoca cuando me recorre con los ojos de esa manera tan suya: intensa, feroz, con un gesto severo que podría confundirse con desaprobación.

Antes pensaba que era alérgica a él. Me parecía hasta plausible.

Pero en estas últimas semanas he descubierto que no tiene nada que ver con eso.

—Bueno, yo me largo —anuncia Cora, dándose una palmada en los muslos mientras se levanta del sofá. Pasa junto a mí sin mirarme. Y cuando llega a la puerta, la oigo decir—: Quítate de en medio, pringado. —Y la puerta se cierra de golpe tras ella.

Abro los ojos de par en par. Ford se tapa la boca, cierra los ojos y le tiemblan los hombros.

—Ha sido un poco borde —comento, mordiéndome el interior de la mejilla para no echarme a reír.

—Dios mío —resopla él, pasándose las manos por el pelo—. ¿Cómo he acabado rodeado de vosotras? Tú eres una dragona que está todo el día escupiendo fuego, Willa parece un perro rabioso y Cora no se queda atrás.

Sonrío de medio lado, me cruzo de brazos y me encojo de hombros.

—Está claro que ese es el tipo de mujer que te va.

Vuelve a mirarme. Ya no está riendo. Una oleada de calor me recorre por completo cuando me mira de arriba abajo, despacio.

—Sí, es verdad —concluye.

Entonces se pone de pie, se acerca a mí con paso firme y me rodea la espalda con la mano. Me estremezco por dentro mientras caminamos juntos hacia la entrada. Y cuando me acaricia con el pulgar en círculos suaves, estoy a punto de echarme a llorar.

No sé muy bien por qué. Si por la presión, por el estrés o por la conversación que me espera.

Antes de girar hacia el pasillo que lleva al recibidor, Ford se detiene y me engancha con el dedo el cinturón fino de cuero que llevo ceñido a la cintura.

Me sobresalto y dejo escapar un pequeño jadeo, antes de volverme hacia él.

—¿Estás bien? —Su voz, baja y áspera, vibra en el aire entre nosotros.

Solo soy capaz asentir.

—¿Y tú?

Ladea la cabeza con ese gesto que siempre me ha recordado a un depredador, a un león dando vueltas en su jaula. Elegante, poderoso y a punto de saltar. Sí, a veces me mira de una forma que roza lo animal.

—No —murmura.

Un escalofrío me recorre la espalda. ¿Cómo puede una palabra tan sencilla golpearme en el pecho como si me cayera encima un muro de ladrillos?

Y, cuando se da la vuelta y se marcha, es como también se llevara todo el oxígeno con él.

VEINTE
Rosie

Ryan contempla el interior de la cabaña con una mezcla de sorpresa y desconcierto.

—¿Has estado viviendo aquí?

Las tablas del suelo crujen bajo sus náuticos, y pasa un dedo por el cristal empañado de la ventana, donde la condensación se ha convertido en pequeñas perlas.

Me pongo a la defensiva al instante. Está acostumbrado a tener más que yo. Más dinero. Más propiedades. Más vacaciones de lujo.

Sus padres le compraron un apartamento en pleno centro de Vancouver. Los míos se dejaron la piel para construirse un hogar donde jubilarse, en un terreno que ha pasado de generación en generación, y para ellos unas buenas vacaciones consisten en acampar en una tienda de campaña.

Se supone que Ford es multimillonario y, además, hijo de toda una celebridad. Pero jamás me ha hecho sentir tan fuera de lugar por mis orígenes como ha conseguido Ryan con esa sola frase.

—Sí, Ryan.

Debe de notar algo en mi voz porque se gira y me mira fijamente. Tiene la bolsa de viaje a los pies, el rostro perfectamente afeitado y el pelo rubio peinado con una onda impecable.

Si estuviera realmente afectado, ya se habría pasado la mano por el pelo y lo tendría hecho un desastre. Como hace Ford, que siempre se lo está despeinando.

—Vas a dejarme, ¿verdad?

Suelto un suspiro y dejo caer los brazos a los costados. Estamos en medio de esta cabaña diminuta, mirándonos como si fuéramos dos desconocidos. Lo mejor es quitar la tirita de golpe.

Lo miro a los ojos, como me prometí que haría, y me olvido de todas las frases que había ensayado.

—Sí. Lo siento.

—Me lo imaginaba —dice al cabo de unos segundos.

Me río con tristeza.

—Ahora me siento aún peor…

—No —me corta, alzando una mano—. En realidad no tenía pensado venir antes, pero cuando le conté a mi jefe los planes que tenía para este fin de semana, me miró como si estuviera loco. Me preguntó por qué no me cogía el viernes libre e insistió en que me fuera cuanto antes.

Hago una mueca.

—Qué romántico.

Ahora es Ryan quien suelta una risa apagada.

—Te aseguro que no lo es. En absoluto. Me preguntó: «¿No estás deseando verla?». Y le dije que sí. Pero, Rosie, ha pasado un mes desde que te fuiste… y no me moría por verte. Supongo que sabía lo que iba a pasar y he estado evitándolo.

—¿Por qué?

Ladea la cabeza y me mira con tristeza.

—¿Me has echado de menos?

Me muerdo el labio varias veces, buscando las palabras.

—No como debería.

—Por eso lo he estado evitando. No quería oírtelo decir. Pero también he tenido tiempo para darme cuenta de que, aunque me alegra verte, no estaba deseando hacerlo.

Esas palabras hacen que me sienta mucho más ligera, como si el peso que he estado cargando estas semanas, de al menos una tonelada, se hubiera esfumado de golpe.

—Creo que… en su momento, teníamos mucho en común. Íbamos al mismo máster, teníamos las mismas asignaturas, los mismos grupos de estudio, los mismos amigos…

Baja la mirada, comprendiendo por dónde van los tiros.

—¿Y ahora no sabes qué es lo que tenemos en común?

—Eso es. Lo siento —repito, porque es verdad. Me da pena cerrar este capítulo de mi vida, no todo fue malo, pero no lo voy a echar de menos. Y tampoco me entristece la nueva etapa que he empezado.

—Rosie. Deja de disculparte. Está bien. Éramos muy jóvenes cuando nos conocimos. Hemos madurado y creo que, en ese

proceso, nos hemos alejado el uno del otro.

Asiento, convencida de que en cualquier momento me voy a poner a llorar. Pero no ocurre. Podría enumerarle todas las cosas que ha hecho mal, aunque no lo haré.

Si empezamos con ese tipo de reproches, seguro que él también tiene su lista. No sé qué más decir ni hacer. Así que le tiendo la mano.

Él baja los ojos húmedos y duda antes de estrechármela.

Puede que un abrazo hubiera sido lo más apropiado. Pero ya no quiero abrazar a Ryan. El maldito Ford Grant junior me ha jodido todos los abrazos para siempre.

Nunca he dado un apretón de manos tan doloroso e incómodo como este, hasta el punto de que suspiro aliviada cuando por fin acaba.

—¿Estás bien? —pregunta, pasándose el dorso de la mano por la nariz.

—Sí. —Su pregunta me devuelve a ese instante con Ford, justo antes de salir de la oficina. Antes de que se marchara.

—¿Y tú? —repito las mismas palabras, pero esta vez es diferente.

Ryan sonríe, aunque aún tiene los ojos húmedos.

—Sí. Lo estoy.

Sé que está triste, pero, si soy sincera, no me preocupa demasiado que Ryan esté bien.

Lo que me tiene en vilo es que Ford no lo esté.

—Me gustaría pasar a saludar a tus padres y a tu hermano mientras estoy aquí. ¿Te importa si me quedo esta noche? Me iré mañana temprano.

—Para nada, quédate —miento. Pero no soy tan cruel como para mandar a la carretera a un hombre adulto que todavía se está secando las lágrimas.

Es cierto que me alivia haber terminado con Ryan, pero esa sensación se ve eclipsada por la angustia que me ha provocado Ford cuando se ha despedido con ese «no» tan rotundo.

VEINTIUNO
Ford

Cora ha salido disparada de la oficina, pero se ha detenido en seco al salir. Puedo ver la incertidumbre en su cara cuando se fija en Willa, que está sentada a lo lejos sobre un tocón junto al lago, dibujando en las cenizas de la hoguera con un palo.

—Bueno, pues… me voy a dar una vuelta por la finca y te dejo que lo arregles tú primero —dice Cora, un poco más tímida de lo habitual.

La atraigo hacia mi costado, en el abrazo lateral más torpe de la historia, y le doy un apretón en el hombro.

—Como prefieras. No es tan fiera como parece. Te lo prometo.

Cora entrecierra los ojos, como si no estuviera del todo convencida, pero, si conozco bien a mi hermana, acabará ganándosela en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Por qué no les has hablado de mí desde el principio? —pregunta en voz baja. Tiene la vista clavada en el suelo, así que cuando le echo un vistazo, no consigo ver bien su expresión.

No puedo contarle lo de mi padre. Ni quiero que relacione una cosa con la otra. Y conociéndola, le bastaría con buscar en Google para enterarse de todo. Así que comparto solo una parte. Lo que creo que sí puede entender.

—Soy… muy reservado, Cora. Quiero mucho a mi familia, pero no me gusta que se metan en mi vida. Willa trabajó conmigo en el bar una temporada y fue un suplicio. No paraba de entrometerse en mis asuntos. Si no hubiera sido una camarera de la leche, la habría despedido por lo menos diez veces para tener un poco de paz. Crecí rodeado de paparazis, teniendo que pensar cada paso que daba y en cómo se vería desde fuera. No me gusta esa sensación. Necesitaba un tiempo a solas contigo para asimilarlo y, sinceramente, no quería opiniones ajenas ni preocuparme por cómo se percibiría que te

trajera a mi vida. Sabía que era lo correcto y lo que quería hacer. Ahora solo les queda aceptarlo.

Me mira asomándose desde debajo de ese flequillo tan largo, con una sonrisa torcida.

—No tiene nada que ver con ellos. Esto va de mí y de ti, ¿de acuerdo? —le digo.

Se apoya en mi costado y me devuelve el abrazo.

—Además, te van a adorar. Eso es algo que tengo clarísimo —añado. Porque es verdad.

—No dejes que te mangonee, ¿vale? —es lo único que me dice.

Me aclaro la garganta para disimular la risa.

—Vale.

Y después de eso, se da la vuelta y se aleja, y yo me acerco despacio a mi hermana. Cuando llego, no levanta la vista. Sigue dibujando con el palo sobre las cenizas.

—¿Qué dibujas?

Suspira con nostalgia y esboza una leve sonrisa.

—Corazones.

Miro hacia abajo y veo que ha hecho una fila de ellos a lo largo del borde de la hoguera.

—Pareces más tranquila.

Alza la vista muy despacio y deja caer el palo.

—¿Más tranquila?

—Me da que me he equivocado.

Se pone de pie, con las mejillas encendidas.

—¡Pues claro que te has equivocado! ¿Cómo has podido no contarme algo así?

—¿El qué? ¿Lo de la donación de esperma o lo de la niña?

—¡Me da igual lo que hagas con tu polla, Ford! ¿Pero una niña? ¿Una sobrina? ¿Qué coño te pasa, hombre?

Me muerdo el interior de la mejilla.

—Sabes lo que pasó con papá. Quería tenerlo todo claro antes de contárselo a nadie. No quería que nadie intentara convencerme de que no la ayudara.

—Yo no habría hecho eso.

—Pero se lo habrías contado a mamá y a papá. Tienes un corazón enorme, pero también una boca igual de grande.

Se cruza de brazos y aprieta la mandíbula.

—No estés tan seguro… —empieza.

—No tengo por qué explicarte todo lo que pasa en mi vida. Aunque te sorprenda, no todo el mundo es un libro abierto como tú. Y soy un adulto, no tu hijo. Lo he contado cuando he estado preparado.

—Pero no me lo contaste a mí. Se lo contaste a mamá. Y ella se lo dijo a papá, que al final me lo contó a mí, pensando que yo ya lo sabía. Joder, Ford, fue una putada. No tienes corazón.

La culpa me oprime la garganta. He estado tan volcado en Cora. En Rosie. En el trabajo…

—Lo siento, Willa. Tendría que haberte llamado y contártelo. Tienes razón, no estuvo bien.

Mi hermana se queda quieta. Veo a Cora acercarse en silencio por detrás, negando con la cabeza.

—¿Perdona? ¿Qué acabas de decir? —Willa se lleva la mano a la oreja como si no hubiera oído nada.

—¿Que no estuvo bien?

Esboza una sonrisa satisfecha.

—No, lo otro.

Aprieto los dientes. Sé lo que quiere. Y ahora mismo no estoy en posición de negárselo.

—Vale, está bien. Tienes razón.

Cora se ríe por lo bajo y Willa se da la vuelta para mirar a su sobrina por primera vez. Los tres nos quedamos en silencio mientras se observan.

Cora se asoma por detrás de Willa y me lanza una mirada acusadora.

—Bien por no dejarte mangonear.

Me paso la mano por la boca para ocultar la sonrisa.

—Vaya par de tocapelotas estáis hechas. Debe de ser genético.

Willa se vuelve hacia mí con los ojos muy abiertos y cara de asombro.

—Ay, no, Ford. Es clavada a ti. Es como tú de adolescente, pero en chica.

Cora y yo ponemos los ojos en blanco a la vez.

—Alucinante —se ríe mi hermana—. Encantada de conocerte, Cora —añade, tendiéndole la mano—. Yo soy Willa.

Cora se acerca para estrechársela.

—Sí, esa parte la he oído. Y seguro que los vecinos también.

Mi hermana echa la cabeza hacia atrás y suelta una carcajada. Luego abraza a Cora, dejándola completamente desconcertada.

Cuando se separan, Willa pregunta:

—¿Qué estabais haciendo cuando llegué?

—Escuchando música.

—A mí también me gusta escuchar música.

Verlas interactuar me provoca una sensación extraña en el pecho.

Cora la mira con recelo.

—¿Qué tipo de música?

Willa reprime una sonrisa y me mira un instante antes de responder.

—De todo. ¿Puedo apuntarme?

A Cora se le ilumina la cara.

—¿En serio?

Mi hermana se encoge de hombros. Ahora mismo, es como si yo no estuviera.

—Claro. Enséñame lo que te gusta. Vamos a pasar un buen rato. Puede que hasta deje que Ford se nos una —bromea.

Ambas se ponen en marcha, rumbo a la oficina. Willa me hace un gesto con la mano para que las siga.

—¿Te gusta Rage Against the Machine? —pregunta Cora—. Ford donó esperma para poder ir a verlos.

Willa estalla en carcajadas y me lanza una mirada burlona.

—Esa sí que es una historia digna de pasar de generación en generación. Qué suerte tienes, Ford.

Y así, en apenas unos minutos, se hacen amigas y empiezan a contarse historias embarazosas. Y yo me paso la tarde observándolas, disfrutando de la imagen.

Pero mi cabeza…

Mi cabeza está en Rosie y en la necesidad de saber qué estará haciendo con el «pringado». Una obsesión que me consume y hace que sienta algo que jamás pensé que llegaría a experimentar.

Celos.

VEINTIDÓS
Ford

Willa y yo entramos en el Rose Hill Reach, un bar junto al lago.

—Joder —dice mi hermana, mirando a su alrededor, alucinada—, este sitio ha cambiado muchísimo. Antes era un antro.

Y no le falta razón. Cuando éramos adolescentes era un tugurio; lo bastante cutre como para que pudiéramos beber alcohol sin tener la edad legal.

Ahora parece sacado de un catálogo de refugios de lujo de montaña. Han renovado por completo el embarcadero de la entrada, construyendo una pasarela que se adentra en el agua y lleva a una enorme terraza flotante. El otro día quedé aquí con West para tomar una cerveza y, mientras hablábamos, no pude evitar recordar los viejos tiempos.

—¿Nos sentamos fuera? —propone Willa, caminando hacia el muelle sin esperar respuesta—. Hace una noche estupenda.

El embarcadero me recuerda a Rosie. A estar allí sentado con ella, a que me empujara al agua, a cómo la abracé…

—No, mejor dentro. Así te doy una paliza al billar y te invito a una copa.

Como Cora parecía estar encantada de pasar el viernes por la noche con West y los niños, he decidido desconectar un poco e intentar quitarme el bajón que arrastro desde esta tarde.

Willa ahoga una risa y entra en el bar sin rechistar.

—Me debes mucho más que una copa. Tendrías que comprarme el bar entero para resarcirme, Ford.

—No.

—¡Venga ya! Ser la hermana pequeña del multimillonario más atractivo del mundo tiene muy pocos beneficios. Solo obtengo un silencio absoluto, una sobrina secreta —me lanza una mirada de soslayo—, que, por cierto, es la caña, y ¿qué más? Seguro que en Navidad me regalas acciones de esa empresa que hace test de ADN.

Me echo a reír, pero la risa se me congela en los labios cuando nos acercamos a los reservados junto a la mesa de billar y me topo con un par de ojos azules que reconocería en cualquier parte.

—¡Gracias a Dios! —exclama Willa al ver a Rosie y al «pringado» sentados en una mesa. En cuanto los miro, recuerdo que tengo que hablar con Cora sobre el noble arte de insultar solo con la mirada, sin necesidad de palabras. O, al menos, si decide usarlas, que lo haga a espaldas del objetivo—. Por fin alguien con quien pasar el rato que no sea Ford.

Mi hermana se gira y me saca la lengua mientras yo pongo los ojos en blanco. Es nuestra dinámica: fingimos que no nos soportamos, pero en realidad nos llevamos bastante bien. Desde que se casó y se mudó a Chestnut Springs, nos vemos menos; yo ya no llevo el bar de la ciudad, y ella no trabaja como camarera. Ahora tiene dos hijos y, la verdad, suele ser la que menos llama, aunque le guste decir que soy yo quien la ignora.

De todos modos, soy lo bastante perspicaz para ver que ahora lleva una vida en la que no necesita hablar conmigo todos los días. Y me parece bien. Su silencio es señal de que es feliz. O al menos así lo interpreto yo.

—Hola, chicos —dice el pringado con tono amable, saludándonos con la mano. Parece majo.

Pero yo lo odio. Lo odio con todas mis fuerzas.

Antes, Cora ha murmurado algo sobre que se parecía a un Ken de mercadillo. En ese momento no le he hecho mucho caso, pero ahora lo entiendo.

El susodicho se levanta y le indica a Willa que se siente enfrente, y él se coloca al lado de Rosie.

Una Rosie que me está mirando.

Una Rosie que trabaja para mí.

Una Rosie que tiene novio. Un novio con el que pensaba que estaba a punto de romper, pero verlos así, juntos, me deja claro que estaba completamente equivocado. Parecen demasiado felices como para haber roto.

Y eso me deja con el corazón en caída libre y el estómago tan revuelto que tengo que apretar los dientes para contener las

náuseas.

Puede que sea la hermana pequeña de West. Puede que sea mi empleada. Puede que esté con otro.

Pero nada de eso cambia el hecho de que la deseo con una intensidad casi enfermiza. Trabajar a su lado día tras día me supone una lucha constante por contenerme y no cruzar una línea que tengo muy clara. No estoy acostumbrado a no conseguir lo que quiero.

Y quiero a Rosie Belmont.

Fingir lo contrario se ha convertido en una tortura.

Aparto la mirada y me dejo caer en el banco junto a mi hermana. Como siempre, ella es la que rompe el hielo y empieza a hablar: de sus hijos, de sus amigas, de rodeos, de hockey y de la temporada de partos del ganado.

Cuando Willa se pone con sus monólogos, nadie más consigue meter baza. Ni siquiera el camarero cuando viene a tomar nota. En circunstancias normales, me resultaría desesperante, pero estar aquí sentando frente a Rosie y Ryan en plan parejita me tiene rabiando como un crío enfurruñado.

Estoy tan celoso que duele.

Y si Willa no monopolizara la conversación, seguro que acabaría diciendo algo de lo que me arrepentiría. Para colmo, Ryan sabe cómo manejar una charla: hace preguntas interesantes y mantiene el ritmo.

Intento no mirar a Rosie, pero fallo estrepitosamente.

Está deslizando el dedo por el vaso de su pinta. La condensación gotea por el cristal. Lleva las uñas pintadas de un rosa chicle, el mismo tono que usó para pintárselas a Cora hace poco.

Cuando alzo la vista, me doy cuenta de que me ha pillado mirándola y ahora es ella la que me sostiene la mirada. Aguantamos así un segundo. Luego dos.

Entreabre los labios en una exclamación ahogada.

Intento no imaginármela con el tío que tiene al lado: sus manos sobre ella, sus labios besándola. Detesto tanto esa imagen que mi cerebro la sustituye por otra: mis manos en su cintura, recorriéndole

la espalda por encima de esa blusa de seda, enredadas en su pelo y tirando de él, como ya he hecho otras veces.

Pero esta vez no la suelto. Le inclino la cabeza hacia un lado y le beso el cuello. Ella gime junto a mi oído y me rodea la cintura con las piernas.

Un puntapié en la espinilla por debajo de la mesa me saca del trance. Rosie me está lanzando una mirada que dice claramente: «¿Qué coño haces?».

Sé que esa fantasía no puede ser real. Pero ojalá lo fuera Me recoloco los pantalones y trato de centrarme en la conversación educada que continúa a mi alrededor, aunque mi cabeza esté yendo por unos derroteros que no tienen nada de educado.

—¿Y a qué te dedicas? —le pregunta Willa a Ryan.

Él suelta algo sobre petróleo, gas y oleoductos, y termina con:

—Pero bueno, acabo de empezar en la empresa. Aún queda mucho camino por recorrer.

Esta incursión por los rincones más oscuros y retorcidos de mi mente solo ha conseguido alterarme aún más.

Me aclaro la garganta.

—Supongo que eso explica por qué te ha costado tanto escaparte para venir a ver a Rosalie.

A Rosie casi se le salen los ojos, pero Ryan ladea la cabeza, confundido, y responde…

—Sí, claro.

—¿No os dan días de vacaciones en tu trabajo?

Por el rabillo del ojo, veo a mi hermana inclinarse hacia delante con interés.

Ryan se rasca la nuca.

—Bueno, sí. Pero los estaba guardando para una ocasión…

Lo interrumpo con una sonrisa condescendiente.

—¿Más importante?

Se pone un poco rojo y, de repente, parece avergonzado.

—Bueno, yo no lo diría exactamente así…

No parece mala persona. Debería parar y dejarlo en paz. Pero no lo hago. Sonrío con suficiencia y le lanzo mi mejor mirada de cabronazo.

—¿No me digas? Yo sí.

Willa se tapa la boca, intentando contener una carcajada.

—Ford… —interviene Rosie, justo cuando Ryan dice:

—Oye, tío, no todos…

—¿Le echamos un par por la mujer con la que estamos? —le corto, sabiendo que no movió un dedo cuando Rosie fue acosada en su trabajo—. Sí, me he dado cuenta.

Ahora está rojo como un tomate, pero está claro que ha renunciado a defenderse. Solo le falta tumbarse y enseñarme la barriga como un perro vencido. Rosie acude enseguida a sacarlo del apuro. No se lo merece, pero ella es así. Demasiado buena.

—Te estás comportando como un imbécil, Ford. En mi contrato también tengo días de vacaciones, pero no todo el mundo puede permitirse cogerlos cuando le apetece. Yo también podría haber ido a la ciudad.

La miro. Me sienta como una patada en los cojones que lo defienda.

—Pero no fuiste.

Rosie respira hondo. Tan hondo que los hombros se le suben casi hasta las orejas.

—¿Podemos hablar fuera un momento? —Le da un codazo a Ryan, que baja la mirada y se aparta en silencio. Es demasiado blando para plantar cara por su novia y demasiado flojo para alguien como Rosie.

—Ay, Ford, qué idiota eres —susurra Willa, mirándome con la boca entreabierta y expresión divertida—. Estás completamente colado por esa chica.

Lo único que hago es poner los ojos en blanco mientras me levanto del banco color burdeos. Es más prudente que negarlo. Al fin y al cabo, cuando esto termine, voy a tener que ir a recoger a Cora a casa de West, y mi hermana siempre habla más de la cuenta. No necesito ponérselo en bandeja para que se lo cuente a mi mejor amigo.

Eso sería un puto desastre.

«Y los desastres mejor de uno en uno», pienso mientras Rosie me clava las uñas en el antebrazo y me arrastra hacia la puerta.

—Pago yo la cuenta —le digo amablemente a la camarera al pasar junto a su puesto—. Vuelvo enseguida.

—No, no va a volver —murmura Rosie mientras sale disparada por la puerta—. Voy a dejar su cadáver en el aparcamiento, así podréis quedaros con todo lo que lleve encima.

—Eres un encanto —le respondo en voz baja.

—Escribirán un nuevo artículo en el que te llamarán «El multimillonario más muerto del mundo». En la portada aparecerá tu cara y dejarán que le dé el toque final dibujándote unos cuernos y rayándote los ojos con boli.

—Una lástima que esté muerto. Me interesaría bastante leer ese artículo.

El aire fresco primaveral nos golpea de lleno y siento cómo me clava aún más las uñas en el antebrazo desnudo. Debería molestarme, pero lo único que consigue es que me entren unas ganas brutales de follármela hasta dejarla sin una pizca de mala leche, mientras me araña la espalda con esas uñas rosas.

Unos pasos más y llegamos a la esquina del edificio. Nos quedamos allí de pie, en la penumbra. Rosie respira agitada por el cabreo que tiene; yo estoy sin aliento por un motivo completamente distinto. Con la tenue luz que se filtra por el lateral del bar, sus ojos azules parecen casi blancos. Las luces de guirnaldas salpican la noche con puntos cálidos. Y el aire está impregnado del aroma de las lilas en flor que hay justo detrás, con un matiz mineral que aporta el olor del lago.

De ahora en adelante, este olor me recordará a la furia en su preciosa cara.

—¡Tienes un morro que te lo pisas! —Está tan cabreada que me empuja, haciéndome chocar con la pared amarilla clara del bar. Pero no se detiene y acorta la distancia que nos separa en un segundo.

—Cuidado, que sigo siendo tu jefe —digo, con las manos a los lados y las palmas apoyadas en la pared, sin moverme.

Me suelta una carcajada en plena cara y alza las manos, frustrada.

—También eres el capullo con el que me crie. Y sé lo gilipollas que puedes llegar a ser, pero joder, Ford, te has pasado tres pueblos.

Ryan no ha tenido un buen día, y te estás portando fatal con él. No hacía falta ponerse a ver quién tiene la polla más grande.

—Me la pela muchísimo el día que haya tenido. Y sí, tengo la polla más grande que la suya. Me trae sin cuidado caerle bien o no. Ese tío me importa una mierda. La que me importa eres tú.

Me mira desconcertada un instante, pero después parpadea y vuelve a la carga:

—Ford, vas a entrar ahí ahora mismo y le vas a pedir perdón.

Me cruzo de brazos a modo de desafío y me apoyo en la pared con una tranquilidad absoluta, aunque por dentro me hierva la sangre.

—Pues nada, suerte con lo de los cuernos y rayarme los ojos con boli, porque antes muerto que pedirle perdón a ese tío.

Abre la boca, incrédula, y deja caer las manos a los costados.

Como veo que está a punto de echarme otra bronca, me adelanto y escupo las palabras que llevo semanas callando.

—Ryan no te merece.

Cierra la boca con tanta fuerza que casi se oyen los dientes chocar.

—¿Perdona?

Repito la frase, aunque los dos sabemos que la ha oído perfectamente.

—He dicho que Ryan no te merece.

Se le encienden las mejillas y los ojos le arden de furia. Está cabreadísima. Me encanta verla así.

—Ah, ¿sí? ¿Y tú sí me mereces? —escupe, acercándose tanto que me roza los antebrazos con el pecho y las puntas de nuestro calzado se tocan.

—No, Rosie. Pero no soy el tipo de hombre que deja que algo así lo detenga.

No lo pienso: la agarro. Una mano en la mandíbula y la otra en la cadera. La sujeto como si quisiera zarandearla por pura frustración, aunque jamás lo haría. En lugar de eso, la giro, cambiándonos de posición, y ahora es ella la que está contra la pared.

Respira con fuerza contra mi piel y mira la cadena de plata que llevo al cuello, pero no intenta soltarse.

—Oh, qué tierno. Ahora soy Rosie y no Rosalie. ¿Qué se supone que significa eso? —Me provoca con la mirada, consciente de que sus palabras son un desafío.

Sé que su novio está dentro. Pero eso solo hace que la desee más.

La observo: tiene las mejillas encendidas, los ojos brillantes y se pasa lengua por el labio inferior.

—Rosie, cállate.

Se queda inmóvil un segundo al volver a oír su diminutivo, pero luego se endereza y me espeta:

—No me digas lo que tengo que hacer.

Niego con la cabeza, la sujeto con más fuerza y deslizo el pulgar por sus labios húmedos.

—Rosie, cállate, porque ahora mismo voy a besarte, a menos que me digas que no lo haga.

Me encanta que siga plantándome cara, que no se suavice ni un poco.

Nos quedamos mirándonos durante unos instantes. Entonces ella alza la barbilla y, por primera vez en su vida, no dice ni una sola palabra.

VEINTITRÉS
Rosie

Cuando Ford me tira del pelo hacia atrás y se adueña de mi boca, se me doblan las rodillas. Sin embargo, no me deja caer. Me sostiene y mantiene en pie. Luego clava el muslo entre mis piernas, apoya su mano grande sobre mi garganta y me besa hasta dejarme sin sentido mientras yo me agarro a sus caderas como si me fuera la vida en ello.

La energía entre nosotros es intensa, brutal, pero él no tiene prisa. Sus labios son firmes, su lengua suave. La barba me roza la piel y enciende pequeñas chispas que recorren todo mi cuerpo.

Me saborea. Hace que cada caricia, cada punto de contacto, se prolongue y me atraviese con una intensidad que parece imposible.

Mientras Ford Grant me besa, el mundo se detiene.

Lo huelo.

Lo siento.

Lo saboreo.

Tengo tantas ganas de tocarlo que no me contengo y deslizo las manos por debajo de su camiseta. Su piel cálida y la fina línea de vello que asoma sobre el cinturón me hacen gemir en su boca.

Él me responde mordiéndome el labio inferior y vuelve a besarme. Subo los dedos despacio, explorando el contorno definido de ese cuerpo que me fascinó la noche en que lo vi nadar en el lago, cuando nos sentamos juntos en el embarcadero. Es alto, todo músculo y corpulencia masculina.

Al rozar el colgante de la cadena de plata suelto otro gemido. Es como un talismán. Un recordatorio de la noche en que me sostuvo. La noche en que necesitaba con todas mis fuerzas que alguien me abrazara y no había nadie salvo…

—Ford —susurro su nombre contra sus labios, y apenas reconozco mi voz.

—Lo siento —murmura él.

Sonrío, pero me vuelve a tirar del pelo y baja la boca hasta mi cuello, mordiendo, besando, lamiendo.

—No, no lo sientes —le digo, echando la cabeza hacia atrás y arqueando el pecho hacia él. Mi cuerpo ya sabe lo que mi cabeza lleva días intentando entender.

Espero que se ría, pero, en lugar de eso, se aparta de mí y me entran ganas de dar una patada en el suelo. Quiero que volvamos a ese frenesí desesperado, que me devore por completo.

Me mira a los ojos y veo que no va a negarlo. Los dos sabemos que no se arrepiente. Lo veo en su expresión: salvaje, clara, sin fisuras. Y, aun así, me da miedo que se detenga, que tire la toalla y se marche.

—No, no lo siento —murmura con voz ronca y dulce, casi dolida.

Y vuelve a besarme. Pero ahora es distinto. Más lento. Más tierno.

Curva las yemas de los dedos bajo mi barbilla y me acaricia las mejillas con los nudillos; un gesto tan delicado que hace que me duela el pecho. Me pego más a él, buscando su calor, su contacto, su protección.

Porque, por mucho que me haya sacado de quicio esta noche, sería una idiota si no reconociera que el hombre que me está besando ahora mismo se lanzaría sin pensarlo a pelear por mí. Iría a la batalla a mi lado, derrotaría a la gente con sus palabras, los abrasaría con la mirada y los humillaría con su franqueza.

Y, después de todo lo que me ha pasado este último mes, eso hace que lo desee de una forma completamente nueva. Le agarro de la cadena y me apoyo en su pierna. Si pudiera subirme a su regazo y dejar que me acariciara como a un gato, lo haría. Ronronearía para él sin pudor alguno.

El beso se va ralentizando y sé que está a punto de apartarse antes siquiera de que ocurra.

—Ford, por favor, no pares.

Aparta las manos de mi rostro, las apoya en la pared a ambos lados de mi cabeza y hunde la cara en el hueco de mi cuello. Le acaricio la nuca mientras me cubre el hombro de besos que me erizan la piel.

—Debería.

—No, no deberías —replico, enredando los dedos en su pelo como tantas veces le he visto hacer.

—Tengo que hacerlo. Sabes que esto no está bien.

—¿Por qué?

Levanta la cabeza y me mira. Tiemblo bajo la intensidad de su expresión, y él entrecierra los ojos como si lo notara. No se le escapa nada.

—¿Por qué me miras así?

Todavía tiene las manos apoyadas en la pared, y yo casi estoy encaramada a su pierna. Me tiene atrapada y no me importa; me gusta. Incluso con esa mirada verde y feroz clavada en mí.

—Rosie, te dije que la próxima vez que me preguntaras eso, te aseguraras de estar soltera.

«Ay, Dios. No lo sabe».

—Bueno… —Niego con la cabeza y le sostengo la mirada. Me ha besado. A la mierda las consecuencias—. Lo estoy —digo con voz temblorosa.

—¿Cómo? —Se aparta de la pared y da un paso atrás.

—No me acordaba de que no lo sabías. Por eso Ryan no ha tenido un buen día.

Ford hace una mueca al oír su nombre y se pasa las manos por el pelo hasta agarrarse la nuca, con los codos en alto. Tiene los labios hinchados y la mirada cargada de dolor.

—Joder. No tenía ni idea.

—Y aun así me has besado. —Me llevo la mano a los labios y los recorro con un dedo. Todavía siento su boca.

—Sí.

—¿Y ahora te arrepientes?

El silencio que sigue es ensordecedor. Aprieta tanto la mandíbula que se le oyen los dientes rechinar.

—No —dice por fin.

Pero no se queda conmigo. Se da la vuelta y empieza a alejarse.

—¿A dónde vas?

—A disculparme con el pringado —responde por encima del hombro.

—¿Por qué? Pensaba que no te arrepentías.

Se detiene, pensativo, con la mano apoyada en la esquina del bar. Luego me mira con una intensidad arrolladora, casi violenta. Me estremezco de la cabeza a los pies.

—Entonces llámalo mis condolencias. Porque solo un auténtico imbécil te dejaría escapar teniéndolo todo a su favor y sin ninguna complicación. Y sí, es normal que esté pasando un puto día de mierda.

—¿Vas a volver después?

Uf. ¿Por qué he tenido que preguntar eso? Parezco desesperada. Y eso es algo que detesto.

Ford baja la vista al suelo, como si, de repente, sus botas fueran lo más interesante del mundo.

—Ese es el problema, Rosie. Que te he convertido en mi empleada y sé que necesitas este trabajo. Así que no, no tenemos todo a nuestro favor y entre nosotros sí hay complicaciones.

Luego tamborilea los dedos contra la pared y se marcha, dejándome más confundida que nunca.

VEINTICUATRO
Ford

Oigo a Willa antes de verla. Sus pasos pesados y un bostezo enorme anuncian su entrada en la cocina. Mi hermana no es precisamente una persona madrugadora.

—Joder, este sitio es una pasada —dice mientras echa un vistazo a la cocina. No puedo evitar sentirme orgulloso. Antes era un lugar tosco, bastante deteriorado. Ahora hay ventanas por todas partes con vistas al lago, suelos de tablones anchos de madera, el techo con vigas también de madera y lámparas modernas.

—Desde fuera da la impresión de ser una ruina —añade, tapándose la boca con el puño para disimular otro bostezo—. Pero esa cama de invitados es gloria bendita.

Niego con la cabeza y resoplo divertido antes de señalarle la cafetera, que aún está llena.

—De ruina nada. Quise conservar la fachada de madera original.

Arquea las cejas con sorna.

—Seguro que fue más caro que ponerle un revestimiento nuevo.

Pongo los ojos en blanco. Sí, fue más caro. Pero esas tablas desgastadas por la intemperie tenían demasiado carácter, demasiadas historias encima, para cubrirlas o arrancarlas sin más.

Me gusta que la casa no llame la atención, que siga pareciendo un refugio perdido en medio de las Rocosas.

—¿Me puedes dejar esta casa en tu testamento? Me encanta. Y ambos sabemos que voy a vivir eternamente. Tengo demasiada energía como para morirme —dice con una sonrisa pícara mientras se acerca a la isla y se sienta sobre la encimera de piedra negra—. Tú, en cambio…

—Qué maja eres, Wils. Pero aún me quedan muchos años por delante. —Aunque no lo parezca después de pasarme la noche en vela.

Me observa por encima del borde de la taza y da un sorbo con aire pensativo.

—No, pero seguro que West te mata con sus propias manos si se entera de que te estabas morreando con su hermana pequeña anoche.

«Mierda. ¿Nos vio?».

La miro, intentando mantener una expresión impasible.

—Rosie es una amiga. Y mi empleada. No te inventes historias.

—Ah, ¿sí? ¿Empotrarla contra la pared y meterle la lengua hasta la garganta es tu forma de revisar los correos? ¿O había algún presupuesto que exigiera tu aprobación inmediata ahí dentro?

«Joder, sí que nos vio».

Me paso una mano por la cara, agotado.

—Igual debería cobrarte una entrada por el espectáculo.

—Inténtalo si quieres, pero lo justo sería que me hicieras un descuento por ser familia.

Me acaricio la barba sin dejar de mirarla.

—¿Cómo consigue Cade aguantarte?

Ese hombre se merece un altar.

Willa sonríe aún más.

—No me aguanta. Solo se agarra fuerte y disfruta del viaje.

Suelto una carcajada y apoyo las manos en la encimera, agachando la cabeza. Me he pasado toda la noche comiéndome la cabeza.

¿Debo? ¿No debo? ¿Puedo? ¿Por qué no puedo?

—¿Cómo están Cade y los niños? —pregunto sin mirarla. No me atrevo.

—Están genial. La vida es estupenda. Pensaba que estaba cabreada contigo por hacerme venir hasta aquí solo para echarte la bronca antes de que lo hicieran mamá y papá, pero en realidad me lo estoy pasando mucho mejor de lo que esperaba. Me encanta verte hecho un lío. Es la mar de satisfactorio, teniendo en cuenta que he sido la hija caótica que no sabía muy bien qué hacer con su vida.

No puedo evitar que me tiemblen los hombros por la risa contenida.

—Nunca me había sentido tan identificada contigo.

Levanto la cabeza y la miro.

—Tú sí que sabes cómo animar a la gente, Willa. Gracias por esas palabras tan amables.

—Tú no necesitas palabras amables. Lo que necesitas es una buena patada en el culo.

—Lo sé, lo sé. No debería haberlo hecho.

Abre los ojos como platos y deja la taza sobre la encimera con más fuerza de la necesaria.

—¡Madre mía, Ford! Eres idiota perdido. Llevas colado por esa chica desde que eras un crío. Ya era hora de que hicieras algo.

Resoplo.

—No estoy colado por ella desde que era un crío.

—Sí que lo estás.

—Eso no es verdad, y los dos lo sabemos. Tú eras demasiado pequeña para entender que, en realidad, odiaba a Rosie.

O al menos eso era lo que yo quería aparentar.

Willa niega con la cabeza, visiblemente decepcionada conmigo, y vuelve a coger el café.

—No la odias. Nunca la has odiado. Lo que odias es pensar que no puedes tenerla.

—Qué profundo. Pero no lo pienso, lo sé.

—¿Quién te ha dicho eso? ¿Rosie?

Inclino el cuello hacia un lado, fingiendo estirarme para ganar unos segundos y pensar bien en mi respuesta.

—Soy amigo de West desde…

—Mira, perdona que te lo diga, pero que le den a West.

—¿Cómo?

—En serio. A ti nunca se te ha ido la olla cuando he salido con alguien. Nunca has ido por ahí como si tuvieras derecho a decidir lo que podía hacer con mi cuerpo o con mi vida por ser mi hermano.

—Nunca pensé que encontrarías a alguien lo bastante loco como para estar contigo —murmuro con la voz justa para que me oiga.

—Y si te hubiera dicho que estaba saliendo con West, ¿qué habrías hecho?

La miro a los ojos sin pestañear.

—Habría invertido en construir un búnker de máxima seguridad, porque los dos juntos habrías provocado una explosión nuclear.

Willa me lanza una mirada exasperada.

—En serio. ¿Te habrías cabreado con West? ¿Me estás diciendo que tu mejor amigo, al que conoces desde hace años, no sería lo bastante bueno para salir conmigo? ¿Qué diría eso de ti?

Miro hacia las escaleras, rezando para que este no sea el primer sábado que Cora decide no dormir hasta tarde.

—A ver, sí. Me habría costado asimilarlo, porque para mí los dos sois casi familia. Pero no, no me habría cabreado.

—Qué bien, me alegra saber que soy casi familia para ti —responde con sarcasmo, y luego añade—: Entonces, ¿no te habrías sentido traicionado?

Me paso las manos por el pelo y las dejo entrelazadas detrás de la nuca.

—No. Bueno, a lo mejor, si me lo hubierais ocultado…

Willa golpea la encimera con la palma.

—Pues ya está. Ahí tienes tu respuesta.

No es tan sencillo. Rosie ha sufrido acoso sexual en el trabajo, tiene una situación económica complicada, y encima soy su jefe… Hay un desequilibrio de poder. Sería un cabrón si intentara algo con ella ahora que está tan vulnerable.

Y, además, por mucho que entienda lo que me ha dicho Willa, sigo sintiéndome culpable por West.

—No creo que baste con ir a casa de West y decirle que estoy enamorado de su hermana. —Las palabras me salen antes de poder frenarlas, antes siquiera de pensarlas y asimilarlas.

—Ay, Dios. Ojalá pudiera comprar entradas para ver lo que sucede las próximas semanas en Rose Hill, pero por desgracia, el rancho está a tope en esta época. Voy a ir a pasar un rato con mi sobrina antes de irme esta tarde. Tú deberías ir a darte un baño en el lago o algo por el estilo para aclararte las ideas y decidir qué quieres.

Hace un saludo marcial y se marcha. Pero al llegar a los pies de la escalera y con una mano ya en la barandilla de hierro forjado, se detiene, se gira, vuelve a acercarse y deja el café sobre la encimera.

—Sé que siempre te digo que eres un plomo y un muermo, pero no lo digo en serio. Eres un buen hombre, Ford. No te comas tanto la cabeza hasta amargarte. Por una vez, ve a por lo que de verdad quieres. Te quiero. —Y entonces me da un abrazo. Un abrazo raro que no sabía que necesitaba.

Y yo se lo devuelvo.

—Gracias, Wils —murmuro—. Yo también te quiero. Por eso eres la única heredera de todo mi patrimonio.

—¡Joder, sí! —Se echa a reír y me aprieta más fuerte—. Pero no te mueras todavía, ¿vale? Si te mueres joven se te fastidia el récord de soso.



La puerta del antiguo granero reconvertido en oficina se abre con un chirrido cuando entro. Willa me ha sugerido que me dé un baño en el lago, pero entre el bar de la ciudad, Gramophone y este sitio, estoy hasta arriba de trabajo y necesito quitarme cosas de encima. Así que lo único que puede darme un respiro es echar un par de horas de trabajo en esta oficina que, por fin, empieza a parecer una.

El espacio ha cambiado por completo en las últimas semanas. Rosie tenía razón con respecto a Bash. Trabaja rápido y no estorba. Algún día hemos tenido que trabajar en mi casa, cuando había demasiado ruido, pero en general todo ha ido sobre ruedas, pese a su perpetua cara de pocos amigos.

Las puertas correderas del granero ahora son de cristal y están montadas sobre raíles nuevos, han puesto estanterías empotradas en las paredes y han cambiado el sistema de iluminación… Incluso la chimenea de piedra parece otra.

Pero lo que me detiene en seco es lo que encuentro frente a esa chimenea: a Rosie, acurrucada de lado en el sofá de cuero, profundamente dormida. Tiene las manos bajo la mejilla y las piernas recogidas, como si tuviera frío.

Me quedo quieto, sin saber qué hacer. En realidad, me muero por tumbarme a su lado, rodearla con los brazos y darle calor. Pasar el sábado entero así, escuchando discos. Pero sé que no debo hacerlo.

Aunque eso no impide que me pregunte qué hace aquí, durmiendo en la oficina. Miro el reloj: las siete en punto. No es una hora descabellada para despertarse. Así que cruzo la estancia en silencio; las suelas de mis Gazelle de ante apenas suenan sobre el suelo de madera.

Me siento en el otro extremo del sofá. Rosie se remueve, pero no se despierta. Sus Birkenstock están tiradas por el suelo, y lleva unos calcetines con los que podrías hacer un muñeco de trapo: grises y blancos con una raya roja.

Solo Rosie es capaz de hacer que llevar sandalias con calcetines parezca adorable.

Alargo el brazo, le rodeo el tobillo con cuidado y le paso el pulgar por el hueso del talón. Me cuesta horrores no meterme en el hueco del sofá y abrazarla. Sería un abrazo cálido, reconfortante… y completamente inapropiado.

Contengo un suspiro y levanto la vista hacia su cara. La veo parpadear, esbozar una sonrisa somnolienta, girar sobre su espalda y estirarse con fuerza.

Al darme con los pies en la pierna, da un respingo, abre los ojos de golpe y se lleva una mano al pecho, mirándome con cara de susto.

—Joder. No me esperaba encontrarte ahí sentado.

—Lo siento —digo con voz ronca, áspera como la grava—. Intentaba despertarte con suavidad. He venido a trabajar un rato.

Se cubre la cara con las manos y se frota los ojos, como si intentara despejarse.

—¿Y por qué trabajas un sábado?

—Porque no hay descanso para los malvados —respondo. Sigo acariciándole el tobillo, aunque ahora lo apoya en mi muslo—. Por cierto, has dormido aquí.

Se quita las manos de los ojos, pero se las deja en las mejillas, enmarcando su cara mientras me mira. Esos ojos azules me atraviesan como flechas.

—No me parecía bien dormir en la misma habitación que Ryan.

Siento un alivio instantáneo.

La frase se queda flotando en el aire. Los dos sabemos lo que significa, aunque ninguno lo dice. Ambos recordamos lo que pasó anoche, y preferimos no mencionarlo. Y sí, le pedí perdón a Ryan, pero no por besarla.

—¿Cuándo se va? —pregunto.

Se humedece los labios y aparta la mirada antes de incorporarse. Al hacerlo, retira el pie y yo empiezo a echar de menos ese contacto.

—Hoy.

Solo puedo asentir. No sé qué decir. Saber que estaba con él no me impidió besarla. Y que hayan roto no hace que me caiga mejor, sigo despreciándolo.

Hay varias razones por las que no debería haber besado a Rosie Belmont anoche.

Pero Ryan no es una de ellas.

Y, desde luego, no me arrepiento.

Aunque sé que no puede volver a ocurrir. Ya ha tenido suficiente con un jefe con las manos largas.

Rosie suspira, se despereza y apoya los pies en el suelo mientras gira los hombros.

—Uf. Dormir en sofás ya no mola tanto como antes.

—Podrías haber dormido en mi casa —le digo.

Me lanza una mirada escéptica.

—Sí, claro. Habría sido lo ideal para la imagen que tanto te preocupa.

Me tenso y miro por la ventana, hacia la niebla que hay sobre el lago. Pienso en West, pero Willa tiene razón: eso no tiene por qué ser un problema. Lo que más me preocupa es que Rosie trabaja para mí. Fui yo quien la contrató y tramitó su contrato. Y, nos guste o no, ahora hay una dinámica de poder. Después de lo que le pasó en su anterior trabajo, no quiero convertirme en otro Stan en su vida.

—Siento lo de anoche.

Rosie se ríe y me da un puñetazo en el hombro.

—Pues yo no, capullo. —Se pone de pie y, con la mano aún en mi hombro, se inclina hacia mí y me susurra al oído—: Y sé que mientes.

Cuando me giro hacia ella, nuestras bocas quedan peligrosamente cerca. Demasiado. Bajo la mirada hasta sus labios y veo cómo se pasa la lengua por el labio en un gesto lento, apenas perceptible. Me levanto de golpe y por poco me tropiezo en mi intento por alejarme de ella.

Para no hacer algo de lo que no me arrepentiría lo más mínimo.

—No podemos volver a hacerlo —digo.

—Ah, ¿no? —Se cruza de brazos y ladea la cabeza con una sonrisa torcida, como si estuviera confundida. Pero a mí no me engaña. Tiene el pelo revuelto por haber dormido aquí, pero a ella le da igual. Podría envolverse en una bolsa de basura y seguiría pareciendo la princesa que manda en el castillo.

—No.

—¿Me estás diciendo que no vas a volver a besarme?

Me estremezco. ¿No se da cuenta de que West aparece por aquí cuando que le da la gana y podría haberlo oído? Luego imito su postura y me cruzo de brazos frente a ella.

—Eso mismo.

Entrecierra los ojos.

—¿Y si te lo pidiera?

—No.

—¿Y si te lo suplicara?

Siento el calor subiéndome a las mejillas, y por el movimiento de sus ojos, sé que se ha dado cuenta.

—No.

Asiente y aprieta los labios, como si le sorprendiera mi autocontrol.

—Está bien. Lo que tú digas, jefe.

Mientras veo cómo se pone las sandalias de cuero, empiezo a entrar en pánico. La conozco demasiado bien. Es terca, caótica, y no se rinde ante nada. Para ella, es como si acabara de agitar una bandera roja delante de su cara.

No la he frenado. La he retado.

—Rosie. Es demasiado arriesgado.

Cuando se gira, ya está en la puerta, con las manos apoyadas contra la madera a su espalda.

—¿El qué?

—Lo de anoche. Tú y yo. Está West. Soy tu jefe. Te mereces un entorno laboral en el que te sientas segura. Esto… no es la opción más sensata.

Asiente, pero se le tuerce el gesto al oír el nombre de su hermano.

—Claro. Pues nada. Voy a despedirme de mi opción más sensata antes de que se vaya. —Me lanza una mirada punzante—. Nos vemos el lunes.

Me hace un gesto de despedida con la mano y sale por la puerta sin decir nada más.

Ni siquiera intento trabajar. Me pongo el bañador y me lanzo al lago helado para castigarme, nadando entre el embarcadero nuevo y el de Rosie. Y durante todo ese tiempo, tengo la sensación de que no deja de mirarme ni un segundo.

VEINTICINCO
Rosie

Es lunes. Ryan ya se ha ido. Willa también. Y yo estoy obsesionada con el imbécil de Ford y con cómo narices debería comportarme ahora que sé que quiere besarme, mientras intento aceptar que yo también quiero que lo haga.

Además, me tiene que bajar la regla en cualquier momento y siento como si mis entrañas estuvieran intentando abrirse paso a cuchilladas por la parte baja de mi abdomen.

En resumen: que tengo la cabeza hecha un lío y mi cuerpo me ha traicionado.

Así que, como haría cualquier joven profesional madura, decido desquitarme con mi jefe y me dedico a acosarlo por correo electrónico. Me convenzo de que tengo todo el derecho del mundo, porque él ha empezado al negarse a mirarme a los ojos desde su mesa.

> Buenos días, señor Grant junior:
>
> He recibido respuesta de tres expertos que podrían encargarse de la cabina de grabación. Sus precios y plazos están desglosados en el documento que le adjunto, con mis comentarios nada profesionales en los márgenes. La verdad, uno de ellos no me inspira ninguna confianza. Exige que le pida pollo para comer todos los días (y lo entiendo, yo también lo haría), pero solo los muslitos, no las alitas. Y eso me alarma bastante, porque está claro que las alitas son la mejor parte. Para mí, eso demuestra que no tiene criterio alguno, y por eso no lo dejaría acercarse a este sitio, que por fin empieza a tener muy buena pinta.
>
> Espero que haya tenido un domingo de lo más sensato.
>
> Sin otro particular, y mirándole desde el otro lado de la estancia, se despide,

Rosalie Belmont
Directora de operaciones de
La Sensatez es lo Primero Records

Cuando oigo la notificación del correo al otro lado de la oficina, intento no sonreír. En lugar de eso, abro la agenda y dibujo una polla enorme en la página del lunes, como si estuviera anotando algo de vital importancia.

Escucho el sonido de sus dedos en el teclado y, al alzar la vista, lo veo concentrado en la pantalla. Aparto la polla de mi campo visual y me pongo a responder los correos de Rose Hill Records, que en su mayoría son cartas empalagosas de fans rendidas al multimillonario más atractivo del mundo.

Buenos días, Rosalie:

Gracias por tu opinión sobre las opciones. He echado un vistazo al documento y creo que, como mi abanderada de la sensatez y directora de operaciones, estás más que capacitada para elegir al mejor candidato para el trabajo. Y, por supuesto, el tío de los muslitos queda descartado: no es de fiar.

¡Que tengas un buen día!
Ford Grant
CEO y productor ejecutivo de
La Sensatez es lo Primero Records.

P. D.: Desde aquí veo perfectamente la polla que has dibujado en tu agenda.

Miro al instante la esquina de la mesa donde está la agenda. Ford me observa con calma. Supongo que, con lo alto que es, no le cuesta mucho verla. O quizá tenga que ver con que he repasado el dibujo varias veces con el bolígrafo. Me encojo de hombros, giro la agenda hacia mí, le añado un generoso chorro de esperma y se la enseño a Ford, levantándola bien alto.

Él me mira con cara de póker, aunque juraría que se le contrae un poco la mejilla.

Le hago un gesto de aprobación con el pulgar hacia arriba y vuelvo al correo.

> Señor Ford Grant junior:
>
> Me alegra mucho que disfrute de mi arte. El título de esta pieza es: *Mi jefe es un ____,* tinta sobre papel, de Rosalie Belmont.
>
> Cada gotita de semen representa una de las mentiras que se cuenta a sí mismo.
>
> Un saludo,
> Rosalie Belmont
> Directora de pollas

Ford suelta una carcajada que disimula enseguida tapándose la boca con la mano, y volvemos a teclear.

¡Joder! Este día no podría ser más incómodo.

De vez en cuando me sorprendo mirándolo, recordando cómo era de adolescente. Yo gané confianza en mí misma muy pronto. Él no. Tardó en desarrollarse, mientras que yo, con dieciséis años, parecía tener veintidós. En cuanto a su carácter, era reservado y a veces se trababa al hablar. Supongo que, siendo hijo de una estrella del rock, solo tenía dos opciones: o convertirse en el alma de la fiesta o volverse desconfiado.

Y eligió lo segundo. Aprendió a protegerse con las palabras y con la expresión de su cara. Eso lo hacía parecer frío, incluso arrogante, pero ahora me doy cuenta de que solo estaba incómodo.

Yo era popular y extrovertida. Él, el chico nervioso.

Con ese pensamiento en mente, abro la bandeja de entrada. Entre los mensajes, hay un correo invitándolo a una gala benéfica para recaudar fondos tras el incendio en Emerald Lake.

> Señor Ford Grant junior:

¿Le gustaría asistir a la gala que se celebrará en Emerald Lake dentro de dos semanas? Creo que usar su nombre con fines publicitarios sería un gesto muy generoso por su parte. ¿Quién no querría acudir a un evento soporífero con el multimillonario más normalillo del mundo?

Un saludo,
Rosalie Belmont
Directora de pollas

Pienso en volver a cambiar mi cargo, pero «directora de pollas» tiene gancho. Además, Ford no ha respondido al correo sobre mi obra de arte y, por absurdo que parezca, eso me fastidia, aunque sé que está trabajando. Yo también debería, pero mis hormonas han decidido montar su propio circo.

Así que le doy a enviar tal cual.

Querida directora de pollas:

Gracias por avisarme. Puedes confirmar mi asistencia, y añade una acompañante.

¡Que tengas un buen día!
Ford Grant
CEO y Polla Mayor de Rose Hill Records

Me quedo mirando boquiabierta la pantalla, leyendo el correo una y otra vez, intentando buscar algún detalle oculto, algo que se me haya pasado. Porque ¿a quién piensa llevar de acompañante?

Lo fulmino con la mirada, pero él sigue trabajando como si nada. Se levanta, pone un disco y vuelve a sentarse, tan tranquilo, mientras yo hiervo por dentro.

Vale, podría ser Cora.

Sería adorable. Pero luego recuerdo lo reservado que es y sé que nunca la expondría así. Sus padres fueron muy protectores con él y con Willa, y estoy segura de que él hará lo mismo con su hija.

Le doy vueltas una y otra vez. Sé que no tengo derecho a entrometerme, pero fue él quién me besó. Y ahora actúa como si no hubiera pasado nada porque se siente culpable. También me doy cuenta de que, aunque me dijo que estaba soltero, lo hizo de una forma seca. Y, desde entonces, ha evitado el tema por completo.

Antes no me importaba, pero ahora sí. ¿Y si tengo que ver cómo sale con una modelo despampanante que jamás se comería una bolsa entera de patatas fritas sentada en un embarcadero cutre? Seguro que, además de estar buenísima, sería simpática, inteligente, trabajadora y con tropecientos títulos.

Odio con todas mis fuerzas a esa novia imaginaria.

Vuelvo a fulminarlo con la mirada, con los brazos cruzados, dolores premenstruales a tope y los ojos como dos rayos láser.

Suena un nuevo correo en mi bandeja de entrada.

> Rosie:
>
> ¿Te has pasado al lado oscuro? Creo que, si practicas lo suficiente, podrías estrangularme con esa mirada.
>
> ¡Que tengas un buen día!
> Lord Sith Ford Grant
> CEO y Polla Mayor de Rose Hill Records

Lo leo, pero no respondo. Cruzo las piernas, me reclino en la silla y balanceo el pie, fingiendo que estoy tranquila.

—¿Quién es tu acompañante? —pregunto.

Quería parecer curiosa, pero en plan despreocupado. Sin embargo, me ha salido como una acusación. Y él lo nota porque levanta la cabeza de golpe. Esos ojos verdes ligeramente rasgados hacen que se me encoja el corazón, y al ver el rubor en sus mejillas me entran unas ganas locas de recorrerle la barba áspera con las uñas. El jersey que lleva, junto con la camisa a cuadros que asoma por el cuello, le da un aire de leñador sexy de montaña; nada que ver con un multimillonario estirado. Y lo peor es que no puedo negar que está como un tren, lo que me cabrea todavía más.

El beso que me dio la otra noche me sacó de la cómoda ignorancia en la que vivía y me hizo consciente de él, de lo que hay entre nosotros… y luego me dejó tirada. De modo que sí, ahora mismo odio a Ford Grant más que nunca.

—¿Cómo? —replica, algo desconcertado.

—¿Con quién vas a ir a la gala de Emerald Lake?

Parpadea, y yo lo miro fijamente, sin pestañear. La música de fondo es lo único que suena y el ambiente entre nosotros es como una olla a presión a punto de estallar.

Entonces se levanta sin decir nada, rodea su escritorio y se acerca al mío destilando arrogancia.

Luego se apoya de lado en mi mesa y sonríe con suficiencia.

—Contigo.

Dejo de mover el pie. Lo ha dicho tan de golpe que tardo en asimilarlo.

Frunce el ceño y baja la mirada a mis labios. Me mata que lo haga ahora, porque sé de sobra lo que puede hacer con ellos… y conmigo.

—¿Conmigo?

Ladea la cabeza y me mira de arriba abajo, despacio, como si estuviera armando un puzle, descifrando mis gestos, captando cada detalle.

Y esta vez, cuando responde, su voz suena sincera, sin un ápice de sarcasmo.

—Sí, Rosie. No puedo ir a un evento así sin mi directora de pollas.

Me muerdo el labio inferior. Me escuecen los ojos, y sé que no es por él ni por lo que ha dicho, sino porque estoy con las emociones a flor de piel ya que, según la aplicación de mi ciclo menstrual, mañana me baja la regla. Soy consciente de que no ha dicho nada especialmente dulce, pero el alivio que siento es tan fuerte que necesito espacio.

—Genial —asiento con firmeza, me levanto y me dirijo a la puerta como la cobarde emocional que soy—. Me he dejado el jersey en casa. Ahora vuelvo. —Mentira, no me he dejado nada. Solo necesito una excusa para escapar.

Ford frunce el ceño mientras salgo por las puertas correderas, abiertas de par en par porque hoy hace calor. Oigo la preocupación

en su voz cuando dice:

—Voy a por algo de comer. ¿Quieres algo?

—Lo que te parezca bien —respondo, bajando a toda prisa por la tarima de la entrada.

Me tomo mi tiempo para volver a casa. Incluso me siento un rato al final del embarcadero, empapándome de todo lo que siento. Luego me tomo un analgésico, cojo un jersey que no necesito y vuelvo a la oficina, lista para la batalla.

Pero cuando llego, Ford ya no está. Lo que sí hay sobre mi escritorio es una bandeja de aluminio llena de alitas de pollo con un surtido de salsas.

Solo alitas. Ni rastro de muslitos.

VEINTISÉIS
Ford

Oigo el teléfono sonar desde fuera de la oficina.

Cuando entro, lo primero que veo es a Rosie descolgando el auricular y respondiendo:

—Buenos días, oficina de Ford Grant junior.

Me sostiene la mirada mientras lo dice.

Pero luego hace una mueca y aparta la vista.

La miro de arriba abajo. Lleva un vestido sencillo de manga corta, azul como sus ojos, con un estampado de margaritas blancas diminutas. Lo ha combinado con unas botas *cowboy* de color blanco roto y el pelo suelto y ondulado, con ese toque un poco revuelto que a ella le queda tan bien.

Está para comérsela.

—Gemma —dice, con un leve titubeo—. ¡Qué sorpresa más agradable!

«Genial. Mi madre».

—Oh, sí, es un jefe estupendo. No me quejo. —Asiente y se ríe por lo bajo—. Ya sabes que sé cómo manejarlo. Hasta ahora no ha habido problemas. Incluso me lo paso bien. —Me lanza una mirada fugaz, con cierta cautela, como si no quisiera que supiera que le está gustando trabajar aquí.

De pronto, se pone tensa.

—No, no hay chicas monísimas del pueblo intentando ligar con él.

Que Dios me ayude. Cierro la puerta y me acerco al escritorio. Suelto la bandolera de cuero y me desplomo en la silla, resignado, dispuesto a aguantar los próximos minutos de conversación entre el torbellino imprevisible que es mi madre y la bomba de relojería que es… lo que narices sea Rosie.

Empiezo a pensar que el cargo de directora de pollas le viene demasiado al pelo: no solo me organiza el trabajo, también me tiene agarrado por los huevos.

—Sí, guapísimo. Y con todos esos cambios de humor. A ver quién es capaz de seguirle el ritmo.

Vuelve a fulminarme con la mirada. Oigo la voz de mi madre al otro lado, aunque no distingo lo que dice.

Entonces bajo la vista y me encuentro con otra hoja arrancada del caótico mundo adolescente de Rosie Belmont. La cojo y empiezo a leerla.



Esta noche, en la fiesta de la playa, he visto a Ford intentar hablar con una chica. Era mona y, sinceramente, habría sido todo un logro para ella si se lo hubiera ligado. Él está empezando a estar bueno y está fuera de su alcance. Aun así, ha fracasado estrepitosamente. Hasta me habría reído si no me hubiera dado tanta vergüenza ajena.

No se hace ningún favor siendo tan sarcástico. Y conociéndolo, seguro que le ha soltado algo que rozaba lo ofensivo, así que casi no la culpo.

El ingenio que tiene a veces lo hace parecer borde. A mí me gusta. Pero es que yo sí sé devolverle las pullas. Hay gente que no. Necesita a una chica que le plante cara. Y estaba claro que ella no daba la talla.

A veces pienso que debería dejar que Ford me folle, aunque me odie, solo para que pierda su (presunta) virginidad. No es que yo tenga muchísima experiencia, pero seguro que más que él sí. A lo mejor, si no tuviera que ir por la vida con la polla sin estrenar, frunciría menos el ceño. Un poco de práctica no le vendría mal. Hasta podría mandarlo de vuelta a la universidad sabiendo dónde está el clítoris de una chica. Eso sí que sería todo un acto de filantropía.



Empiezo a toser y me tapo la boca, dándome un par de golpes en el pecho para aclararme la garganta y recuperar el aire. Cuando levanto la vista, Rosie sonríe como el dichoso gato de *Alicia en el País de las Maravillas:* sabe perfectamente lo que acabo de leer. Y, por primera vez, se sonroja.

—No podría estar más de acuerdo. Un buen polvo le sentaría de maravilla —le dice a mi madre.

«Que alguien me mate ya».

Me paso las manos por el pelo, destrozando cualquier intento de peinado con el que hubiera llegado.

Rosie alza las cejas.

—Entonces, ¿cuando tienes un orgasmo se liberan endorfinas? ¿Y eso te hace feliz? Pues vaya, Gemma. No soy médica, pero desde luego le voy a recetar un orgasmo. Voy a comprarle una revista y decirle que se encierre en el baño un rato.

La fulmino con la mirada y me paso un dedo por la garganta en señal de amenaza, pero lo único que consigo es que sonría más.

—Espera, espera… ¿Me estás diciendo que los orgasmos ayudan con…? —Se muerde el labio y asiente—. Bueno tú sí eres médica, así que lo tendré en cuenta. ¿Quieres que te pase con Ford? —Aprieta los labios para no reírse—. Ah, ¿solo querías hablar conmigo? ¡Qué detalle! —Vuelve a asentir—. Sí, sí, se lo diré. Adiós, Gemma. Ah, y dale recuerdos a Senior de mi parte.

Cuelga y se queda mirando el auricular un segundo antes de mirarme con los ojos muy abiertos.

—Tu madre es una tía genial.

—Me alegra que pienses eso después de esa conversación.

—Vienen la semana que viene. Eso era lo que quería que te dijera.

Cojo mi inseparable Pilot azul de punta de fieltro y empiezo a mordisquear la tapa mientras enciendo el ordenador. Morder bolis es uno de esos tics nerviosos que arrastro desde el instituto. Lo hacía mientras escribía y mientras escuchaba música. A estas alturas, he asumido que forma parte del proceso.

Aunque, teniendo en cuenta la caja llena de Pilot idénticos que tengo en el cajón, casi diría que lo he aceptado con entusiasmo.

—También ha dicho que… —hace el gesto de las comillas con los dedos— desahogarte podría ayudarte con esos cambios de humor.

—Sí, esa parte la he oído. Gracias por recordármela, Rosalie.

—Vaya, volvemos a Rosalie. Porque no quieres acostarte conmigo, ¿verdad?

Abro la bandeja de entrada y finjo leer los correos, aunque no estoy leyendo nada.

—Silencio administrativo. Qué original. Bueno, en ese caso, ¿quieres que te prepare un rinconcito especial en el baño? Puedo conseguirte algún ejemplar antiguo de la revista *Playboy.* Seguro que West tiene alguno. O, si no, siempre te puedes meter en esas webs modernas donde se encuentra de todo.

Puede que, si no le doy pie, al final se canse de hablar.

Por el rabillo del ojo la veo recostarse en la silla. No necesito mirarla para saber que se lo está pasando en grande.

—¿Te ha gustado la página de mi diario?

La señalo con el boli sin decir nada y sigo con los ojos clavados en la pantalla. Luego vuelvo a mordisquear el boli y la ignoro por completo.

Pero Rosie no se rinde. Oigo el sonido de sus botas al caminar y, antes de darme cuenta, rodea mi mesa y se apoya en ella, de cara a mí.

La Rosie de hoy no es la misma de ayer.

Ayer parecía afectada con la idea de que pudiera ir a una gala con otra. Yo tenía clarísimo que iría con ella. ¿Con quién si no? ¿De verdad pensaba que después de besarla me iría con otra?

Yo no soy así. Yo la beso y después no dejo de pensar en ello. Me torturo, eso va mucho más conmigo.

Me recuesto en la silla con el boli todavía en la boca y la observo. Hoy, en cambio, parece que la que va a torturarme es ella.

—Estás raro —dice.

—Mira quién habla.

Cruza los brazos y esboza una sonrisa torcida, echándose hacia delante hasta que me obliga a sostenerle la mirada.

—¿Llegaste a perder la virginidad, Ford?

Trago saliva.

—Sí, Rosie, la perdí. Gracias por preocuparte.

—¿Con quién? Tú conoces parte de mi historial sentimental. Ahora me toca saber un poco del tuyo.

—No hablo de mi vida privada con mis empleadas.

—No te lo estoy preguntando como empleada.

Nos quedamos un momento en silencio, mirándonos una vez más.

Luego aparta el teclado, apoya las manos en la mesa y se sienta encima como si estuviera a punto de contarme un cuento antes de dormir.

Pero entonces da un respingo y pone cara de dolor.

—¿Qué pasa?

—Mi cuerpo tiene la bonita costumbre de avisarme de que me va a venir la regla con unos calambres que me dejarían todo el día en la cama. Tu madre dice que los orgasmos también ayudan con eso.

Muerdo el Pilot y me fijo en el bajo de su vestido, en cómo cae sobre sus piernas cruzadas. Echo la silla hacia atrás para poner algo de distancia entre nosotros.

—Entonces deberías irte a casa y descansar.

Se ríe y hace un gesto con la mano, restándole importancia.

—Luego me daré un homenaje en solitario para ver si funciona. Pero ahora quiero hablar de ti.

—Bash va a entrar y se va a preguntar qué haces sentada en mi mesa.

Ladea la cabeza.

—Pensaba que estabas mirando el correo. Lo han llamado por un incendio. Va a mandar a un pintor para terminar el interior; ya me confirmará la fecha y la hora. Ahora, háblame de tu vida amorosa.

Cruzo el brazo que tengo libre sobre el pecho para no alargar la mano y juguetear con el bajo de su vestido y me doy golpecitos en los labios con el bolígrafo.

—Me acuerdo de la noche que mencionas en el diario. Le pregunté a esa chica si estaba leyendo algo interesante y me dijo que no era muy de leer.

El brillo de diversión en sus ojos me confirma que ya sabe lo que viene.

—Creo que resoplé y le dije algo así como «Ya me lo imaginaba». Ella me miró con desprecio y se marchó.

—Tu madre me dijo una vez que si iba a casa de un chico y no tenía libros, no se me ocurriera acostarme con él.

Me echo a reír.

—A mí me dijo lo mismo. —Pienso en mi madre y niego con la cabeza. Sus consejos son peculiares y directos…, pero nunca fallan—. Aquella noche, mientras nos llevabas a casa en coche, te pregunté qué estabas leyendo.

Abre los ojos, sorprendida.

—No me acuerdo de esa parte.

—Me hablaste con todo lujo de detalles sobre una saga de fantasía romántica de cinco libros. Yo fingí que no me interesaba mucho el tema, pero en cuanto volví a la ciudad los pedí prestados en la biblioteca.

Se queda boquiabierta.

—Por favor, dime que era la saga *Fever.*

Esbozo una media sonrisa y acerco la silla. Es como si entre nosotros hubiera una fuerza invisible que nos atrae.

—Esa misma.

—¿Te gustó?

Pienso en aquellos libros. Más que leerlos, me la imaginaba a ella leyéndolos. Recuerdo cómo gesticulaba mientras conducía y hablaba. West se había quedado dormido en el asiento de atrás, y yo no paraba de recordarle que no quitara las manos del volante.

Ella se limitó a poner los ojos en blanco y a seguir conduciendo por la autopista recta, sujetando el volante con la rodilla.

—Sí, Rosie. Me encantó.

—Volvemos a Rosie, ¿eh?

—Has sido tú la que ha dicho que no me lo preguntabas como empleada.

Alargo la mano y le doy un golpecito en la rodilla. No sé por qué lo hago. Es algo infantil e innecesario, pero no puedo evitarlo.

Ella sigue el movimiento con la mirada y luego le paso la mano con suavidad por el mismo sitio… hasta que pierdo la cabeza por

completo, me pongo de pie, le sujeto la rodilla y le separo las piernas.

Rosie contiene el aliento, pero sigue como si no hubiera pasado nada.

—Venga, dispara. Cuéntamelo todo —dice. Se inclina un poco hacia delante, un movimiento que le hace abrir aún más las piernas, y se agarra al borde de la mesa hasta que los nudillos se le ponen blancos.

Me quedo pensando un momento en su petición y jugueteo nervioso con el bajo de su vestido, acercándome más a ella.

—Conocí a una chica en mi segundo año de universidad. Era inteligente, amable, y lo pasamos bien juntos. Creo que salimos un par de años.

Arruga un poco la nariz.

—¿Y…?

Le levanto el bajo por un lado, dejando al descubierto un centímetro más de piel.

—Y la dejé después de graduarnos, cuando quiso que nos fuéramos a vivir juntos.

—¿No querías vivir con ella? —Hay cierta tensión en su voz.

—No —respondo sin más.

—¿Por qué no?

«Porque no eras tú», pero lo que digo es:

—Porque no me parecía que fuera lo más adecuado. No quería sentar la cabeza. —Le subo el vestido por la otra pierna.

Rosie traga saliva y asiente despacio.

—Vale. ¿Y luego?

Suelto un suspiro e intento alejarme, pero ella me da un toque con la punta de la bota, en un desafío silencioso para que me quede.

Como no soy de los que se echan atrás, trago saliva y me acerco más, hasta que mis muslos rozan sus rodillas. Y continúo, no solo hablando, sino viendo hasta dónde me deja subirle el bajo del vestido.

—Luego salí con otra mujer durante unos años, mientras llevaba Gin and Lyrics y trabajaba en Gramophone con mis socios. Pero cuando la aplicación salió a bolsa, todo empezó a torcerse. Fue una

época difícil en la que aprendí muchas cosas sobre la amistad y las relaciones. Sobre todo lo mucho que puede cambiar la gente cuando hay dinero de por medio.

—¿De un modo que no te gusta?

Asiento, frotando el pulgar contra la tela fina para distraerme.

—No quería crear una plataforma para artistas para luego explotarlos y pagarles una miseria. Dejé clara mi postura sobre la reducción de *royalties,* de una forma bastante pública, y no les hizo ninguna gracia.

—¿Y qué tiene que ver eso con tu novia?

—Que quiero ser algo más que el número de ceros en mi cuenta para la gente en la que decido confiar.

—¿No confiabas en ella? —pregunta, confundida.

Vuelvo a intentar apartarme, pero ella se adelanta y me engancha los gemelos con las botas, impidiéndome retroceder y obligándome a quedarme más pegado a ella.

Ese movimiento hace que el vestido caiga entre sus muslos abiertos, ocultándome la vista. Rosie se reclina sobre la mesa y nos deja a una distancia mucho más íntima de la que deberíamos.

Tan íntima que me coloco el bolígrafo detrás de la oreja y le agarro los muslos desnudos, como si eso pudiera impedir que me arrastrara aún más hacia ella.

Y entonces le digo algo que no le he contado a nadie:

—No. Aprendí que no podía fiarme ni de ella ni de mis socios. Cuando me ofrecí a poner dinero de mi bolsillo para compensar la bajada de *royalties,* empezó a preocuparse mucho por «nuestro» patrimonio. A obsesionarse, más bien. —Suelto una risa amarga—. Como si eso fuera a notarse en mi cuenta. Y, para colmo, uno de mis socios, y antes amigo, adoraba hacerse rico a costa de joder a los demás. Meterse en su cama fue una transacción muy conveniente para ella.

Rosie ahoga un jadeo y en sus ojos azul océano veo desfilar un carrusel de emociones: primero sorpresa, luego compasión y, por último, indignación.

—La odio —espeta.

Le aprieto los muslos y dejo escapar una risa baja. Me encanta su ferocidad, su lealtad, pero no se lo digo. En cambio, respondo:

—Ahora confío con cuentagotas.

Se muerde el labio inferior mientras me mira con intensidad.

—¿Confías en mí?

Contemplo mis manos sobre sus piernas desnudas. Las deslizo por la parte superior de los muslos hasta el pliegue detrás de las rodillas y luego vuelvo al punto de partida. Entonces alzo la vista y me encuentro con su mirada cristalina.

—Sí.

Respira hondo y asiente.

—Bien. ¿Con quién más has salido?

—Con nadie más.

—Espera, ¿cómo? —farfulla, incrédula—. ¿Ya está? —Se agarra al borde de la mesa, como si necesitara algo a lo que aferrarse.

Transformo las caricias en un masaje. Me arden las mejillas y tengo la polla dura como una piedra.

—Me parece adorable que creas que tener menos parejas significa haber tenido menos sexo. —Me inclino hasta quedar a la altura de su cara y le susurro—: Y también es adorable que me sigas tratando como si todavía fuera el adolescente torpe que aparece en las páginas de tu diario.

Ahora son sus mejillas las que arden. El rubor le baja por el cuello, tiñéndole la piel de rosa hasta el pecho y extendiéndose bajo el escote de su vestido ligero.

—Rosie —continúo, deslizando las yemas de los dedos por la parte posterior de sus piernas—, creo que has confundido mi autocontrol y mi integridad con falta de experiencia… o de interés.

Deja escapar un sonido entrecortado, un suspiro prolongado, como si se riera de sí misma por lo equivocada que ha estado. Luego baja la barbilla y observa mis manos recorriéndole las piernas. La piel se le eriza en los muslos.

—¿Me estás diciendo en serio que solo has estado con dos mujeres?

Subo las palmas hasta lo alto de sus muslos y ambos contemplamos cómo mis manos desaparecen bajo el vestido.

—Sí, aunque en realidad solo he deseado a una.

La oigo tragar saliva, pero no responde. Quizá necesite un momento para asimilarlo.

—Una que no puedo tener —añado.

Entonces le subo el vestido hasta la cintura y ella ahoga un jadeo. Me empapo de la visión de sus muslos esbeltos, del camino que lleva hasta su entrepierna, cubierta por unas sencillas bragas blancas de algodón.

—Dios mío —susurra.

Intenta cerrar las piernas, pero lo único que consigue es apretarme más contra ella.

No dejo de acariciarla. No puedo apartar la vista de mis manos sobre su piel, sujetándole los muslos.

—Una que me está volviendo loco. Que lleva toda la mañana haciendo muecas de dolor.

Rosie respira entrecortadamente y me observa mientras sigo subiendo las manos.

Deslizo las yemas de los dedos bajo la goma de las bragas, sin ir demasiado lejos. Solo lo justo para provocarla.

Gime.

Tengo claro que voy a derribar cada muro que he intentado levantar entre nosotros, porque ya no soporto mantener las distancias. Fingir que puedo seguir así no solo es una tortura, sino una idea casi delirante.

—¿Quieres que te ayude a sentirte mejor, Rosie? —gruño, con la voz cargada de frustración. Le acaricio el interior de los muslos con los pulgares, muy cerca de su coño.

Niego con la cabeza, abrumado por mi absoluta falta de control.

—Me prometí mantenerme alejado de ti. Pero mírame ahora: abriéndote las piernas en mi mesa y soñando con follarte hasta hacerte perder el sentido.

Creía que la había dejado sin palabras, pero entonces se incorpora sobre los codos y me suelta:

—Va a ser complicado eso de que me folles hasta dejarme sin sentido si todavía no sabes dónde tengo el clítoris.

Levanto la vista hacia ella y me pierdo en el calor de sus ojos, en el desafío que arde en ellos.

—¿Eso es lo que crees? —Siento cómo mi cuerpo reacciona de inmediato a su provocación. Entrecierro los ojos, me tenso, la piel me vibra. Me encanta que Rosie Belmont sea un reto constante.

—Por lo que veo, crees que está en algún punto entre mis muslos. Tendría que haberte echado una mano hace años.

Sonrío, me quito el bolígrafo de detrás de la oreja y clavo la vista en su centro.

—Veamos cómo se me da.

Me siento de nuevo en la silla y me acomodo entre sus piernas. Le quito la tapa al Pilot con los dientes y me acercó más. Rosie jadea cuando apoyo una mano en su vientre, y cuando alzo la vista, tiene los ojos brillantes y los labios entreabiertos, expectante.

Así que continúo.

Sujeto el bolígrafo con firmeza y trazo la primera línea: una diagonal descendente, cruzando sobre la tela de sus bragas.

—Dios… —murmura, arqueándose.

Su reacción me confirma que he dado en el blanco.

—Estate quietecita, Rosie. No quiero suspender la prueba.

Aprieto los labios, sacando la punta de la lengua, y trazo una línea ascendente que cruza la primera. La oigo gemir y siento cómo le tiemblan las piernas mientras intenta mantenerse quieta. Luego me echo hacia atrás para contemplar el resultado.

Baja la vista y, entre respiraciones entrecortadas, la oigo murmurar un «joder». Le he dibujado una X sobre la tela blanca de sus braguitas.

—La X marca el lugar —gruño, sujetándole los muslos con ambas manos para mantenerlos abiertos.

—Ya…

—Tienes las bragas empapadas, Rosie —digo, dándole la vuelta al bolígrafo y arrastrando el extremo redondeado por el interior de su muslo.

—Sí, ya lo sé —responde con voz ahogada, mientras me acerco a la costura de su ropa interior.

—¿Eso significa que he acertado? —pregunto, echando otro vistazo a su rostro enrojecido. En su expresión solo veo luz verde, vía libre—. Dime que pare, Rosie.

—No, Ford, por favor. No pares —responde. Porque, claro, tiene que volverme loco hasta el final.

Deslizo el bolígrafo bajo la tela sin pensarlo. Es solo un roce, una caricia cuidadosa en su coño, como si así estuviera rompiendo menos reglas que si deslizara un dedo entre sus bragas.

Echa la cabeza hacia atrás y yo no puedo apartar los ojos de ella. El muro que tanto me había esforzado en mantener se hace añicos.

Cuando saco el bolígrafo, está húmedo y brillante. Lo dejo sobre la mesa, junto a ella, y me levanto, inclinándome sobre su cuerpo mientras presiono con el pulgar justo donde he dibujado la X. Me digo que esa fina capa de algodón que aún nos separa lo hace todo un poco menos indecente.

Pero la verdad es que nada de esto me parece mal. Todo lo contrario: es perfecto. Así que me rindo. Me dejo llevar.

Confío en lo que siento.

Confío en ella.

—Admítelo, Rosie —susurro, moviendo el pulgar en círculos lentos y constantes—. Lo he encontrado a la primera, ¿verdad?

Arquea la espalda y se agarra a mis hombros, con los ojos vidriosos. Pero aprieta los labios y niega con la cabeza, desafiante.

Me río por lo bajo y cambio a caricias ascendentes y suaves. Noto la tela empapada bajo el dedo y el punto firme de su clítoris.

Sé que he acertado. Y también sé que Rosie no lo va a reconocer.

Me da igual, puede ponerse todo lo orgullosa que quiera.

Sus gemidos se transforman en jadeos entrecortados y el rubor en sus mejillas pasa de un rosa suave a uno más intenso. Vuelvo a los círculos lentos y decididos.

—Joder, esto está tan bien —murmura, bajando la vista para ver lo que le hago—. No tendría que ser tan…

La interrumpo intensificando el ritmo.

—Es exactamente como tiene que ser.

Me mira y asiente. Y luego se le acelera la respiración. Observo cómo pierde el control, cómo entrecierra esos ojos azules enormes

para luego abrirlos del todo; sus ojos siempre la han delatado. Así que no me sorprende en absoluto cuando grita mi nombre y vuelve a arquearse sobre la mesa, cerrando los ojos con fuerza.

Se corre con mi nombre en los labios. Luego se deja caer sobre el escritorio, jadeando, y se tapa la cara con el brazo mientras yo la miro embobado, preciosa y hecha un desastre.

Sé que esta imagen se me va a quedar grabada durante años. Es una escena que he imaginado demasiadas veces. Y ahora que la he vivido, no voy a poder dejar de pensar en lo increíble que está cuando se corre. Va a ser mi nueva fantasía recurrente cuando necesite desahogarme.

Que es precisamente lo que necesitaría ahora mismo. La presión de mi erección contra los vaqueros es insoportable. Y Rosie está ahí, demasiado cerca, demasiado suave y accesible.

Sería facilísimo darle la vuelta y ponerla sobre la mesa en un segundo.

En lugar de eso, me inclino sobre ella, le sujeto la cabeza y le doy un beso rápido en el pelo antes de cruzar una línea de la que ya no habría vuelta atrás.

Me aterra cagarla con ella.

La única chica a la que he deseado de verdad.

Estoy a punto de decírselo, de hablar de nosotros, cuando oigo la voz de mi mejor amigo desde fuera de la oficina.

—¡Ford! ¡Mueve el culo y sal! ¡Te tengo que contar lo de la entrega de hoy!

Se me para el corazón y ambos nos quedamos inmóviles. Por su tono, West parece estar de buen humor. Yo, no tanto.

Rosie me mira con los ojos abiertos como platos. El tiempo se detiene por un instante. Luego, los dos reaccionamos y nos ponemos en marcha. No nos cuesta mucho, al fin y al cabo, seguimos vestidos.

Le bajo el vestido y ella se arregla el pelo mientras la ayudo a incorporarse. Pero basta una mirada a su cara para saber que tengo que evitar a toda costa que West entre aquí.

Rosie tiene todo el aspecto de recién follada y yo tengo una erección de caballo que amenaza con reventarme la bragueta.

Así que la miro, asiento con un gesto rápido, me coloco bien los pantalones y salgo disparado hacia la puerta para interceptar a su hermano y proteger nuestra intimidad. No es así como quiero que se entere.

Doblo la esquina de la terraza trasera y estoy a punto de chocarme con él.

—Eh. —Me agarra por los hombros con una sonrisa burlona—. Pues sí que has salido rápido.

—Capullo —murmuro, deseando con todas mis fuerzas que no se le ocurra mirar hacia abajo.

West señala con la barbilla la oficina.

—Vamos a tomar un café y te cuento cómo me ha ido el día.

Aprieto los dientes y echo un vistazo por encima del hombro.

—No podemos. Rosie está trabajando. Dame un minuto que coja la cartera y nos vamos al pueblo, que tengo que comprar un par de cosas.

—Vale —es todo lo que dice mientras se marcha tan campante hacia el aparcamiento.

Vuelvo a la oficina y me encuentro a Rosie sentada muy recta en su silla, como si no hubiera ocurrido nada. Me mira primero a mí y luego hacia la puerta, comprobando si está su hermano.

—¿Se ha ido?

Asiento y me acerco a mi escritorio, la escena del crimen, para coger la cartera que sigue ahí encima.

—Sí. Me voy con él al pueblo. Tengo… recados que hacer.

—Ah, ¿recados?

—Sí.

—¿Así es como lo llamáis ahora los tíos? —pregunta. Cuando giro la cabeza hacia ella, al otro lado de la estancia, la veo haciendo el gesto de una paja en el aire, ladeando la cabeza con aire burlón.

En circunstancias normales me reiría. Pero ahora me siento culpable.

No me gusta largarme justo después de lo que ha pasado. Pero también es cierto que, con lo complicado que es mi cerebro, necesito tiempo para asimilar las cosas. Necesito pensar. Y necesito

sacar a West de aquí porque, cuando se trata de Rosie, me vuelvo tan posesivo que roza lo absurdo.

Ella me conoce. Me entiende como nadie. Y en lugar de retenerme, se ríe y sigue moviendo la mano en el aire para provocarme.

Y justo cuando llego a la puerta, me suelta, triunfante:

—Por cierto, Junior, no has acertado. Supongo que tendrás que intentarlo otra vez.

Me giro y la fulmino con la mirada. Está despeinada, con un brillo de diversión en los ojos y encantada de sí misma. Sabe perfectamente cómo tocarme la fibra competitiva.

—Claro, Rosie. Eso habría colado si no acabara de verte correrte encima de mi mesa.

VEINTISIETE
Rosie

Ford no vuelve.

Algunas chicas se sentirían ofendidas. Yo, en cambio, me lo tomo con humor.

Puede que ese hombre tenga una puntería de escándalo a la hora de encontrar un clítoris, pero me juego el cuello a que ahora mismo está por ahí tirándose del pelo y dándole mil vueltas a todo.

Y eso, lejos de molestarme, me parece encantador. Un soplo de aire fresco. Así que decido quedarme sentada y dejar que se agobie solo un rato. Si lo que ha dicho sobre mí, que soy la única mujer que siempre ha deseado, es verdad, no necesito meterle más presión. Porque conociendo a Ford (y, por desgracia, lo conozco demasiado), ahora mismo se estará volviendo loco mientras intenta fingir que lo tiene todo bajo control.

Siempre he admirado su integridad. Ha sido un amigo leal para mi hermano, pero también lo ha sido para mí en muchos sentidos (aunque a regañadientes). Y sé que no se arriesgaría a cargarse nuestra amistad porque sí.

Detrás de esa fachada de tío frío y distante, Ford es un hombre que se preocupa en exceso. No quiero añadirle más ansiedad. Lo único que quiero es…, bueno, quiero más orgasmos encima de su mesa.

En la pausa de la comida, vuelvo a mi cabaña cutre para prepararme un sándwich y saludar al ratón que, estoy casi segura, se ha instalado conmigo. Se me levanta el ánimo al comprobar que los calambres casi han desaparecido.

Lo primero que hago es cambiarme de bragas. Luego saco el pavo y el pan. Cuando termino de hacer el sándwich, dejo caer algunas migas al suelo para el ratón (que ya va necesitando que le ponga un nombre), y me bajo al embarcadero para disfrutar de un almuerzo con vistas.

Cuando solo llevo la mitad, me suena el móvil, y al dejarlo sobre el regazo para contestar, el sándwich se me cae al agua.

Lo veo hundirse con una pena absurda.

Solo en estos días del mes podría llorar por un sándwich. He puesto mi vida patas arriba prácticamente con una sonrisa en los labios, y solo me derrumbé una vez, aquí mismo, con Ford. ¿Y ahora me pongo así por un sándwich?

Pero es que estaba buenísimo. Y me muero de hambre.

No reconozco el número que aparece en la pantalla, pero respondo intentando sonar lo más cordial posible, pensando que quizá sea uno de los contratistas.

—¿Sí?

—¿Rosie?

Vuelvo a mirar la pantalla, frunciendo el ceño.

—¿Cora?

—Sí. —Suspira, agotada.

—¿Qué pasa? ¿Dónde estás? —pregunto, poniéndome de pie, preocupada.

Cora baja la voz hasta convertirla en un susurro.

—Me he metido en un lío en el instituto. —Oigo un roce, como si tapara el auricular con la mano—. Creo que han llamado a Ford. Pero es tan serio a veces que… ¿Puedes venir?

—Estoy allí en diez minutos.

Oigo su suspiro de alivio.

—Pero, Cora…

—¿Sí?

—Puede que Ford te parezca serio, pero créeme: en el fondo, se está desviviendo por hacer las cosas bien por ti. Él lo demuestra todo con hechos, no con palabras.

—¿De verdad lo crees? —Su voz está llena de esperanza.

Asiento mientras camino hacia el coche, aunque sé que no puede verme.

—No lo creo, lo sé.



Si esperar fuera de mi antiguo instituto ya me parecía volver atrás en el tiempo, recorrer los pasillos del lugar donde estudié es una inmersión total en la nostalgia.

Nostalgia de la grande. Un viaje al pasado no solicitado. Me gustaba el instituto, pero prefería socializar. Ninguno de mis mejores recuerdos está aquí, aunque reconozco la taquilla que fue testigo de mi primer beso.

Voy directa a la oficina. Conozco el camino porque solía cruzar el patio desde el edificio principal y esperar allí a que West acabara el castigo que le tocase, mientras hablaba con el personal de administración.

Al doblar la esquina, veo que Ford ya ha llegado. Cora está sentada en un banco, con la cabeza gacha. Está llorando desconsolada y a mí me entran unas ganas enormes de partirle la cara a alguien de un puñetazo. Con el pulgar en la posición correcta, por supuesto, que una siempre aprende de sus errores.

Decido quedarme donde estoy. Ford está en cuclillas frente a Cora, con los codos apoyados en las rodillas y las manos colgando entre ellas.

Si no me tomara un segundo para apreciar lo bien que le quedan esos vaqueros oscuros, que le marcan ese culo perfecto y los muslos definidos, no sería Rosie Belmont. De pronto, me viene a la cabeza la imagen de Ford entre mis piernas, con ese fuego en la mirada, las mejillas encendidas y una erección prominente. Cada vez que aprieta los labios y saca la punta de la lengua, me derrito. La forma en que se concentra cuando te presta atención engancha. Lo que sentí al tener sus ojos en mí, sus manos recorriéndome… ¡Uf! Todo lo que hace tiene una fuerza y una determinación especiales.

Entiendo por qué todo el mundo busca su atención. Es adictiva. Y creo que llevo enganchada a ella desde cría. Lo que no sabía, y ahora es cuando estoy empezando a darme cuenta, es que la he tenido siempre.

Cora mueve los labios y oigo la voz grave y profunda de Ford al responder. Se la ve tan pequeña, tan hundida…

Sé que Ford no sabe muy bien cómo actuar con ella, pero, joder, ahora mismo me dan ganas de zarandearlo.

«¡Abrázala, pedazo de ceporro!».

Cuando por fin le pone una mano en el hombro, ella se desmorona. Y entonces lo hace: se inclina hacia delante, de rodillas, lo justo para quedar cara a cara con ella…

Y la abraza.

Envuelve a su hija y la estrecha contra él mientras ella solloza contra su brazo.

Se me humedecen los ojos. Esto me conmueve mucho más que mi sándwich ahogado. Retrocedo en la esquina para recomponerme antes de acercarme a ellos. No debería haberlos espiado como una cotilla, y tampoco pienso aparecer de repente con mi llantina hormonal y estropearles el momento.

Porque es su momento.

Respiro hondo y cuento hasta diez. Me sacudo los hombros, sorbo por la nariz y me limpio los ojos.

Vuelvo a asomarme.

Ford sigue de rodillas y ahora le está secando las lágrimas. Y no, en esta ocasión no son mis ojos los que estallan, sino mis ovarios.

—No quiero que te preocupes por esto —le susurra él—. Siempre voy a estar de tu lado, ¿entendido? No lo dudes nunca.

Joder, tendría que haberme quedado detrás de la esquina un poco más.

Cora me ve y esboza una sonrisa temblorosa, lo que hace que Ford gire la cabeza. Al verme, abre mucho los ojos, sorprendido de que esté allí.

Cora lo mira de reojo.

—Lo siento, la he llamado yo —dice ella.

Ford nos mira a las dos con una expresión que no termino de descifrar. Si no lo conociera tan bien, diría que es anhelo.

Hago un saludo torpe con la mano y suelto un «Hola» demasiado agudo.

«¿Te acuerdas de mí? Soy la chica de la X en las bragas».

—Hola —responde él, poniéndose en pie. Esa expresión sí la reconozco.

Alivio.

Está aliviado de verme aquí, y eso me deja el corazón calentito. Me acerco, decidida a centrarme en Cora; es lo más sensato. Pero cuando Ford me pasa la palma por la parte baja de la espalda, frotándomela en un círculo, me estremezco.

Me acerco hasta Cora, me agacho y la abrazo como a la amiga que ya considero que es.

—Hola, mi pequeño nubarrón. ¿Cómo estás?

—Mejor —murmura contra mi hombro, sorbiendo por la nariz.

Contengo las lágrimas como puedo, mientras intento calmar el nudo que tengo en el pecho.

—Me alegro. ¿A quién hay que matar?

Cuando me aparto para mirarla, frunce el ceño.

—Pero si ni siquiera sabes lo que ha pasado.

Me encojo de hombros.

—Estás hecha polvo. Por ahora, con eso me basta.

Mira a Ford. Él tiene la mandíbula tensa y una expresión de pura rabia en la cara.

—Creo que Ford lo va a matar antes que tú.

Suelto un bufido y hago un gesto despreocupado con la mano.

—No digas tonterías. Nadie puede permitirse pagar la fianza de Ford. Tendré que ser yo la que cometa el crimen y él pondrá el dinero. Eso es lo que pasa cuando eres el multimillonario más normalillo del mundo.

Cora suelta una risa ahogada y se limpia la nariz con el dorso de la mano.

—¿Señor Grant? —Una mujer con el pelo corto y canoso asoma la cabeza por la puerta—. El director Davidson puede recibirlo ya.

Ford levanta la mano a modo de saludo, pero, en cuanto la mujer desaparece, masculla:

—Joder, ya era hora. Ha sido él quien me ha llamado.

Aprieto los labios para no sonreír. Porque Ford está cabreado, y cuando se pone así de borde, siempre siento un cosquilleo absurdo

en el pecho. Seguro que esto tiene algún nombre rarísimo en los manuales de psiquiatría, pero me da igual.

—Yo me quedo con Cora —le digo.

—No —niega ella con la cabeza—. Ve con él. Estoy bien.

—Cora… —empieza Ford.

—No —lo interrumpe ella—. Id juntos. Jugad al poli bueno/poli malo o lo que sea. No os preocupéis por mí.

Miro a Ford y me encojo de hombros.

Él pone los ojos en blanco.

—Vale, lo que queráis. ¿Quién soy yo para llevaros la contraria? Si entre las dos ya lleváis las riendas de todo, ¿qué más da?

Cuando se da la vuelta, lo sigo y le susurro al oído:

—¿Vas a presentarme como tu directora de pollas?

Gira un poco la cabeza en mi dirección, sin llegar a mirarme, mientras entramos a la oficina.

—No lo sé —susurra al pasar por delante de unos cubículos—. ¿Vas a presentarme tú como tu experto en clítoris?

Su comentario me pilla tan desprevenida que suelto una carcajada justo antes de detenernos frente a la puerta con el letrero de «Director Davidson».

Intento reconducir la conversación a un terreno neutral, porque seguir con este tonteo subido de tono mientras nos echan la bronca en el despacho del director me parece demasiado, incluso para nosotros.

—¿Por qué estamos aquí exactamente?

Ford se gira hacia mí.

—Cora y yo escuchamos muchas maquetas juntos. Se ha convertido en nuestra rutina. Le dije que podía elegir a un artista del montón y que intentaría trabajar con él. Así podría opinar y participar en el proceso.

—Ay, por favor, qué mono. Vas camino de convertirte en el multimillonario más considerado del mundo.

—Rosie. Céntrate.

Asiento de inmediato.

—Sí. Perdón.

—Eligió a Skylar Stone, así que estamos intentando cuadrar agendas.

Alzo ambas cejas, sorprendida.

—¿Skylar Stone? ¿La despampanante estrella del *country?*

—Sí…

—Madre mía, qué mujer. Espero conocerla. No hay de nada «normalillo» en ella.

—Rosie. —Abre mucho los ojos verdes, frustrado.

Le hago el saludo militar con la mano.

—Vale, vale. Me centro.

Ford continúa, hablando rápido:

—Últimamente, a Skylar no le está yendo muy bien con los medios. Por lo visto, durante un debate de actualidad en clase de Sociales, el profesor de Cora hizo un comentario despectivo sobre Skylar, totalmente fuera de lugar. Cora se calentó y lo insultó.

—Muy bien. Vamos a partirle la cara.

Ford niega con la cabeza y se da la vuelta. Me pasa la mano por la espalda y entramos al despacho.

El director Davidson es tal y como me lo imaginaba: algo de barriga, un poco calvo, las gafas llenas de huellas y una mancha de café en la corbata. Me da hasta pena. Parece agotado, y Ford se lo va a comer vivo.

—Señor Grant. —Le estrecha la mano a Ford. Luego se gira hacia mí—: Señora Grant.

Miro a Ford.

Ford me mira a mí.

Se me escapa una risita, pero decido no corregirlo. En su lugar, le sonrío con dulzura y me pongo a interpretar mi papel de poli buena:

—Encantada de conocerlo.

Ford niega con la cabeza y se sienta frente al escritorio. Luego estira las piernas lo justo para parecer un rey aburrido en su trono.

Y yo solo quiero sentarme a horcajadas sobre él.

—Bueno. —El director se aclara la garganta y da unos golpecitos con la mano en la mesa—. Hoy hemos tenido un incidente con Cora.

—Sí, ya me lo ha contado. —La voz de Ford es puro acero.

—Claro, pero a veces los niños tienden a omitir detalles.

Ford lo fulmina con la mirada.

—Tiene doce años. Confío en ella.

—El caso es que llamó a su profesor de Sociales… ¿Cómo era? Déjeme echar un vistazo al informe en el correo. —Teclea, mirando por encima de sus gafas de montura fina, señal de que tiene que actualizar su graduación—. Ajá, aquí está. Lo llamó, y cito textualmente, «un machista de mierda».

No consigo contener la carcajada y me tapo la boca fingiendo toser. Pero no soy actriz, seguro que no cuela.

Ford junta las manos bajo la barbilla.

—¿Y lo es?

—Señor Grant… —balbucea el director, visiblemente desconcertado porque Ford no parezca horrorizado—. No podemos permitir que nuestros alumnos hablen así a los profesores.

—Entonces no deberían poner a machistas de mierda a cargo de la educación de chavales a los que todo les cala.

Decido intervenir.

—¿Puedo preguntar qué ocurrió antes del comentario de Cora? Quizá eso ayude a entender mejor la situación. Porque, aunque estoy de acuerdo en que no puede hablarle así a un profesor, y tendremos una conversación con ella, me gustaría entender qué la llevó a decir tal cosa.

El señor Davidson asiente, mucho más cómodo con mi enfoque que con la dureza de Ford.

—En el informe solo dice que estaban comentando un tema de actualidad y analizando distintos artículos de revistas.

Cruzo las piernas, me agarro la rodilla y ladeo la cabeza.

—¿Y…?

—Insultó al profesor.

—Hay personas que se merecen que las insulten. Y me da la impresión de que este señor podría ser una de ellas —suelta Ford.

Lo noto tensarse a mi lado. Alargo la mano y apoyo los dedos en su muslo para calmarlo.

Como haría cualquier esposa de poli malo que se preciara.

—Entonces, ¿lo único que tenemos es un informe con lo que hizo Cora contado por la parte supuestamente ofendida?

—Es un profesional.

Me limito a sonreír. Después de lo que pasó en mi último trabajo, sé lo fácil que es barrer la verdad bajo la alfombra para proteger al que tiene poder.

Pongo mi voz más melosa:

—Sí, bueno, como usted sabrá, a veces los profesionales tienden a omitir detalles.

Ford vuelve a intervenir:

—El profesor, después de leer un artículo sobre una joven famosa que se quedó en blanco ante una cámara, dijo delante de toda la clase que las mujeres no están hechas para aguantar la presión como los hombres.

Me quedo boquiabierta y me recuesto en la silla, abandonando cualquier intento de ejercer de poli bueno. ¿Existe la estrategia de poli malo/poli peor?

—Vaya, pues sí que tiene pinta de ser un machista de mierda.

Ford gira la cabeza hacia mí y ahora el que se ríe es él.

—Tendré que investigar esto un poco más a fondo. —El director se quita las gafas con gesto cansado y se frota la cara con la mano—. Iba a plantearles una expulsión temporal, pero…

—Ni se le ocurra, señor Davidson —gruñe Ford.

El hombre suspira y se desploma en la silla. Está agotado, sobrecargado y, seguramente, harto de lidiar con los problemas de todo el mundo. Le doy otro apretón a Ford en el muslo.

—¿Y si la cambian de clase? —sugiero.

—Vamos justos de personal.

Arrugo la nariz.

—¿Cuánto queda de curso? ¿Un mes? —pregunta Ford. El director asiente—. ¿Qué tal si nos pasan el temario que falta y se lo enseñamos en casa? Durante las horas que dure esa clase, Cora puede estudiar en la biblioteca o aquí, en la oficina, y hará el examen final cuando toque.

Davidson duda, dice que es «poco convencional», pero al final acepta (como si alguien pudiera llevarle la contraria a Ford cuando toma una decisión).

En cuanto salimos del despacho, Ford me coge de la mano.

—¿Crees que Cora podrá afrontar esto sola?

Él resopla.

—No lo está. Y es lista como ella sola. Lo hará bien. Eso sí, si ahora mismo pudiera comprar este instituto público solo para despedir a ese puto machista, lo haría encantado —dice, mientras me lleva por la oficina como si fuera el dueño del lugar.

Y cuando salimos, sigue llevándome de la mano.

VEINTIOCHO
Ford

—¿Seguro que estás bien para ir al instituto?

Cora me mira desde el asiento del copiloto justo cuando el edificio de ladrillo empieza a asomar por la ventanilla. Fue a clase al día siguiente del lío en el debate de sociales, pero hoy está muy callada. Ni siquiera la llamada matutina con su madre ha conseguido animarla.

—Sí.

—Si pasa algo, me llamas a mí o a Rosie. Lo dejaremos todo y estaremos allí en un segundo. Lo sabes, ¿verdad?

—Sí, lo sé. —Se retuerce los dedos sobre el regazo.

—Si necesitas tomarte un día de descanso, puedes venir a la oficina.

—No, es mejor que vaya.

—He visto tus notas, pequeña. Puedes desconectar un día si lo necesitas.

Asiente, mordiéndose el labio. Normalmente me habría soltado algún comentario sarcástico o divertido, pero hoy está más apagada que de costumbre.

—¿Tienes bolos esta noche? ¿Va a venir Rosie a ver una peli?

Dios bendito. Nunca pensé que escucharía la pregunta «¿Tienes bolos esta noche?» dirigida a mí.

—Sí. Y este fin de semana podemos ir a ver a tu madre y dar una vuelta por la ciudad.

—Sí. Me gustaría. Y debería cortar el césped mientras estamos allí.

Le doy un apretón suave en el hombro.

—No hace falta. Hay una empresa encargándose de la casa.

Alza las cejas.

—¿En serio?

Asiento.

—No podemos permitirnos eso. Cancélalo. No pasa nada si la hierba crece un poco.

—Cora. —La cojo por los hombros y la giro hacia mí—. Sé que durante mucho tiempo te ha tocado encargarte de demasiadas cosas. Pero ahora solo tienes que ser una niña de doce años, ir al instituto, ponerme malas caras y salir con tus amigos.

Levanta la cara y me mira por debajo del flequillo negro.

—¿Y colaborar en el próximo álbum de Skylar Stone?

—Eso no es tan típico de una niña de doce años, pero vale. En cuanto esté lista la cabina de grabación, la llamamos, ¿de acuerdo?

Asiente con expresión seria.

—Vale. —Luego añade—: Gracias por haberme defendido.

Ay, Dios. Parece que está a punto de llorar. Ella y Rosie van a acabar conmigo.

—Siempre voy a estar ahí para ti, Cora. Pase lo que pase. Para ti y para tu madre. No te vas a librar de mí tan fácilmente. ¿Entendido?

Parpadea y asiente. Luego baja la vista y pregunta con voz temblorosa:

—Entonces, ¿no estás enfadado conmigo?

Es como si me diera un puñetazo en el estómago.

—¿Por qué iba a estar enfadado contigo?

—Porque tuviste que dejar el trabajo por mi culpa. Porque me metí en problemas en el instituto. Nunca me había pasado antes. No sé por qué le solté eso. ¿Pasaste mucha vergüenza? Desde entonces pareces un poco más… tenso.

Se me caen un poco los hombros al mirarla. En el fondo es una niña que ha tenido que hacer de adulta demasiado pronto.

—Ay, Cora. Por supuesto que no estoy enfadado contigo. Estoy enfadado porque un adulto encargado de tu educación dijo lo que dijo. Estoy enfadado porque vivimos en un mundo donde todavía hay gente que piensa así de las mujeres. Me da rabia que se burlen de Skylar sin tener ni idea de lo que le sucede. —Me paso una mano por la barba y luego por el pelo—. Y estoy tenso porque tengo la sensación de estar haciendo malabares con un millón de cosas y justo se me caen las que más importan. Y soy un perfeccionista de tomo y lomo.

—¿Y qué son las cosas que más importan? —Lo pregunta con tanta esperanza que me parte el alma.

—Tú. Tú eres lo que más importa.

Y eso es lo que más me duele. Esta chica me necesita, y siento que no he estado tan presente como debería…, como podría.

—¿Y Rosie? —Lo dice con inocencia, pero no se me escapa que es una de sus indirectas. Está claro que se ha dado cuenta de lo que hay entre Rosie y yo. Puede que cogernos de la mano al salir del despacho del director fuera una pista demasiado evidente, pero no quería soltarla. Allí fuimos un equipo. Y después de tanto tiempo yendo solo, sin confiar en nadie, me sentí increíblemente bien confiando en Rosie.

Además, a diferencia de otras personas que han formado parte de mi vida, sé que ella nunca me fallaría.

—Sí, ella también es muy importante para mí, pero no se lo digas. Se le subiría a la cabeza.

Esa respuesta le saca una sonrisa tímida y vuelve a mirarse las manos.

—¿Puedo darte otro abrazo? —pregunta tan bajito que apenas la oigo.

De pronto, siento como si acabaran de abrirme el pecho de par en par, dejando mi corazón expuesto. Solo soy capaz de gruñir, porque ahora mismo no me fío de mi voz. La atraigo hacia mí por encima del reposabrazos y la aprieto con fuerza, pero ella me aprieta todavía más.

—Echo de menos a mi padre todos los días —susurra apoyada en mi hombro—. Pero no te imaginas lo mucho que me alegro de tenerte ahora.

Entonces coge la mochila y se baja del coche como alma que lleva el diablo. Me limpio la nariz y suelto una risa cuando la veo girarse un segundo para hacer un pequeño gesto de despedida con la mano. La goma rosa fosforito es el único toque de color en todo su *look.*

Cuando se va, me toca volver al trabajo, preocupado por Cora y obsesionado con Rosie y sus bragas blancas.

Es demasiado. A mí me gusta el orden, y mi vida ahora mismo es un puto caos.

Pero, al llegar a la oficina, no puedo evitar sonreír. El viejo granero se ha transformado en un espacio increíble. Tiene todo lo que me había imaginado y más. Han conservado la chimenea de piedra y la madera del exterior, pero el resto es nuevo y reluciente.

Ventanas de doble acristalamiento con marcos negros. Unas puertas correderas que llevan a una gran terraza lateral con vistas al lago. Y una puerta de entrada nueva que da al aparcamiento, negra, con un llamador antiguo ornamentado y una cerradura digital. El camino de entrada está flanqueado por parterres perfectamente cuidados. Rosie insistió en plantar ella misma los bulbos, vete tú a saber de qué. Conociéndola, igual plantó malas hierbas solo para tocarme las narices.

Solo falta el estudio en sí: la cabina de grabación y el equipo de sonido. Y estoy pensando en añadir algunas casitas de estilo minimalista para que los artistas puedan venir aquí de retiro.

Mientras me imagino esas casitas de madera más allá de la línea de árboles, veo una camioneta que no reconozco.

Intrigado, entro por las puertas correderas abiertas. Y me quedo congelado al sentir algo que hasta hace poco me era desconocido.

Algo que me golpea al instante, haciendo que me suba un calor abrasador al pecho.

Celos.

Rosie está sentada en su mesa, mientras un tío con un mono blanco manchado de pintura y la gorra al revés, apoyado en el borde, la mira embobado. Casi parece que presume de bíceps y le está soltando su mejor discurso de ligón, como un perro grandullón babeando sobre su escritorio.

—¡Buenos días! —Anuncio mi llegada con una cordialidad tan falsa que Rosie me mira con recelo.

—¿Hola? —me saluda, confundida.

—¿Y este quién es? —Camino directo hacia él, tendiéndole la mano, listo para estrujarle los dedos.

Él me la estrecha y yo me obligo a sonreír.

—Soy Scotty. Me ha enviado Bash para pintar unas paredes.

—Muy bien, Scott. ¿Bash te ha explicado lo que hay que hacer o necesitas que te lo cuente yo? —Me interpongo entre él y Rosie, como si así pudiera taparle la vista.

Se ríe.

—Ah, no, tío. Scott es mi apellido. Me llamo Derek. Pero todos me llaman Scotty.

«Scotty». Estoy a punto de poner los ojos en blanco. ¿Qué les pasa a los tíos de este pueblo que se presentan con apodos, teniendo nombres perfectamente normales y mucho más profesionales?

—Vale, Derek. ¿Necesitas alguna instrucción?

Me mira confundido, arrugando esa cara de crío que todavía tiene.

—No, no hace falta.

—Genial. —Cruzo los brazos y lo miro fijamente.

Echa un vistazo a Rosie por encima de mi hombro y luego vuelve a fijarse en mí.

—Genial —repite.

Y por fin se va a hacer lo que se supone que tiene que hacer.

—Ha sido entretenido —comenta Rosie a mi espalda. Cuando me giro para mirarla, sonríe, pero enseguida se pone seria.

—¿Qué pasa?

—Nada. —Se da la vuelta y empieza a teclear en el ordenador—. ¿Cómo estaba Cora esta mañana?

—¿Sigues con dolores? —Ayer la vi moverse por toda la oficina como un alma en pena, y hoy ya no pienso seguir ignorándolo.

—¿Por qué? ¿Vas a darme otro orgasmo para que me sienta mejor?

—Si me lo pides con educación.

Levanta los ojos de golpe hacia los míos.

—Pues acaba de visitarme mi amiga la pesada, así que no creo que te apetezca.

Me encojo de hombros.

—Para eso están las duchas y las toallas oscuras.

Ahora abre los ojos como platos.

—¿Perdona? ¿Cómo dices?

—Rosie, soy un hombre adulto. Tu regla no me asusta.

Parpadea, con expresión de pura sorpresa, y sigue hablando como si no le hubiera dicho nada.

—Los primeros días siempre estoy fatal. Mañana estaré como nueva.

—Anda, vete a casa.

Resopla y vuelve a mirar la pantalla.

—No, no estoy tan mal. Y me pagas demasiado para irme. Lo que pasa es que no quieres que Scotty me haga ojitos mientras estoy sentada a mi mesa.

No quiero que ese tío se le acerque ni a diez metros, pero no pienso admitirlo.

—Lo que no quiero es que trabajes si no te encuentras bien. Esto no son las urgencias de un hospital. No hay nada tan importante como para que tengas que quedarte encontrándote mal. Y te pago conforme a la media del sector y acorde con tu formación.

Suelta un suspiro, agotada.

—Ford, las mujeres han trabajado con la regla toda la vida. Deja de estar encima de mí todo el rato. Cuando vuelva a mi cabaña cutre con mi ratón de compañía, al que creo que voy a llamar Scotty, me comeré algo que no sea muy sano y me meteré en la cama a compadecerme de mí misma.

¿Un ratón de compañía?

Tiene que venirse a vivir conmigo ya mismo.

Me doy la vuelta dispuesto a marcharme, porque sé cuándo he perdido una batalla, pero, antes de irme, la miro por encima del hombro y le digo:

—Que las mujeres hayan trabajado con la regla toda la vida no significa que tengan que seguir haciéndolo.

—Déjate de tonterías —murmura—. Lo de ir de jefe enrollado no te va a hacer ganar puntos conmigo.

No puedo evitar sonreír mientras me meto la mano en el bolsillo de la cazadora de cuero y saco las llaves.

—¿Dónde vas? ¡Si acabas de llegar!

—Tengo que hacer unos recados. —Le guiño un ojo antes de salir por la puerta—. Vuelvo luego.

—¡Espera! ¿Lo de los recados es una forma en clave de decir que vas a volver a masturbarte? ¿No te resultó incómodo hacerlo con West delante? —Lo grita tan alto que a Scotty se le caen los pinceles mientras los saca de la camioneta.

Su risa lo inunda todo. Y, aunque sea a mi costa, lo doy por bueno.

Porque si ella está bien, yo también.



Después del mediodía, cuando vuelvo de hacer los recados, Derek Scott sigue echándole miraditas a Rosie. Ese tío es como un búho. Aunque esté trabajando de espaldas a ella, es capaz de girar la cabeza lo indecible para mirarla.

«Ojalá se le tuerza el cuello de tanto girarlo», pienso mientras me dejo caer en la silla. Luego abro el correo y le mando un mensaje a Rosie.

> Rosalie:
>
> Deberíamos trabajar en casa. Respirar tanto vapor de pintura no puede ser sano.
>
> ¡Que tengas un buen día!
> Ford Grant
> CEO y productor ejecutivo de Rose Hill Records

No levanto la vista cuando suena la notificación en su ordenador. Y cuando oigo el aviso del correo entrante en mi bandeja de entrada, siento un nudo en el estómago. Qué patético soy.

> Buenas tardes, doctor Grant:
>
> Creo que los vapores de pintura están aliviando mis dolores menstruales. Quién sabe, ¡igual son terapéuticos! A Scotty no parecen afectarle. Así que, ¿quién soy yo para decir lo contrario?

Un saludo,
Rosalie Belmont
Directora de operaciones y asesora de salud natural de Rose Hill Records

P. D.: ¿Qué tal han ido sus «recados»? ¿Se ha pasado por el banco a hacer otra donación? Seguro que en esta ocasión ni siquiera ha necesitado una revista.

Oigo su risilla mientras lo leo y pillo a Scotty mirándola otra vez.

Querida enfermera Rosie:

Yo creo que a Scotty sí le han afectado los vapores desde hace tiempo. Es un adulto que se presenta con un apodo que debieron de ponerle sus amigos cuando era el *quarterback* del instituto.

Coge el portátil y despídete del cachorrito abandonado para que pueda terminar su trabajo.

Mis recados fueron bien. No usé ninguna revista la primera vez y, si tuviera que repetir, tampoco la necesitaría ahora.

¡Que tengas un buen día!
Ford Grant
CEO y masturbador ejecutivo de Rose Hill Records

Esta vez consigo que se le escape un resoplido nada elegante antes de alzar la vista y articular en silencio desde el otro lado de la estancia: «¿Masturbador ejecutivo?». Sabía que le iba a gustar.

Se ríe más fuerte, echando la cabeza hacia atrás.

Luego vuelve a teclear y yo me quedo esperando su respuesta, conteniendo el aliento. Cuando su correo aparece en mi bandeja de entrada, siento un hormigueo en los dedos.

Estimado masturbador ejecutivo:

¡Madre mía! ¿De verdad crees que era *quarterback?*

Y si no usaste ninguna revista, ¿en qué pensaste?

Espera, déjame adivinar.

¿En los nueve ceros de tu cuenta bancaria?

No, espera…

¿En tu *jet* privado?

¡Ya lo tengo! ¿En un yate donde toda la tripulación lleva polos a juego de color «salmón» o alguna otra tonalidad igual de sosa?

No hace falta que respondas. Si he acertado, parpadea dos veces desde tu trono.

Un saludo,
Rosalie Belmont
Directora de operaciones del masturbador ejecutivo de Rose Hill Records

Cuando termino de leer, alzo la vista hacia ella y, sin parpadear, cojo el bolígrafo y lo golpeo contra mis labios como si estuviera pensando. Me doy cuenta del momento exacto en que lo reconoce y de cómo se le iluminan los ojos.

Y entonces muerdo el boli y le envío un correo completamente sincero.

Rosie:

Pensé en ti.

Ford

Cuando me atrevo a volver a mirarla, tiene las mejillas rojas y la vista clavada en la pantalla. Sigo mordisqueando el bolígrafo, esperando que diga algo o reaccione, pero entonces empieza a vibrarle el móvil sobre la mesa, captando su atención.

—¿Cora? —responde preocupada—. ¿Va todo bien? —Abre y cierra la boca varias veces—. Vale. ¿Quieres que…? —Me mira. Yo ya estoy de pie, acercándome a su mesa—. Sí. A ver, no es tonto. Se va a dar cuenta de que pasa algo.

Se me disparan todas las alarmas.

«Cora».

—Sí, quédate donde estás. Voy ahora mismo.

En cuanto cuelga, ya estoy encima de ella.

—¿Qué sucede? ¿Por qué no me ha llamado a mí?

Rosie se pone en pie, recogiendo a toda prisa sus cosas. Guarda el portátil y sale disparada hacia la puerta.

—Me ha pedido que no te diga nada. Pero deberías alegrarte. Creo que, al final, hoy sí voy a trabajar desde tu casa.

La sigo hasta la terraza.

—Rosalie, por favor, dime…

—Ford. —Me mira muy seria—. Puede que en los próximos días necesite un poco de intimidad. Y tú vas a tener que respetarlo. Ahora voy a ir a tu casa, a cogerle ropa limpia. Si con todo lo que te acabo de decir no eres capaz de atar cabos, entonces eres más tonto de lo que parece Scotty.

«Ay, Dios».

Si esta mañana ya me sentía perdido, ahora…

—¿Lo has pillado ya? Las chicas estamos sincronizadas. Así que tranquilo, papá.

Me pongo a la defensiva para disimular el *shock.*

—Estoy tranquilo.

Rosie se acerca, me quita el boli de detrás de la oreja (donde lo había dejado) y dice:

—No lo pareces. Además, creo que este boli es mío.

Se da la vuelta para irse, pero eso no me impide soltarle una última pulla:

—Por el sabor, yo diría que sí.

Y volvemos a separarnos, con su risa resonando a mi alrededor.

VEINTINUEVE
Rosie

—Vale, y luego se pega así en las bragas. —Le deslizo la compresa ya preparada por debajo de la puerta del baño del instituto mientras Cora guarda sus vaqueros manchados en una bolsa de plástico. Le he ido pasando todo lo que necesitaba después de recorrer medio centro buscando por varios baños como una auténtica acosadora.

—Estoy tan avergonzada… —murmura entre lágrimas.

—¿Por qué? Todas tenemos la regla. Es lo más normal del mundo. Bienvenida a los próximos, no sé, ¿cuarenta años de tu vida?

—¿Y a todas les viene en clase?

Ladeo la cabeza, pensativa.

—No a todas. Pero, teniendo en cuenta la edad a la que empezamos y las horas que pasamos al día en clase, no es tan raro.

—Creo que nadie se ha dado cuenta.

—Seguramente no. Y, además, si alguien se fijó en tu culo, Ford lo mata.

Oigo su risita apagada y el roce de la ropa limpia al colocársela.

—¿Rosie?

—¿Sí?

—Es que… hay muchísima sangre. ¿Seguro que estoy bien?

Me apoyo en el lavabo y me miro las uñas, intentando no reírme. No tiene ni pizca de gracia, pero me recuerda tanto a mi adolescencia…

—Claro que sí. Los dos primeros días suelen ser más abundantes.

—¿Cómo puedes estar hablando de esto tan tranquila?

Intento no pensar en Ford. En duchas. En toallas oscuras. Ese hombre sí que habla de esto con una calma pasmosa.

—Bueno, cuando te pasa una semana de cada mes, llega un momento en que dejas de impresionarte.

—Ay, Dios mío. ¿Cómo voy a sobrevivir a esto todos los meses? Es horrible.

—No te agobies, mi pequeño nubarrón. No es para tanto. Luego te enseño más cosas cuando lleguemos a casa.

—Vale —susurra, justo antes de que suene la cisterna.

Cuando sale, está roja como un tomate.

Me recuerda tanto a Ford que no puedo evitar sonreír.

—Ven aquí —le digo, abriendo los brazos.

Cora se acerca despacio, apoya la cara contra mi pecho y me rodea la cintura con los brazos mientras yo la envuelvo en un abrazo.

—Gracias, Rosie.

Seguro que pensaba que en un momento así estaría su madre con ella. Y eso hace que la apriete más fuerte.

—No hay de qué. Ya te dije que siempre iba a estar contigo.

—¿Puedo faltar a las clases que quedan hoy?

—Por supuesto. Te firmo la salida. Al fin y al cabo, aquí todos creen que soy la señora Grant, así que…

Se ríe y se separa un poco.

—¿Y te gustaría serlo algún día?

Frunzo el ceño.

—¿Ser qué?

—La señora Grant.

«Madre mía. Qué facilidad tienen los críos para ponerte en un aprieto».

Intento salirme por la tangente con un guiño.

—¿Y a quién no?

Por suerte, con eso le basta. Asiente, me coge de la mano y no la suelta mientras salimos al pasillo.

—Te llevo a casa. Pero antes vamos a hacer una parada. La misma que hizo mi madre conmigo el día que me bajó la regla. Siempre me dije que haría lo mismo con mi hija cuando llegara el momento.

Ambas sabemos que no soy su madre, pero ninguna dice nada al respecto.

Es más, Cora me aprieta aún más la mano.



Cuando entramos en casa de Ford, después de nuestra pequeña excursión de compras, nos lo encontramos sentado frente a la isla de la cocina, con la mirada fija en el portátil como si estuviera trabajando.

Sé que está fingiendo porque, justo al lado, hay un despliegue de lo que solo puedo definir como arsenal menstrual de emergencia.

Compresas de todos los tamaños y formas.

Tampones de todos los tamaños y formas.

Analgésicos.

Y una bolsa de agua caliente.

Suelto un suspiro y lo fulmino con la mirada. Vaya momento más incómodo.

—Pensaba que no se lo ibas a contar. —Cora se tapa la cara con las manos, como si así pudiera esconderse del mundo.

Le froto la espalda y me agacho un poco para estar a su altura.

—Y no se lo he contado, cariño. Pero los hombres adultos saben perfectamente que esto nos pasa todos los meses. No es ningún secreto de Estado. Y vives con él, así que iba a enterarse tarde o temprano.

—Para ya de hablar. Me quiero morir.

Cuando alzo la vista hacia Ford, tiene los ojos como platos. Es un idiota alto, de ojos verdes, que ahora mismo no tiene ni idea de qué hacer. Le hago un gesto con la cabeza para que deje de quedarse ahí plantado.

Se levanta del taburete y da unos pasos vacilantes hacia Cora. Luego se agacha frente a ella, apoya una mano en mi pantorrilla (lo que me provoca un cosquilleo en el estómago) y sujeta a su hija del codo con la otra mano.

—Cora, esta noche me voy a ir a jugar a los bolos como un friki de pueblo y os dejo a ti y a Rosie tranquilas. No quiero ponerte en un aprieto ni que te entren ganas de morirte. Solo intento no meter la pata. ¿Recuerdas lo que hablamos sobre los malabares? No llegué

a conocer a tu padre, pero seguro que era un gran hombre. Y creo que le habría gustado que me encargara de que tengas todo lo que necesitas. A tu madre también. —Señala la encimera—. He comprado todo esto porque quiero ayudar. Estoy nervioso, soy un poco torpe y no quiero cagarla contigo.

Se le quiebra un poco la voz al final y yo le pongo una mano en el hombro. Y nos quedamos así un instante los tres, apiñados en la cocina. Unidos por el contacto físico, por el momento que acabamos de vivir, por el tiempo y el lugar que compartimos y, joder, por algo tan innegable como el ADN.

Cora lo observa entre los dedos.

—No estás metiendo la pata, Ford.

Él asiente, le aprieta el codo y luego se levanta de golpe y me susurra al oído, con voz ronca:

—Hay botellines de Coca-Cola en la nevera y la despensa está llena de cajas de patatas Old Dutch de crema agria y cebolla. Hice un pedido y los trajeron expresamente en avión para ti. Ese era mi recado. Pasadlo bien.

Se me corta la respiración al recordar la conversación que tuvimos hace unas semanas sobre mis patatas favoritas.

Sonríe contra mi mejilla y me da un beso en el pelo antes de alejarse a toda prisa.

—Me voy a los bolos. —Coge las llaves del mostrador e intenta arrancarnos una carcajada con un comentario muy a lo Ford—: Nos vemos luego, princesas de la regla.

Y funciona. Porque cuando cierra la puerta de entrada, Cora y yo nos partimos de risa.



Me despierto al sentir el roce de unos nudillos en la mejilla. Al abrir los ojos, me encuentro a Ford sentado en la mesa baja del salón, igual que aquella otra vez.

—Hola —murmuro, moviéndome un poco pero sin incorporarme del todo. Con Ford me siento tan segura que no me incomoda estar tumbada delante de él.

—Hola. —Aparta la mano y, al instante, me sorprendo deseando que vuelva a tocarme.

—¿Qué tal en los bolos?

—Ha sido un puto desastre. Bash no ha venido y es el que mejor juega. West está convencido de que si nos hacemos unas camisetas a juego y le ponemos un nombre al equipo jugaremos mejor. Clyde el Loco me ha contado que lo abdujeron unos alienígenas. Al menos eso ha sido entretenido. Y la cerveza estaba buena.

Sonrío adormilada.

—Quiero conocer a Clyde. Hueles a cerveza.

—Hoy le tocaba conducir a West.

«West». Me siento culpable por no haberlo visto casi nada últimamente, a pesar de vivir en su finca. Ahora todo entre nosotros tres es muy diferente a cuando éramos pequeños.

—Rosie, no sé qué estoy haciendo —susurra, con expresión torturada.

—¿Con qué?

Me recorre la cara con la mirada.

—Con el trabajo. Con Cora. Pero, sobre todo, contigo. No sé qué hacer contigo. West es… un buen amigo, leal. Puede que el único que tengo de verdad. Uno de mis pilares desde hace años. Y ahora tú trabajas para mí, y eso… —Se pasa la mano por el pelo, despeinándoselo de esa forma que tanto me gusta—. Eso lo complica todo. Lo vuelve mucho peor.

Lo miro en silencio, leyendo la indecisión que lo consume.

—Dejé la dirección de Gramophone porque mis socios se convirtieron en personas que ya no reconocía. Bueno, en realidad no la dejé: me echaron del consejo de administración y me quedé como un accionista más. Éramos amigos de la universidad y creamos esa aplicación con la mejor de las intenciones, porque amábamos la música. O al menos eso creía yo. Sin embargo, el dinero cambió sus metas, su forma de ver las cosas…, sus lealtades.

Se me cierra la garganta y siento una punzada de dolor en el pecho.

—Ford. —Alargo la mano y le aprieto la rodilla—. Lo siento muchísimo. No tenía ni idea.

Pone su palma cálida sobre la mía.

—Me daba mucha vergüenza contarlo. Supongo que fue muy generoso por su parte decir que lo dejaba para empezar un nuevo proyecto.

Me incorporo, lista para partirle la cara a cualquiera que haya hecho sentir así a este hombre íntegro y leal. Ahora tengo las dos manos sobre sus rodillas y me inclino hacia él.

—Eso no fue generosidad, Ford. Solo estaban intentando proteger su imagen. Que les den.

Suelta un suspiro.

—Lo sé. Pero, aun así… Esa presión constante por demostrar que valgo. Por montar otra empresa de éxito para no parecer el típico niño de papá sin talento… ¿Te acuerdas de cuando me dijiste que estabas cansada?

Asiento, entrelazando sus dedos callosos con los míos.

—Yo también estoy cansado, Rosie. Estoy hecho un lío por dentro y lo único que quiero es no fallar, hacerlo todo bien.

—Lo estás haciendo genial. No te lo digo lo suficiente, pero eres increíble. Tu vida ha dado un giro brutal en muy poco tiempo y aquí estás, avanzando, resistiendo. No eres ninguno de esos titulares que salen en las revistas; ni siquiera los apodos que te pongo yo. Eres un buen hombre que está dando lo mejor de sí. Y todo tu esfuerzo, tu entrega, son más que suficientes.

—Pero Cora…

—Va a estar bien.

Me sigue mirando, así que continúo:

—Mira. Tienes un gusto musical cuestionable y, para ti, ir a la moda es vestirse como un leñador con ropa cara. Tienes tanto dinero que ni siquiera sabes en qué gastarlo.

—Genial, gracias —dice con sarcasmo.

—La mayoría de las veces te comunicas a base de gruñidos y respuestas bordes con monosílabos.

—Pero deberías ver lo grande que la tengo.

Pongo los ojos en blanco y sigo adelante, intentando no pensar en su pene y en lo mucho que me cabrea no haberlo visto aún.

—Te criaste con pasta y con un padre estrella del rock. Fundaste una plataforma de música que ahora es mundialmente famosa. En tu bar se descubren a los artistas del futuro. Estás a punto de trabajar con algunos de los músicos más talentosos del mundo. Y seguro que haces donaciones a causas benéficas.

—Sí, las hago.

—Pero, desde mi punto de vista, ella es lo mejor que has hecho nunca.

Eso lo deja sin palabras.

—Solo tienes que verla. Es lista, divertida, única. Dale todo lo que tienes ahora. Te necesita. Nada es más importante que eso. Lo demás puede esperar.

Sigue mirándome, con los codos apoyados en las rodillas, el rostro tenso y tapándose la boca con las manos.

—No sé qué está pasando entre nosotros, Ford. Pero hay algo; no tiene sentido negarlo. Y sí, es un lío. Y complicado. Y confuso. Y también me preocupa que, si sale mal, sea doloroso. Para los dos y para todos los que nos rodean. Sobre todo para Cora. Y como en cierto modo participé en su concepción…

Gime y se cubre la cara con ambas manos.

—Ya me estoy arrepintiendo de habértelo contado.

—Y encima lo dejaste por escrito. Pero bueno, da igual. Hagamos como si no hubieras dicho nada. Volvamos a ser esos dos enemigos cordiales que no… se intercambian bolígrafos. Esto es tan nuevo que ni siquiera ha empezado. No tiene por qué cambiar nada. Ya soy mayorcita. Estaré bien.

Me pregunto si se habrá dado cuenta de que estoy mintiendo. No voy a estar bien. Pero hay demasiado en juego. No quiero poner en riesgo su amistad con West, y mucho menos que Cora se haga ilusiones con algo que podría ser solo una anécdota. No necesita más cosas efímeras en su vida.

—Me preocupas —es lo único que dice. Su voz destila angustia.

—¿Por qué? Me llevé un buen morreo fuera del bar y un orgasmo de lo más normalito.

Ahora deja caer la cabeza entre las rodillas, como si estuviera en un avión y se estuviera preparando para un aterrizaje de emergencia.

Me río.

—Perdona. No quería hacerte llorar.

—Rosie, me vas a matar.

—Ha sido una broma, ¿no te ha hecho gracia?

Alza la cabeza. Me mira con tanta intensidad que parece que sus ojos arden con luz propia, desafiando la penumbra del salón.

—No hay nada gracioso en lo mucho que te deseo.

Trago saliva, bajo la vista y me fijo en la cadena de plata que lleva al cuello. El colgante que pende de ella se ha deslizado fuera y cuelga a la vista. Ya lo había tocado antes, pero nunca me había parado a pensar en qué podía ser. Lo cojo entre los dedos y reconozco al instante el metal templado por el calor de su piel. Es una llave.

—Pero si es… —empiezo a decir. Ford parece cohibido, como si le costara sostenerme la mirada— la llave de mi diario.

Asiente.

—¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Diez años? —pregunto.

Otro asentimiento silencioso.

—¿La has guardado todo este tiempo?

—Siempre pensé que volvería a verte. Y con el tiempo me acostumbré a llevarla encima. Cuando tiraste el diario por la ventanilla, el candado se rompió y la llave dejó de servir. Por eso nunca dije nada.

«Ha llevado la llave de mi diario colgada al cuello durante diez años».

Me duele el pecho. La cabeza me da vueltas. Este hombre me ha llevado cerca de su corazón durante una década. Y se saltó todos los límites de velocidad para llegar hasta mí. ¿Por qué no me he dado cuenta hasta ahora? ¿Qué coño me pasa?

Quiero abrazarlo, besarlo, pedirle perdón por no haberlo visto. Pero esa llave no cambia lo que acabamos de decidir; lo que ambos

sabemos que es lo mejor. Ahora mismo, no quiero ser otra complicación en su vida.

Puede que algún día sí. Cuando llegue el momento.

Así que asiento con una sonrisa temblorosa, y le digo:

—Eres de los buenos, Ford Grant junior. Quédate con la llave. —Y, antes de que mi determinación se venga abajo por la intensidad de su mirada, añado—: Gracias por las cajas de patatas y por los botellines de Coca-Cola. Eres un jefe muy considerado.

Se le escapa un gesto de dolor al oír cómo me refiero a él. Aun así, responde:

—De nada.

Y me acompaña a casa como el caballero que es.

Me cuesta un mundo no rogarle que entre. Que deje de ser tan caballeroso solo por esta noche. Pero me contengo.

Y resulta que es mejor así, porque, en cuanto cierro la puerta, me echo a llorar. Y ni siquiera sé muy bien por qué.

Siempre he dicho que odiaba a Ford Grant. O al menos eso me repito.

Así que me aferro a eso durante todo el viernes y el fin de semana.

Es la única forma de seguir adelante.

TREINTA
Ford

Rosie:

Hoy he decidido sacar a Cora del instituto antes e irnos a la ciudad. Esta mañana está bien, pero muy sensible. Así que he pensado que un cambio de aires le vendría bien. Su madre ya puede recibir visitas, y vamos a pasar el fin de semana juntos. Espero que no te importe quedarte al frente de la oficina hasta la semana que viene. Puede que no volvamos hasta el martes.

Ford

Buenos días, señor Grant:

Gracias por avisar. Por supuesto, estaré encantada de quedarme al frente aquí. Pasad un buen fin de semana juntos.

Un saludo,
Rosalie Belmont
Directora de operaciones de Rose Hill Records

Rosie:

Me gustaría aclarar que los que vamos a pasar el fin de semana juntos somos Cora y yo, no su madre y yo. Vamos a visitarla, sí, pero luego iremos al zoo y haremos alguna que otra cosa parecida. Quizá subamos a la Torre Calgary. También quiero echar un vistazo a su casa.

Si necesitas algo, llámame. A la hora que sea.

Ford

Buenos días, señor Grant:

No hacía falta aclarar nada. Puede pasar el fin de semana con quien quiera.

Dele recuerdos a Cora de mi parte.

Un saludo,
Rosalie Belmont
Directora de operaciones de Rose Hill Records

Rosie:

Ya estamos en el hotel de la ciudad. Cora también te manda recuerdos.

¿Todo bien? Tus correos son demasiado formales. Parpadea dos veces si te han poseído. O si te han secuestrado. Me quedaría más tranquilo si me soltaras algún insulto.

¿Qué planes tienes para este fin de semana?

Ford

Señor Grant:

Gracias por informar. Mis correos son simplemente profesionales. Y como jefe, solo puedo decir cosas buenas de usted.

Como directora de operaciones, creo oportuno recordarle que lo mejor es mantener la firma corporativa estándar en los asuntos laborales.

Si surge algo que requiera su atención, se lo haré saber.

Un saludo,
Rosalie Belmont
Directora de operaciones de Rose Hill Records

Rosie:

Esto no tiene nada que ver con el trabajo, y lo sabes.

Ford

Señor Grant:

Me resultaría más fácil si se comportara como si lo fuera.
Nos vemos la semana que viene.

Un saludo,
Rosalie Belmont
Directora de operaciones en Rose Hill Records



Es martes por la mañana y no tengo ni idea de cómo me voy a sentir cuando entre en la oficina.

Me he pasado el fin de semana conociendo mejor a Cora. Conociendo mejor a su madre, Marilyn. Compartiendo momentos con una hija que nunca pensé que tendría, y dándome cuenta de que ya no imagino la vida sin ella.

Es increíble, joder. Una niña alucinante. Y pensaría lo mismo aunque no lleváramos la misma sangre.

También me he pasado el fin de semana preocupado por Rosie. El jueves por la noche, al salir de su cabaña, noté un vacío en el estómago y todavía no he conseguido quitármelo de encima. Tendría que haber insistido más.

Permití que se rindiera con demasiada facilidad.

Así que da igual lo bien que lo haya pasado con Cora, lo que comiera en Peter's Drive-In o lo cansado que estuviera después de caminar, montar en bici o madrugar para ir a nadar. No he podido librarme de esa sensación.

Como cuando sales de casa y no sabes si has cerrado el gas.

O como cuando llegas al aeropuerto y crees que te has dejado el pasaporte en casa.

Es como si me hubiera ido a la ciudad con Cora y me hubiera dejado atrás algo imprescindible.

Una parte de mí.

Solo he podido dormir con la mano cerrada alrededor de la llave que cuelga de mi cadena.

Rosie me dijo que soy «de los buenos», pero eso no sirve de mucho cuando me siento tan rematadamente mal.

Por eso, cuando cruzo las puertas correderas del granero, espero sentirme mejor. En cuanto se presente el momento adecuado, pienso explicarle todo de forma ordenada y lógica. Decirle que no hay nada complicado salvo que ella lo vea así. Que me da igual que sea un lío, porque lo único que quiero es perderme en ese caos con ella.

Pero cuando entro y veo a Scotty apoyado en su mesa, riéndose mientras le cuenta alguna chorrada sobre su fin de semana, toda la lógica se va la mierda. Rosie lleva una falda de tubo en un tono ciruela oscuro, con una americana a juego y unos tacones color nude, como si estuviéramos en la puta ciudad.

Nunca se había vestido tan formal para venir a la oficina.

Y nunca he visto a nadie a quien le quede tan bien una falda de tubo.

Aparto la vista hacia mi mesa y entro como si nada, haciendo lo imposible por no mirarla. Pero por el rabillo del ojo la veo moverse para espiarme por detrás del pintor. Él ni se molesta en saludarme, o está tan ocupado mirándola que ni se ha dado cuenta de que he llegado.

Sé que Rosie nota mi hostilidad al instante. Siempre ha sido muy sensible a mis cambios de humor y siempre ha sido la primera en echármelos en cara.

Rosie Belmont nunca se ha andado con rodeos y, a partir de ahora, yo también voy a dejar de hacerlo.

Me siento rígido al borde de mi escritorio, de cara a ellos, me cruzo de brazos y carraspeo.

Derek Scott se gira por fin y, como era de esperar, me dedica una sonrisa bobalicona.

—Buenos días.

Le devuelvo la sonrisa y lo corto en seco.

—Derek, tu trabajo aquí ha terminado. Puedes irte.

—¿Cómo? —pregunta completamente desconcertado.

—Tienes cinco minutos para recoger tus cosas y salir de mi oficina.

—Pero, hombre, tío, solo estaba tomándome un café. Vuelvo ahora mismo al trabajo.

Le dedico la mirada más fría de la que soy capaz. Sé que me estoy comportando como un imbécil, pero me da igual. Si tengo que pintar yo mismo las paredes para que deje de mirarla así, lo haré.

—Derek, hombre, tío, estás despedido. Lárgate.

Detrás de él, veo a Rosie recostarse en la silla y cruzarse de brazos, lo que solo consigue resaltar aún más el contorno de sus pechos. Incluso el gesto de pasarse la lengua por el interior de la mejilla en señal de fastidio me distrae.

El tipo murmura algo sobre que casi ha terminado.

—No pasa nada —le contesto, sin dejar de mirar a Rosie—. Te pagaré el trabajo completo. Pero vete.

Resopla y sigue murmurando mientras recoge la pintura, la escalera y todo lo que ha dejado por ahí. Rosie y yo seguimos con los ojos clavados en el otro, como si estuviéramos en pleno duelo de miradas. Tiene pinta de querer matarme. Ojalá lo intente.

Ojalá venga y me suelte todo lo que piensa a la cara.

—Hasta luego, Rosie —se despide él antes de salir por las puertas abiertas.

—Nos vemos, Scotty —responde ella sin apartar la vista de mí.

Scotty me lanza una última mirada curiosa y, por fin, desaparece, dejándonos solos.

Ya era hora, joder.

—Bienvenido —dice ella, rompiendo el silencio. Se levanta y se alisa la falda, cruza la oficina en dirección a las puertas correderas y cierra una de las hojas de un tirón—. Hoy estás en plena forma —añade, mientras cierra la otra—. Eres todo un encanto, jefe. Has entrado aquí como un perro salvaje, meando por todas partes.

—¿Por qué has cerrado las puertas?

Se acerca a mí con paso firme. Alta, poderosa, furiosa.

—Para poder decirte lo gilipollas que eres sin que nadie me escuche.

Ladeo la cabeza.

—Ah, vale. ¿Y ahora estamos en modo laboral o el sermón que me vas a soltar es personal?

Se para delante de mí, con la punta de su zapato a escasos milímetros de mi bota de cuero.

—No me vengas con esas, Ford. Sabes que te tengo calado. Has despedido a un pintor competente por una rabieta de crío celoso. No puedes hacer este tipo de cosas en un pueblo pequeño como este. Queda fatal. Así que desahógate de una vez y volvamos al trabajo.

No digo nada, así que ella suspira, con las manos en las caderas y la cabeza gacha, como si estuviera tan cansada como yo.

—Pensé que ya habíamos pasado página —dice. Durante un instante, mira la cadena de mi cuello. Luego se humedece los labios y añade—: Tengo cosas que hacer. Y tú también.

Me levanto y la miro desde arriba con una sonrisa amarga. Ella alza la barbilla, desafiante. No va a ceder ni un ápice.

—Puede que tú hayas pasado página en apenas unos días. Pero yo llevo años escribiendo esta, y no creo que vaya a pasarla nunca.

Pone los ojos en blanco.

—Ford…

La sujeto de la cintura y la atraigo hacia mí.

—No me vengas con Ford, Rosalie.

—Vaya, volvemos a Rosalie. Eso ya es un avance. Igual significa que ya se te han quitado las ganas de follarme y podemos…

Le pongo un dedo en los labios para callarla.

Y luego le hablo muy muy claro:

—Nunca se me van a quitar las ganas de follarte. Y tengo la sensación de que, cuando llegue el momento, te va a dar igual cómo te llame.

Abre los ojos como si fuera a decir algo, pero presiono con más fuerza el dedo, viendo cómo la carne de sus labios cede bajo él.

—Me dijiste que no tenía por qué cambiar nada —continúo. Ella hace un gesto de asentimiento con la cabeza—. Pero ha cambiado todo. Tú has cambiado. Yo he cambiado. Y lo nuestro, también.

Deja de asentir… y de respirar.

—Me he pasado todo el fin de semana torturándome, dándole vueltas a lo nuestro. —Escupo las palabras, frustrado—. Se suponía que debería habérmelo pasado en grande, pero no he podido dejar de pensar en ti. Llevo años obsesionado contigo, y ni siquiera sé si era consciente del todo. Me hablaban de ti, te buscaba por internet. Me he pasado diez años sin verte, tranquilo porque creía que estabas haciendo lo que querías. Pero nunca me había sentido como este fin de semana.

Ahora sonríe satisfecha, con un brillo desafiante en los ojos.

—Me alegro. Espero que hayas estado fatal —murmura contra mi dedo—. Porque así es como he estado yo.

Le quito el dedo de los labios y la agarro de la barbilla.

—Deja de jugar conmigo. Ya no somos unos críos.

—¿A qué juego te refieres?

—Al de fingir que nos odiamos.

Alza la barbilla con insolencia.

—Pero tú sí me odias. Esa es nuestra zona de confort. Tienes que odiarme, así es más fácil.

Niego con la cabeza, apretando los dientes.

—No te odio, Rosie. Ni de lejos. Pero puedo follarte como si te odiara, si eso es lo que necesitas.

Respira de forma agitada, subiendo y bajando el pecho con fuerza. Sus ojos parecen dos brasas encendidas. Me mira fijamente. Estamos en ese instante suspendido que se produce justo antes de cruzar una línea sin retorno.

Y entonces arquea una ceja y me dice:

—¿Necesitas una invitación formal o qué?

Y con eso, todos los obstáculos que había entre nosotros desaparecen.

La giro de golpe y me pego a su espalda mientras la inclino hacia delante contra la mesa. Sus palmas caen sobre la superficie del escritorio con un golpe seco.

—Quédate así, Rosie. Con las garras donde pueda verlas.

Aparta el portátil de un empujón para tener sitio y este termina estrellándose contra el suelo.

Me echo a reír.

—Menuda peleona estás hecha.

Le agarro el dobladillo de la falda ajustada y la subo por sus muslos hasta dejarla enrollada en la cintura. El tanga negro realza la forma de su trasero.

Se lo agarro con fuerza. Sé que puede con ello.

—Llevo años obsesionado con este culo, Rosalie. ¿Te parece esto lo bastante formal?

Lo único que obtengo es un movimiento de pelo y un destello de una mejilla sonrojada cuando me mira con rabia por encima del hombro.

—Que te den, Ford.

Sonrío con esa mueca que sé que la saca de quicio.

—A la que van a dar bien y pronto es a ti, Rosie.

Le bajo la ropa interior hasta los muslos y le separo las piernas con una patada suave, dejándola completamente expuesta. Me tomo un momento para mirarla: el tanga negro estirado entre sus piernas, los tacones marcándole las pantorrillas, la expresión feroz con la que me mira.

Vuelve a enarcar la ceja.

—¿Necesitas que te explique lo que viene ahora?

Me desabrocho el cinturón con una mano y con la otra le recorro la espalda bajo la blusa y la americana, obligándola a apoyarse en los codos. Luego sigo por el hombro, le doy un ligero apretón en la garganta y le meto dos dedos en la boca.

Me bajo los vaqueros y los bóxers y me inclino sobre ella para susurrarle al oído:

—No, creo que te prefiero con el culo en pompa y la boca ocupada.

Cierra los labios en torno a mis dedos y me muerde a modo de advertencia. Libero mi polla y no pierdo ni un instante, paso el glande por su entrada para comprobar lo húmeda que está.

Gimo al sentir su calidez y le gruño contra el cuello:

—Estás empapada. Justo como me imaginaba.

Ella mueve las caderas y oigo su «te odio» amortiguado entre mis dedos.

No me lo tomo en serio. Siempre hemos sido así: decimos una cosa, pero sentimos la contraria.

—Yo también te odio —susurro.

Está caliente, preparada, palpitando debajo de mí. Abre más las piernas y arquea la espalda en una petición silenciosa para que no me detenga.

La penetro despacio, solo hasta el glande. Ambos gemimos. Luego me retiro y ella deja escapar un quejido desesperado.

—Más.

—Vaya, para ser alguien que me odia tanto, estás deseando sentir mi polla, ¿verdad, Rosie?

Me muerdo la lengua y vuelvo a recorrer su humedad, esperando su respuesta.

Y llega.

Me muerde con fuerza los dedos, pero no los retiro. Le sujeto la cadera con la otra mano y la penetro de una embestida hasta el fondo.

—Dios… —gime, curvando los dedos sobre la mesa.

—¿Paro? —pregunto entre dientes, haciendo acopio de todas mis fuerzas para controlarme.

Se me corta la respiración cuando bajo la vista, nos veo unidos y siento cómo se aprieta a mi alrededor.

—Joder, qué estrecha estás.

Quiero más. Quiero tocarla. Sentirla.

Le saco los dedos de la boca con un chasquido húmedo y la empujo contra la mesa con la palma entre sus omóplatos, alzándole las caderas.

Me veo entrar y salir de ella.

—Ford… —murmura, con los ojos cerrados, tendida sobre la mesa.

—¿Quieres que pare?

—Ni se te ocurra.

Empujo de nuevo, acariciándole la espalda, el pelo, entrelazando los dedos con los suyos.

Le agarro el culo, le tiro del pelo, la follo como si la odiara, aunque no sea verdad.

—¿Esto era lo que necesitabas, Rosie? ¿Alguien que llenara ese coño tan apretado que tienes? ¿Que te follara hasta dejarte sin fuerzas para pelear? —Las palabras me salen entrecortadas, jadeantes, mientras la embisto. La mesa chirría contra el suelo con cada empujón—. ¿Vas a calmarte cuando te corras sobre mi polla?

Noto cómo le tiemblan las caderas por la fuerza de mis envites. Se ríe entre jadeos.

—¿Y tú vas a dejar de seguirme como un perrito triste cuando termines de menearte ahí detrás?

Le doy un azote en el culo y veo cómo florece la marca de mi mano sobre su piel clara, justo al lado de la línea de bronceado que aún conserva del verano. Vuelve a gemir y apoya la frente en la mesa. Me hundo de nuevo en ella y gruño, excitado por cómo se retuerce y encantado de que me plante cara.

—Eso ha sido cruel, Rosie. Y no, no te vas a librar de mí. Me da igual que dirijas contra mí toda tu mala leche; así solo consigues que me enamore más de ti.

Las palabras se me escapan antes de poder detenerlas y se quedan flotando entre los dos, pesadas, imposibles de ignorar. Aflojo el ritmo y el silencio se cierne sobre la estancia.

Rosie alza la cabeza y me mira por encima del hombro. Tiene los ojos vidriosos y las mejillas sonrojadas. Espero que lo que acabo de decirle la haga retroceder, que se aparte, que nos devuelva a terreno conocido y nos coloque otra vez en un punto seguro.

Pero lo que hace es pedirme con voz quebrada:

—Entonces dame la vuelta y fóllame como si estuvieras enamorado de mí.

TREINTA Y UNO
Rosie

No sé por qué he pensado que respondería a mi petición con una carcajada, una mueca o un gesto de fastidio. Es lo que suele pasar entre Ford y yo. Funcionamos así. Ser sinceros, ser amables… es algo nuevo. Territorio desconocido. Y no tengo ni idea de cómo encajarlo.

Pero él sí.

No duda ni un segundo: me ayuda a ponerme de pie y me gira hacia él. Siento su pecho firme contra el mío, sus manos suaves en mis mejillas, y me besa como si nunca tuviera bastante de mí. Como si tuviera miedo de perderme si deja de tocarme.

Me besa. Me acaricia. Me desviste. Susurra mi nombre contra mi piel como si fuera una plegaria y, antes de darme cuenta, estoy desnuda, sentada sobre el escritorio, con él arrodillado entre mis piernas.

Las abro y me embriago con el sonido de su respiración entrecortada mientras se queda ahí, mirándome. Me recorre el interior de los muslos con sus manos ásperas, y luego me los levanta para colocarlos sobre sus hombros. Se detiene un instante, me mira a los ojos y baja la boca hasta mi entrepierna.

Me siento expuesta. Vulnerable. Pero él contempla mi sexo abierto como si fuera lo más fascinante que ha visto en su vida, con los ojos ardiendo de deseo.

Cuando lo oigo gruñir un «Oh, joder, sí», casi estallo. Luego sonríe con esa arrogancia tan suya y me besa el clítoris. Echo la cabeza hacia atrás al oír el gemido profundo que se le escapa al probarme por primera vez.

Jamás olvidaré ese sonido.

Empieza despacio, pero ambos perdemos el control enseguida. La pasión se dispara. Muevo las caderas hacia él, suplicando más. Me

penetra con la lengua y yo lo agarro del pelo para acercarlo todavía más.

«Me salté todos los límites de velocidad para llegar hasta ti».

Me araña el sexo con los dientes y yo vuelvo a echar la cabeza hacia atrás.

«No hay nada gracioso en lo mucho que te deseo».

Me penetra con los dedos mientras succiona. Cierro las piernas alrededor de su cuello.

«Así solo consigues que me enamore más de ti».

Me exprime hasta la última gota de placer. Con la mano libre dibuja un sendero ardiente por mi vientre hasta llegar al pezón.

—¡Ford! —gimo su nombre cuando el orgasmo me arrolla como un tren descarrilado. Brutal, rápido, implacable. Me estremezco entera por el clímax y lo aferro con la misma fuerza con la que él me sostiene.

Cuando todo se calma, saca los dedos, se incorpora y me cubre con su cuerpo.

—Lo que quería decir antes —susurra, acariciándome la mejilla— es que estoy obsesionado contigo y no tengo ni idea de cómo lidiar con esto.

Alargo la mano y rodeo la base de su erección, dura y caliente sobre la cintura de sus bóxers. Recorro cada centímetro de su polla. Es enorme, y sé que mañana notaré las consecuencias de haberla tenido dentro de mí.

Agacha la cabeza y me besa la mejilla. Y ahí es cuando me doy cuenta de que estoy completamente desnuda y él no. Estoy expuesta, y él no.

O quizá sí.

Porque mientras mi ropa caía, él dejaba caer todas sus defensas.

Deslizo el glande, con una gota perlada de semen en la punta, por mi coño y gimo al sentirlo. Me recorre las costillas con las manos y me acaricia los pechos con una reverencia casi solemne. Los abarca, los aprieta, me pellizca los pezones. Yo froto su erección contra mi clítoris, ya hipersensible, y murmuro:

—¿Y qué más? Sigue, dímelo todo.

Quiero que se sienta tan expuesto como yo.

—Lo que quería decir antes es que he soñado con este momento.

Apoyo la cabeza en su pecho e inspiro su olor. «Sí, yo también». En cuanto lo pienso, sé que es verdad.

—Lo que quería decir es que te he echado muchísimo de menos este fin de semana.

Asiento, con la frente en la base húmeda de su garganta, mientras guío su miembro dentro de mí.

—Yo también te he echado de menos.

Ford toma una bocanada de aire entrecortada y me penetra por completo. Envuelvo las piernas temblorosas alrededor de su cintura mientras aparta todo lo que queda en la mesa. Los objetos y papeles caen al suelo cuando me tumba y se hunde en mí.

Se mueve despacio, con una ternura que me desarma. Siento cada centímetro, cada relieve, cada vena. Me llena tanto que apenas puedo soportarlo.

Muevo las caderas a su ritmo y el sudor empieza a cubrirme la piel.

No hablamos, no hace falta. Los dos lo sabemos. Nos entendemos demasiado bien.

—Rosie. Rosie… —susurra contra mi cuello cuando me incorporo para abrazarlo. Tiemblo. Está completamente perdido, sin control. Y todo por mí. Le araño la espalda y jadeo—. Esto es…

Me aferro a él con las piernas mientras me folla con una entrega cada vez más salvaje y murmuro:

—Perfecto, es perfecto.

Nuestras miradas se encuentran y algo pasa entre nosotros. Comprensión. Certeza. Sí, lo sentimos. Sabemos que esto es perfecto. Él. Yo. Nosotros. Nada ha sido nunca tan correcto.

Tensa la mandíbula mientras embiste despacio dentro de mí, sin apartar los ojos de los míos. Siempre me observa así, con una intensidad que abruma. Antes me ponía nerviosa, pero ahora solo quiero que no deje de hacerlo nunca.

Me dejo caer de nuevo sobre la mesa, abro las piernas y empiezo a tocarme mientras me mira. Y cuando me muerdo el labio y me acaricio el clítoris, su expresión pasa de reverente a feroz.

La pista de que todo va a cambiar es esa sonrisa descarada tan suya y el movimiento de su nuez. Se retira y embiste con fuerza. Una vez. Otra. Y otra más. Estocadas firmes, rítmicas y poderosas que me hacen temblar de la cabeza a los pies.

Ford me folla sin compasión sobre su escritorio. A nuestro alrededor hay papeles desperdigados y un portátil hecho añicos. Pero yo solo lo veo a él. Parece un dios vengador arrastrándome al delirio, con las mejillas enrojecidas, el pelo alborotado cayéndole sobre la frente, las venas marcadas en los antebrazos y los abdominales tensándose con cada envite.

Creo que podría correrme solo con mirarlo desde esta posición, tumbada, abierta bajo su cuerpo duro y pesado.

Me separa aún más las piernas y me observa y, cuando vuelvo a alcanzar el clímax, me mira como si quisiera memorizar este instante.

Siempre me mira así. Como si me adorara.

Luego se deja caer sobre mí, me besa y sigue embistiéndome hasta que se corre.

Lo siento todo. Cada palpitación. Cada roce. Cada caricia.

Si esto es lo que se siente cuando Ford Grant te folla como si estuviera enamorado de ti, quiero que me ame para siempre.

Lo abrazo con todas mis fuerzas y lo mantengo dentro de mí.

Siento el latido de su corazón contra mi pecho y su respiración entrecortada en mi cuello.

—¿Sabes qué es lo que más odio de ti, Ford?

—¿Qué, Rosie? —jadea mi nombre, me roza el cuello con la nariz y me aprieta aún más contra él.

—Que es sencillamente imposible odiarte.

Se me quiebra la voz al pronunciar la palabra «imposible». Y ahora los dos sabemos que no lo odio en absoluto.

De hecho, puede que sea justo lo contrario.

TREINTA Y DOS
Ford

«Es sencillamente imposible odiarte».

No dejo de repetirme esa frase mientras le voy poniendo la ropa, prenda por prenda. Vestirla me resulta casi tan erótico como desnudarla.

Cuando le subo el tanga, veo mi semen escurrirse entre sus piernas y me doy el gusto de rozarle el clítoris con la tela, arrancándole un pequeño jadeo.

Luego viene la falda.

El leve zumbido de la cremallera oculta que ajusta la tela color ciruela a su cintura.

La forma en que me sostiene la mirada mientras le meto la blusa por dentro.

El roce de mis nudillos sobre la curva de sus pechos mientras le abrocho la chaqueta.

Intenta calzarse sola, pero me agacho y le aparto el pie con un manotazo suave. Le pongo los zapatos de tacón yo mismo, deslizando el cuero blando sobre cada pie. Luego le acaricio la pantorrilla y le doy un beso en la rodilla antes de volver a mirarla.

Ella me acaricia el pelo y me retira un mechón de la frente con las uñas.

—Siento lo de tu portátil —murmura con una sonrisa torcida que no transmite arrepentimiento en absoluto.

Miro al suelo, a mi Mac con la pantalla completamente destrozada, y le devuelvo la sonrisa.

—Ha merecido la pena.

Veo cómo se ruboriza y aparta la mirada, casi con timidez.

—Eres la primera persona con la que lo hago sin preservativo, así que no debería haber problema. De todos modos, me haré las pruebas por si acaso.

Supongo que alguien tan inteligente como se supone que soy yo debería haber pensado en eso. Pero Rosie ha debido de convertirme en un cavernícola, porque lo único que escucho es que soy el primer hombre que la ha follado sin protección.

—Yo también —gruño, notando cómo se me vuelve a poner dura.

—No quiero que pienses que lo he hecho para atraparte con un embarazo, así que creo que deberías saber que llevo un DIU. —Frunce el ceño—. Tendría que habértelo dicho antes.

La miro fijamente.

—Contigo nunca me sentiría atrapado.

Se ruboriza aún más, y entre nosotros se instala un silencio denso.

En ese momento oigo el portazo de un coche en la entrada. Giramos la cabeza al unísono.

«Esto me suena».

Se alisa la chaqueta y se peina el pelo con las manos.

—¿Quién coño será? —Intento arreglarme un poco, aunque tampoco me importa mucho que alguien me vea hecho un desastre. Me preocupa más el caos que hay en el suelo.

—A lo mejor es Scotty —dice ella.

Siempre intenta rebajar la tensión. Lo ha hecho desde que era niña. Cuando West se metía en líos, ahí estaba Rosie, sentada a la mesa, intentando relajar el ambiente mientras los demás seguían cenando en silencio.

—Igual quiere que le dé unas cuantas clases de cómo se hace…

—¿Ford?

Me quedo helado. Y Rosie también. Nuestras miradas se encuentran y ahora soy yo el que se pone rojo. Porque esa no es la voz de Scotty.

Rosie es la primera en reaccionar, adoptando un aire profesional.

—¿Senior? ¿Eres tú?

Se aleja por el pasillo hacia la entrada y desaparece de mi vista, todavía alisándose la ropa. Camina con cierta dificultad. Supongo que alguien más considerado se sentiría culpable.

Pero yo no soy ese alguien. De hecho, me excita saber que está dolorida después de lo que acabamos de hacer.

—¿Rosie?

«Ay, Dios mío». ¿Mi madre también? Pongo los brazos en jarras y miro las vigas del techo. Mi padre no se va a dar cuenta de lo que ha pasado aquí dentro.

Pero mi madre…

La doctora Gemma Grant, terapeuta sexual, lo sabrá perfectamente.

—¡Gemma! Qué alegría veros —oigo decir a Rosie.

Se suceden los abrazos, el bullicio de la bienvenida. Debería salir a saludar a mis padres, pero no puedo dejar de mirar el techo, preguntándome cómo narices he llegado hasta aquí.

Con una hija que nunca esperé tener.

Una mujer que jamás he podido olvidar.

Y mis padres apareciendo en el peor momento posible.

—Vaya, este sitio ha quedado increíble —dice mi madre, impresionada de verdad.

—Ford ha trabajado muchísimo —responde Rosie con naturalidad, como si recibirlos con las bragas manchadas de semen fuera lo más normal del mundo—. Y Scotty también, su chico de confianza.

—Vamos, que lo odia —sentencia mi madre.

Rosie se ríe y oigo los pasos de los tres acercándose por el pasillo hacia la oficina.

En cuanto se asoman al umbral, se detienen en seco al ver el panorama. Parece que aquí ha estallado una bomba y me ha pillado en medio.

Mi padre sigue igual que siempre: pelo plateado y porte elegante. Lo único que delata su edad real es el color de su cabello y las arrugas junto a los ojos. Por lo demás, sigue con sus vaqueros, su camiseta ajustada y un collar largo, como si tuviera treinta años. Como si fuéramos colegas, no padre e hijo.

El pelo de mi madre sigue siendo de un intenso rojo, como el de Willa, aunque sospecho que ahora no es tan natural como antes. Lo lleva cortado a la altura de la barbilla, con ondas sueltas un poco rebeldes. Está tan alta y delgada como siempre, y lleva puesta una chaqueta vaquera con bordados de flores en las mangas que le queda genial.

También viene esbozando una sonrisa socarrona.

—Hijo mío, ¿se puede saber qué cojones ha pasado aquí? —pregunta mi padre, soltando una carcajada grave mientras recorre la oficina con la mirada.

Le lanzo una mirada de fastidio porque aún me cuesta creer que los últimos treinta minutos hayan ocurrido de verdad.

Pero Rosie sigue como si nada. Le da una palmadita en el hombro a mi padre y se ríe con suavidad.

—Habéis llegado justo después de una pequeña rabieta.

«La voy a matar».

Mi padre frunce el ceño y Rosie me guiña un ojo.

—Ya sabéis cómo son los multimillonarios. Cuando algo no sale como ellos quieren, se cabrean, montan un numerito y los destrozan todo.

Mi padre suelta otra carcajada y le rodea los hombros con un brazo.

—Sigues siendo un torbellino, Rosalie. Te he echado de menos.

Mientras tanto, mi madre me observa con una sonrisa cómplice y enarcando ligeramente la ceja. Porque ella sabe que cuando me enfado, me pongo borde y lanzo pullas a diestro y siniestro, pero no destrozo cosas. Eso es más de Willa.

—Menos mal que Rosie sabe cómo manejar este nuevo temperamento tuyo —dice.

Mi padre sigue riéndose cuando se acerca para abrazarme. Y justo cuando lo rodeo con los brazos, veo a esa pequeña víbora de Rosie por encima de su hombro, en el preciso instante en que mi madre le da un codazo y le susurra:

—Orinar después ayuda a prevenir infecciones.

Ahora soy yo quien sonríe, porque Rosie, que hasta hace un segundo se estaba riendo por su ocurrencia de la rabieta, me mira…

Roja como un tomate.



Cuando suena el timbre, justo a las tres en punto, sé que mis padres se han tomado esto muy en serio. Les he dicho que tenía que recoger a Cora del instituto y prepararla para su visita. Que no íbamos a estar en casa hasta las tres y que ya les llamaría.

Abro la puerta de golpe y, efectivamente, ahí están. Me apoyo en el marco con una mano y sujeto la puerta con la otra, bloqueándoles el paso para que no entren como si fueran los dueños y amos del lugar.

—Os he dicho que ya os llamaría.

Mi padre resopla, divertido.

—Últimamente no estás cumpliendo mucho con eso.

—Bueno, papá, tú sigues siendo un exagerado de manual, así que supongo que estamos a la par.

Frunce el ceño y mi madre aprieta los labios para no reírse. Siempre le ha hecho gracia ver cómo chocamos los dos Ford.

—¿Exagerado yo? No tienes ni idea, chaval. Debajo de esta camisa llevo una camiseta de «Mejor abuelo del mundo».

—No es verdad.

—Sí lo es. —Sonríe y se sube la camisa para enseñarme la camiseta que le regaló Willa cuando nació su hija.

—Le he dicho que estaba siendo un poco intenso y que mejor no la enseñara hasta que viéramos cómo reaccionaba Cora.

Miro a mis padres. Siento la energía nerviosa que desprenden y, la verdad, no sé cómo se lo va a tomar Cora. A veces son demasiado entusiastas. La he visto hablar con su madre: son tranquilas, maduras… No mencionan cosas como que es mejor orinar después del sexo o la importancia de acostarse con chicos a los que les guste leer.

—Vale, mirad. Antes de nada, vamos a establecer unas cuantas normas. —Entorno la puerta detrás de mí y veo cómo mi madre abre los ojos, sorprendida, mientras mi padre los pone en blanco.

—Tiene un padre y una madre. Que no estén aquí no significa que podáis aparecer de repente y actuar como si fuésemos los sustitutos de su familia. Si prefiere llamaros por vuestro nombre, lo aceptáis y punto.

Mi padre asiente y mi madre sonríe.

—Y ni una sola palabra sobre aquella mujer que intentó colaros lo del hijo secreto. Eso quedó atrás y no tiene nada que ver con Cora. Mencionarlo solo serviría para incomodarla.

Murmuran un «sí» y un «claro».

Me paso la mano por el pelo.

—Y, sobre todo…, sed normales, ¿vale?

—¡A la orden, mi capitán! —Mi padre se pone firme y yo lo fulmino con la mirada—. ¿Alguna orden más?

—Sí, papá. Le gusta la música, pero, por favor, no te pases toda la tarde hablando de tu grupo decrépito. Solo te hace gracia a ti.

Se ríe, me pellizca la mejilla como cuando era pequeño y yo aparto la cara, conteniendo la sonrisa.

—Eres un cabroncete respondón, ¿lo sabías? —añade, entrando como Pedro por su casa. Y solo entonces me doy cuenta de que lleva una funda de guitarra en la mano.

Mi madre pasa detrás y me da una palmadita en el pecho.

—Me encanta verte tan paternal. Sea cual sea el papel que decidas tener en su vida, es muy afortunada de tenerte.

Me giro y los veo pasear por la casa, comentando la reforma y señalando sus detalles favoritos. No se han dado cuenta de que Cora los está observando desde el rellano de la escalera. La veo perfectamente, asomada desde la esquina. Nuestras miradas se encuentran. Esboza una sonrisa nerviosa e inclina levemente la cabeza.

Yo le respondo guiñándole un ojo y señalando a mis padres con la barbilla.

Y eso basta para que baje las escaleras y se presente con valentía.

—Hola, soy Cora.

Ambos se giran hacia ella e, igual que le pasó a Willa, se quedan inmóviles un instante, con los ojos abiertos de par en par y la boca entreabierta. Supongo que el parecido es evidente.

—Hola, Cora. Yo soy Gemma —dice mi madre enseguida, acercándose con una sonrisa amable.

—Y yo soy…

—Ford Grant senior. Guitarrista de Full Stop.

Mi padre esboza una sonrisa al ver cómo Cora baja la mirada hacia la funda de guitarra.

—¿Todavía sabes tocar eso? —pregunta ella.

Me llevo el puño a la boca para disimular la risa.

Él resopla, un poco sorprendido.

—Claro. ¿Y tú? ¿Sabes tocar la guitarra?

Cora abre los ojos como platos y niega con la cabeza. Cierro la puerta y me coloco al lado de mi padre.

—He pensado que podría ser divertido enseñarte. A Willa también la enseñé yo.

—¿Vas a dejarme tocar tu guitarra?

Él se encoge de hombros.

—Claro. ¿Por qué no?

—Es solo que… no sé… debería estar en un museo o algo parecido.

Me acerco, le doy un codazo y le susurro:

—Lo que quiere decir es que eres muy viejo.

—No —responde Cora, casi sin aliento—. Lo que quiero decir es que esa guitarra es icónica.

Mi padre me lanza una sonrisa de satisfacción total.

—Ah, Cora, tú y yo nos vamos a llevar de maravilla. Me juego el cuello a que ni siquiera mi camiseta de «Mejor abuelo del mundo» me va a quitar puntos.

Cora suelta una risa entre incrédula y emocionada, mientras mi padre le da una palmada en la espalda y la lleva hacia el salón.

Esa expresión no se le borra de la cara durante todo el día. De hecho, se intensifica aún más cuando aprende una melodía sencilla y mi padre le regala una púa.

Ojalá Rosie estuviera aquí para verla.

TREINTA Y TRES
Rosie

Lo primero que he hecho en cuanto Ford se ha marchado con sus padres a casa ha sido ir al baño. Y luego, mientras seguía sentada en el váter, me he echado a reír como una loca, tapándome la cara con las manos.

Porque solo a mí se me ocurre acostarme con mi archienemigo de toda la vida (y actual jefe), para que, nada más terminar, nos sorprendan sus padres.

Soy un auténtico desastre con patas.

Si no me hiciera tanta gracia este despropósito, ahora mismo lo único que querría sería tumbarme en el suelo y morirme de la vergüenza. Pero, tal y como están las cosas, estoy demasiado intrigada por ver cómo va a terminar todo esto.

Llamémoslo curiosidad morbosa.

Repaso mentalmente la locura que acabamos de vivir mientras vuelvo a casa, flotando en mi resaca feliz tras el sexo. En la ducha, cierro los ojos y finjo que mis manos son las suyas, recorriéndome entera.

Esa transformación suya, pasando de dominante y duro a hombre dulce y entregado, me desarmó por completo. Todavía me duele el cuerpo al recordarlo.

Salgo de la ducha, me pongo crema hidratante y me sorprendo repitiendo sus palabras en voz baja.

«He soñado con este momento. Te he echado muchísimo de menos este fin de semana. Contigo nunca me sentiría atrapado».

Antes, frases así me habrían hecho salir corriendo. Nunca he sido de las que caen rendidas a los pies de un hombre por unas palabras bonitas. Pero en su boca no suenan a frase de manual ni a ligón barato. No me hacen saltar las alarmas.

Lo único que siento es un calor en el bajo vientre, como si algo se destensara por fin, calmando toda la ansiedad. Como si

desapareciera esa inquietud constante que siempre me provoca su presencia.

—¡Ah! —Pego un salto al ver a mi compañero de piso, un ratoncito marrón, cruzar corriendo el suelo y meterse bajo mi cama—. En serio, colega —refunfuño mientras me pongo unos vaqueros y un jersey. Necesito salir, caminar, rodearme de gente o dar vueltas como una peonza…, qué sé yo—. No hace falta que corras y me pegues esos sustos. Muévete tranquilo. Estás en tu casa. Total, soy demasiado blanda para echarte. Eso sí, procura que mi hermano no se entere de tu existencia.

Oigo el correteo de sus patitas. Se asoma por el otro lado de la cama y va directo a la cocina.

—Debería llamarte Ratatouille.

Lo observo: orejas pequeñas y redondas, ojos negros y brillantes… Debería poner el grito en el cielo por tener un ratón en casa, pero… me da igual.

—Buena observación —digo, como si le estuviera hablando al ratón—. Tienes razón, no eres una rata. Lo pillo. ¿Y si te llamo Scotty?

Eso sí sería gracioso. Me río sola mientras lo veo husmear bajo los muebles de la cocina, con la nariz inquieta y los bigotes moviéndose en busca de migas.

Unas migas que encuentra porque yo las he dejado ahí.

—Eso sí, sería un detalle que hicieras tus necesidades fuera. Estoy un poco harta de pasar la aspiradora y fregar el suelo todos los días.

Unos golpes en la puerta interrumpen mi charla con el ratón. Cruzo la pequeña estancia y la abro de golpe. Esperaba encontrarme con West, pero el que está ahí es Ford, ocupando todo el umbral con su altura imponente y esos hombros enormes.

Lleva el pelo húmedo y un jersey de punto marrón, con una camiseta blanca asomando debajo. A través de las capas, distingo un destello de su cadena plateada.

Apoya una mano en el marco de la puerta y se inclina un poco hacia delante.

—Hola.

Alzo la vista y me encuentro con sus ojos. Lo que veo en ellos es… nerviosismo. Sí, parece nervioso.

—Hola —respondo con una sonrisa. Inspiro su olor y, sin pensarlo, alargo una mano para enganchar la cadena con un dedo y sacar la llave que lleva colgada.

La acaricio con el pulgar y niego con la cabeza. Aún no me creo que la haya guardado todos estos años.

—¿Con quién hablabas?

—Con mi ratón —respondo distraída.

—¿Tu ratón?

—Sí. Scotty.

Miro sus cejas fruncidas y espesas y esos pómulos altos y marcados de modelo. No me extraña que lo nombraran el multimillonario más atractivo del mundo. Seguro que lo de ser rico fue solo la excusa para que esa cara apareciera en la portada.

—¿Le has puesto Scotty al ratón que vive contigo?

—Sí.

Veo cómo se le tensa un músculo en la mandíbula.

—¿Por qué?

—Para tocarte las narices.

Pone los ojos en blanco con ese gesto suyo de borde profesional.

—¿Crees que voy a ponerme celoso de un ratón?

Me apoyo en el marco de la puerta, lo miro con expresión inocente y me encojo de hombros.

El duelo de miradas es un clásico entre nosotros, pero ahora hay algo más. Más calor. Más complicidad.

—Eres insoportable —murmura, y luego baja la cabeza para besarme. Yo sonrío contra sus labios.

Este beso es distinto. No está cargado de rabia, ni de tensión acumulada ni de frustración.

Es tremendamente dulce. No es suave, sino lento y prolongado. Vuelve a acariciarme la mejilla con los nudillos, haciendo que un escalofrío me recorra la espalda. Me acerco más, deseando que me envuelva en sus brazos.

Otra vez.

Toda la noche.

Todo el día.

Si Ford fuera una manta, me la echaría sobre los hombros y la llevaría como una capa.

Me roza la lengua con la suya y apoya la mano en mi cuello.

—He venido a invitarte a la hoguera de esta noche —susurra contra mis labios—. Pero ahora que Scotty se ha instalado aquí, creo que deberías hacer las maletas y venirte a vivir conmigo.

Froto la nariz contra su barba.

—Creo que eso podría levantar ampollas en el entorno laboral. ¿Te acuestas conmigo una vez y ya pretendes que me vaya a vivir contigo?

Me da un beso fuerte antes de apartarse y dar un paso atrás.

—Sabes que me importa una mierda lo que opine la gente. Puedes dormir en la habitación de invitados si eso te parece más profesional. Puedo follarte igual de bien allí. —Me lanza una sonrisa arrogante y se aleja como si estuviera a punto de irse—. Porque ambos sabemos que no ha sido una vez. Solo ha sido la primera.

Suelto una carcajada y le sonrío.

—Lo pensaré.

—Si eliges a un ratón llamado Scotty en vez de a mí, me voy a ofender.

—Me refería a lo de la hoguera. Solo una idiota elegiría a Scotty en vez de a ti.

Empiezo a cerrar la puerta, satisfecha por haber tenido la última palabra, pero luego la abro otra vez y lo veo mirando mi cabaña con una sonrisa juvenil, casi adolescente.

—Pero, Ford, tenemos que decírselo a Weston.

Creía que eso le iba a borrar la sonrisa, pero no.

—Lo sé.

Cierro la puerta y, desde el otro lado, le oigo decir:

—¡Nos vemos esta noche!

Porque me conoce lo bastante bien como para saber que, en el fondo, no necesito pensármelo.



Espero que Ford no quiera acostarse conmigo esta noche, porque he comido demasiados perritos calientes y *s'mores.* Estoy tan llena que lo único que me apetece es dormir.

Y si puede ser, aquí mismo. Total, ya estoy envuelta con una de sus mantas.

El fuego me da calorcito, me duelen las mejillas de tanto reír y el vino que tengo en la mano está demasiado bueno.

West acaba de despeinarme (más bien ha sido un coscorrón cariñoso) y se ha marchado con su hija salvaje y su hijo lector.

Gemma y Ford senior se han ido poco después. Y Ford ha acompañado a Cora hasta su casa. Ver cómo conectaba con unos abuelos que no sabía que tenía ha sido uno de los momentos más bonitos de mi vida. Cora los miraba charlar, reír, lanzarse pullas, con los ojos muy abiertos y esa expresión fascinada de quien está descubriendo algo completamente nuevo.

Podría haberme pasado toda la noche observándola.

Mi pequeño nubarrón brillaba como la luna.

Y ahora solo quedo yo, con mi tripa llena, una copa de vino y las estrellas.

Empiezo a quedarme dormida, hasta que oigo un chasquido fuerte en la hoguera y sacudo la cabeza.

—Espabila, mujer —murmuro.

No quiero quedarme dormida y acabar bañada en vino tinto, así que me pongo de pie y bajo la pendiente hasta el lago. Hasta el embarcadero. Mi lugar favorito para sentarme.

Para tomarme un té por la mañana.

Para un almuerzo tranquilo.

Para beber una copa de vino antes de acostarme.

Está orientado al oeste, así que por la noche es un lugar espectacular. Cerca del agua hace más frío, justo lo que necesito ahora mismo para mantenerme despierta.

Me ajusto la manta sobre los hombros y me quedo mirando el agua oscura mientras pienso en todo lo que ha pasado hoy. Las tablas del suelo crujen antes de que oiga los pasos de Ford acercándose.

Se agacha detrás de mí, pero no me giro. Sigo mirando al otro lado del lago, donde brillan las luces de la casa que está justo enfrente.

Percibo su frustración sin necesidad de mirarlo.

Sonrío hacia la noche fresca.

Me agarra de la coleta y tira con suavidad, obligándome a echar la cabeza hacia atrás y mirar esos ojos verdes, ahora casi negros en la oscuridad.

Ese gesto siempre me ha parecido juguetón, incluso seductor, pero esta noche me sacude por dentro y me acelera el pulso. Es una orden en toda regla.

—¿Me estás ignorando, Rosalie?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque me gusta discutir contigo.

Inclina la cabeza como un felino al acecho. Un escalofrío me recorre de arriba abajo. Me recuerda a la mirada que me lanzó justo antes de darme la vuelta y follarme sobre su mesa, tal y como yo quería.

—¿Estamos discutiendo o ligando?

Le guiño un ojo, con la cabeza aún echada hacia atrás.

—En nuestro caso, creo que es lo mismo.

Niega despacio, como si le estuviera sacando de quicio. Pero no me engaña. Ahora sé que, cuando se trata de mí, de nosotros, siempre ha fingido.

Y el beso que me da en los labios lo confirma.

Cuando me suelta el pelo, se sienta a mi lado, codo con codo. Nada que ver con aquella ocasión en la que le dije que tendría que acercarse si quería que compartiera mis patatas con él.

Le paso la copa y le da un buen trago.

—Nos lo hemos pasado muy bien esta noche —comento, rompiendo el silencio—. Cora es…

Me detengo y sacudo la cabeza. No sé cómo describir lo que esa niña significa para mí. Se parece tanto a su padre… Es tan pura, tan centrada, tan brillante. No conozco a sus padres, pero sé que han criado a una hija increíble en circunstancias nada fáciles.

—Es una pasada —dice Ford, bebiendo otro sorbo.

—Sí, una pasada.

—Me va a dar pena cuando vuelva con su madre.

Me quedo quieta. No sé qué esperaba que dijera, pero desde luego no eso. No hemos hablado de su viaje a la ciudad porque estábamos… ocupados.

—¿Crees que volverá con ella?

Asiente con firmeza.

—Sí, es una buena madre. Una buena persona. Y las buenas personas también sufren depresión. Se recuperará. Y cuando lo haga, no quiero entrometerme. Cora tiene que estar con ella.

Apoyo la cabeza en su hombro.

—Yo creo que, a partir de ahora, Cora va a formar parte de nuestra vida de un modo u otro. Y si su madre es tan buena como dices, no la apartará de ti. No después de todo lo que has hecho por ellas.

Oigo cómo traga y noto su cuerpo moverse al volver a asentir.

—No te acabes todo el vino, Junior. —Le hago un gesto con la mano para que me devuelva la copa, y su risa grave me estremece cuando me la pasa.

—Has dicho «nuestra vida».

Saboreo el vino, intenso, profundo, con notas de cereza.

—Muy bien, has prestado atención. Te has ganado una carita feliz. —Me acurruco un poco más, dándole a entender que quiero que me pase el brazo por encima, pero él sigue aferrado al borde del embarcadero.

—¿Tienes pensado quedarte en Rose Hill?

Me incorporo y lo miro de perfil.

—¿Por qué no iba a quedarme? Aquí tengo a mi familia, un trabajo que me gusta, y no lo digo porque seas mi jefe, y un sitio donde vivir.

—Con un ratón.

—Con Scotty —lo corrijo. Pone los ojos en blanco—. Mi jefe me paga demasiado bien; podría tener mi propia casa. Algo de alquiler quizá.

Está tenso. La euforia de después del sexo se está desvaneciendo.

Sé que le preocupa que la gente se vaya de su vida, aunque nunca lo reconocerá. Y como no creo que quiera que se lo diga en voz alta, lo tranquilizo de la mejor manera que se me ocurre.

—¿Puedo dormir esta noche en tu casa?

Eso sí que capta su atención. Se gira hacia mí con una mirada indescifrable y una leve arruga entre las cejas, como si no terminara de entenderme.

Y eso me gusta. Me gusta mantener a Ford Grant en vilo.

Quizá por eso añado:

—En la habitación de invitados de la planta baja, por supuesto. Con Cora cerca es mejor guardar las apariencias y mantener la profesionalidad.

TREINTA Y CUATRO
Rosie

El problema es que yo no quiero mantener la profesionalidad. Lo he dicho porque me ha parecido que es lo que tocaba decir cuando empiezas a acostarte con tu jefe. Pero ahora estoy tumbada en la cama, con una camiseta de Ford puesta, la sensación de tener la tripa llena ya olvidada y deseando que él baje a escondidas y se meta conmigo entre las sábanas.

He intentado convencerme de lo contrario mil veces (casi nos han pillado una vez), pero a mi cuerpo no le importa. Y a mi corazón, mucho menos. Quiero sus manos enredadas en mi pelo, su piel cálida pegada a la mía.

Por eso me escabullo por la casa a oscuras y subo las escaleras pegada a la pared, evitando cualquier crujido que pueda despertar a Cora. Al llegar arriba, me asomo a su habitación y la encuentro espatarrada en la cama, como una estrella de mar. Sonrío y, con mucho cuidado, cierro la puerta antes de seguir hasta el dormitorio principal, en el otro extremo del pasillo.

La puerta está cerrada y no se filtra nada de luz por debajo. Algunas personas se lo pensarían dos veces antes de entrar en la habitación de Ford.

Pero yo no soy una de esas personas. Giro el pomo y entro sin más. Las cortinas están descorridas y la luz tenue del exterior se cuela por los ventanales. Cierro la puerta y me acerco a la cama enorme. Al igual que Cora, él también ocupa todo el centro, con los brazos y las piernas largas y musculosas extendidos.

Pero a diferencia de lo que he hecho con Cora, no aparto la vista ni me voy.

Apoyo una rodilla en el colchón y gateo hacia él. Su respiración es profunda y toda la cama huele ligeramente a sándalo. Creo que me bastaría con tumbarme a su lado y respirar su aroma.

En lugar de eso, me arrodillo junto a él y lo observo durante un buen rato en esa postura tan relajada. Así parece más joven, más libre.

Le rozo los labios con la yema de los dedos, como aquel día en la despensa. Estuve a punto de preguntarle si alguna vez había pensado si podríamos tener algo más. Me pareció de lo más injusto estar delante de uno de los mejores hombres que he conocido en mi vida, que además me estaba diciendo lo mucho que yo valía, y no poder tenerlo.

Pero ahora, la única pregunta que me hago es: «¿Y por qué no?».

De pronto alza el brazo y me atrapa la muñeca con su mano grande y firme.

—Rosie.

No es una pregunta. Sabe que soy yo.

—Hola.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta, con los ojos todavía cerrados.

—Tocarte.

Curva los labios en una sonrisa perversa.

—Pensaba que íbamos a mantener la profesionalidad.

—Sí —susurro—. Pero me lo he pensado mejor y creo que eso de guardar las apariencias está sobrevalorado. Quiero que tú también me toques.

En ese momento, recuerdo aquel día en la sala de juntas, cuando le dije a Stan que, si hubiera querido que me tocara, se lo habría dicho.

Puede que Ford sea mi jefe sobre el papel, pero lo nuestro no se parece en nada a aquello. No hay nada entre nosotros que sea sucio, al menos no en ese sentido. Por eso, lo nuestro no tiene por qué ser ningún secreto, si ninguno de los dos quiere que lo sea.

Suelta una carcajada ronca mientras abre los ojos verdes y me mira fijamente, provocándome un escalofrío que me recorre la espalda y se extiende por los brazos.

—Y además —continúo—, antes te has quedado con toda la ropa puesta. Lo que es bastante injusto. Así que he venido a buscarte.

—Y me has encontrado.

Me muerdo el labio inferior y asiento.

—¿Y ahora qué? —pregunta, enarcando una ceja.

—No lo sé —respondo nerviosa. He subido aquí sin ningún plan, solo quería estar con él—. ¿Quieres que me vaya?

Me mira con tanta intensidad que me cuesta aguantarle la mirada. Me abruma, me estremece por dentro, como si un millón de mariposas revolotearan dentro de mi estómago. Nunca me había sentido así.

—No, Rosie. Quiero que estés aquí arriba —contesta con voz suave y profunda.

Entonces me rodea la cintura con esas manos anchas y yo suelto un pequeño chillido cuando me sube encima de él, dejándome a horcajadas sobre su torso.

—Vas a tener que estar calladita, cariño —murmura mientras me acaricia los muslos y desliza las yemas de los dedos por los bordes de mi ropa interior, justo en las caderas.

Solo consigo asentir, humedecerme los labios y contemplar lo bien que quedan sus manos sobre mi cuerpo.

—¿Y… y ahora qué? —balbuceo.

—Ahora te vas a agarrar fuerte al cabecero, te vas a sentar en mi cara y vas a procurar no hacer ningún ruido mientras hago que te corras.

Antes de que pueda responder, ya me ha movido, ha apartado a un lado la tela de mis bragas y ha hundido la lengua en mi coño.

Suelto un gemido ahogado y me desplomo hacia delante, más porque necesito un punto de apoyo que por obedecerlo.

Cuando me roza el clítoris con los dientes, echo la cabeza hacia atrás. Me sujeta el culo con fuerza y me pega contra su boca, como si estuviera devorando su fruta favorita. Y esa hambre voraz solo consigue enloquecerme más.

—Mmm… —gimo, haciendo lo imposible por no soltar la sarta de palabrotas que tengo en la punta de la lengua. Me tiemblan los muslos por el esfuerzo de mantenerme sobre él, mientras me sujeta con fuerza, clavándome los dedos en la piel.

Entonces se aparta un instante y me gruñe:

—Silencio, Rosie. Y deja de contenerte. Te he dicho que te sientes en mi cara.

Tira de mis bragas hacia abajo y me obliga a sentarme por completo.

Me succiona el clítoris y arqueo el cuerpo hacia él. Sube una mano por mis muslos, la cintura, el vientre, hasta llegar al pecho, que me acaricia y sostiene.

Cuando me pellizca el pezón, me estremezco y me froto contra su boca. Él responde con un gruñido satisfecho y sigue lamiendo, chupando y atormentándome.

Lo cabalgo sin pudor. Me ha dicho que no me contenga, y le hago caso. Me pierdo en la sensación, en el contacto de su piel con la mía, en su olor envolviéndome.

Hay algo inmensamente liberador en pedir lo que quiero, en dejar que me toquen justo cuando lo deseo. Y estoy embriagada de esa libertad, embriagada de él, cuando la presión crece tan deprisa, tan intensa, que no puedo contenerla… y me rompo.

Exploto en un millón pedazos diminutos. La piel me arde, los párpados me pesan y, por más que intento quedarme en silencio, no puedo.

Ford me tapa la boca con una mano y me dejo caer contra ella, todavía aferrada al cabecero.

—Ford —susurro mientras me baja con cuidado. Noto cómo se mueve y el roce de las sábanas a nuestro alrededor, pero estoy demasiado aturdida para entender qué hace—. Ford…

—Rosie, cielo. Te he dicho que estuvieras callada.

Mi mente está demasiado confusa como para que me importe.

—Más. —Me inclino sobre él, escondo la cara en su cuello y lo beso. Justo cuando le mordisqueo el lóbulo de la oreja, me doy cuenta de que se ha quitado los bóxers.

—¿Más?

Asiento, sintiendo cómo su nuez se mueve contra mi frente al tragar saliva.

—Más.

Me quita las bragas del todo con movimientos firmes y seguros. Luego se incorpora contra el cabecero, llevándome con él.

Mientras nos acomoda, siento su erección presionando contra mi trasero.

Sin dejar de mirarme a los ojos, baja la mano y agarra el dobladillo de la camiseta que me ha dejado para dormir. La misma que me dio en la puerta de la habitación de invitados, diciéndome que así no lo echaría tanto de menos, justo antes de esbozar esa sonrisa suya tan engreída de «tengo razón y lo sabes».

Pero no la tenía. Por eso estoy aquí.

Cuando me quita la camiseta y me contempla desnuda, me tenso de pura anticipación.

Me acaricia despacio, pero con decisión: los brazos, las clavículas… Me lee con las manos como si fuera braille. Creo que siempre ha tenido esa capacidad, aunque yo no lo supiera.

—No sé si vas a poder soportar más, Rosie. —Me besa el pecho y, por fin, empiezo a explorar su cuerpo a mi antojo—. No se te da muy bien lo de quedarte callada.

—Me portaré bien —susurro, frotándome contra él y sintiendo su erección palpitando contra mi trasero.

Sin darme cuenta, le agarro la llave que lleva colgada del cuello y sonrío al pensar que duerme con ella.

Lo miro a la cara y veo que él también está sonriendo, aunque de una forma completamente distinta.

Me roza los dedos con los suyos al quitarme la llave y la levanta entre los dos.

—Abre la boca.

—¿Cómo? —susurro, justo cuando me coloca la llave sobre la lengua.

—Sujétala ahí. No la sueltes. O me detengo.

Abro mucho los ojos, aunque asiento. El sabor metálico inunda mi boca, pero no me importa, porque de pronto tengo sus labios en los pezones y enredo los dedos en su pelo. Cuando se aleja demasiado, la cadena tira de mis labios, pero aprieto la boca con fuerza y no la suelto.

Porque lo último que quiero es que se detenga.

Mete la mano entre nosotros y me guía para que me incorpore un poco, apoyándome sobre las rodillas. Obedezco sin pensarlo y, como

recompensa, siento su polla frotándose contra mi coño. Una y otra vez. Torturándome.

Tiene una mano en mi hombro, y la otra aferrada a su pene. Muevo las caderas y noto el glande abriéndose paso dentro de mí.

—Joder, Rosie… Eres incluso mejor de lo que había soñado —gruñe con aspereza. Luego me embiste de golpe, hundiéndose en mí, y yo agradezco tener la llave en la boca para morder algo, porque nada ni nadie me había hecho sentir así antes.

Abro los ojos mientras mi cuerpo se adapta. Es la segunda vez hoy que me toma con esa intensidad. El dulce escozor de sentirlo llenándome otra vez hace que me hierva la sangre y me acelera el corazón como nunca.

Nos miramos. Su polla enterrada en mí y su llave, ahora templada, contra mi lengua.

¿Su llave o mi llave?

Nuestra llave.

—Muévete, Rosie. Muéstrame cuánto me deseas.

Y eso es lo que hago, muevo la pelvis porque lo deseo con todas mis fuerzas. Subo y bajo, disfrutando de cada centímetro de él en mi interior y de ver cómo abre los ojos de par en par antes de entrecerrarlos, oscuros de pura lujuria.

Lo que ha empezado siendo lento y deliberado se descontrola por completo. Las manos que antes exploraban ahora aprietan. Las respiraciones tranquilas se vuelven entrecortadas. Todo se vuelve caliente y húmedo mientras nos retorcemos en silencio.

No necesitamos palabras. No harían justicia a lo que sentimos.

—Vas a correrte sobre mi polla, ¿verdad, Rosie? —gruñe jadeante en mi oído. Tiemblo como respuesta—. Sí, lo veo. Me lo dicen tus ojos, incluso en la oscuridad. Todo tu cuerpo se tensa. Me cabalgas como si no hubiera mañana. Estás tan ansiosa, tan cálida, tan apretada…

Estoy llena de él. De sus palabras. De su cuerpo. Es demasiado. Y justo cuando estoy a punto de explotar de nuevo, me saca la llave de la boca y me besa con ímpetu, tragándose el grito con su nombre que se me escapa al alcanzar el orgasmo.

Me agarra del pelo y sigue embistiéndome con fuerza hasta que se corre dentro de mí, mientras el clímax me sacude y me desgarra hasta caer desplomada entre sus brazos, luchando por recuperar el aliento.

No sé cuánto tiempo permanecemos así: yo a horcajadas sobre su regazo, con él todavía palpitando en mi interior, aferrados el uno al otro y besándonos. Besos lentos, lánguidos, intencionados, tan tiernos que me duele la garganta. Poco a poco, la intensidad se apaga y Ford me aparta con cuidado.

Siempre con cuidado, incluso cuando se pone brusco. Con él me siento segura, mimada.

Algo que me confirma del todo cuando se levanta a por una toalla.

—¿Qué haces? —pregunto en un susurro, intentando no hacer ruido mientras se arrodilla entre mis piernas abiertas.

—Cuidarte.

Pasa la toalla húmeda por mi sexo hinchado y se me escapa un gemido suave.

—No hace falta que lo hagas.

Sigue limpiándome con delicadeza.

—Pero quiero hacerlo.

Y esa frase tan sencilla me deja sin palabras.

Me quedo ahí, tumbada en la cama de Ford, dejando que me cuide. Cuando termina, se acurruca a mi espalda, nos arropa y me abraza durante toda la noche.

TREINTA Y CINCO
Rosie

Me despierto sola.

Busco a Ford con la mano antes incluso de abrir los ojos, pero su lado de la cama está frío. Seguro que se ha ido por una buena razón.

Como, por ejemplo, que su hija duerme en el otro extremo del pasillo.

Deslizo los dedos por mi cuerpo aún dolorido (aunque es un dolor delicioso) mientras recuerdo lo que pasó anoche. Me estremezco. Ahora mismo podría tener otro orgasmo solo con evocar su tacto y todo lo que me hizo… y me dijo.

Miro por la ventana. Hace un día estupendo, justo como me lo imaginaba después del atardecer de ayer. Las mañanas soleadas siempre me llenan de energía. Me incorporo, apoyo los pies en las tablas frías del suelo y veo la pequeña bolsa de viaje que juraría haber dejado en la habitación de invitados.

A los pies de la cama hay unos vaqueros rotos, una sencilla camiseta blanca y mi cárdigan color caramelo. Está claro que Ford ha traído mis cosas para que no tuviera que atravesar toda la casa con su camiseta enorme puesta.

Me visto, me peino un poco con los dedos y bajo las escaleras, lista para iniciar mi misión: encontrar a Ford. En cuanto me llega el olor a beicon, decido que, si Ford prepara desayunos así entre semana, me mudaré a la habitación de invitados sin pensarlo.

Pero me quedo helada al oír voces. Sí, voces. En plural.

Me asomo a la cocina reformada y me quedo quieta. Cora, todavía en pijama (negro, por supuesto), está sentada en la isla con un cuaderno de bocetos abierto. Gemma, a su lado, lo hojea con entusiasmo mientras la niña le va explicando lo que hay en cada página. Y Ford senior está preparando un desayuno que hace que me preocupe seriamente por sus niveles de colesterol.

La escena es tan encantadora que me llena el corazón de ternura y, a juzgar por cómo me ruge el estómago, me despierta el hambre.

—Buenos días —saludo con un canturreo al entrar en la cocina.

—¡Rosie! —Cora se levanta de un salto y corre hacia mí, rodeándome la cintura en un abrazo que me deja sin aire.

No es que no me gusten los abrazos fuertes, es que no me lo esperaba. Gemma me sonríe con calidez y yo le devuelvo el gesto antes de bajar la vista hacia Cora. Y de nuevo vuelve a sorprenderme, porque lleva una coleta alta recogida con mi goma rosa fosforito. Nada de su trenza baja habitual. Solo mi goma y mi peinado rápido de siempre.

Siento un extraño calorcito en el pecho y me agacho para darle un beso en la coronilla.

—Buenos días, mi pequeño nubarrón.

—Buenos días, Rosalie —dice Ford senior desde los fogones—. ¿Te apetece un café?

—Vamos, cariño, no disimules —resopla Gemma, dando un sorbo a su taza.

Los miro a ambos.

—¿Disimular qué?

—Ford ha ido a la oficina a traerte tu té favorito. Está ahí. —Su madre señala una taza térmica rosa que no había visto nunca.

En ese momento tomo dos decisiones: desde hoy, esa será mi taza, y voy a actuar con normalidad delante de sus padres porque… vaya tela, qué situación más incómoda.

Sigo sin creerme que me haya follado como lo hizo anoche, y luego se haya largado antes de que me despertara y me haya dejado en su casa, rodeada de su familia, para hacer el paseo de la vergüenza. Pero me trago la rabia y pongo mi mejor sonrisa.

—Genial, gracias. —Cruzo la cocina con aire despreocupado y cojo la taza. Nada más abrir la tapa, el aroma floral del té de pétalos de rosa dulces impregna el aire. Sé exactamente dónde los recoge Tabitha. Al otro lado de la montaña hay un campo de rosas silvestres que, cuando florecen, inundan el valle con su olor.

Es mi época favorita del año.

—¿Dónde está Ford?

—Aquí mismo, muñeca —responde Senior mientras da la vuelta al beicon.

—No, me refiero al intenso. —Le guiño un ojo.

Gemma suelta un bufido divertido.

—Te aseguro que después de pasar cuarenta años con este, no hay tanta diferencia.

Él se gira y le sonríe.

—Sin mí te morirías del aburrimiento, y lo sabes.

Su mujer disimula una sonrisa y vuelve a prestar atención al cuaderno de Cora.

La niña los observa fascinada. Lo que me hace pensar en lo desanimado que sonaba Ford anoche ante la idea de que ella se marchara. Deseo con todas mis fuerzas que vuelva con su madre, que sea feliz y que esté bien cuidada.

Pero también quiero que venga por aquí de vez en cuando. Porque Ford no va a ser el único que se quede hecho polvo cuando se vaya.

Me quedo ahí, mirándolos, esperando la respuesta que aún no me han dado.

Por fin, Gemma alza la vista y suelta con un suspiro:

—Está en la oficina. Hoy vamos a llevar nosotros a Cora al instituto, así que ha preferido empezar temprano. Cora, ¿por qué no vas a vestirte?

Trago saliva e intento no cabrearme por el hecho de que me invitara a quedarme y se haya largado a primera hora de la mañana, dejándome aquí con sus padres.

Asiento y alzo la taza a modo de brindis.

—Gracias. Pasadlo bien en la puerta del instituto.

Me doy la vuelta para marcharme y reprimo una carcajada al oír a Cora murmurar que los padres babosos se van a llevar una decepción. Lo dice con tanta satisfacción que me arranca una sonrisa.

Aunque solo me dura un instante, porque enseguida me pongo mis sandalias Birkenstock y salgo al aire fresco de la mañana.

Inspiro hondo. Huele a pino, a rocío, a tierra húmeda. Hasta creo percibir el aroma de las rosas.

La hierba húmeda me empapa los dedos de los pies mientras camino hacia el granero. La música suena a todo volumen. No reconozco la canción, pero es lo bastante frenética y furiosa como para encajar con el adolescente emo que fue Ford.

Al entrar, me detengo en seco. No sé qué esperaba encontrarme, pero esto desde luego no.

Ford está pintando la pared con un rodillo y, con cada pasada, se le contrae y relaja la espalda, con el vaivén de su hombro, que sube y baja a un ritmo constante. Está descalzo sobre una lona protectora blanca y lleva los vaqueros remangados lo justo para dejar a la vista los tendones de los tobillos.

Ha dejado la camiseta sobre la silla y los calcetines metidos en las botas junto a una de las ruedas. La mesa está perfectamente ordenada. Salvo por la ausencia del ordenador, no queda ni rastro de nuestro encuentro de ayer.

No esperaba que lo dejara todo como estaba, pero molesta verlo tan impecable, como si no hubiera pasado nada.

Doy unos pasos y apoyo el trasero en el borde de su mesa, bebiendo el té mientras lo observo. Es tan alto que no necesita escalera para llegar a las zonas que Scotty ya había marcado con la brocha. Tiene el pelo revuelto, y ahora que me estoy fijando detenidamente, descubro algunos mechones cobrizos en la parte delantera, regalo del sol.

Le pasaba lo mismo de pequeño. Tenía las raíces de un marrón chocolate, pero en verano se le aclaraba el pelo y tiraba más al cobrizo.

Lo que no tiene nada que ver es su cuerpo. Menudo cambio ha dado. Ha pasado de ser aquel chico larguirucho a… esto.

Bebo otro sorbo de té y sigo el vaivén de su brazo con la mirada, cada trazo acompasado al ritmo de la música. Me resulta tan excitante como un *striptease* privado, solo que en este el espectáculo consiste en arreglar cosas con toda la virilidad del mundo.

Y cuando me canso de que no me preste atención, tiro la taza metálica donde guarda todos esos bolígrafos azules idénticos.

Ford da un respingo y se gira de golpe, tan sorprendido por el estrépito que traza un arco involuntario con el rodillo, salpicando el suelo con un reguero fino de pintura.

—Rosie. —Frunce el ceño—. ¿Pero qué coño…?

Sonrío.

—Buenos días, jefe.

Suelta un suspiro agotado y mira el reguero, pero no dice nada.

—Gracias por el té —le grito por encima de la música mientras me acerco al tocadiscos para bajar un poco el volumen.

Ford me sigue con la mirada, luego gruñe un «De nada» y vuelve a centrarse en la pared.

—¿Qué haces?

—Pintar.

Me río con un resoplido.

—No me digas.

—Estoy empezando a darle la razón a Cora sobre los padres babosos. Si no encuentro a alguien que pinte sin mirarte el culo, lo hago yo y punto.

—Qué machote. Vas de tipo duro, pero luego te largas a escondidas antes de que me despierte. —Sigue dándome la espalda, rígido, como un niño enfurruñado—. Habría repetido si hubieras estado ahí. De hecho, casi lo hago yo sola —añado con tono provocador—. ¿Te has vuelto un cobarde, Junior?

Se limita a encogerse de hombros.

—No sé en qué punto estamos. Si vamos a contarlo, si vamos a hacerlo público. West no sabe nada. Y ahora, encima, han venido mis padres y… estoy intentando respetar tu deseo de mantener esto en un plano profesional.

Pongo los ojos en blanco y echo la cabeza hacia atrás antes de acercarme a él.

—Ford, llevas años metiéndome caña. Anoche me follaste hasta dejarme sin sentido. —Sonrío al decirlo, sabiendo que le va a molestar. Me mira por encima del hombro con una mueca amarga—. ¿Ahora vas a ponerte tan respetuoso conmigo?

—Yo siempre te he respetado.

—Sí, pero nunca te has andado con pies de plomo conmigo. Siempre hemos ido de frente. ¿A qué viene esta especie de… —me acerco más, con las sandalias mojadas muy cerca del recipiente donde tiene la pintura, y agito la mano en su dirección— rollo pacifista? No te pega nada.

—Ya te lo he dicho. Solo estoy intentando respetar tu…

Levanto el pie y vuelco el recipiente. La pintura azul clara se derrama sobre la lona.

—Pues respeta un poco menos mis deseos.

—¿Pero qué coño haces, Rosie? —Ford se yergue imponente sobre mí—. La pintura se va a escurrir de la lona y va a manchar el suelo.

—Perfecto. Así tendrás algo más que arreglar en esta nueva etapa tuya de multimillonario manitas.

—Tenía un plan de vida. Y tú… —Tensa la mandíbula y aprieta la mano con fuerza contra la cadera.

—¿He hecho trizas tu plan y lanzado los trocitos al viento? —pregunto mientras me quito las sandalias y las arrojo al suelo sin miramientos, a diferencia de sus botas perfectamente alineadas.

Ford asiente, rígido.

Meto los pies en el charco de pintura y la noto colarse entre los dedos mientras los muevo despacio. Lo miro y enarco una ceja.

—¿Sabes, Ford? A veces la vida te da limones aunque no los hayas pedido. Puedes hacer una limonada con ellos o pasarte el día enfadado porque el amarillo no te sienta bien.

—Eso no es lo que ha pasado.

—¿No soy los limones?

—No, tú eres… —Se pasa la mano por el pelo sin dejar de mirarme los pies, donde el esmalte rosa va desapareciendo bajo la pintura azul—. Había aceptado que nunca te tendría. Eras un recuerdo, no una meta.

Ladeo la cabeza, tratando de asimilar lo que acaba de decir. La nostalgia que destilan esas dos frases me golpea de lleno en el corazón. Me acerco, lo agarro del cinturón de cuero marrón y tiro de él hasta traerlo conmigo al charco de pintura.

—Ford, ¿y si dejas de intentar controlarlo todo, aunque solo sea por un minuto?

Le quito el rodillo, lo dejo caer a nuestros pies y deslizo la mano por su pecho, sobre la piel cálida y firme, cubierta de ese vello suave. Agarro mi llave del diario y tiro de la cadena con fuerza. El cierre cede y me quedo sosteniendo ese pedazo de nosotros que ha guardado todos estos años.

Un trozo que ha conservado como homenaje a la chica que fui.

Lo dejo caer sobre la pintura y Ford suelta un jadeo entrecortado.

—¿Y si dejas de verme como la chica que fui y empiezas a mirarme como la mujer que soy?

—Rosie…

—No. No soy un recuerdo. Ni una meta. Ni algo fuera de tu alcance. Ya no soy la adolescente que tiró su diario por la ventanilla del coche. Y no me voy a ir. —Señalo el brillo plateado entre nuestros pies—. Eso éramos antes. —Le aflojo el cinturón. Primero la hebilla, luego la correa—. Y esto somos ahora —susurro, desabrochándole el botón de los pantalones y bajándole la cremallera.

No sé quién necesita más escuchar esto. Si él, que sigue anclado a la versión de mí que vive en su recuerdo, o yo, la chica que por fin se siente segura de sí misma y de sus decisiones, porque le nacen de dentro y no porque deba hacerlo.

La chica que sabe lo que quiere para sí misma.

Sus vaqueros caen al suelo y yo también. De rodillas. A sus pies. En medio de la pintura.

Alzo la vista y me encuentro con esos ojos verdes brillantes, intensos, salvajes. Me fascina cómo se ve desde aquí: tan masculino y rebosando tensión contenida.

—Somos un desastre. Estamos todo el día picándonos. Y, seamos sinceros, ¿quién coño podría aguantarnos? ¿Quién sería capaz de seguirnos el ritmo?

Meto los dedos bajo la goma de sus bóxers y tiro hacia abajo, liberando su polla. Grande. Perfecta. Dura como una roca.

Me paso la lengua por los labios.

—Rosie, ¿qué estás haciendo?

Me acaricia el pelo y yo le sonrío.

—Jugando con la pintura. —Bajo la vista hasta su glande, a escasos centímetros de mi boca.

—Ah, ¿sí?

Joder. Es tan atractivo. Quiero marcarle todo el cuerpo, que me manche, que juegue conmigo.

—Sí —susurro, con la respiración entrecortada. Me inclino, meto las manos en la pintura…

Y luego le agarro los muslos con fuerza, estampando mis huellas en su piel.

TREINTA Y SEIS
Ford

Observo a Rosie, de rodillas frente a mí, haciendo todo lo posible por provocarme, por armar un lío y arrastrarme dentro con ella.

Me gusta el orden, pero si tuviera que ensuciarme con alguien, sería con ella. Todo el día.

Sonrío de medio lado. No le falta razón. ¿Quién más aguantaría que le tiraran la pintura al suelo y luego se la restregaran por todo el cuerpo?

¿Y qué dice de mí que esa actitud desafiante solo consiga que la desee aún más?

—¿Te das cuenta de que estás fuera de control? —Le acaricio la mejilla mientras sigue pringándome las piernas de pintura. Luego aprieto el pulgar contra su barbilla, obligándola a entreabrir esos labios carnosos.

—Ford, deja de intentar hablar conmigo y méteme la polla en la boca de una vez.

La dejo terminar la frase porque, cómo no, tenía que soltar algo sarcástico y ponerse mandona.

Y funciona. Siempre funciona.

Así que le doy lo que ambos sabemos que quiere y le meto la polla en la boca, viendo cómo abre sus bonitos ojos azules de par en par antes de cerrar los labios en torno a mí. Luego me agarra los muslos con fuerza, que se me tensan bajo su contacto.

—¿Era esto lo que querías? —Salgo despacio y vuelvo a hundirme en su boca. Gira la lengua sobre mi glande y vuelve a succionar.

Asiente y apoyo las manos en su cabeza. Cierro los ojos un instante, aunque no quiero dejar de mirarla ni un segundo.

Porque es absolutamente perfecta.

Juguetona, descarada y cubierta de pintura azul claro. Reclama toda mi atención, obligándome a quedarme en lugar de apartarme, como suelo hacer.

La observo mientras lucha por mantener el equilibrio, con las rodillas resbalando en la pintura y aferrándose a mis piernas con fuerza, empeñada en llevarme hasta el fondo de su garganta.

Enredo los dedos en su pelo y sonrío.

—Una vez tuve un sueño húmedo contigo, haciendo esto mismo.

Me mira con deseo y se aparta lo justo para decir:

—Cuéntame más.

—Aquella noche estaba cabreado contigo y te follé dejando salir toda esa rabia.

Me guiña un ojo.

—Pues piensa en el coñazo que va a ser limpiar todo esto.

Miro a mi alrededor: bolígrafos por todas partes, la pintura escurriéndose por la lona y manchando el suelo de madera recién restaurado. No me cabrea, pero me tiembla el párpado.

Más bien me irrita. Me agarro la polla y la deslizo por sus labios.

—A mí no me costaría nada. Pero la que va a limpiarlo vas a ser tú. Quien la lía, se ocupa de arreglarlo, Rosalie. Te daré un papel de lija y me sentaré a ver cómo trabajas de rodillas todo el día.

Ella arquea una ceja, desafiante.

—Eso sería la…

La hago callar, llenándole la boca.

—Justo como estás ahora, de rodillas. —Le acaricio el pelo—. Seguro que no puedes metértela entera… —Veo un destello en sus ojos—. Seguro que te rindes antes de que pueda follarte la boca como en aquel sueño.

Echa la cabeza hacia atrás, abre más la boca y, por una vez, no me detengo a pensarlo. Le agarro el pelo y me entierro en ella. Labios apretados. Boca ardiente. Cuando llego al fondo, traga como si quisiera hacer más hueco para recibirme entero.

—¿Demasiado? —pregunto con una sonrisita, sabiendo que eso la va a picar.

Rosie se impulsa hacia delante, decidida a tomar más y ahogándose un poco mientras traga.

—Sí, demasiado. Lo sabía.

Deja escapar un murmullo profundo alrededor de mi polla y la veo meter la mano en la pintura, alzarla y sacudirla, salpicando gotas

azules por el suelo.

Una carcajada grave me recorre el pecho, subiendo por mi garganta.

—Rosie, eres una mocosa malcriada —gruño, mientras salgo y vuelvo a entrar, esta vez con más energía.

Tiene la desfachatez de reírse con la boca llena de mí. Y cuando vuelve a hacer lo de la pintura, dejo de contenerme.

La agarro del pelo, le sujeto la cabeza y le follo la boca con ímpetu. Ella se entrega a cada embestida. Incluso cuando los ojos se le llenan de lágrimas, me busca con ansia.

Estoy obsesionado con esta chica. Siempre lo he estado y siempre lo estaré.

Ella sigue gimiendo mientras la embisto y, antes de darme cuenta, estoy al límite. Preparado. A punto de explotar.

—Rosie, abre la boca y saca la lengua. Quiero ver cómo te lo tragas.

Se aparta con un chasquido húmedo y obedece. Me cojo la polla y gimo al apoyar el glande en sus labios, dejando que cada descarga le cubra de blanco la lengua.

Estoy sin aliento, mirándola completamente hipnotizado, mientras sigue ahí, tan preciosa que siento que podría correrme otra vez. No aparta en ningún momento los ojos de los míos. Me mira como si yo lo fuera todo para ella.

Es una puta locura, y me importa una mierda lo del suelo destrozado.

Le paso el glande por los labios entreabiertos una última vez, le aliso el pelo con la mano y le digo:

—Traga.

Cierra la boca, y veo cómo se le contrae la garganta mientras lo hace. Luego saca la lengua y se relame los labios, como si quisiera más, y susurra:

—Mmm. Ha sido un buen sueño.

Niego con la cabeza, sin acabar de creer lo que acaba de pasar. Me aterra pensar que no se repita.

Es demasiado bueno para ser verdad.

Supongo que por eso caigo de rodillas, la atraigo hacia mí (con pintura incluida) y la beso como si me fuera la vida en ello.

Para convencerme de que esto con ella sí podría ser real.

TREINTA Y SIETE
Ford

—No me puedo creer que quieras practicar a los bolos —se burla West antes de darle un buen trago a su cerveza—. Normalmente pareces más dispuesto a atarte un ladrillo al tobillo y tirarte del embarcadero.

Tiene razón.

Y lo cierto es que tampoco me apetece jugar a los bolos.

Lo que quiero es contarle todo lo que está pasando a mi mejor amigo en un sitio público, con cámaras presentes, por si se le ocurre darme una paliza por haberme pasado toda la mañana en la ducha con su hermana pequeña frotándonos para quitarnos los restos de pintura.

Lógicamente, hicimos algo más que limpiarnos la pintura, y luego me sentí como si estuviera escondiéndome. Ocultándola.

No quiero sentirme así con Rosie, ni que ella crea que tiene que esconderse.

—Es que últimamente no nos hemos visto mucho —le digo—. Pensaba que pasaríamos más tiempo juntos cuando me viniera a vivir aquí.

West sonríe y apoya un codo en la mesa mientras esperamos a que quede libre nuestra pista.

—Es como si fuéramos dos adultos hechos y derechos con obligaciones.

Me río entre dientes.

—Cierto.

—Siempre estoy hasta arriba en esta época. La gente trae a sus potros para empezar a domarlos, está terminando el curso escolar… Por eso me gusta tanto la noche de padres, porque durante una noche cada dos semanas puedo relajarme y ser yo mismo. Si no fuera por eso, me pasaría la vida currando, criando a mis hijos y

ocupándome de la granja sin parar. Así al menos me obligo a parar de vez en cuando.

Doy un sorbo a mi cerveza y asiento, dándole vueltas a lo que ha dicho. Nunca había visto las noches de bolos desde esa perspectiva. A fin de cuentas, llegué al pueblo como un soltero adicto al trabajo y sin responsabilidades familiares.

Pero ahora que tengo varios proyectos en marcha, una casi adolescente que depende de mí y una relación a medio definir, empiezo a entender por dónde va: lo fácil que es dejar que la vida se te escape de las manos. Prueba de ello es que apenas lo he visto desde que Cora se presentó en mi puerta.

—Oye… —Se rasca la barba, dejando ver los tatuajes en los nudillos—. Si odias tanto jugar a los bolos, puedo buscar a alguien que te sustituya. Tengo la sensación de que para ti es como una especie de condena. Lo mismo prefieres traerte un libro y quedarte leyendo en nuestra mesa o algo por el estilo.

Suelto una carcajada.

—¿Por qué cojones iba a hacer eso?

Me lanza una mirada que deja claro que cree que soy un idiota.

—Porque era lo que hacías cuando éramos pequeños. Me la sudaba entonces y me la suda ahora. Sé que tú y yo somos distintos: yo soy un tío guay y tú eres un friki como la copa de un pino. Pero funcionamos juntos.

Pongo los ojos en blanco.

—West, no eres tan guay. Y que seamos amigos te viene de maravilla. Si tuvieras un amigo como tú, seríais capaces de desencadenar el apocalipsis o algo parecido.

Se encoge de hombros y da otro trago a la cerveza.

—Me estoy haciendo viejo, colega. Ahora lo más salvaje que hago es jugar a los bolos y quedarme hasta tarde para ver el *Saturday Night Live.*

—Los dos sabemos que solo ves en bucle el episodio de Skylar Stone.

Me da un puñetazo de broma en el brazo.

Sé que estoy retrasando lo que he venido a decirle. No sé cómo sacar el tema. No quiero que parezca que busco su permiso, solo

evitar que se quede a cuadros después de tantos años de amistad.

No se me dan bien las conversaciones sutiles.

Paso el pulgar por la jarra fría, intentando reunir valor para soltarlo de una vez.

—Hablando del apocalipsis… —Lo miro de reojo. Me está observando, pero mantengo la vista fija en las pistas, tratando de parecer lo más tranquilo posible. Bebo otro trago de cerveza y lo suelto de sopetón—: Estoy enamorado de tu hermana.

West no se inmuta, pero por el rabillo del ojo veo cómo asiente mientras se pasa la lengua por el labio inferior.

El silencio se alarga. Un segundo. Dos.

El estruendo de las bolas al caer a la pista y al chocar con los bolos me da una señal de que West lleva demasiado rato mirándome.

Se me revuelve el estómago y empiezan a arderme las mejillas. Cuando por fin giro la cabeza y lo miro, soy incapaz de descifrar su expresión. Con West nunca se sabe, es impredecible. Lo he visto sonreír y hacer una broma justo antes de propinarle un puñetazo a un tío.

—Mira…

—Ya lo sé —me interrumpe—. Te conozco. Me lo imaginaba.

—¿Qué? —Frunzo el ceño, desconcertado. No sé qué me esperaba que dijera, pero desde luego no esto.

—Como te acabo de decir, eres un friki total. Y Rosie es un torbellino que no se entera de nada. Creo que sois las dos únicas personas en el mundo que no se habían dado cuenta.

Si ahora mismo no estuviera concentrado en mantener la mandíbula cerrada, se me caería al suelo.

Me había preparado para un sinfín de reacciones, pero esta no estaba en la lista.

—Creo que podríamos ser algo.

¡Madre mía! Menuda gilipollez acabo de decir.

West suelta una carcajada, y tengo la sensación de que se está riendo de mí y no conmigo.

—Tío, como no te espabiles y la invites a salir como Dios manda, te voy a proponer para la lista Forbes como el multimillonario más

imbécil del planeta. Después de todo lo que has hecho por esa chica… Venga ya.

Parpadeo. Y luego otra vez. Creía que iba a ser yo quien lo iba a dejar sin palabras.

—Joder, mira que sabes darle la vuelta a las cosas.

West me dedica su sonrisa de loco y se golpea una palma con el puño.

—¿Pensabas que te iba a romper esa cara bonita que tienes, Ford?

—Yo… —Me paso las manos por el pelo y siento cómo se me estabiliza el pulso ahora que por fin me he quitado este peso de encima—. Sinceramente, no tenía ni idea de cómo te lo ibas a tomar. Eres bastante impredecible.

West da otro sorbo a su cerveza y asiente, aunque me doy cuenta de que está meditando el asunto.

—No. Creo que el único que podría ser más protector con ella que yo eres tú. Pero tengo un par de condiciones.

Echo la cabeza hacia atrás y miro al techo, preparándome para el interrogatorio. Por eso me río cuando dice:

—Primero, vas a seguir en el equipo de bolos. Y cuando encargue las camisetas, te vas a poner la tuya con una sonrisa.

—Vale. Pero sin sonrisa.

West me hace un gesto con la mano, restándole importancia.

—Segundo, vas a ayudarme a encontrar un nombre chulo para el equipo, para que empecemos a darle caña al puto Estirado.

Suelto una carcajada y me tapo la cara con la mano. El alivio de haberle confesado lo de Rosie me deja casi eufórico.

—Hecho. Solo con decir lo de darle caña a ese capullo ya me tenías ganado.

—Perfecto, pues te voy a ir soltando ideas y tú dices sí o no.

—¿Ya tienes ideas?

West se levanta y empieza a pasearse. Nunca ha sido de estarse quieto.

—Tío, soy un soltero solitario. Algo tengo que hacer cuando los niños se acuestan.

—Sí, se nota que ya no tienes el mismo encanto. Seguro que te lo gastaste todo cuando eras joven.

Abre la boca, indignado.

—Vale. Ahora sí que te voy a dar.

Hago un gesto con la mano para que continúe, encantado de que no haya ninguna tensión entre nosotros. Nuestra amistad sigue intacta.

West se balancea sobre la punta de los pies, entusiasmado con la conversación.

—«Los Bolin Stones» —propone, seguido de una pausa dramática.

—No.

—¿Qué? ¿En serio? Pensaba que te iba a encantar.

—Pues no.

—Vale… ¿Qué te parece… «4 tíos, 12 bolas»?

—Ni de coña —gruñe una voz seca detrás de mí. Me giro y veo a Bash, con una cerveza en la mano, sentándose en uno de los taburetes altos de nuestra mesa.

—¿Qué haces aquí?

Se encoge de hombros.

—Volví ayer. West me llamó hoy para practicar un poco y me dije: «¿Por qué no?».

Me vuelvo hacia West.

—No sabía que iba a venir más gente.

Ahora es West el que se encoge de hombros.

—Y yo tampoco esperaba que fueras a declarar tu amor por mi hermana justo esta noche.

—¿Rosie? —Bash frunce el ceño. Apoyo los codos en la mesa y me tapo la cara con las manos—. Ahora entiendo por qué despediste a Scotty. Ese chico solo piensa con la polla —murmura antes de darle un buen trago a su cerveza.

—Vale, basta ya de hablar de Rosie. Volvamos al nombre del equipo.

—Bash, ¿vas a ponerte la camiseta del equipo? —pregunto, ignorando a West.

Se encoge de hombros, impasible.

—Claro. Me da igual; no me preocupa salir bien en una revista. Prefiero machacar a Estirado.

Dios, soy lo peor. Solo hace falta que alguien mencione machacar a Estirado para que cambie de chip.

—Vale. —West alza las manos como si fuera a anunciar algo épico—. Tengo otro: «Hasta las bolas».

—No —digo al mismo tiempo que Bash arquea una ceja y pregunta:

—¿Pero cuántos años tienes, tío?

—Bueno, vale. ¿Y «Los Bolo Kings»?

—Suena a pandilla de gamberros de barrio bajo —suelta una voz femenina.

Me giro y me encuentro cara a cara con la mujer que siempre me atiende en el bistró donde compro el té para Rosie.

—¡Tabby! —saluda West, levantando las manos.

El nombre me suena, y su cara también. Seguro que la vi durante los veranos que pasé aquí de crío. Pero lo que me llama la atención es la mano con la que se aferra al brazo de un tío enorme.

—Te he oído hablar por teléfono antes, West. ¿Necesitáis un cuarto jugador?

West se vuelve hacia nosotros.

—Ah, sí. Se me ha olvidado deciros que Clyde el Loco está en el hospital. Tiene un problema en el riñón. He tenido que ir a verlo para asegurarle que no se han inventado el diagnóstico para robarle los órganos.

Bash gruñe y cambia de postura en el asiento.

—¿Quién coño querría los órganos de Clyde?

—Exacto. Bueno, pues aquí tenéis a Rhys. Es todo vuestro. —A pesar de lo pequeña que es, Tabby empuja al gigante como si nada. Y eso que el tío debe de medir al menos un par de centímetros más que yo y tiene el cuerpo de un jugador de fútbol americano.

Tiene un aire rudo, con el pelo largo y oscuro y barba. Pero lo que más impacta son sus ojos. No me intimido fácilmente, pero si hay alguien que pudiera conseguirlo, sería él.

A West, por supuesto, no parece afectarle.

—Tienes pinta de ser un cabronazo, ¿eh? —le suelta, dándole una palmada en el hombro.

—Y que lo digas —resopla Tabby, fulminando con la mirada la espalda de esa mole humana. Él se tensa al oírla, pero no se da la vuelta.

—¿Has jugado alguna vez a los bolos? —pregunta West.

—No —responde él, visiblemente incómodo.

—¿Eres padre? Porque si no lo eres, podemos buscarte un gato o algo parecido. Eso también valdría para la noche de padres.

—¿Quieres convertir a este tío en el padre de un lindo gatito? —Hasta Bash parece alucinado con la seguridad de West.

—No soy muy de gatos —responde el tío—. Y tampoco soy padre exactamente.

Tabby suelta una carcajada.

—Sí que lo es —dice. Luego se vuelve hacia West—. Es padre, aunque no quiera admitirlo. En cuanto al nombre, creo que deberíais llamaros «Los inmaduros».

Y dicho esto, se da media vuelta y se marcha de las pistas con paso firme.

—¡Eres una rompebolas de manual, Tabby! ¡Me encanta eso de ti! —le grita West mientras se aleja.

Ella le saca el dedo corazón por encima del hombro.

En ese momento, Bash suelta una risilla ahogada tras su pinta.

—Ya lo tenemos.

—¿Qué tenemos? —pregunta West, girándose hacia nosotros. La mole humana sigue ahí plantada, sin mover un músculo.

Bash niega con la cabeza.

—El nombre del equipo.

Observo a West mientras repite las palabras en voz baja, como probándolas, antes de sonreír con satisfacción.

—Hostia, sí, chicos. Bienvenidos a «Los Rompebolas». —Da una palmada—. Vamos a jugar. A partir de ahora practicaremos cada dos semanas. Tenemos que estar en forma para romperle las bolas a Estirado.

Me enderezo y resoplo.

—No pienso practicar cada dos semanas. Eso implica jugar a los bolos todas las semanas.

West hace una mueca y chista como si fuera a darme una mala noticia.

—Ay, lo siento mucho. Esa era la última condición para salir con mi hermanita.

Bash niega otra vez con la cabeza, se gira hacia la pista ya libre y hace un gesto a nuestro nuevo y arisco compañero de equipo.

—Vamos, novato.

Cojo la cerveza para seguirlos y miro a mi mejor amigo. Está tan emocionado que me resulta imposible enfadarme con él.

Luego me da una palmada en el hombro mientras caminamos hacia la pista, baja la voz y me dice:

—No te puedes imaginar lo feliz que estoy por vosotros dos.

TREINTA Y OCHO
Rosie

Rosie:

Te recuerdo que la gala benéfica es mañana. Hay que ir de etiqueta, así que me he tomado la libertad de enviarte un conjunto al hotel de Emerald Lake.

Ford

Buenos días, señor Grant:

Sus correos sin toda esa parafernalia formal son bastante aburridos. Si quiere volver a colarse en mis bragas, exijo algo más ingenioso y con un toque de mala leche.

¿Qué conjunto ha elegido? ¿Y si no me gusta?

Un saludo,
Rosalie Belmont
Encargada de baños de realidad
de Rose Hill Records

Señorita Belmont:

Usted casi siempre lleva tanga y falda, así que ese comentario no me preocupa. Solo tengo que apartarle la tira y follarla con él puesto.

He elegido un vestido y unos tacones. Tiene la costumbre de llevar calcetines mullidos con sandalias Birkenstock, lo que demuestra que tiene un gusto pésimo y que no se puede confiar en usted a la hora de elegir atuendo en un evento de este nivel.

Que tenga un día horrible,
Ford Grant

CEO y guardián de la moda
de Rose Hill Records

Señor Grant:

Me pondré el vestido. Pero solo podrá quitarme mis calcetines calentitos y mis sandalias cuando esté muerta y enterrada.

Un saludo,
Rosalie Belmont
Directora de pollas de Rose Hill Records

Señorita Belmont:

Acabo de dejar a Cora en el instituto y voy camino de la oficina. Cuando llegue, espero encontrarla a cuatro patas, lijando esa mancha de pintura.

¡Que tenga un día horrible!
Ford Grant
Tirano supremo de Rose Hill Records



Cuando Ford llega, no estoy lijando el suelo. Ayer limpié lo mejor que pude la bandeja y la lona, pero no pienso ponerme a cuatro patas a lijar una mancha con la falda de encaje y la blusa de seda que llevo.

Si cree que voy a hacerlo, puede irse directamente a la mierda.

Mi expresión debe delatarme porque, en cuanto me mira (estoy frunciendo el ceño desde detrás de mi mesa) esboza una sonrisa de medio lado y dice:

—Justo lo que suponía. —Cruza la oficina hacia su escritorio y deja su bandolera en la silla. Luego se acerca a la mancha de pintura

azul en lo que antes era un suelo de madera perfectamente pulido y la observa con los brazos en jarras—. Me has destrozado el suelo, Rosie Posie.

—Lo siento. La obediencia no es lo mío —respondo desde mi sitio, echándome hacia atrás en la silla para observarlo.

Ladea la cabeza y me lanza una mirada gélida. Pero incluso en ese gesto, hay algo hipnótico, una autoridad natural que desarma. Le basta un simple movimiento para imponerse. Y cuando noto cómo me recorre de arriba abajo con la mirada, se me eriza la piel.

—Si quisiera a alguien obediente, no estaría intentando quedarme contigo.

Me sonrojo. No estoy acostumbrada a ese tipo de comentarios. A que hable tan abiertamente de desearme. Me produce un subidón, una especie de adicción que me deja con ganas de más.

Siento un cosquilleo en el estómago y se me nubla la cabeza. Así que cambio de tema.

—¿A qué hora salimos mañana? ¿Vamos en mi coche o en el tuyo?

Vuelve a esbozar esa media sonrisa.

—No vamos a ir en coche, Rosie.

Al ver que se acerca a mí, levanto un dedo a modo de advertencia. Hace apenas unas horas que he salido de su cama, pero no me siento saciada. Quiero volver. Sentir su peso sobre mí. Sus dientes en mi piel. Su cuerpo embistiendo contra el mío.

Me humedezco los labios y trago saliva antes de cruzar las piernas. ¿Cómo he podido tardar tanto tiempo en darme cuenta de cómo me mira? Diez años de vida, diez años en los que he ganado perspectiva, y ahora me parece lo más obvio del mundo.

He pasado de un hombre que apenas me miraba, más interesado en los vídeos de gatitos de su móvil, a uno que no puede apartar los ojos de mí.

—Ah —digo, intentando recomponerme—. ¿Entonces vamos a ir en la Estrella de la Muerte?

—No digas tonterías. La Estrella de la Muerte es una estación espacial, no una nave. Pero sí, vamos a ir volando.

Frunzo el ceño.

—Aquí no hay aeropuerto.

—No uno público.

Me quedo callada un momento, procesando lo que acaba de decirme, hasta que abro los ojos de par en par.

—Ay, Dios mío, que al final va a ser verdad que te masturbaste pensando en tu *jet* privado.

—Más bien pensando en ti en mi *jet* privado. Y ahora tú también lo harás. —Sonríe, confiado, y sigue avanzando hasta quedarse justo delante de mí. Se inclina, con los labios a escasos centímetros de los míos y dice—: Espera a ver mi yate. —Entonces me besa hasta dejarme sin aliento y susurra—: Buenos días, señorita Belmont. Sabía que vendría con falda.

—Qué puto asco. Poned un calcetín en la puerta o algo así —anuncia West al entrar. Luego lanza un silbido y da una vuelta sobre sí mismo, contemplando la oficina—. ¡Madre mía! No me puedo creer que este sea el mismo granero polvoriento. Tengo que pasarme más por aquí.

—Ha quedado bien, ¿verdad? —Ford se endereza y va a saludar a su mejor amigo.

Se abrazan, dándose una de esas palmadas de machote en la espalda, y yo los observo, sonriendo. No sabía cómo iba a tomarse West lo nuestro, pero el mensaje que me mandó anoche fue toda la confirmación que necesitaba. Decía: «Si pudiera fabricarte un novio a medida, el resultado sería Ford Grant».

Y eso fue todo.

Yo le contesté: «Un poco raro, pero gracias».

Y no volvimos a decir nada al respecto.

Creo que salió todo lo bien que podía salir, así que ¿para qué tentar a la suerte?

—He venido a confirmar tu talla para las camisetas que voy a pedir…

—¿Qué camisetas? —pregunto.

Ford se gira hacia mí y me mira con los ojos entrecerrados.

—No te metas donde no te llaman, Rosalie.

Es un comentario tan infantil, tan propio de él, que no puedo evitar soltar una carcajada.

—¿Qué me estás ocultando, jefe?

West se ríe; se nota que está disfrutando.

—Sí, nuestro chico ha aceptado llevar la camiseta del equipo de bolos a cambio de salir contigo.

—¡Oye! Que no fue un intercambio, solo un gesto de buena fe entre amigos de toda la vida.

La idea de Ford con una camiseta de un equipo de bolos me parece tan absurda, tan opuesta a su esencia, que me echo a reír.

—Ay, por favor. Estoy deseando veros. Va a ser la leche. ¿Se admiten animadoras en vuestras partidas?

Ford se lleva los dedos a las sienes y empieza a masajearlas en círculos lentos, como si yo fuera la causa directa de que le estén saliendo canas.

Y no me cabe la menor duda de que algún día lo seré.

Entonces West suelta:

—¡Hostia, tío! ¿Quién te ha jodido así el suelo?

Los tres nos giramos hacia la mancha gigante. El tono oscuro de la madera asoma en varios puntos. Digamos que, al limpiar, moví la lona con la pintura todavía fresca y ahora parece una especie de brochazo gigante con salpicaduras alrededor. Ojalá me sintiera culpable, pero no es así.

Ford se queda quieto, con los dedos aún apoyados en las sienes.

Decido echarle un cable.

—¿Eso? Es arte moderno. Es el último grito en la ciudad. Una especie de… punto focal asimétrico para el espacio.

Es una chorrada monumental. Espero que mi hermano esté lo bastante desconectado del mundo del arte y de la ciudad como para tragárselo.

West se lleva las manos a las cintura, asiente y examina la «obra» con atención. Y cuando dice:

—Me gusta. Mola.

Suelto un suspiro de alivio mientras Ford carraspea para disimular la risa.



—¿Le has dicho a Cora que esto es tuyo?

Ford me mira frunciendo el ceño desde su asiento tan mullido que parece una nube.

—Claro. ¿Cómo crees que fuimos a Calgary?

—Espera. —Levanto la mano libre, la que no sostiene la copa de champán, para detenerlo—: ¿Fuisteis volando a Calgary? ¡Pero si solo está a tres horas en coche!

Ford pone los ojos en blanco.

—¡No me digas! Pensé que sería algo divertido, pero Cora se pasó todo el vuelo echándome la bronca por lo malo que es para el medioambiente. Seguro que se lo cuenta a mis padres mientras pasa estos días con ellos. Pero tenemos que estar de vuelta para el domingo. Va a hacer una pequeña fiesta de fin de curso con unas amigas en casa de mis padres y no quiero perdérmela.

Contengo la risa, porque puedo imaginarme perfectamente a Cora echándole la bronca… mientras toda la familia Grant le organiza una fiesta en su pedazo de casa junto al lago.

—Eso es una locura total.

Se encoge de hombros.

—Ve acostumbrándote.

Sonrío con timidez y me termino el champán de un trago. ¿En qué momento ha dado mi vida este giro?

—¿Y esta gala benéfica para qué es exactamente?

—Fuiste tú la que aceptó la invitación.

—Ya lo sé, pero solo buscaba una excusa para tocarte las narices por correo. Tuviste suerte de que no te reenviara el correo de *People* donde pedían un resumen de tu historial amoroso para un artículo que iban a escribir.

Ford suelta una carcajada baja y niega con la cabeza.

—¿Y qué les dijiste?

—Que eres un ermitaño virgen que mantiene una relación exclusiva con su yate. Y cuando me preguntaron por qué nunca se

te ve en público con mujeres, les respondí: «¿Habéis intentado sacar un barco de ese tamaño de paseo? Es un engorro».

Ahora sí me fulmina con la mirada.

—Vale, no contesté. Lo borré directamente.

Asiente.

—Bien hecho. Es una gala para recaudar fondos para la reconstrucción de la zona tras el incendio forestal del año pasado. Se pusieron en contacto conmigo porque le dije a Bash que podía darles mi dirección de correo.

—Vaya, qué gesto tan sorprendentemente generoso por tu parte.

—Rosie, deja de decir tonterías y ven aquí. —Se da una palmada en el muslo.

La Rosie de antes ya lo estaría mandando a tomar por culo. Pero la Rosie de ahora se levanta, se sienta a horcajadas sobre él y lo besa con ganas, sonriendo, porque, efectivamente, lleva falda.



—¿Seguro que está todo dentro? No cierres la puerta hasta que lo compruebes. Como se estropee el vestido, vomito.

Ford asoma la cabeza por la puerta abierta del coche.

—Si vomitas encima del vestido, lo estropeas tú. Contrólate.

—Ford, este vestido cuesta lo que yo gano en un mes.

Frunce el ceño.

—¿En serio?

—Sí.

—Qué barbaridad. —Se endereza—. Recuérdame que te suba el sueldo cuando volvamos a casa. —Cierra de un portazo y rodea el coche para subir por el otro lado.

En cuanto se sienta, empiezo a protestar por lo del sueldo, pero él saca el móvil para ver si tiene mensajes.

—Ni se te ocurra abrir la boca para discutir esto, o te meto algo en ella para que te entretengas.

El chófer pone el motor en marcha y yo aprieto los labios mientras miro por la ventanilla el paisaje de montañas áridas y viñedos que descienden hasta la orilla del lago. Intento no reírme por lo borde que puede llegar a ser Ford… y por la cara de horror que ha puesto el pobre señor mayor que va al volante.

En lugar de sentarse detrás del conductor, Ford se acomoda en el asiento del centro, junto a mí, y se abrocha el cinturón sin levantar la vista del teléfono.

No para de mover los pulgares mientras manda mensaje tras mensaje. No lo dice, pero se nota que está nervioso por haber dejado a Cora. Ha escrito a su madre para saber cómo estaba y Gemma le ha dicho que se tome un ansiolítico y disfrute de la noche. Por la velocidad con la que teclea, está claro que no era la respuesta que quería.

Le pongo una mano en el muslo, intentando tranquilizarlo. Con ese esmoquin está para comérselo. Estoy tan acostumbrada a verlo en vaqueros, jerséis gruesos y camisas de cuadros que cuando he salido del baño y lo he visto con ese traje azul medianoche casi me da algo.

Luego he visto la etiqueta de mi vestido en la papelera y he estado a punto de desmayarme. El vestido es… espectacular. Me siento como una diosa griega envuelta en seda rosa pálido. El escote es profundo y la tela se frunce a la altura de la cintura, donde se anuda en un lazo cuyos extremos caen hasta el suelo como cascadas. Es de manga larga, pero los puños se alargan por los antebrazos, con una hilera de botones diminutos forrados de seda.

Es el epítome de la feminidad, y los zapatos de ante color nude, con pulsera al tobillo y un lazo sobre los dedos son el remate perfecto. Llevo unos aros dorados sencillos y el pelo semirrecogido en ondas sueltas. Este vestido no necesita nada más.

Nunca me he sentido tan elegante. Ni siquiera yo sería capaz de estropear el conjunto con los calcetines y las sandalias solo para cabrear a Ford. Sería un sacrilegio.

Le doy un pequeño apretón en el muslo e intento calmarlo.

—Se lo va a pasar genial con ellos.

—Ya lo sé.

Se nota que está tenso, y no puedo evitar sonreír. Verlo en modo «padre» es una debilidad que no sabía que tenía. Ford ya me parecía irresistible antes, pero verlo tan pendiente y protector con esa niña que adoro lo vuelve directamente letal.

—Han criado a dos personas increíbles —añado, dándole otro apretón—. Cora tiene suerte de pasar tiempo con ellos.

No dice nada; simplemente desliza la mano por encima de la seda que me cubre la pierna, imitando mi gesto.

—Me siento como una princesa —murmuro, contemplando el sol ponerse sobre las cumbres de Emerald Lake.

—Lo eres.

Suspiro.

Tiene ese don: no me dice que «parezco» una princesa, sino que «soy» una princesa. Una diferencia minúscula, pero enorme a la vez.

Hacemos el resto del trayecto en silencio, observando las montañas bajas y el paisaje árido. Rose Hill es agreste y salvaje. Emerald Lake tiene un aire más refinado. Es una ciudad universitaria rodeada de bodegas y huertos; un lugar donde los políticos y los jugadores de hockey tienen sus casas de verano.

Es lo bastante pequeña para resultar acogedora, pero lo bastante exclusiva (y lo bastante cerca de Vancouver) como para albergar un evento como el de esta noche.

Cuando el coche se detiene frente al resort del lago, está todo iluminado, con sus columnas altas y una entrada imponente.

Tengo la sensación de que debería estar trabajando aquí, no asistiendo como invitada, pero me guardo ese pensamiento y me dejo envolver por el ambiente, apoyada en el cuerpo fuerte y cálido de Ford.

Me roza el cuello con la yema de los dedos al apartarme el pelo del hombro y se inclina hacia mí. Es como ese momento en las películas de Drácula en el que está a punto de morder a la chica…, solo que aquí hay muchísima más tensión sexual.

—¿Lista? —me susurra al oído antes de rozar con los labios la curva de mi cuello.

—Sinceramente, si este vestido no fuera tan bonito, te pediría que me llevaras de vuelta a esa suite tan cara con vistas al lago y me lo

arrancaras.

Sonríe contra mi cuello. El gesto de sus labios y el roce de su barba de tres días me hacen cosquillas en la piel.

—Aún estoy a tiempo.

Me giro hacia él y le doy un leve empujón en el pecho.

—Como estropees este vestido, te dejo.

«Te dejo».

Abro mucho los ojos. Acabo de ponerle una etiqueta a lo nuestro antes de tiempo.

Dios. ¿Cuántas chicas habrán querido atarse a él? No las culpo. Yo también estoy en esa situación: completamente colada por Ford Grant, el capullo que conozco desde niña.

Me pongo roja y me giro para salir del coche antes de que pueda burlarse de mí. Aunque suelo pedirle que me vacile, no sé si podría aguantar sus pullas por este lapsus en concreto.

El conductor me abre la puerta y Ford sale detrás de mí sin decir nada. Solo coloca la mano en la parte baja de mi espalda y me guía hacia la alfombra roja de la entrada.

TREINTA Y NUEVE
Ford

¿Soy un capullo al sonreír por el lapsus de Rosie?

Puede que sí. Pero no me preocupa; hace tiempo que asumí quién soy.

Camina a mi lado con la cabeza bien alta, mientras la luz le ilumina las clavículas, sin atreverse a mirarme a los ojos.

Creo que lo que más me divierte es que, con toda esa chulería y seguridad que tiene, lo que la haya puesto nerviosa sea algo tan simple como insinuar que estamos juntos.

Ese suele ser mi papel: soltar algo sin pensar y luego tener que recular con torpeza o añadir alguna bordería para disimular. No entiendo por qué se altera tanto.

Es casi como si no hubiera estado prestando atención.

Porque, si lo hubiera hecho, sabría que llevo queriendo esto desde hace muchísimo tiempo. Queriéndola a ella. Así que sí, puede apostar su precioso culo a que estamos juntos.

Deslizo la mano por su vestido de seda, disfrutando de la curva de su espalda y de la ausencia de marcas de ropa interior, antes de pasarla por su cadera con gesto posesivo mientras avanzamos por la alfombra roja hasta el patio. Es un espacio amplio y pavimentado junto al lago, con guirnaldas de luces que cuelgan de unas palmeras que, desde luego, no son autóctonas. Al fondo hay unas puertas correderas enormes que dan al salón de baile.

Estoy a punto de apartarnos de toda esta parafernalia de la alfombra roja cuando el fogonazo de un flash nos detiene en seco.

Odio que me saquen fotos sin permiso. Es una invasión a mi privacidad que he tenido que soportar toda la vida. Mi padre hizo lo posible por mantenernos a Willa y a mí fuera del foco mediático, pero nunca lo consiguió del todo. Aun así, aprendí a poner buena cara; eso también me lo enseñó mi padre.

Aprieto los dedos en la cadera de Rosie y ella se gira hacia mí. Sube la mano por mi pecho y se aferra a mí, y yo la estrecho aún más.

El fotógrafo sonríe y una mujer rubia con un vestido rojo de lentejuelas y una grabadora en la mano aparece detrás de él.

—Ford Grant, es un placer tenerlo por aquí esta noche, apoyando la reconstrucción de Emerald Lake tras el incendio.

Le dedico una sonrisa medida, de esas que he ensayado mil veces.

—El placer es mío…, o lo era hasta que nos han hecho una foto sin permiso.

La mujer palidece, aunque recobra la compostura enseguida.

—Lo siento muchísimo. ¿Quiere que le diga al fotógrafo que la borre?

Rosie mueve los dedos sobre mi pecho en pequeños círculos. Seguro que es su forma de decirme que me porte bien. Pero ella me conoce: soy educado, aunque no siempre lo parezca.

Ahora mismo puedo verla perfectamente poniendo los ojos en blanco y pensando que me estoy comportando como un capullo.

—No, solo me gustaría que nos lo pidieran antes.

Todos se quedan en silencio. La mujer duda un instante antes de preguntar:

—¿Podemos hacerles una foto para el periódico?

Rosie intenta salvar la situación:

—Oh, no hace falta…

—Por supuesto —respondo, esta vez con una sonrisa de verdad.

La mujer cuenta hasta tres y, ahora sí, miramos al objetivo, con Rosie bien pegada a mi costado.

El fotógrafo nos enseña la foto en la pantalla de la cámara y, al verla, trago saliva para disimular el nudo que se me forma en el pecho. Joder, qué bien salimos juntos.

—¿Y con quién ha venido esta noche, señor Grant? Lo incluiremos en el pie de foto.

Noto cómo Rosie se tensa. No sé qué espera que diga, pero seguro que no esto:

—Con mi novia, Rosalie Belmont.

Y así es como entro en la fiesta con una novia muda del brazo.

Nunca había disfrutado tanto de que me hicieran una foto.



La noche avanza entre conversaciones tediosas y sonrisas impostadas. Creo que eso es lo que más odio de este tipo de eventos: la falsedad generalizada. Todos tienen su propio interés y a la inmensa mayoría le importa una mierda la reconstrucción después de un incendio devastador.

Las vidas destrozadas.

Las reclamaciones al seguro denegadas.

El ganado perdido.

El impacto medioambiental.

La lista sigue, y cuanto más pienso en ello, más me agota la tragedia. Y más me cabrea todo este circo de peloteo, postureo y politiqueo. Porque este evento no es para ayudar a nadie; es para los que mueven los hilos: los lobistas, los contratistas, los magnates de la construcción.

Esto no va sobre el incendio, sino sobre su dinero y sus intereses. Como todo lo que acaba manchado por los billetes.

Lo mismo que pasó en Gramophone: un grupo de tíos trajeados sentados alrededor de una mesa, decidiendo recortar lo que se pagaba a los artistas para dar un extra a los accionistas.

Estoy harto y asqueado de todo este mundo.

Por eso me fui a las montañas. A Rose Hill.

A Rosie.

Lo único bueno de la noche es ella, moviéndose por la sala con tanta… soltura. Sonríe con naturalidad; sonrisas reales. Se ríe y contagia a todos los que están cerca.

Aunque no lo hayamos hablado, la presento a todo el mundo como mi novia y, cada vez que lo hago, ella se pega un poco más a mí.

No puedo dejar de mirarla. El brillo de la seda rosa pálido sobre su piel me tiene hipnotizado. Me parece sensual hasta la forma en que sus labios pintados tocan el borde de la copa de champán. Ver cómo traga y cómo se le mueve la garganta hace que me acuerde de aquella mañana entre pintura.

Brilla con luz propia, y todos lo notan. Todos se sienten atraídos por ella, como siempre ha pasado.

Rosie en una fiesta junto al lago. Rosie jugando al vóley en la playa. Rosie de excursión. Rosie en la puta cola del supermercado. La he visto atraer miradas toda su vida, y ni siquiera creo que se dé cuenta de lo natural que le sale.

—¿Rosie? ¿Eres tú? —pregunta una voz femenina a nuestra derecha.

Me giro y noto su mano rozándome la espalda mientras se adelanta un paso, pero sin despegarse de mí.

—¿Faye? —Se le iluminan los ojos al ver a la mujer morena, un poco más joven que ella—. ¡Hola! —exclama, casi chillando, mientras la abraza con el brazo libre. Aprieto los labios para no reírme; creo que el champán se le está subiendo a la cabeza y está afectando su control del volumen.

Con la ginebra le pasaba lo mismo de adolescente.

Rosie se separa un poco.

—¿Cómo estás? ¿Qué haces aquí?

—Dejé Apex y me vine a hacer un máster. Periodismo. Estoy colaborando con un medio local antes de que empiecen las clases en otoño. —Levanta la acreditación de prensa que lleva colgada al cuello y sonríe.

Rosie le devuelve la sonrisa más genuina de todo el evento mientras la sujeta por los hombros para mirarla bien.

—Me alegro muchísimo. Ah, este es… —Me mira por encima del hombro, con los labios curvados en una sonrisa que refleja la mía, porque he sido yo quien la ha estado presentando así toda la noche. Ahora le toca a ella—. Este es mi novio, Ford.

Faye me mira con los ojos muy abiertos.

—Encantada —dice, tendiéndome la mano.

—Lo mismo digo. —Intento sonreír, pero nunca se me han dado bien este tipo de eventos ni fingir que me gustan las conversaciones triviales.

Faye vuelve a mirar a Rosie y se aclara la garganta.

—Lo siento, pero tengo que decírtelo. Necesito quitarme este peso de encima. Siento muchísimo lo que pasó. —Hace un gesto entre las dos—. En la oficina. Con Stan.

La sonrisa de Rosie se apaga un poco.

—Sí, yo también.

—Todo el mundo especula sobre lo que ocurrió, pero nadie se atreve a hacer más que cuchichear junto a la máquina del agua.

Noto cómo Rosie se tensa y aprieto los dientes mientras la mujer sigue hablando.

—Por si te sirve de consuelo, aquello es un desastre. Lo más probable es que acabe hundiéndose. Iba cuesta abajo y sin frenos cuando me fui.

Ahora soy yo quien se tensa.

—Qué pena —dice Rosie, con tono neutro.

Se quedan en silencio un par de segundos en los que podemos oír el murmullo de fondo… hasta que ambas estallan en carcajadas.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Rosie, secándose las lágrimas.

Faye se inclina hacia ella y baja la voz.

—No paraban de cambiar de oficina. No sé si por dinero o por qué. Primero les llegó un aviso de desahucio inmediato y mandaron a todo el mundo a teletrabajar mientras lo solucionaban. Luego se mudaron a otro edificio… y los volvieron a echar. Y así una y otra vez. Creo que eso los está dejando en números rojos.

Rosie abre la boca, sorprendida.

—Pero… ¿no tienen contratos que impidan algo así?

Estoy apretando tanto los dientes que noto cómo me cruje la mandíbula, pero intento parecer tranquilo mientras miro a mi alrededor.

Faye se encoge de hombros.

—Supongo que sí, pero los costes legales también suman. Todo ha sido muy turbio. Nadie sabe por qué. Esta noche he oído que les ha vuelto a pasar.

Rosie se pone rígida, gira la cabeza hacia mí y me fulmina con una mirada que me deja helado.

Rosalie Belmont es lista como el demonio.

Lo bastante lista como para atar cabos.

Así que lo único que puedo hacer es quedarme quieto mientras observo cómo encaja las piezas en tiempo récord.

—Joder. Eso es… —Niega con la cabeza y se vuelve hacia Faye, recobrando la compostura—. Bueno, el imperio de Stan se va a la mierda… Qué lástima, con lo buena persona que es.

Ambas vuelven a reírse, mientras yo tengo el corazón a mil y el estómago del revés.

Después siguen charlando unos minutos más, poniéndose al día y, cuando Faye por fin se despide, Rosie vuelve a mi lado, entrelaza los dedos con los míos y murmura entre dientes:

—Tú y yo tenemos que hablar.

—¿De qué?

—En privado —dice sin más mientras me arrastra fuera del salón, con una sonrisa tan falsa como la del resto de víboras que reptan a nuestro alrededor.

Y aunque yo no finja sonreír, empiezo a pensar que tal vez no sea tan distinto de ellos.

CUARENTA
Rosie

—¿Aquí? —pregunta Ford mientras arrastro su maldito culo fuera del evento.

—No. No quiero que ningún imbécil nos saque una foto mientras te echo la bronca y luego publique un titular llamándote «El multimillonario que más ha metido la pata del mundo».

Sonríe con esa calma suya que me saca de quicio.

—Bueno, al menos ese titular tendría algo de carácter.

¿Quiero arrancarle la cabeza? Sí.

¿Quiero protegerlo a toda costa? También.

Si esa periodista rubia escribe una sola palabra negativa sobre él, juro que le quito las extensiones de un tirón.

Lo ignoro, hago un gesto al chófer para que acerque el coche y me siento en uno de los extremos de la parte trasera.

Como era de esperar, este imbécil encantador hace lo mismo que antes y se sienta en el medio, junto a mí. Siempre he sabido que Ford es testarudo y que jamás se disculpa por lo que piensa, y esta reacción no hace más que confirmarlo.

Viajamos en silencio, con las manos apoyadas en las rodillas del otro, mirando por la ventanilla mientras la noche oscura pasa como un borrón por las carreteras prácticamente vacías. En cuanto el coche se detiene frente a nuestro lujoso hotel, situado sobre un acantilado con vistas al lago, salgo disparada por la puerta. El chófer se queda desconcertado por no haber podido abrirla él, pero yo ya voy cruzando el camino pavimentado, con el susurro de la seda y el taconeo de mis zapatos acompañando mi paso hacia la entrada principal.

Oigo el murmullo grave de Ford dando las gracias al hombre, que seguro que volverá a casa y le contará a su pareja lo raros que han sido los clientes de esta noche.

Voy directa a nuestra habitación sin girarme en ningún momento. Su risa profunda me alcanza mientras se acerca por detrás. Solo con oírla se me eriza la piel.

Estoy enfadada con él, pero mi cuerpo no parece haberse enterado y los pezones se me endurecen igual.

Puto Ford Grant.

Cuando me detengo frente a la puerta, ya está a mi lado. Me ha alcanzado sin esfuerzo gracias a su buena forma física y a esa altura imposible. Mientras yo salía hecha una furia, él ha venido tan tranquilo… y, aun así, ha llegado al mismo tiempo que yo.

Es desesperante.

Me fijo en las venas que se marcan en su mano bronceada, resaltadas por el azul medianoche de la chaqueta de esmoquin. Pasa la tarjeta, abre la puerta y entra detrás de mí.

En cuanto oigo el clic de la puerta al cerrarse, me vuelvo de golpe hacia él.

—¿Quieres explicarme qué narices ha pasado?

Ford se muerde la parte interior de la mejilla y se apoya con un hombro en la pared, imperturbable ante mi enfado.

—¿Qué quieres que te explique? Te dije que iba a arruinarlos. Tú dijiste que querías olvidarlos, que no querías revivirlo todo otra vez. Lo único que he hecho ha sido cumplir mi promesa y respetar tus deseos.

Respiro hondo y vuelvo a aquella noche en el embarcadero, cuando le dije todas esas verdades entre lágrimas.

Escuchó cada una de mis palabras. Las entendió todas.

—Creí que solo estabas… —agito las manos en el aire, buscando cómo decirlo— hablando por hablar.

Ladea la cabeza, de esa forma tan suya, y una oleada de calor me atraviesa por completo.

—Ese es el problema, Rosie, que has pasado demasiado tiempo rodeada de hombres que solo saben hablar, pero no tienen agallas para cumplir lo que prometen.

Trago saliva y noto cómo todo dentro de mí se contrae.

—Stan está aprendiendo una lección muy valiosa —dice, echando un vistazo a su Rolex—. De hecho, tu amiga tenía razón: ha

aprendido otra hace apenas unas horas.

—¿Qué lección? —pregunto en voz baja, sorprendida por la audacia de Ford. Por su brutalidad.

—Que no tiene poder. Ni influencia. Que puede perder todo lo que tiene en un segundo. Está probando una pizca de lo que te hizo sentir a ti.

Estoy en *shock.* Y no entiendo muy bien por qué. Siempre he sabido que Ford es así: frío y letal, pero con un fondo noble.

Sin embargo, esta faceta suya vengativa es nueva. Debería asustarme, pero no puedo evitar sentirme fascinada por un hombre capaz de llegar tan lejos por mí.

Parece un depredador. Con esa voz tranquila y su actitud reservada, es el tipo de hombre al que nadie ve venir. Pero aquí está, como un gato jugando con el ratón mientras lo va matando poco a poco. Y yo soy lo bastante fuerte como para no apartar la mirada.

De hecho, me siento más fuerte que nunca. Incluso en medio de la frustración que me provoca Ford, siento que estoy empezando a encontrarme a mí misma. A descubrir hasta dónde estoy dispuesta a llegar y a trazar los límites de lo que quiero y no quiero en mi vida. La Rosie buena, la que siempre trataba de complacer a todo el mundo, ya no existe. En su lugar hay una nueva versión de mí: una que entiende que en la vida no todo es blanco o negro, que las personas cambian, se equivocan, aprenden y se reinventan.

No hay una etiqueta para esa Rosie. No hay un papel en el que encaje.

Solo soy yo, por fin, entrando en una versión de mí misma que me hace feliz.

He recuperado las riendas que un día perdí. Y ahora siento que vuelvo a tener el control. Me enderezo un poco más, dejando que esa certeza me recorra por completo.

—¿Cómo lo has hecho?

Miro a Ford y me siento bien. Por primera vez, me siento de igual a igual. Hablar de esto abiertamente me hace sentir que somos un equipo de verdad. Un equipo increíble.

—¿En serio quieres saberlo?

Aprieto los labios, dudando. Quizá no sea buena idea conocer todos los detalles turbios.

—Hazme un resumen. Lo justo para no acabar en la cárcel.

Asiente con firmeza y se mete las manos en los bolsillos. No creo que sea consciente de lo guapísimo que está ahora mismo, de pie, en la penumbra de la habitación. La luz que entra por la ventana le da un brillo casi iridiscente.

—Últimamente he empezado a invertir fuerte en el sector inmobiliario de Vancouver.

Abro los ojos de par en par.

—¿Estás comprando edificios?

—Es una buena inversión.

Mi voz se eleva al mismo ritmo que mi incredulidad.

—¡No, no lo es! ¡Esos rascacielos deben de costar millones! Es una locura.

Le estoy gritando y él no hace más que sonreír de medio lado.

—Decenas de millones. Cada uno.

Noto cómo se me va toda la sangre de la cara.

«Decenas de millones».

—Ford, todo esto es porque… No puedes… No puedes gastarte todo ese dineral por mí, y menos por un simple juego de poder. Es una irresponsabilidad. Yo no valgo… —Le grito porque necesito acallar el nudo que se me forma en el estómago al pensar en todos esos ceros.

—¡Vales cada puto céntimo! —brama, con los brazos extendidos—. Soy cuidadoso con mi dinero. Incluso diría que filantrópico. Pero esto no es ningún juego. Estoy enamorado de ti. Y esto es calderilla comparado con lo que estaría dispuesto a gastar por ti. No hay cifra que no daría por ver a ese imbécil pagar por cada momento de angustia e inseguridad que te causó.

Se planta frente a mí con dos zancadas, con el cuerpo tenso, vibrando de rabia. Luego me agarra por ambos lados del cuello, obligándome a mirarlo, mientras traza con devoción la línea de mi mandíbula con los pulgares.

Me mira con una intensidad abrasadora, y a mí se me llenan los ojos de lágrimas.

—Escúchame bien, Rosie. Vales cada céntimo. Cada fortuna. Cada inversión. Cada riesgo. Para mí, no tienes precio.

Se me escapa una lágrima que me cae por la mejilla. Ford la sigue con la mirada, con esa furia contenida que tantas veces le he visto y que ahora, por fin, empiezo a comprender.

Durante años la he malinterpretado. Pensaba que estaba furioso conmigo. Pero no. Estaba furioso por mí.

—¿Entendido? —pregunta con un gruñido.

Bajo la cabeza y asiento despacio con un leve sollozo.

—Creo que sí.

Me he pasado años preguntándome por qué los chicos con los que estaba nunca sintieron la necesidad de defenderme, y ahora tengo delante a un hombre que ha hecho de eso su misión. Incluso en medio de una discusión apasionada, consigue que me sienta más segura que nunca.

Es… abrumador. Es desgarrador. Es como llegar a casa.

Nos miramos a los ojos y, con un suspiro tembloroso, me lanzo sobre él. Lo beso. Me agarro a las solapas de su chaqueta con una necesidad tan imperiosa que duele. Cuando sus labios reclaman los míos y me sostiene la cabeza con su mano grande y firme, como si fuera lo más valioso del mundo, el pecho me arde.

Nos aferramos el uno al otro, pero no es suficiente. No estamos lo bastante cerca. No es lo bastante intenso. No sé qué decirle, no encuentro las palabras. Lo único que tengo claro es que quiero envolverme en él, en su calor, en su protección.

Después de tantos años intentando salir adelante sola, esforzándome por abrirme camino, por no meterme en líos, siento que por fin tengo un lugar donde quedarme. Un lugar donde puedo mostrar mi versión más insoportable, más borde, más desastre, la que lleva calcetines con sandalias y, aun así, sentirme querida.

Es un tipo de amor que nunca había conocido.

Un refugio con el que ni siquiera me había permitido soñar.

El aroma a sándalo de su colonia me embriaga; el roce experto de su lengua contra la mía me incendia por dentro.

—Quítate esto. Ya —le ordeno entre beso y beso, incapaz de apartarme lo suficiente para hablar.

Ford gime contra mi boca mientras le desabrocho la camisa y se libra de la chaqueta. Le arranco los últimos botones sin pensarlo siquiera. Si puede gastarse millones en venganzas, puede comprarse otra camisa.

Y, cuando veo la cadena plateada con la dichosa llave, salpicada de diminutas motas de pintura azul claro, el aire se me escapa de los pulmones.

—¿La sacaste de la pintura?

—Por supuesto. Pienso llevarla siempre.

Un segundo después, recorro su piel desnuda con las manos. Memorizo con las yemas de los dedos cada relieve, repasando uno a uno sus abdominales. Subo hasta su pecho y gimo al rozarle un pezón y sentir cómo se endurece, igual que los míos.

Me aparto un instante para admirarlo. La luz plateada resalta cada ángulo de su cuerpo tonificado.

—Joder. Voy a seguir empujándote al lago durante años solo para verte nadar. —Le oigo soltar una risa baja—. Quítate los pantalones.

Me mira con descaro mientras se desabrocha el cinturón con calma. Ese simple gesto basta para humedecerme. Cuando los pantalones caen al suelo, le bajo los bóxers y le rodeo la erección con la mano.

Cuando giro la muñeca y acaricio con los dedos la línea de la clavícula, Ford resopla entre dientes. Me asombra lo esculpido que está su cuerpo, cómo cada rasgo (la nariz, la mandíbula, el arco de las cejas…) parece tallado en piedra, lleno de aristas y líneas duras.

Tiene una belleza salvaje, de esas que impresionan más que enternecen. No es bonito ni delicado, no tiene ese aire de chico bueno o vecino encantador. En Ford hay algo oscuro, peligroso. Su mandíbula es afilada, los labios llenos y bien formados, y sus ojos astutos.

—Siento no haberme dado cuenta antes —murmuro, recordando todos los veranos que pasamos tirándonos los trastos a la cabeza, imaginando cómo debió de verse todo desde su perspectiva.

Para mí, solo era el mejor amigo de mi hermano, un capullo con lengua afilada que siempre soltaba algún comentario sarcástico. Pero estuvo ahí cada vez que lo necesité.

Y yo ni siquiera lo vi.

—Siento no habértelo dicho nunca —susurra. Desliza los dedos entre nosotros y afloja el lazo de mi cintura. En cuanto se suelta, me basta con dejar caer los hombros para que el vestido de seda, con su escote generoso, resbale hasta mis pies y forme un charco de rosa pálido a mi alrededor.

El aire fresco me acaricia la piel, erizándome hasta el último vello, como si cada célula de mi cuerpo se estirara hacia él, ansiando su contacto.

—Ford, yo… —empiezo, pero él me interrumpe con dulzura.

—Rosie. —Le tiembla la voz mientras me recorre con una mirada cargada de deseo. Retira con delicadeza uno de los cubrepezones en forma de margarita—. Creo que deberíamos dejar de hablar un rato. Hay cosas mucho más importantes que quiero hacer con la boca.

Inclina la cabeza hacia mi pecho y atrapa mi pezón entre los labios con un gruñido ronco. Echo la cabeza hacia atrás, el pelo me roza la espalda, y me dejo arrastrar por la sensación de ser adorada por Ford Grant.

El pequeño tirón al despegar el adhesivo del otro pecho se convierte en un latigazo de placer que va directo a mi entrepierna, mientras sigue jugando con mi otro pezón con la boca.

Cuando cambia al otro lado, el roce de su cabello oscuro hace que me flaqueen las piernas. Me tambaleo sobre los tacones y termino con la espalda pegada a la pared.

Me aferro a sus hombros y dejo que sus labios recorran mi cuerpo con lentitud. Luego se arrodilla ante mí y, con las manos abiertas sobre mis costillas, desliza la lengua entre mis pechos, me roza el vientre con los dientes y me da un pequeño mordisco justo bajo la cadera. Me estremezco y me arqueo hacia él.

Ford se aparta un poco y me mira. Contempla mi vientre, mis piernas, mi centro.

Apoya el pulgar a un lado de mi sexo y me lo abre con delicadeza.

—Ford…

—Rosie, cállate y déjame admirarte.

Se me acelera la respiración mientras pasa los dedos por mi coño, extendiendo la humedad hasta el clítoris. Cada roce me provoca un

delicioso escalofrío, pero no puedo apartar la vista de su rostro ni de ese gesto de concentración absoluta que tiene. Es la misma expresión que adopta cuando escucha una maqueta con los cascos puestos y se aísla del mundo.

Alza los ojos verde bosque hacia mí.

—Me encanta ver lo mojada que estás por mí. Es la prueba de que esto es real.

Después, baja la cabeza entre mis piernas y le rinde a mi coño la misma atención reverente que ha tenido antes con mis pechos.

Echo la cabeza hacia atrás y la apoyo contra la pared mientras su lengua me enardece. El roce de su barba contra la piel hipersensible del interior de los muslos me hace temblar. Me incendia con cada movimiento, con cada presión firme de los labios. Me muevo contra su boca, buscando más, y él no se aparta; al contrario, me levanta una pierna y luego la otra sobre los hombros y se entrega a fondo con un gruñido hambriento.

Me siento fuera de mí, como si me deshiciera en una nube de placer, capaz de flotar si no fuera por el hombre entre mis piernas, que me sostiene y devora como si fuera lo mejor que ha probado en su vida.

La tensión se acumula en la base de mi espalda, tirando de mis caderas.

—Dios… Joder —murmuro, enredando los dedos en su pelo. Curvo los dedos de los pies dentro de los tacones que llevo puestos, aún abrochados a los tobillos.

Siento que estoy a punto de alcanzar el clímax. Puedo verlo delante de mí, temblando en el aire, como las ondas de calor en un día abrasador. Tan real que podría alargar la mano y tocarlo.

Pero Ford se aparta y la sensación se desvanece. Suelto un gemido de frustración y golpeo la pared con el puño antes de mirarlo desde arriba.

Tiene esa sonrisa ladeada tan suya y los ojos brillantes, casi sobrenaturales.

—¿Qué estás haciendo? —me quejo, con la voz ronca.

—Mirarte —responde Ford. Baja la mirada hasta mi coño abierto y vuelve a subir hasta mi cara.

—Pues mírame menos y sigue con lo de antes.

Me baja una pierna del hombro, luego la otra, y se queda en cuclillas, demasiado satisfecho consigo mismo.

—Aún no —murmura.

Abro mucho los ojos, desbordada por la frustración.

—Me estás torturando.

Ford suelta una risa grave y profunda que hace que me tambalee sobre unas piernas ya temblorosas. Se pone de pie y me observa desde arriba.

—Tú me has torturado durante años.

Me da un beso rápido, y puedo saborearme en sus labios; algo que me produce una satisfacción extraña y primitiva.

Luego se agacha y me levanta como si no pesara nada. Supongo que, para un hombre de su tamaño, probablemente sea cierto. Me lleva con facilidad al interior de la suite en penumbra.

—Si hay algo que deberías saber es que me encanta jugar con la comida antes de devorarla —me susurra al oído. Me deja caer sobre la cama y avanza hasta que sus rodillas chocan con el borde del colchón. Cierro las piernas de forma instintiva—. Ábrelas, Rosie.

El pecho me baja y me sube con cada respiración acelerada. Pero obedezco y hago lo que pide. En este momento, siento que podría estallar bajo la intensidad de su mirada.

—Está demasiado oscuro para verte.

Lo veo moverse alrededor de la cama hasta llegar a la mesilla y encender la lámpara. Una luz dorada inunda la habitación, acentuando cada sombra sobre su cuerpo. Levanto la vista hacia donde está, cerca de mi cabeza, y lo observo mientras se toma un momento para contemplarme, tumbada y abierta para él. Cuando oigo el gruñido de aprobación que le nace del pecho, me tenso, expectante.

Coge dos almohadas del cabecero y se mueve por el costado de la cama, hasta quedar de pie junto a mí, observándome, completamente expuesta.

—Date la vuelta, Rosie. Ponte a cuatro patas.

No tengo fuerzas para discutir. Estoy demasiado excitada para replicarle, así que hago exactamente lo que me pide.

—Así, preciosa. Justo así —murmura, mientras me coloco de rodillas y levanto las caderas. Me acaricia una nalga con su mano enorme, y con la otra desliza las almohadas frías bajo mi vientre.

Luego centra su atención un poco más abajo y me roza el clítoris con un toque juguetón, antes de hundir dos dedos en mí, abriéndome y estirándome despacio. Giro la cabeza para mirarlo por encima del hombro y veo su figura imponente inclinada sobre mí, dominando cada movimiento mientras me sigue tocando.

Jadeo con la boca entreabierta, disfrutando de la vista, con él excitándome sin descanso. Entonces siento una leve palmada en la mejilla y, al levantar la mirada, lo veo con la mano envolviendo su polla.

—Abre la boca, Rosie. Quiero darle un buen uso.

No lo dudo ni un segundo. Ya tengo los labios abiertos, y él aprovecha para entrar en mi boca mientras me sigue follando con los dedos. Me muevo adelante y atrás, sobre las rodillas y las manos, buscando su contacto por ambos lados, completamente rodeada por él.

Gimo sin reservas, perdida en las sensaciones. Ford me toca con la precisión de quien interpreta una partitura, como si conociera cada nota de mi cuerpo, llenándome de tantas formas que apenas puedo respirar.

Lo recibo con avidez, arqueando la espalda y apretándome contra sus dedos justo cuando añade un tercero y murmura con voz ronca:

—Qué coño tan apretado y desesperado por mí.

Asiento como puedo, porque sí, ahora mismo no quiero nada más que eso.

Me acaricia el pelo.

—Si no tuvieras la boca tan llena ahora mismo, ¿me estarías pidiendo más?

Murmuro un sí ahogado y continúo chupándosela. Pero él se aparta y me empuja suavemente la espalda. No ejerce mucha presión, pero el contacto basta para que mis brazos cedan y acabe apoyada sobre los codos.

—Caderas arriba, cariño —me ordena.

Hago lo que me pide al instante: levanto las caderas, con las rodillas hundiéndose en el colchón blando, mientras me recuesto sobre las almohadas y balanceo los pies, aún enfundados en los tacones, en el borde de la cama. Me dejo guiar por él, que me coloca como quiere, con unas manos que son tiernas y autoritarias al mismo tiempo.

Un gemido se me escapa cuando se aparta unos pasos y avanza hasta el borde de la cama. Me roza los tobillos con las rodillas cuando vuelve a acercarse.

Acaricio las sábanas de algodón egipcio. Son suaves, frescas y demasiado exquisitas para lo que estamos a punto de hacer sobre ellas.

—Deja de hacerte la tímida y abre bien las piernas, Rosie. Quiero ver ese coño empapado por mí.

—Que te den —susurro, pero no hay rabia en mi voz; de hecho, suena más a súplica que a desafío. No opongo resistencia. Deslizo las rodillas sobre las sábanas, sintiendo cómo la humedad se escapa entre mis piernas.

Su gruñido de satisfacción no hace más que confirmarlo.

—Sí, eso es lo que necesitas. Que te folle. Se nota a la legua. —Su voz vibra por mi espalda mientras se coloca detrás de mí—. Yo también lo necesito —añade, pasando el glande entre mis pliegues—. Es lo que siempre he querido.

Sigue provocándome, con movimientos lentos, medidos.

Sin prisa.

—Así que voy a disfrutarlo. Voy a ver como pierdes el control por mí. Voy a follarte. A hacer que te corras hasta que las piernas no te sostengan y lo único que mantenga ese culo en alto sean esas almohadas.

Se hunde de golpe, con fuerza, hasta el fondo, con las palmas en mis nalgas y su polla enterrada por completo en mi interior.

—Sí —gimo, arqueando la espalda y empujando hacia él.

Me sujeta con más fuerza, clavándome los dedos.

—Ojalá pudieras verte ahora, cielo. Tan llena de mí. Tan perfecta.

—Sí —repito, moviendo las caderas contra él—. Es perfecto —susurro.

Se mueve con precisión, entrando y saliendo con el mismo control impecable. Sé que me está mirando mientras me folla, que se excita al verme tan abierta para él, recibiéndolo. Y eso me pone todavía más cachonda.

Giro la cabeza para encontrarme con sus ojos esmeralda. Me muerdo el labio inferior y me aprieto alrededor de su erección en un desafío silencioso que él entiende al instante, porque gruñe, me clava aún más los dedos y empieza a embestirme con un ritmo que roza el castigo.

Sonrío mientras me empuja contra el colchón. El sonido de nuestra piel chocando inunda la habitación mientras me penetra con tanta fuerza que pierdo el equilibrio. Me dejo caer y permito que las almohadas sostengan mi peso mientras Ford me lleva al límite hasta hacerme ver las estrellas.

Me pierdo en él.

En sus manos.

En su cuerpo.

En la manera en que domina el mío con una destreza que roza el arte.

Todo se vuelve borroso. Es un estado de éxtasis que sé que nunca volveré a igualar.

Estallo, gritando su nombre. Las piernas me fallan mientras el me cubre de besos. Recorre mi espalda con la boca, embiste una última vez, con fuerza, y se deja llevar, corriéndose en mi interior.

Luego se desploma sobre mí y nuestros cuerpos sudorosos quedan pegados el uno al otro, temblando y jadeando al unísono entre respiraciones entrecortadas.

Me roza la oreja con la nariz en un gesto que rebosa ternura.

Un gesto que me hace girar la cabeza hacia él y susurrarle lo que llevo tiempo sintiendo:

—Te quiero, Ford.

Él vuelve a acariciarme la mejilla con la nariz y responde con un susurro:

—Yo siempre te he querido, Rosie.

CUARENTA Y UNO
Ford

Me despierto enredado con Rosie, como un niño abrazado a su peluche favorito. Su cuerpo encaja con el mío y mis piernas rodean las suyas. Tengo un brazo sobre su hombro y la mano cubriéndole la suya por completo, con los dedos entrelazados.

Huele a lilas, como las que crecen junto al lago. Estar con ella es lo más parecido a rozar el cielo.

Me da una sensación de hogar.

Como si, por fin, fuera mía.

Cierro los ojos y me acurruco contra su cuello, rozándole la oreja con la punta de la nariz. Respiro hondo, inhalando su aroma, mientras su pelo se engancha en la barba de tres días que me cubre el mentón. Ojalá pudiera volver a dormirme, quedarme así todo el día.

Pero un zumbido sutil rompe el silencio en algún rincón de la habitación. Es un sonido molesto, como una mosca junto a la oreja. Perturba nuestra calma lo justo para crisparme. Una crispación que da paso enseguida a la preocupación al pensar en Cora y en si algo va mal.

Es mía, pero, al mismo tiempo, no. Tener que cuidar de ella hasta que su madre se recupere es una responsabilidad enorme. Y es precisamente eso lo que me obliga a salir del calor de la cama y del refugio que me proporciona Rosie dormida.

Veo cómo se remueve en el colchón mientras busco por la habitación. Anoche fue todo tan frenético que no tengo ni idea de dónde están nuestros móviles. Su diminuto bolso de perlas está tirado junto a la puerta, pero al cogerlo compruebo que no vibra.

El zumbido se detiene y vuelve a empezar, y la inquietud se apodera de mí. Me vuelvo hacia el montón de ropa que en realidad es un esmoquin carísimo hecho un desastre. La chaqueta está enredada con el pantalón; me apresuro a separarlos mientras el

zumbido se hace más fuerte. Meto la mano en el bolsillo y se me revuelve el estómago al ver el nombre de mi abogada parpadeando en la pantalla.

Aspiro una bocanada de aire tan brusca que Rosie abre los ojos de golpe, justo cuando todos los escenarios catastróficos posibles cruzan por mi cabeza. Por eso la mezcla de alivio y desconcierto es inmensa cuando respondo con un:

—¿Qué pasa?

Y Belinda me suelta:

—¿Por qué no coges el teléfono? Anoche arrestaron a Weston Belmont y llevo horas intentando localizarte.

Rosie se incorpora en la cama sin molestarse en taparse. Está preciosa: despeinada, relajada, con ese aire somnoliento de quien acaba de despertarse y la marca de mi mordisco en el pecho izquierdo.

Es una pena que esté a punto de cabrearse conmigo de verdad.

Mientras mi abogada me echa la bronca por no estar moviendo el culo ya y cogiendo el primer vuelo a Vancouver para ayudar a mi amigo, porque un imbécil llamado Stan está empeñado en presentar cargos, solo miro a Rosie, escuchando a medias, rogando al universo para que no me eche en cara esto durante demasiado tiempo.

—Entendido —respondo—. Vamos para allá. —Cuelgo y miro la expresión confusa de Rosie.

—¿Qué pasa? ¿Cora está bien?

El corazón me golpea el pecho con fuerza, consciente de lo que estoy a punto de decirle, y más enamorado aún al ver que su primera preocupación ha sido Cora.

—Cora está bien. Pero… —Me froto la barba incipiente y suelto un «Joder» entre dientes.

—Ford. —Rosie se cubre con la sábana como si fuera un escudo. Como si ya intuyera el golpe que está por llegar—. ¿Qué ha pasado?

—Han arrestado a West. Tenemos que ir a Vancouver.

Se echa un poco hacia atrás; no era eso lo que esperaba oír. Ambos sabemos que su hermano no ha vuelto a meterse en líos desde que fue padre. Los niños parecieron calmar ese impulso temerario que siempre lo definió. Esa ferocidad.

Pero esta vez he sido yo quien lo ha empujado demasiado lejos.

—¿Por qué? ¿Y qué coño hacía en Vancouver? —Se incorpora sobre las rodillas, se envuelve aún más en la sábana y me mira con atención.

—Estaba ayudándome.

Se queda inmóvil, con los ojos abiertos como platos. El silencio se vuelve ensordecedor.

—Con Stan —añado.

Sigue quieta, pero su mirada me atraviesa. Unas manchas rojas le suben por el pecho y le tiñen el cuello. Puedo ver cómo las palabras se le agolpan dentro, listas para salir.

Palabras cargadas de ira, de furia. Porque sé que no debería haber involucrado a West en esto.

—Tú… —dice con voz helada, con esa calma que inquieta—. ¿Le contaste a mi hermano lo que pasó con Stan?

Dejo el móvil sobre el escritorio y doy un paso hacia ella, pero alza una mano temblorosa.

—No. Quédate donde estás.

Trago saliva y me detengo. Luego me paso las manos por el pelo.

—Rosie, lo siento. En ese momento no estábamos juntos. Cuando se lo conté, creía que íbamos a seguir como siempre, que entre nosotros no cambiaría nada. Jamás me imaginé que llegaríamos a esto.

—Yo… —Echa un vistazo a su alrededor y deja escapar una risa incrédula, seguida de un gemido de frustración—. Te lo dije en confianza. —Me mira con dureza, dejándome clavado en el sitio—. Eres la única persona a la que se lo conté, aparte de Ryan. Y entre nosotros siempre ha habido algo. Siempre hemos compartido secretos.

—Lo siento. —Es lo único que puedo decir. Y lo repetiré todas las veces que haga falta.

—Me prometiste que no se lo contarías a nadie. Y luego vas y decides que, de entre todas las personas del mundo, ¿mi hermano era la mejor opción? ¿Quién más lo sabe? ¿Mis padres? Dios… —Se tapa la cara con una mano mientras aprieta la sábana con la otra—. Qué vergüenza.

—No tienes nada de lo que avergonzarte —escupo las palabras con rabia.

Rosie vuelve a mirarme, con el rostro tenso y los brazos caídos a los lados.

—Vale. Entonces, dime, ¿por qué coño han arrestado a mi hermano?

Aprieto los dientes. West y su dichoso temperamento.

—No sé los detalles. Le pegó a Stan. Pensé que solo le entregaría las notificaciones de desahucio. Quería hacer algo y se lo estaba pasando en grande tocándole las narices a ese tío. Pero, por lo visto, esta vez Stan le plantó cara, y ya sabes cómo reacciona West a eso.

Rosie niega despacio con la cabeza, como si no pudiera creerse lo que le estoy contando.

—Sabes que siempre hemos sido uña y carne, cómplices en todas las travesuras.

Suelta una risa amarga.

—Sí, claro. Y eso estaba bien cuando erais críos y llamabais a los timbres de las casas para salir corriendo o comprabais alcohol siendo menores. Pero ahora sois adultos, y no podéis comportaros como si fuerais dos adolescentes buscando líos. Esto no va así… —Ahora profiere una carcajada seca—. Lo siento, es que me cuesta mucho entender cómo alguien tan inteligente como tú puede estar tan ciego. Ford, West tiene dos hijos que dependen de él. No tiene millones en su cuenta bancaria. No puedes usarlo para hacer el trabajo sucio solo porque siempre ha sido más bruto y menos perfecto que tú. ¿Cómo va esto? ¿Tú mueves las piezas y él carga con las consecuencias? Si de verdad eres tan amigo suyo, ¿cómo has podido ponerlo en una situación así?

—Esa no era mi intención. Estábamos juntos en esto, como un equipo.

—Claro, por eso uno está en comisaría y el otro en una suite de un hotel que cuesta mil dólares la noche. Perdona si no veo el espíritu de equipo en todo esto.

Se me seca la boca al escucharla y, por primera vez, empiezo a ver la situación desde otro ángulo. Uno que va más allá de mi

obsesión por vengarme de un hombre que le hizo daño a la mujer que amo.

—No se me ocurrió que…

—No. —Se pone de pie y la sábana cae al suelo, dejándola completamente desnuda mientras camina hacia mí—. No se te ocurrió porque vives rodeado de privilegios. —Abre los brazos—. Tienes un poder que ni siquiera ves: dinero, influencia, un apellido del que reniegas pero que usas como un arma… Y sí, está bien aprovecharlo, pero, joder, Ford, al menos reconócelo. Asúmelo.

Parpadeo, aturdido por su dureza.

—Aquel día, en aquella oficina, Stan me arrebató el poder. Fue solo un instante y quizá debería haberlo pasado por alto, pero hizo tambalear todo lo que creía haber conseguido en la vida. —Chasquea los dedos, y el sonido me hace dar un respingo—. Desapareció. Así, sin más. Fue una lección brutal de lo insignificante que era. Me hizo dudar de mi propio valor.

Me arde la garganta. Se me cierra tanto que no consigo encontrar la voz.

—Era mi historia. Solo yo podía decidir si quería contarla cuando estuviera lista o guardármela para siempre. Y te la confié a ti.

—Rosie…

Niega con la cabeza, tajante.

—No. No quiero oírlo. Sé lo que intentabas hacer, de verdad. Pero, Ford… —Se pasa los dedos por el pelo ondulado y aparta la mirada—. Ya no sois dos chavales cabreados con el mindundi que me dejó. La dinámica entre nosotros no es la misma de entonces. Y sé que mi hermano es tu mejor amigo, pero si tú y yo vamos a ser algo, necesito ser yo la que esté primero, Ford. Necesito tu lealtad, incluso por encima de él. No pienso conformarme con menos.

Se le quiebra la voz y parpadea para contener las lágrimas. Luego, con la cabeza bien alta, se vuelve hacia su maleta y empieza a vestirse.

La observo en silencio, con la culpa atenazándome por lo que he hecho. He traicionado su confianza y he jugado a ser Dios, moviendo hilos que no me correspondían, por muy noble que fuera la causa o buenas que fueran mis intenciones.

He guardado secretos que no debía y revelado los que jamás debí contar.

—Rosie, lo siento. Lo siento muchísimo.

Ella me ignora y, en cuanto termina de vestirse, sigue guardando sus cosas en la maleta.

Me quedo ahí, en calzoncillos, la mañana posterior a la única noche en la que lo he tenido todo, viendo cómo se esfuma ante mis ojos. Y no puedo culpar a nadie, porque soy el idiota que encendió la cerilla.

Al cabo de un rato, por fin me atrevo a decir lo que lleva carcomiéndome por dentro desde hace unos minutos:

—¿Vas a venir conmigo?

Se endereza, coge la maleta y se acerca hasta quedar frente a mí.

—No, pillaré un vuelo para Calgary, y espero que Tabby o alguien pueda ir a buscarme y llevarme de vuelta a Rose Hill.

—Pero podríamos…

Me clava el dedo en el pecho, con los ojos húmedos por las lágrimas contenidas, y me espeta:

—No. Tú te vas a presentar allí como Ford Grant junior, con tus cojones de oro y el título de multimillonario más atractivo del mundo, y vas a solucionar este desastre. Ya sabes, quien la lía, se ocupa de arreglarlo. Demuestra que sois un equipo, o como sea que llamáis a esa mierda que decís que sois.

Aprieto la mandíbula y asiento con firmeza. Haré lo que sea para enmendarlo.

—Voy a encargarme de que mis sobrinos tengan a alguien que los recoja cuando termine su semana con su madre. Y espero, por el bien de todos, que Mia no se arrepienta de enviárselos a un tío que se descontrola cuando se pone a hacer de vengador por pura diversión.

Trago saliva mientras ella escudriña mi cara. Sus ojos están llenos de rabia, pero también, bajo ese azul profundo, hay un ruego.

—Mañana es la fiesta de fin de curso de Cora —dice. Es como una orden silenciosa, un «más te vale volver con todo resuelto». Me sujeta la barbilla—: Soluciónalo.

Y con eso, se da la vuelta y sale de la habitación. Pero, justo antes de cerrar la puerta, lanza una última frase sin mirarme.

—Ah, y también presento mi dimisión.

Después, la puerta se cierra con un clic y me quedo solo.

CUARENTA Y DOS
Ford

La culpa me ha acompañado durante todo mi vuelo a Vancouver. Lo que me dijo Rosie sobre todo lo que tengo (el poder, los privilegios…) me ha arrollado como un tren de mercancías.

Ha sido un toque de atención como pocos. Porque nadie, absolutamente nadie, me lo había dicho así: tan claro y sin rodeos. Willa suele hablar sin tapujos, pero ella también está condicionada por la comodidad en la que hemos crecido, aunque no sea consciente del todo. Nuestros problemas no son los mismos que los de los demás.

Claro que tenemos problemas; todo el mundo los tiene. Pero no es tan simple, la realidad es mucho más compleja.

Y cuanto más lo pienso, más claro tengo que mi padre intentaba enseñarme precisamente eso cuando se negó a darme el dinero para aquella entrada, hace tantos años. Podía permitírselo. Podía haber perdido esos cien dólares en la lavadora y ni se habría enterado.

Pero quería que yo aprendiera a notarlo.

En vez de eso, busqué una solución alternativa y seguí adelante con mi vida. Con mis estudios. Con mi apellido. Sé que nunca los he usado mal ni me he aprovechado de ellos, pero sí he sido culpable de ignorar el poder que conllevan. De no haber visto cómo me han allanado el camino, incluso cuando no lo parecía.

Durante el trayecto a la comisaría, las palabras de Rosie se me clavan en lo más hondo. Decido que me siento cómodo con lo que tengo y que voy a usar todas las herramientas a mi alcance para sacar a West de este lío.

Y también me doy cuenta de que le debo una disculpa. Porque debería haber sabido que no podía meterlo en algo así.

Si West ve un precipicio, se lanza sin pensarlo. Si se encuentra un caballo salvaje, lo monta. Y si se topa con alguien que merece un puñetazo, se lo da.

Así es él. Y yo, sin querer, lo he empujado hacia esto.

Abro las puertas de cristal de la comisaría y niego con la cabeza al girar la esquina y verlo tomando un café, tan tranquilo, con un agente en su escritorio. Está gesticulando y sonriendo mientras le cuenta al hombre regordete de mediana edad lo que parece ser una historia desternillante.

El policía tiene una mano apoyada en la barriga, la otra agarrando una taza y una sonrisa de oreja a oreja bajo el bigote gris.

Sí, esto también es típico de West.

Es capaz de encandilar a cualquiera.

—Weston —digo al acercarme. Ladeo la cabeza en cuanto le veo los nudillos magullados.

Cuando mi mejor amigo desde hace veinte años se vuelve hacia mí y me dedica su sonrisa más canalla, sé al instante que no está viendo esta situación como Rosie. O quizá sí y simplemente le da igual.

Me señalo mis nudillos, en una pregunta muda para saber qué le han pasado a los suyos.

Él se ríe y me guiña un ojo. Uno de esos guiños que lleva usando años para librarse de los problemas… o meterse en ellos.

—Tranquilo, tío. Tendrías que ver cómo ha quedado el otro.

El agente niega con la cabeza y se pellizca el puente de la nariz.

—Supongo que usted es el señor Grant.

Me paso la lengua por los dientes y le tiendo la mano al agente. Si identificarme va a ayudar a sacar a West de aquí, lo haré sin dudarlo. Así que lo corrijo con un suspiro resignado.

—Ford Grant junior. Encantado de conocerle… —Miro su placa—. Agente Rollins.

El hombre me estrecha la mano con firmeza y entrecierra sus ojos astutos.

—¿Ford Grant como…?

West suelta una carcajada.

—Ah, es verdad. Se me olvidó comentarte que es un niñato enchufado, como diría su hija.

Pongo los ojos en blanco, pero no respondo.

«Reconócelo. Asúmelo».

—Bueno, es un placer. Soy un gran admirador de su padre.

Sonrío y le doy las gracias. No me sorprende en absoluto. Casi todos los hombres de mediana edad son seguidores de mi padre y su grupo.

—Puede llevarse a su amigo.

Alzo las cejas.

—¿Así, sin más?

West me da una palmada en el hombro mientras se levanta de la silla.

—Sí, hombre. Solo hemos estado charlando un rato. Lo primero que hice cuando me devolvieron el teléfono fue pedir una caja enorme de dónuts para estos tíos, por lo bien que me han tratado.

Frunzo el ceño.

—¿Has pedido dónuts a unos policías?

West hace el gesto de las pistolas con los dedos al agente y sonríe.

—Es gracioso, ¿no? Pero les han encantado, así que el tópico no va tan desencaminado. A las pruebas me remito.

Me quedo mirándolo, boquiabierto. Solo West Belmont podría acabar arrestado y convertirlo en una especie de velada divertida para hacer nuevos amigos y poner a prueba un cliché de toda la vida.

El agente Rollins se ríe por lo bajo, con los hombros bajando y subiendo, mientras mira el dónut que tiene sobre una servilleta en la mesa.

—Por favor, lléveselo. No voy a poder trabajar con este payaso rondando por aquí. Es todo suyo. —Hace un gesto con la mano para que nos vayamos.

—¿Ya está? ¿Entonces no hay cargos?

El hombre asiente en dirección a West.

—Su amigo puede enseñarle el vídeo que nos llegó hace una hora. Sin cargos.

Suelto un suspiro de alivio. Pero entonces el hombre añade:

—Bueno, salvo los de la denuncia que él ha interpuesto.

Alzo una ceja y miro a West, que ya está caminando por la comisaría, con las botas resonando sobre la moqueta, mientras se

dirige a la puerta.

Sonríe y vuelve a hacer el gesto de las pistolas hacia un tío desaliñado que espera en un banco junto a la entrada.

Cuando el hombre le responde con una mueca de desprecio, lo reconozco.

Stan Cumberland.

He investigado lo suficiente sobre él como para reconocerlo en cualquier parte, incluso con ese ojo morado tan hinchado que apenas puede abrirlo.

Por lo visto, su mujer está hablando con la agente de la recepción. Se gira a mirarme, con el rostro demacrado y cansado. Todo en ella grita lujo, y estoy convencido de que no esperaba pasar el sábado por la mañana en comisaría.

Me da pena ella, pero no tanta como para impedirme acercarme a Stan, darle un toque en el zapato con la puntera de mis botas «absurdamente caras», como diría Rosie, y mirarlo desde arriba.

—Tocaste a la mujer que amo sin su permiso. Fue una decisión muy muy mala —escupo las palabras sin molestarme en bajar la voz.

Su esposa ahoga un grito tras de mí, pero Stan solo me fulmina con la mirada.

Me giro para irme, pero me detengo para volver a encararlo mientras apoyo una mano en la barra de la puerta.

—La próxima vez que se te ocurra tocar a alguien con esas manos grasientas sin su consentimiento, acuérdate de mi cara. Porque puedo permitirme seguir jodiéndote la vida el resto de mis días. Y soy lo bastante rencoroso para hacerlo.

Y con eso, salgo de la comisaría antes de que puedan arrestarme por amenazas.



Estamos sentados en el asiento trasero del coche que he reservado cuando por fin me giro hacia mi mejor amigo y vuelvo a fijarme en sus nudillos partidos.

—Lo siento.

—¿Por qué? —pregunta West, con una nota de desconcierto en la voz.

Me dejo caer contra el respaldo de cuero negro.

—Por haberte metido en esta mierda.

Veo a West asentir por el rabillo del ojo, pero tarda varios segundos en responder.

—Sé que te crees muy listo, pero, Ford, yo no trabajo para ti. Y tú no me mandaste a hacer nada.

—Te conté algo que debería haberme guardado. Y sabía perfectamente cómo ibas a reaccionar. Quería un cómplice, y sabía que no te negarías. Nunca lo haces.

Suelta una carcajada seca y se frota la barba.

—Eso es porque somos amigos, no porque sea imbécil. Si me hubieras pedido algo para lo que no estuviera preparado, no lo habría hecho. Y creo que estás subestimando cuánto he cambiado desde los veinte. Yo no ataqué a ese cabrón con cara de comadreja; fue él quien empezó.

Lo miro, incrédulo.

—¿Qué?

Me pasa el móvil y en la pantalla aparece un vídeo en blanco y negro de la cámara de seguridad.

—Esto es lo que encontró esa abogada pija que tienes después de hablar conmigo. Resulta que, cuando eres el dueño del edificio, conseguir las grabaciones de seguridad es pan comido.

Pulso para que se reproduzca el vídeo y veo a West entrando en el vestíbulo con una camisa de cuadros, los tatuajes a la vista y el pelo peinado hacia atrás (su idea de ir elegante). Se pone a hablar con la recepcionista y, al cabo de un rato, aparece Stan desde una esquina de la pantalla.

El imbécil levanta las manos y gesticula de forma exagerada. Está claramente alterado.

West también alza las manos y da un paso atrás. Por supuesto, está esbozando esa sonrisa de cabrón que no ayuda a calmar nada. En cuestión de segundos, Stan se abalanza sobre él.

Consigue derribarlo porque lo pilla por sorpresa, pero no logra acertar un solo golpe. West se gira, se zafa y Stan acaba estampándose contra la moqueta, dando un puñetazo al suelo como un niño mimado en plena rabieta.

Pero luego le da un rodillazo a West entre las piernas y veo cómo mi amigo se dobla en dos.

—Joder… —murmuro, llevándome la mano a la entrepierna por pura empatía.

—Ya ves. Bueno, al menos ya no necesito hacerme la vasectomía.

Niego con la cabeza mientras lo veo recuperarse y asestar a Stan un único puñetazo que lo deja fuera de combate, tendido en el suelo.

—¿Lo ves? Me porté bien.

Me río. Tiene razón, fue en defensa propia.

—Rosie me mataría si me oyera decirte esto, pero… estuviste brutal.

Mi mejor amigo sonríe de oreja a oreja.

—Todavía estamos en forma.

—Aun así, no deberías haber estado allí. —Apoyo la cabeza en el respaldo—. Ya no podemos hacer estas gilipolleces, West. Era divertido cuando éramos unos críos, los dos contra el mundo. Pero ya no lo somos. Las cosas han cambiado. Esto… —Hago un gesto amplio con la mano—, tiene consecuencias reales. Ahora lo más loco que podemos permitirnos es jugar a los bolos una vez por semana.

—Uf, eso es muy Rosie.

Gruño y asiento.

—Sé que piensas que soy tonto…

—Yo no pienso que seas… —intento interrumpirle.

—Tranquilo, te estoy vacilando. Lo que saco en claro es que ahora sois ella y tú contra el mundo.

Giro la cabeza sobre el reposacabezas para mirarlo.

—Esta conversación se está poniendo rara.

West parpadea un par de veces.

—¿Me… me estás dejando?

Suelto una carcajada.

—Qué idiota eres.

Me da un puñetazo amistoso en el hombro y luego chista entre dientes.

—No, el idiota eres tú. Recuerda que he estado casado. Pregúntame por qué no funcionó.

—¿Por qué no funcionó?

—Porque ninguno de los dos quería estar en el mismo equipo.

Sí, tiene todo el sentido del mundo.

—Mia me cae bien. Es una madre estupenda. Una buena persona. Pero, tío, no te imaginas lo que hacía para evitar pasar tiempo con ella. De hecho, por eso empecé a jugar a los bolos, porque buscaba una excusa para salir de casa.

—Joder, sí que estabas desesperado.

Se ríe.

—Que te den, Junior. Los bolos son lo mejor.

Nos sumimos en un silencio cómodo, con el rumor de los neumáticos vibrando sobre el asfalto, y me pongo a pensar en la gente que quiero en mi equipo. Los que me quieren lo suficiente como para decirme las cosas como son. Los que me conocen más allá de mi apellido o de mis contactos.

Gente así escasea.

Alguien con quien quieras pasar tu tiempo libre. Alguien de quien nunca te cansas. Alguien que puede ser brutalmente sincero contigo porque quiere lo mejor para ti; no porque quiera herirte, sino porque tiene la confianza suficiente para hablarte sin tapujos.

Sí, eso requiere un tipo de confianza especial. Una que, ahora que lo pienso, Rosie y yo siempre hemos tenido. Podemos decirnos las verdades a la cara, pero nunca con maldad.

Y de pronto me doy cuenta de que nadie me ha entendido como ella. Que lo nuestro no es una confianza superficial: está forjada en la amistad, anclada al respeto y salpicada de una hostilidad que, empiezo a pensar, siempre fue deseo disfrazado. Lo ha sido desde el principio. Solo que ahora es nuestra forma particular de jugar a los preliminares.

Se me revuelve el estómago al pensar en todos los momentos en que ella se ha mostrado vulnerable conmigo. En los pequeños detalles que me ha confiado y que nunca le ha contado a nadie. Su

diario. Esa llave. La noche en la que me llamó (sí, solo a mí) para que fuera a buscarla.

Me siento fatal por haberle contado a West un secreto que nunca fue mío.

—Entonces, ¿lo ha averiguado todo? —pregunta West al fin.

—Se lo conté yo; pero sí, es lista. Lo habría descubierto igualmente.

—Y entre vosotros… ¿va todo bien?

Suelto un suspiro largo.

—Creo que la he cabreado de lo lindo. —Como West no dice nada, continúo—: No tendría que haberte contado lo que le pasó. Fue una cagada por mi parte.

Asiente.

—Seguramente, pero te perdonará.

—Eso espero.

—Lo hará.

—Solo intentaba ocuparme del asunto por ella. No quería avergonzarla ni armar ningún follón.

West resopla y se da una palmada en la rodilla.

—Pues menuda forma de no armar follón, Ford. Te has lucido, capullo.

Vuelvo a dejar caer la cabeza hacia atrás y me quedo mirando el techo del coche, sin tener ni idea de cómo arreglar esto. Rosie está enfadada, y con razón.

Y Cora también lo estará cuando se entere. No solo seré un tremendo contaminador del medioambiente, sino también un imbécil inmaduro y mentiroso por haber puesto en riesgo lo que tengo con Rosie.

Sí, seguro que me dice eso.

Así que, de camino a casa, empiezo a hacer unas cuantas llamadas.

CUARENTA Y TRES
Rosie

Cuando mi hermano me escribió para confirmarme que estaba libre y sin cargos, sentí un alivio inmenso. Luego recibí otro mensaje.

> Estoy volviendo a casa. Nos vemos pronto.

«Casa». Lo dice como si viviéramos bajo el mismo techo.

Estoy terminando de leer el mensaje de Ford cuando su madre suelta:

—Está colado por ti. Espero que lo sepas, sea cual sea el motivo por el que he tenido que venir a recogerte sin él.

Levanto la vista hacia la doctora Gemma Grant mientras nos vamos acercando a Rose Hill.

Sí, he llamado a su madre. Primero, porque Gemma me cae genial y sabía que vendría. Y segundo, porque me ha parecido la mejor forma de castigar a Ford por haberse comportado como un auténtico imbécil.

Tan imbécil que su madre ha tenido que venir a sacarle las castañas del fuego.

A cambio, he tenido que soportar varias horas de charla trivial, y ahora, justo cuando estamos entrando en el pueblo, va y me dice eso.

Trago saliva y me giro en el asiento del copiloto para mirarla.

—Gemma, te adoro y respeto mucho tu criterio, tu conocimiento sobre relaciones y tu firme defensa de lo importante que es hacer pis después del sexo. Y no te voy a engañar: reconozco que fui un poquito mezquina al llamarte, porque sabía que eso iba a cabrear a Ford. Pero hasta mi mala leche tiene límites, y no voy a contarte por qué Ford y yo nos peleamos o dejamos de hacerlo ni voy a chismorrear sobre lo nuestro.

Veo cómo se le arruga la piel junto a los ojos y cómo esboza una enorme sonrisa mientras gira el volante.

—Muy bien, esa era la respuesta correcta.

Frunzo el ceño y la miro con más atención.

Y entonces, como si notara que la estoy analizando, continúa:

—Ford necesita a alguien que lo ponga por delante de todo, incluso cuando esté enfadada con él. Y está claro que tú lo estás. He estado viendo cómo hierves por dentro desde que subiste al coche. Pero también te mereces que él haga lo mismo por ti, que respete vuestra intimidad.

Estoy a punto de poner los ojos en blanco y decirle que eso debería contárselo a su hijo, pero ella sigue hablando antes de que pueda abrir la boca.

—Llevo décadas con su padre. Y ese hombre me ha sacado de quicio en más de una ocasión. Pero estar bajo los focos es duro, y él y yo nos prometimos que habría cosas que se quedarían solo entre nosotros. Porque cuando quieres a alguien y empiezas a contar sus errores a gente que no lo quiere como tú, no puedes esperar que esa gente lo perdone igual que tú. Y luego no puedes retirar lo que has dicho ni puedes deshacer el daño.

Me apoyo en el respaldo y suelto un suspiro.

—Qué sabia eres, Gemma.

Se ríe y pone el intermitente.

—He estudiado muchos años y llevo casada con Ford Grant más años aún. A estas alturas, algo habré aprendido.

—¿Todos los Ford Grant son así de… desesperantes?

—Me temo que mi hijo procede de una larga estirpe de hombres desesperantes llamados Ford Grant.

—Bueno, si tenemos un hijo, me niego a ponerle ese nombre.

Nada más decir eso, hago una mueca y abro mucho los ojos. «Mierda», pienso. Vaya una metedura de pata.

Nos quedamos en silencio unos segundos, y luego las dos nos echamos a reír.

—Dios. —Me tapo la cara con una mano—. Después de esto, ¿sigues pensando que respeto nuestra intimidad?

—Sí. —Gemma sonríe de oreja a oreja mientras toma el camino de entrada a la finca de mi familia—. Pero me voy a tomar ese desliz como señal de que vais a estar bien.

Aparca delante de la casa de mi hermano y yo suspiro mientras me desabrocho el cinturón de seguridad.

—Y sí, voy a perdonarlo, no te preocupes. Gracias por traerme. Te debo una.

Cojo la maleta y salgo del coche. Entonces ella asoma la cabeza por la consola y dice:

—Eh, Rosie.

—¿Sí? —Me agacho para mirar el interior del vehículo.

—Haz que se lo curre.

Ahora soy yo la que sonríe y le guiño un ojo.

—Ah, no te preocupes por eso. Pensaba hacerlo. —Aunque, tratándose de su hijo, no sé si voy a lograrlo. Me tiene demasiado pillada.

Necesito tiempo y espacio para pensar. Así que cierro la puerta y me voy a la cabaña, para dar de comer a Scotty.

Seguro que está muerto de hambre.



Rosie: He recogido a tus hijos y nos vamos a quedar jugando en tu casa hasta que llegues. Dicho esto, no pienso hablar con ninguno de los dos, niñatos inmaduros.

West: Me has salvado la vida, Rosie Posie.

West: Solo para que lo sepas: yo no hice nada malo. Fue en legítima defensa. Soy yo quien lo ha denunciado.

West: No seas demasiado dura con Ford. Ya se ha puesto en modo emo tipo James Dean. Con esa actitud solo echas más leña al fuego.

West: Vale, lo admito. La hemos cagado. Lo siento.

West: Eres la única chica del mundo a la que enviaría tantos mensajes seguidos sin que me respondiera.



Lo primero que he hecho ha sido recoger a mis sobrinos. El intercambio es los sábados a las tres de la tarde y, por muy maja que sea Mia, no creo que le hubiera hecho mucha gracia enterarse de que West ha pasado una noche detenido por agredir a alguien.

Un tío de mierda que se lo merecía, sí, pero aun así.

Cuando hemos llegado a casa de mi hermano hacía tanto calor que hemos acabado en una guerra de pistolas de agua y me he asegurado de que comieran todos los polos y helados que quisieran, para que West vea lo que pasa cuando la lía parda.

He calculado los tiempos al milímetro. Por eso, cuando oigo el motor del G-Wagon de Ford y el portazo que da West al bajarse de él, sonrío para mis adentros. Cuando entra por la puerta, el azúcar ya está empezando a hacer efecto.

—¡Papi! —grita Emmy desde el sofá antes de saltar por encima del respaldo y lanzarse a los brazos de su padre.

¿Y qué hago yo? Me quedo ahí, observándolo con los brazos cruzados, preguntándome cómo narices consiguieron mis padres criarlo.

—Hola, Rosie —me saluda West con una sonrisa.

Lo miro con cara de pocos amigos y niego con la cabeza. Él me responde arrugando el gesto. Si fuera un perro, ahora mismo tendría las orejas caídas y me miraría con ojitos culpables.

Le doy un beso a los dos diablillos empalagados de azúcar, cojo el cesto de la ropa que he lavado en su casa estas últimas horas y salgo por la puerta.

—¿A dónde vas? ¿Te quedas a cenar? Cocino yo.

Qué pelota.

—No, gracias. Me voy a beber la cena en mi embarcadero.

—¿Tu embarcadero?

Me doy la vuelta para mirarlo. Como se atreva a decir que es suyo a la que van a terminar arrestando por agresión será a mí. Ese embarcadero se ha convertido en mi rincón favorito, así que puede ir yéndose a la mierda. Señalo el lago.

—Sí, West. Mi embarcadero.

Él ladea la cabeza y frunce el ceño.

—No, hermanita, ese no es tu embarcadero. Ni siquiera es nuestro. Es de Ford. Está en su propiedad. Lo he visto en el catastro.

—Mentira. Ford me dijo que era mío.

West se ríe por lo bajo, sacude la cabeza y me deja allí plantada a pocos metros de la puerta, completamente atónita.

Cuando vuelvo a la vieja cabaña, doblo la ropa, deshago la maleta y, «sin querer», dejo que se me caigan unas cuantas migas al suelo mientras intento asimilar este nuevo giro de los acontecimientos.

Me molesta más de lo que debería. Sobre todo porque hace que me cueste aún más seguir enfadada con Ford.

Bajo al lago con una botella de vino tinto y una copa en la mano y mi manta navajo favorita echada sobre los hombros.

Tengo la sensación de que, si me siento en el embarcadero y veo la puesta del sol, quizá pueda olvidarme del día de hoy. Dejar que toda la frustración que he ido acumulando se disuelva en la oscuridad cuando el último rayo desaparezca entre las montañas.

Pero cuando llego al punto donde las tablas se encuentran con la hierba me detengo. Hay un pequeño cartel, una tablilla sencilla pintada con brochazos de pintura azul claro.

Pone: «Embarcadero de Rosie».

Lo miro varios segundos antes de darme cuenta de que hay un sobre en el suelo, justo debajo. Tiene mi nombre escrito con la letra absolutamente perfecta de Ford. Lo recojo y lo abro de un tirón. Dentro hay una escritura de una pequeña porción de la vasta propiedad de Ford. Según el plano, es una franja larga y estrecha que llega hasta el límite trasero de su terreno y hace de zona de separación entre su finca y la de mi familia, y es justo la franja que lleva hasta el embarcadero.

Durante todo este tiempo, el embarcadero no ha sido mío. Pero ¿cuándo me ha dicho Ford que no a algo?

El papel me tiembla entre los dedos y, con un nudo en el estómago, camino hasta el final del embarcadero.

Mi embarcadero.

Necesito la paz y el silencio que no he podido encontrar antes con mis sobrinos correteando a mi alrededor, para poder asimilar estas últimas veinticuatro horas.

Y quizá también los últimos meses.

Pero al sentarme, veo a Ford nadando en el lago con los brazos musculosos cortando el agua. El sol ilumina su espalda bronceada y las gotas centellean sobre su piel. Cuando gira la cabeza para respirar, el pelo mojado y pegado a la frente parece casi negro.

Es tan guapo que me duele mirarlo.

Pero supongo que soy un poco masoquista, porque no puedo apartar la vista.

No sé cuánto tiempo me quedo ahí sentada, observándolo. El suficiente para que toda mi rabia y todas las razones por las que debería estar decepcionada empiecen a parecerme redundantes y exageradas.

No debería habérselo contado a West. No debería haberlo convertido en una especie de *vendetta* de instituto.

Y, sin embargo, lo conozco lo bastante como para entender que hizo toda esa tontería de macho alfa con la mejor intención. Jamás me haría daño. No a propósito.

Me duele que haya traicionado mi confianza de esa manera, pero sé que lo voy a perdonar. «Mañana».

Sí, lo perdonaré mañana porque no quiero ser una blandengue con Ford Grant. Está demasiado acostumbrado a salirse con la suya.

Al final, deja de nadar y se queda quieto, dándome la espalda. Veo cómo se le tensan y relajan los músculos y los hombros mientras se mantiene a flote, contemplando el mismo paisaje que tengo delante.

Salvo que yo no estoy mirando el cielo ni las montañas, sino a él.

¿Cuánto tiempo llevo mirando a Ford Grant?

Creo que mucho, aunque estaba demasiado ciega para darme cuenta. Estaba convencida de que era un tío demasiado intelectual para una chica como yo, de que le caía mal, de que solo era el mejor amigo de mi hermano y yo la cría pesada que siempre iba detrás de ellos.

Creo que Ford y yo llevamos años enamorados, pero lo hemos racionalizado tanto que terminamos viéndolo como algo improbable, inventado…, imposible.

Inspiro hondo y él se gira y se sorprende al verme.

—Rosie. —Susurra mi nombre como si fuera aire. Algo vital, imprescindible para sobrevivir.

Yo solo alzo la copa en un brindis silencioso y trago con fuerza para deshacer el nudo que tengo en la garganta.

Está serio, tenso, y la nuez le sube y le baja mientras me mira.

—Lo siento. Lo siento muchísimo.

Asiento rápido, parpadeando para no romper a llorar.

—Lo sé. Vaya con lo del embarcadero, ¿eh?

Ahora quien asiente es él.

—Una usucapión de manual.

—Uf. —Vuelvo a parpadear y me limpio los ojos. Cómo no: tenía que pedir perdón y ser gracioso a la vez.

—He hablado con la madre de Cora para que venga de visita. El chófer la ha traído hoy para que pueda estar en la fiesta de mañana. Se va a quedar en la habitación de invitados.

Y encima es dulce. Triple combo.

Mierda, ¿cómo se supone que voy a seguir enfadada con este hombre?

Bebo un buen sorbo de vino. Más grande de lo que aprobaría cualquier sumiller, pero ahora no estoy bebiendo por los matices ni por el *bouquet.*

—Ha sido todo un detalle por tu parte.

Vuelve a asentir. El único sonido, además del chapoteo del agua, es el canto de un colimbo a lo lejos.

—Creí que así Cora se enfadaría menos conmigo.

Giro la cabeza hacia él.

—¿Por qué iba Cora a enfadarse contigo?

—Porque… —Aprieta los dientes y se le tensa la mandíbula mientras busca las palabras adecuadas—. Porque te he hecho daño.

Observo un momento a este hombre serio, decidido, profundamente considerado.

—Sí, es verdad.

No tiene sentido fingir lo contrario. Lo que me pasó en el trabajo no fue solo una agresión; también me resultó tremendamente humillante. Me habría gustado que West no lo supiera, o que al menos hubiera sido yo quien se lo hubiera contado, aunque no habría sido mi primera opción.

Seguro que algún día querré hablar de esto. Puede que hasta me venga bien hacerlo. Quizá se lo cuente a Cora cuando llegue el momento, para que sepa que se va a seguir cruzando con tíos machistas, pero que plantarse ante ellos, con la valentía con la que ella lo hace, puede cambiar las cosas.

Pero todavía no. Es muy pequeña, y lo mío con Ford es demasiado reciente. Aun así, me gustaría poder decirle que me enfrenté al problema, que no me escondí. Si ella pudo plantarle cara a su profesor, yo puedo plantarle cara a Stan.

—Quiero el teléfono de tu abogada.

Ford me mira sorprendido.

—¿Para qué?

—Si West va a denunciar a ese imbécil, yo también lo haré. Además, seguro que es un caso claro de despido improcedente.

Cuando lo veo esbozar una sonrisa casi imperceptible siento una punzada de orgullo en el pecho.

—Y no voy a contarle a tu hija cada bache de nuestra relación. Jamás se me ocurriría hacerlo. Las cosas no funcionan así.

—¿Y cómo funcionan? —Lo pregunta en serio, en voz baja y sin mirarme. La sencillez de su pregunta me rompe un poco por dentro.

Entonces alza la vista hacia mí, flotando con naturalidad en el agua.

—Funcionan así: hoy me voy a lamer las heridas. Porque me has cabreado de verdad. Pero ya no somos unos críos, Ford. No quiero seguir enfadada contigo, y no quiero contarle a nadie los errores que cometemos. Dame esta noche. Mañana volveré.

Trago saliva. Me vienen a la cabeza las palabras de su madre mientras observo a este hombre que me quiere lo bastante como para gastarse millones en hundir a un tío que me tocó el culo; un hombre dispuesto a dividir su finca para que yo tenga mi embarcadero.

—Porque puede que los demás no te quieran como yo, que no te perdonen como lo voy a hacer yo. Tú y yo somos un equipo. Y creo que siempre lo hemos sido.

Parpadea rápido. Tiene gotas en la cara por haber estado nadando, pero, si tuviera que apostar, diría que al menos una de ellas es una lágrima.

Se agarra a la escalera del embarcadero para estabilizarse y me mira a los ojos mientras lo observo.

—Creo que se lo conté a West porque me daba miedo lo que haría si me lo guardaba —dice con la voz áspera, como el papel de lija—. Me pareció una forma fácil de volver a los roles de siempre: mantenerlo a él como amigo y a ti como la hermana pequeña y respondona a la que había que proteger.

Sonrío de medio lado. Pobre Ford. Siempre seré la hermana pequeña y respondona de West.

—Lo hice para no enamorarme hasta las trancas de una chica que no solo era intocable, sino que no estaba disponible.

Se me encoge el alma al darme cuenta de lo mucho que ha sufrido por mí.

—Estaba intentando hacer lo correcto. Y… —Se pasa la mano por el pelo, como siempre que está nervioso—. La cagué. Me pasé. Me volví loco por lo que ese cabrón te hizo. —Suelta una risa amarga—. Todos esos edificios, este embarcadero, volver al pueblo, esa ridícula mancha de pintura en el suelo nuevo de la oficina que no creo que vaya a arreglar nunca porque, en el fondo, no hay nada que arreglar. A sabiendas o sin darme cuenta, no sé cómo ni cuándo… Ni siquiera sé si era plenamente consciente de lo que hacía.

Se me escapa una lágrima al escucharlo abrir su corazón como nunca lo ha hecho.

—Rosie, todo lo que hago es por ti. Sé que ahora mismo no soy la opción más sensata, pero necesito saber…

«La opción más sensata». Es la segunda vez que lo dice y odio con todas mis fuerzas esa expresión. Niego con la cabeza, dejo la copa de vino sobre las viejas tablas del embarcadero y me lanzo al agua helada. Me sumerjo con un jadeo y abro los ojos bajo el agua verdosa del lago. Me hundo unos segundos, disfrutando del impacto, dejando que el agua borre las lágrimas que amenazaban con desbordarse.

Tengo el fondo rocoso bajo los pies.

Burbujas sobre la cabeza.

Y a Ford delante de mí.

Me rodea la cintura con los brazos y me impulsa hacia la superficie antes de que me dé tiempo a mover los pies.

—¿Pero qué coño haces, Rosie? —exclama en cuanto salimos a flote. Me arrastra de inmediato hacia una zona donde él puede hacer pie, aunque yo todavía no. Tiene las mejillas sonrosadas y los ojos brillantes, como siempre que se enfada—. ¿Te has vuelto loca? ¡Me has dado un susto de muerte! —Aprieta la mandíbula, y yo le respondo con una sonrisita—. Bueno, mejor no respondas. Ya sé lo que vas a decir.

La ropa mojada pesa, así que le rodeo el cuello con los brazos y enrosco las piernas a su cintura. Me estrecha entre sus brazos cálidos y me sujeta el culo con las manos.

—He dejado atrás las opciones sensatas, Ford. No quiero una relación predecible. No quiero un amor seguro. —Me recorre la cara con la mirada y yo continúo—: Quiero caos, pullas y… —Miro por encima del hombro hacia el viejo granero convertido en oficina, y vuelvo a fijarme en él—. Quiero un amor salvaje. Te quiero a ti, aunque me den ganas de empujarte al lago, de romperte el ordenador y de salpicar de pintura tu suelo impoluto. Quiero este sentimiento que tengo contigo, el que me deja sin aire cuando te alejas, el que me hace arder por dentro cuando me miras. Ese en el que pensar está de más, porque los dos sabemos que no hay nada ni nadie que se parezca a esto. A nosotros.

Ford asiente, y veo una lágrima solitaria resbalar por su mejilla mojada, fundiéndose con el agua como si nunca hubiera estado ahí. Pero yo sé que sí ha estado.

—Así que voy a seguir enfadada contigo unas horas más. Y luego seguiremos adelante. Yo seré caótica y tú meticuloso. Yo te sacaré de quicio y tú me seguirás soltando esas pullas que no suenan a insulto, sino a un «te quiero» disfrazado. Y haremos esto juntos. —Le cojo la cara entre las manos y le doy un pequeño meneo—. Porque ¿quién más me aguantaría?

Apoya la frente en mi pecho y murmura:

—Aguantarte es lo que más me gusta hacer.



A las 23:59 oigo un golpe suave en la puerta de la cabaña. Al abrirla, Ford está ahí. Esboza una media sonrisa y mira el reluciente Rolex que lleva en la muñeca, acompañado de varias pulseras de cuentas, como si eso le hiciera parecer más sencillo y no un hombre que compra propiedades de decenas de millones por puro placer.

Nos quedamos en silencio varios segundos hasta que alza la muñeca y me enseña el reloj, que ya marca la medianoche.

Entonces cruza el umbral, se acerca, me sujeta la barbilla y murmura:

—Es oficialmente mañana y estoy harto de estar sin ti. —Luego me besa y añade—: Tengo un par de cosas que decirte.

—Vale —susurro entre beso y beso—. Pero date prisa, que quiero darle a tu boca un mejor uso.

—Lo siento —exhala, y percibo el dolor en sus palabras. Y después dice—: Te voy a dar la mitad de Rose Hill Records.

Me aparto para mirarlo a los ojos.

—No.

—Sí.

—Tienes que dejar de sacar la cartera como si fuera una varita mágica. Es repugnante.

—Rosie —señala, haciendo un gesto hacia su propiedad—, ese negocio ahora mismo no vale nada. No hay clientes, no hay contratos. Solo material que se puede vender y dos personas que

trabajan de puta madre juntas. Por favor. Sé mi socia. Y si el negocio se va a pique… —se pasa la mano por el pelo y se ríe—, pues te hundes conmigo.

Trago saliva. Hundirnos juntos. Creo que ya lo hemos hecho. Estamos demasiado entrelazados como para soltarnos. Así que asiento y resoplo con la voz un poco temblorosa.

—Ni de coña. Soy muy buena en lo que hago. Nunca dejaría que se fuera a pique.

Cuando vuelvo a mirarlo, me está observando, buscando en mi expresión algún tipo de confirmación silenciosa. Y debe de encontrarla, porque asiente.

Yo también asiento.

Y luego nos pasamos toda la noche abrazados en la cabaña, y ni siquiera se queja de mi compañero de cuarto con bigotes.

CUARENTA Y CUATRO
Ford

Si alguien me hubiera dicho hace seis meses que estaría en el salón de la casa de veraneo de mis padres, con la cabeza de Rosalie Belmont apoyada en mi hombro mientras mi hija y diez amigas suyas ven lucha libre de la WWE, comiendo pizza y bebiendo refrescos con helado, le habría dicho que estaba como una regadera.

—Mira a nuestro pequeño nubarrón —murmura Rosie con la mano en mi espalda y el pulgar enganchado bajo mi cinturón—. Pasándoselo bien en el mismo salón en el que solíamos estar nosotros. ¿No fue aquí donde West y tú me gastasteis aquella broma con la güija?

Me tapo la boca con el puño. No debería reírme al recordar a Rosie y a un grupo de chicas chillando como locas, pero fue divertidísimo. West se escabulló y cortó la luz justo cuando la sesión de espiritismo alcanzó su punto álgido. Desató el pánico entre todas las chicas.

Rosie pasó de gritar a abrazarme como una posesa. Yo la estreché encantado y me alegré de que West no estuviera allí para verlo.

—No me acuerdo —miento.

Por supuesto que fuimos nosotros.

—No digas tonterías, Junior. Lo escribí en mi diario. Sé que fue cosa vuestra. West cortó la luz, es la única explicación posible.

Tuerzo los labios.

—O quizá tú y tus amigas invocarais a un espíritu cabreado. ¿Quién sabe?

—Ford —me advierte, entornando los ojos.

Contengo la risa y me encojo de hombros; no quiero provocar su ira justo ahora que acabamos de reconciliarnos. Vuelvo a centrarme en Cora; algo en lo que ambos coincidimos.

—Esto parece una tormenta. ¿Estos nubarrones ya correteaban por Rose Hill hace unos meses? ¿O Cora las ha adoctrinado? Van todas vestidas de negro y gris. ¿Y desde cuándo las crías de su edad ven lucha libre?

Rosie se echa a reír.

—Seguro que es por la trama.

Frunzo el ceño.

—¿Cómo?

—Como cuando los chicos leen *Playboy* por los artículos.

Me quedo tieso, echando la cabeza ligeramente hacia atrás.

—No puede ser.

—Ford, hay tíos bronceados y musculosos peleando medio desnudos. Claro que puede ser.

—Pero si ella es…

—¿Casi una adolescente? —Rosie me mira como diciendo: «¿Eres tonto?».

Trago saliva y vuelvo a mirar a Cora, que tiene una mancha de salsa de tomate en la comisura de los labios y está señalando la tele.

—Ay, Dios mío, Wild Side —prácticamente suspira el nombre del luchador—. Es mi favorito. Nunca habla y nadie le ha visto la cara.

El tío es enorme, con el pelo oscuro mojado y una máscara negra de cuero que le cubre todo el rostro.

Rosie suelta una carcajada y se tapa la boca con la mano.

—No sé por qué no me sorprende que le guste justo ese.

Suelto un gruñido. No estoy preparado para que esta niña adorable que acaba de entrar en mi vida suspire por hombres gigantes vestidos de cuero.

Suena el timbre y Rosie me da una palmada en el culo antes de ir a abrir.

—Tú quédate aquí frunciendo el ceño, papá oso.

Pongo los ojos en blanco, pero no puedo dejar de mirarla mientras atraviesa el salón, pasa junto a la isla de la cocina y se adentra por el pasillo. Cuando desaparece de mi vista, siento un

tirón en el pecho. Quiero seguirla, estar cerca de ella, aunque sé que solo va a tardar un momento.

Es Marilyn quien consigue que aparte los ojos del lugar por el que se ha ido Rosie. Ha terminado de hablar con mis padres y se acerca a mí.

Es un placer tenerla aquí. Ha sido un sorpresa maravillosa para Cora. Ayer, cuando la vio llegar, se puso a llorar. Por eso decidí salir a nadar y darles un poco de intimidad.

—¿Sabes? Mi marido solía mirarme así.

La observo. Tiene mejor aspecto. Está más animada. Mucho más sana. Me alegra, aunque también se me encoge un poco el corazón, porque sé lo que eso implica.

—Como si el mundo fuera a dejar de girar si yo desaparecía de su vista —añade.

Me sonrojo un poco. Sé que en los últimos meses mi capacidad para ocultar lo que siento por Rosie se ha ido al traste. Nunca fui un crack en eso, pero ahora soy pésimo.

—Ojalá Cora hubiera visto cómo era entonces. Tan vital, tan fuerte. —Parpadea, y yo aparto la vista con un nudo en la garganta al escucharla recordar a su marido—. Estaba tan sano.

Cuando vuelvo a mirarla, está asintiendo.

—¿Te ha gustado tenerla por aquí? —pregunta.

Contengo un suspiro ahogado.

—Marilyn, me estás matando.

Me da una palmadita en el hombro con gesto maternal.

—Eres un buen hombre, Ford. Me caes muy bien. Es una pregunta sencilla: ¿esto te ha resultado una carga? Si pienso en cómo podría devolverte todo lo que has hecho por nosotras, me abruma…, es demasiado. Y además sé que es algo que no elegiste, que simplemente te vino dado.

Trago saliva, oyendo a Rosie, a West y a los niños hablando en la entrada.

—Volvería a hacerlo un millón de veces.

Sonríe con dulzura, acentuando las suaves arrugas de su cara.

—Quiero que tenga un referente masculino sano, vital y feliz. Que tenga amigos. Una familia. Quiero que tenga esto. Este lugar… le ha

venido de perlas después de todo lo que ha pasado. Veo cómo ha cambiado, cómo se ha transformado. Cómo se ha encontrado a sí misma. —Hace un gesto abarcando la casa con los ojos húmedos—. Estaba pensando… —Se queda en silencio un instante, mordiéndose el labio inferior mientras dos tíos en mallas se lanzan por los aires en el cuadrilátero—. Estaba pensando que un cambio de aires también podría ayudarme reencontrarme a mí misma.

Me quedo inmóvil, mirándola. Sospecho por dónde van los tiros, pero no quiero hacerme ilusiones.

—Pero no quiero hacer nada que coarte tu libertad o interfiera con tus planes. Yo no…

—Me encantaría teneros aquí a las dos. —Dios, apenas he podido decirlo sin que se me quiebre la voz.

Marilyn asiente una vez, con firmeza.

—Puedo compraros una casa… —añado.

Veo cómo pone los ojos en blanco, de una forma muy parecida a Cora.

—No me insultes. Yo me compraré mi casa. Pero sí puedes buscarme un agente inmobiliario.

Aprieto los labios para no sonreír.

—Oye, ¿podemos salir con el barco? —pregunta Cora.

—Claro —respondo, sin pensarlo.

Ella se gira hacia sus amigas y grita:

—¿Quién quiere ir en barco? ¡Mi padre ha dicho que nos lleva!

«Mi padre». Lo ha dicho como si fuera lo más normal del mundo, sin hablarlo antes ni ponernos en plan sentimental; no es su estilo. Es una chica práctica y, como ha dicho Marilyn, se ha transformado y está entrando en una nueva etapa. No creo que esté intentando reemplazar a su padre (ni me gustaría que lo hiciera), pero es bonito que esté dispuesta a sumar a alguien más.

La observo unos segundos, disfrutando del momento, carraspeo y me encuentro con los ojos húmedos de Rosie al otro lado del salón.

—Voy a enganchar los flotadores al barco —digo con una sonrisa—. Vosotras id a cambiaros.

Y luego llevo a mi hija y a sus amigas a hacer *tubing*[1] por primera vez.



Cuando termina la fiesta de fin de curso, Rosie me lleva a la oficina. Vamos con las manos entrelazadas y nuestros pasos suaves sobre la hierba se transforman en golpes sordos al pisar la tarima de madera de la terraza.

—Sabes que no trabajamos los domingos —protesto, porque lo único que quiero hacer ahora mismo es irme a la cama con ella.

Rosie me lanza una sonrisa por encima del hombro, rozando el tirante fino de su vestido rosa con la barbilla. La melena le cae en ondas sobre los hombros y, al girar la cabeza, se le arremolina hacia delante como un flequillo. Tiene una expresión traviesa en el rostro; una de esas de «voy a portarme un poco mal».

Es una expresión que conozco muy bien.

Una que he acabado adorando.

Y, mientras se deja bañar por los rayos cálidos del sol, con las montañas a su espalda y un lecho de margaritas al lado, me invade la abrumadora necesidad de besarla.

Me detengo en seco y la atraigo hacia mí. Rosie apoya la mano en mi pecho y yo la cubro con la mía; con el otro brazo le rodeo el cuerpo y la sujeto por la nuca.

—Esa expresión, Rosalie —murmuro, buscándole la cara.

Me mira con los ojos brillantes y esboza una sonrisa de lo más dulce.

—No sé de qué me hablas.

Suelto un gruñido de frustración y, sin contenerme ni un segundo más, me apodero de su boca y la beso. Siempre he soñado con besar a Rosie Belmont cuando quisiera, donde me diera la gana. Y ahora que por fin lo hago, es una sensación vertiginosa y adictiva.

Cuando el beso se intensifica, ella gime en mi boca y se aferra a mi camisa unos segundos antes de apartarse.

—Venga, ven —dice con voz entrecortada—. Quiero enseñarte una cosa. Creo que te va a encantar.

—¿Tú desnuda y doblada sobre mi mesa?

Pone los ojos en blanco y se ríe.

—Puede que primero quieras darme unos azotes, pero luego…, sí. —Me guiña un ojo y entra en la oficina con ese aire de satisfacción que siempre me pone alerta.

Me lleva por el interior de la oficina hasta que nos detenemos justo encima de la mancha azul.

—Resulta que la tienda de trofeos sí abre los domingos. Me he pasado por allí mientras esperaba las pizzas para las chicas. Ah, eso me recuerda que tenemos que llevarle un trocito de lo que ha sobrado a Scotty.

Estoy a punto de quejarme por su apego a ese ratón cuando me señala la pared y veo una placa dorada grabada, colocada junto al suelo.

La inscripción dice:

Wild Love
(Amor salvaje)
Pintura sobre madera
De Rosalie Belmont y Ford Grant

No sé cuánto tiempo me quedo mirando la placa. Me gusta el orden. Me gustan las cosas limpias y bien hechas. Soy meticuloso; mi hermana incluso diría que maniático y neurótico.

Y, sin embargo, nunca me ha gustado tanto un desastre como el que tengo delante.

Como no tengo palabras, la abrazo con fuerza, inhalando el aroma dulce de su pelo y saboreando la suavidad de su cuello contra mis labios.

Ella apoya la cabeza en mi pecho y nos quedamos así
un buen rato. Al final me separo, pongo mi disco favorito de Allah-Las en el tocadiscos y la llevo conmigo al sofá de cuero.

Pasamos toda la tarde abrazados, escuchando música, justo como he querido hacer desde aquella mañana en que, tras besarla por

primera vez, me la encontré dormida aquí.

Justo como lo soñé antes siquiera de saber que el sueño era ella.

---

[1] El *tubing* es una actividad acuática muy popular en los lagos norteamericanos que consiste en ir subido a un flotador grande mientras una embarcación te arrastra a gran velocidad por el agua. *(N. de la T.)*

EPÍLOGO
Rosie

—¿Qué estás tarareando? —pregunta Cora mientras coloco las toallas limpias en el estante del baño de la planta baja.

Frunzo el ceño.

—No lo sé.

—¿*Pumped Up Kicks?*

Me encojo de hombros.

—Puede. En esta casa, los expertos en música sois tu padre y tú.

Ha pasado un mes desde que terminó el curso. Un mes viviendo los tres juntos.

Parece que estamos jugando a las casitas.

Parece demasiado bonito para ser verdad.

—¿Sabes que esa canción trata sobre un tiroteo escolar? —dice Cora muy seria, con el flequillo negro perfectamente recto sobre la frente.

Me quedo quieta. Es tan directa y a veces suelta comentarios tan macabros que necesito un instante para procesarlos.

—¿En serio?

Asiente con solemnidad.

—Pero suena tan alegre. ¡La estaba tarareando tan feliz!

—Y también meneabas el culo.

Me sonrojo, pero me niego a sentir vergüenza. Al fin y al cabo, soy yo la que está recogiendo y haciendo cosas de la casa a estas horas.

—¿Te la enseñó tu padre?

Asiente.

—Acabo de venir de la oficina. Hemos estado escuchando un montón de cosas nuevas.

Esbozo una sonrisa lenta. Se ha convertido en uno de sus pasatiempos favoritos. Se sientan en el sofá de cuero, beben cerveza de raíz sin alcohol, escuchan música y la analizan. A fondo.

Próximas giras.

Sintetizadores.

Autotune.

Pedales de guitarra.

Una vez entré y los pillé viendo un vídeo en el que Jack White (que, me enteré hace poco, no es el que hace de Eduardo Manostijeras) construía una guitarra con una tabla, unos clavos, una cuerda y una botella de Coca-Cola.

—Vamos, que habéis tenido la típica conversación de nubarrones que tanto os gusta.

Cora pone los ojos en blanco, pero no me molesta en absoluto. Esta semana, Marilyn ha firmado la compra de una casa en el pueblo. No se la ha comprado Ford, pero ha convertido todo el proceso en una especie de misión personal: ha regateado el precio, ha organizado la mudanza…, incluso le oí decirle a Marilyn que conocía a un pintor muy bueno llamado Scotty y que podía darle su contacto.

El mismo Scotty al que despidió por hablar conmigo.

Menudo mezquino.

En cualquier caso, saber que Cora va a estar cerca de nosotros es la guinda del pastel. Todo apunta a que habrá muchas más tardes de música en la oficina, algún que otro fin de semana en casa y un acuerdo tácito para que venga cuando le apetezca.

—Hablando de conversaciones que me gusta tener…

Resoplo.

—Ay madre, esto promete.

—¿Has jugado alguna vez a lo de Bloody Mary?

—¿Cómo?

Vuelve a poner los ojos en blanco, como si yo fuera tonta.

—Sí, ya sabes, ese en el que tienes que decir varias veces «Bloody Mary» delante de un espejo para que se te aparezca su espíritu.

—Es algo que te va como anillo al dedo, desde luego —digo sin pensarlo. Me tapo la boca al instante.

Cora me mira con cara de fastidio, pero también se ríe.

—Quiero probarlo. Pero no sola.

Me muerdo el labio inferior.

—¿En Halloween?

—No. Ahora.

—¿Ahora?

Me empuja un poco más adentro del baño, de cara al espejo.

—Ahora.

—Sabes que los fantasmas no existen, ¿verdad?

Se limita a enarcar una ceja. Me fijo en la única nota de color en su atuendo: mi goma del pelo rosa sobre su hombro. Estas navidades, pienso llenarle el calcetín con unas cuantas gomas iguales.

—Vamos, Rosalie. ¿No me digas que eres una gallina?

Me coloco a su lado con la boca abierta.

—¿Acabas de pronunciar «Rosalie» y «gallina» en la misma frase?

Cora me ignora y sigue a lo suyo.

—Vale. Vamos allá.

Niego con la cabeza.

—Necesitas volver al instituto ya mismo. Un poco de disciplina nunca le viene mal a una diablilla como tú.

Nos miramos a través del espejo y estallamos en carcajadas. Es mentira, y las dos lo sabemos. Nos lo estamos pasando en grande este verano: comidas en la hoguera, salir con el barco cuando hace calor, incluso ha aprendido a hacer esquí acuático.

—Tenemos que decir «Bloody Mary» trece veces. Cada vez más alto. Y en la última, se nos aparecerá en el espejo.

—Ford va a pensar que estamos locas.

Cora se encoge de hombros.

—Ya lo piensa. Además, se ha ido a casa de West. Venga, empezamos.

Madre mía. Está de lo más empeñada en hacerlo.

—Bloody Mary —susurra.

Me uno tarde, pero le cojo el ritmo.

—Bloody Mary, Bloody Mary, Bloody Mary, Bloody Mary, Bloody Mary. —Vamos subiendo el volumen hasta que empieza a preocuparme que algún vecino llame a la policía—. Bloody Mary, Bloody Mary, Bloody Mary, Bloody Mary, Bloody Mary, Bloody Mary.

Nos miramos y gritamos la última como locas:

—¡¡¡Bloody Mary!!!

De pronto, se apagan todas las luces de la casa y yo suelto un chillido y pego un salto que debe haber sido de medio metro de altura.

Cora, en cambio, se está partiendo de la risa.

Lo entiendo al instante. Ella y su padre me han gastado una broma «adorable».

Pasar de tanta luz a una oscuridad repentina hace que me cueste enfocar la vista.

—¡Puto Ford Grant! —grito, con la esperanza de que me oiga desde donde sea que esté el cuadro eléctrico—. ¡Eres un niño grande! ¡Esta me la vas a pagar!

Cora se ríe aún más.

—¡Enciende la luz ahora mismo! —exijo, dando una patada en el suelo como una niña en plena rabieta.

Y entonces me sobresalto al oír su voz áspera y divertida, justo delante de mí.

—Vale.

Me desconcierta lo cerca que está, pero toda la confusión desaparece en cuanto se encienden las luces y lo veo.

Está de rodillas.

Con una sonrisa de medio lado.

Y un anillo en la mano.

Una gema rosa enorme, cuadrada y de bordes suaves, con pequeños diamantes blancos a cada lado formando un motivo de hojas, montada sobre una delicada alianza de oro rosa.

Los ojos de Ford me recuerdan a esas hojas.

—Pensamos que tu anillo tenía que ser rosa sí o sí —suelta Cora, prácticamente dando saltitos.

Detrás de Ford aparece mi hermano, con la misma sonrisita que debió de poner la otra vez que me gastaron una broma parecida a esta.

—Rosalie Belmont… —empieza Ford, pero lo corto en seco.

—No me llames Rosalie. ¿En serio me estás pidiendo que me case contigo después de asustarme como cuando éramos adolescentes?

No me lo puedo creer.

Me lanza esa sonrisa que me llena de mariposas el estómago, seguida de ese guiño que me enciende por dentro.

—Te quería entonces y te quiero aún más ahora. Si no nos sacamos de quicio el uno al otro, ¿qué gracia tiene?

Se me nubla la vista, así que parpadeo y miro a Cora. Tiene las manos en las mejillas. No recuerdo haberla visto nunca tan… emocionada.

Me cruzo de brazos y me inclino para mirar el anillo más de cerca. Estoy intentando parecer tranquila, pero tengo las mejillas ardiendo y el corazón me va a mil.

Ahora mismo lo que quiero es ponerme de rodillas también y suplicarle que se case conmigo.

En lugar de eso, me acerco un poco más a él, inhalo su aroma inconfundible y murmuro:

—Quizá debería decir que no. Para darte una lección.

Cora suelta un jadeo y West se ríe.

Los ojos de Ford brillan con diversión.

—Perfecto. Di que no. Te perseguiré, te pondré el anillo a la fuerza y la lección te la daré yo, Rosie.

Ahora soy yo la que sonríe de medio lado.

—Eso suena divertido.

Y antes de que Ford termine de poner los ojos en blanco, salgo disparada del baño y paso delante de él.

Cruzo la puerta de entrada a toda velocidad, con las risas de mi hermano y de Cora de fondo, mientras Ford intenta reaccionar. En cuanto salgo, echo a correr. La hierba me hace cosquillas en los pies y aprovecho la pendiente hacia el lago.

Hacia mi embarcadero.

Oigo la respiración de Ford detrás de mí. Su risa jadeante me persigue.

Las tablas del embarcadero crujen bajo mis pasos y me lanzo hacia el extremo final.

Él me sigue.

—¡Estás invadiendo propiedad privada, Junior! —le grito por encima del hombro, con una risa medio histérica que me estalla en

el pecho.

Justo cuando estoy a punto de llegar al final del embarcadero, me agarra por la cintura y me atrae hacia él.

—Venga, intenta librarte de mí, te reto. De todos modos, ya estoy haciendo que todo lo que tengo sea tuyo. Incluso voy a cambiarle el nombre a la compañía.

Frunzo el ceño.

—Quería ponerle el nombre del pueblo del que he acabado enamorándome. Pero…

—Pero Rose Hill Records es un poco soso.

Ford pone los ojos en blanco.

—Sí, ya me lo dejaste claro.

—Entonces, ¿cómo la vas a llamar?

Traga saliva y me observa muy serio. Aprieta los labios, dejando asomar la punta de la lengua. Se nota que está nervioso. ¿En serio cree que podría decirle que no?

—Wild Rose Records. Por la chica de la que siempre he estado enamorado. Pero, como eres mi socia, necesito tu opinión.

Parpadeo. El corazón me late más fuerte. Joder, qué romántico. Nunca le hizo gracia que lo viera como mi jefe, ni por principios ni por lo que siente por mí. Cada vez que sale el tema se le nota incómodo, sobre todo cuando se habla de por qué tuve que buscar un nuevo empleo.

Mueve los pies, esperando mi respuesta.

—Sé que no es Rosie ni Rosalie. Pero Wild Rosie Records suena…

—Un poco ridículo —termino por él, mientras sorbo por la nariz y deslizo las manos por su amplio pecho—. Me encanta. De verdad. Pero no pienso darte la mitad de mi embarcadero. Ni hablar.

Ford me mira negando con la cabeza, con los ojos verdes brillando.

—Rosie, cállate y cásate conmigo —gruñe, con un toque de desesperación en la voz.

Entonces me coge la mano y me coloca el anillo sin más.

Es tan nosotros.

Me reiría si no estuviera tan fascinada por el brillo que desprende el anillo cuando muevo los dedos.

—Sí. Sí. Absolutamente sí. Quiero casarme contigo. Muchísimo.

Suelta una carcajada de alivio.

—Menos mal.

Y entonces me aferro al algodón suave de su camiseta y acerco su boca a la mía. Y, cuando me besa, siento como si pudiera volar.

Pero no vuelo.

Porque lo abrazo con fuerza… y lo arrastro conmigo al agua.



Querido diario:

Esta noche he quedado con unas amigas y hemos ido a casa de los padres de Ford porque estaban fuera, así que teníamos todo ese casoplón para nosotras. Estoy segura de que la mitad de ellas solo ha ido porque están coladas por West.

El caso es que Tarah se ha llevado una güija. Yo estaba convencida de que eso era una chorrada (está claro que los fantasmas no existen), pero hemos empezado a jugar las cinco y te juro que el puntero se ha movido. Ford, cómo no, ha entrado justo en ese momento y nos ha pillado.

Como comprenderás, eso le daba la excusa perfecta para reírse de mí.

Así que, en un intento por neutralizar sus maquiavélicos planes, lo he invitado a unirse a nosotras.

Cuando ha aceptado, Tarah se ha emocionado demasiado y se ha apartado enseguida para hacerle sitio, sonriéndole como una idiota.

Así que he terminado de rodillas frente a Ford y su dichosa sonrisita condescendiente, mientras ella lo miraba embobada.

Como si Ford fuera a fijarse en una chica a la que le gusta la güija.

¿Qué será lo *próximo?* ¿Que esa zorra le lea *los posos del* té, *la palma de la mano o las venas del escroto?*

Por supuesto que no me ha pasado desapercibido cómo le ha estado tocando la mano durante la sesión.

En ese momento he deseado con todas mis fuerzas que pudiéramos invocar a un espíritu de verdad. Uno que le rompiera los dedos a esa tía de mi parte.

Bueno, da igual. Hemos preguntado si alguno de nosotros iba a morir joven (si fuera peor persona, habría deseado que fuera Tarah), y el puntero se ha movido lentamente hasta el «SÍ».

Todo se habría quedado en una tontería si no fuera porque, justo en ese instante, se han apagado las luces y me he cagado de miedo. Luego me he hecho la chula, como si no hubiera pasado nada, pero me he acojonado de verdad, aunque nunca lo admitiré fuera de estas páginas.

No creo haber gritado tan fuerte en toda mi vida, pero es que nos hemos quedado a oscuras tan de repente… Me he girado para salir pitando, pero Ford estaba justo a mi lado. Ha debido de pisar la tabla y abrirse paso entre el caos de chicas gritando para llegar hasta mí.

Entonces me ha cogido y yo me he abrazado a él como si me fuera la vida en ello.

Ya no está tan flacucho como antes. No sé cuándo ha pasado, pero ahora tiene músculos en los brazos. Y huele bien.

Bueno, vale, huele genial.

Sé que debería estar enfadada, porque estoy segura de que West ha cortado la luz para gastarnos una broma, pero…, no sé, por absurdo que parezca, casi me alegro de que lo haya hecho.

Ford me ha abrazado hasta que ha vuelto la luz y me ha susurrado un «Te tengo» contra mi pelo, y me lo he creído.

De hecho, me he sentido a salvo entre sus brazos. Otra cosa que tampoco reconoceré nunca.

Me ha dado mucha pena cuando la luz ha vuelto.

AGRADECIMIENTOS

Ha sido un auténtico placer escribir *Wild Love: Amor salvaje.* Creo que nunca me he enamorado tanto de una pareja como lo he hecho de Ford y Rosie. Ese tira y afloja que se traen, el anhelo, la precisión con la que saben sacarse de quicio…, eso sí que es amor del bueno.

Al igual que sucede con los niños, los libros necesitan del apoyo y la interacción de toda una tribu para crecer y llegar a manos de los lectores. Y yo tengo la suerte de contar con una de las mejores tribus que se pueden desear. Por eso quiero dar las gracias a todas las personas que me ayudaron a convertir estas palabras en papel y en lo que, para mí, es mi libro favorito hasta la fecha.

Primero, a mi marido. La fuente constante en la que me inspiro para crear a mis protagonistas masculinos y mi mayor animador. No puedo imaginarme la vida sin ti.

A mi hijo, mi rayo de sol. Ese niño feliz que consigue que hasta los peores días parezcan mejores. Te quiero hasta la luna y de vuelta.

A mi asistente, Krista. Llevamos dos años trabajando juntas y sé que nos quedan muchos más por delante. Gracias por ayudarme a organizarme y a mantenerme cuerda.

A mi amiga, Catherine Cowles, con la que escribo casi a diario. Nunca dejaré de dar las gracias al universo por haberte puesto en mi camino. No tengo hermanas, pero tú eres como una para mí.

A mis chicas, Lena Hendrix y Kandi Steiner, mi equipo de animadoras, mi refugio, dos de las mujeres con más talento que conozco y con un corazón enorme. Sin vosotras, este trabajo sería infinitamente más solitario. Os quiero muchísimo.

A mi editora, Paula Dawn. Este es nuestro décimo libro juntas. No creo que pudiera escribir uno sin ti y sin esa mente brillante que tienes. No te puedes jubilar hasta que yo te lo diga. Gracias por todas tus notas en los márgenes.

A mi lectora beta/correctora, Leticia Texeira, y a mi lectora beta Júlia. El tiempo que habéis dedicado a este libro me ha ayudado a convertirlo en lo que es. Vuestros audios, sugerencias y ánimos

constantes lo han sido todo. Que sepáis que no vais a poder libraros de mí.

Aimee Ashcraft, que ha hecho la mejor edición de contenido que he tenido el placer de revisar. Tus comentarios han sido valiosísimos. No me cabe duda de que este libro no sería lo mismo sin ti. Gracias de corazón.

A mi agente, Kimberly Brower. La mujer, el mito, la leyenda… Jajaja. Es broma… ¿O no? En serio, es un honor trabajar contigo. La entrega que le pones a todo es increíble. Me siento muy afortunada de tenerte a mi lado. Eso sí, jamás me invites a tomar el té.

A mi editora, Christa Désir, y a todo el equipo de Bloom Books. Habéis puesto el alma en este libro y os estaré eternamente agradecida. Gracias de verdad por apostar por mí. Aún tengo que pellizcarme cada vez que veo mis libros en las librerías.

A mi editora, Rebekah West, y a todo el equipo de Piatkus y Hachette. Gracias por confiar en mí y por hacer que mis libros lleguen a tantos rincones del mundo. Verlos en manos de lectores de tantos países me llena de una emoción indescriptible.

Con todo mi cariño,
Elsie

ROSE HILL: LIBRO 2

WILD EYES

MIRADA SALVAJE

ELSIE SILVER

UNO
West

Hace un día radiante, el lago reluce y en el arcén hay otra turista haciendo el idiota, intentando sacarse un selfi con un oso.

Y no cualquier oso. Un *grizzly.*

—No me lo puedo creer —murmuro mientras piso el freno de mi camioneta y niego con la cabeza. No distingo bien a la mujer, pero veo que lleva unos vaqueros ceñidos, un top corto y una cascada de brillantes ondas color bronce que le cae por la espalda.

Mientras el oso rebusca comida en la zanja que hay detrás de ella, la mujer levanta la mano y gesticula con entusiasmo ante el móvil que sostiene en alto.

Me detengo delante de su Tesla. Porque, claro, conduce un Tesla. Está a unos diez metros del coche, como si se hubiera ido acercando poco a poco al animal.

Cuando por fin paro del todo, me quedo mirándola un segundo, completamente atónito. En verano, en Rose Hill, estas muestras de estupidez urbanita son de lo más habitual, pero nunca dejan de sorprenderme. Es como si la lista de deseos de esta gente pasara de «ver un oso» a «morir devorado por un oso» en un abrir y cerrar de ojos.

Pulso el botón para bajar la ventanilla despacio porque no quiero asustar al animal y, además, tampoco me apetece mucho bajarme de la camioneta. Me gusta seguir con vida, y mis días de tentar a la suerte quedaron atrás…, más o menos.

Así que, con la voz más calmada que puedo, digo:

—Eh, oye.

Ella ni se inmuta, sigue hablando a la cámara, grabándose como si nada.

—Estaba conduciendo tan tranquila por esta carretera preciosa cuando… ¡Zas! Me encuentro al oso más espectacular del planeta en esta zanja, detrás de mí.

—¡Eh! —me inclino sobre la puerta y agito el brazo para llamar su atención, esperando que mi voz colándose en su grabación la haga reaccionar.

Y funciona. Se gira hacia mí con el ceño fruncido, los ojos echando chispas y una cara que reconocería en cualquier parte.

Una cara que medio mundo reconocería en cualquier parte.

Sí, la mujer que me está fulminando con la mirada por haber interrumpido su vídeo es la mismísima Skylar Stone, la famosísima estrella del *country.* Me quedo paralizado un instante, sin palabras. Me imagino qué la ha traído al pueblo, pero no es momento para charlas. No quiero ser el tío que se quedó quieto mientras un *grizzly* se merendaba a una cantante de fama mundial a la que todo el mundo adora.

—¿Qué pasa? —protesta, abriendo los brazos, como si no estuviera plantada de espaldas a un depredador imprevisible—. Ahora voy a tener que grabar el vídeo otra vez para mis redes.

—Eso de ahí es un puto oso *grizzly.* Tienes que volver al coche —le espeto en voz baja, señalando con el pulgar hacia el Tesla.

Ella niega con la cabeza sin dejar de mirarme con furia.

—¿Sabes de qué estoy hasta las narices?

—¿De vivir? —siseo, dejando que el instinto tome el control y me haga bajar de la camioneta. Aunque me encantaría dar un portazo, la dejo abierta para no hacer ruido—. Porque ahora mismo eso es lo que parece.

Ella resopla.

—No. Estoy hasta las narices de que la gente me diga lo que tengo que hacer.

Su mirada incisiva recorre mis vaqueros negros desgastados, las botas Blundstone llenas de arañazos, y vuelve a subir hasta mi camiseta blanca. Se fija un instante en el agujero junto al cuello y arruga un poco la nariz, como si acabara de encontrar la prueba definitiva de que no soy quién para darle consejos.

Me acerco con cuidado y estiro el cuello para mirar por la pendiente, donde asoma la inconfundible joroba marrón del *grizzly* entre los arbustos. Oigo sus gruñidos profundos y satisfechos mientras come, seguramente arrancando bayas de algún arbusto

como aperitivo antes de subir y arrancarnos los brazos como plato principal.

—Te entiendo, de verdad. Pero no creo que este sea el momento de ponerse cabezota ni de jugarse el pellejo por ello. En sentido figurado y literal. Si salimos vivos de esta, te prometo que te llevo a un zoo y te grabo yo mismo un vídeo para tus redes. Soy de los que detestan las redes sociales, pero siempre cumplo mis promesas.

Sigue la dirección de mi mirada y luego levanta la barbilla para encararme. Frunce los labios carnosos con forma de corazón y me mira con los ojos color avellana entrecerrados, como dos misiles listos para salir disparados. Luego cruza los brazos bronceados, ocultando el móvil.

Pura insolencia.

Me recuerda a mi hija de seis años, Emmy. Sobre todo cuando da un pisotón. La diferencia es que a Emmy ya la habría cargado bajo el brazo y habría salido pitando de aquí hace un rato.

—Está comiendo. Ni siquiera sabe que estoy aquí. Y nunca he visto un oso de cerca —añade al final, con un tono casi quejumbroso, como si yo fuera el aguafiestas que le está fastidiando la diversión.

Me quedo mirándola boquiabierto. Lleva unos pendientes de diamantes del tamaño de arándanos maduros. Tan grandes que, si fuera otra persona, pensaría que son de imitación.

—Mira, te entiendo, en serio. En la ciudad no hay osos. Es toda una experiencia. Pero eso de ahí —señalo al animal— no es Winnie the Pooh.

Su expresión se tensa mientras mira de reojo la zanja con añoranza, como si supiera que tengo razón, pero deseara con todas sus fuerzas que no fuera así.

Sigo hablando, porque la referencia infantil parece haber surtido efecto.

—Ígor no está atrapado en un pozo y Piglet no ha ido a buscarle miel. Así que imagínate que ahora mismo soy Búho, intentando darte un consejo sensato.

—Pero… hay crías —dice, enfatizando la última palabra, como si eso hiciera todo más adorable y justificara su comportamiento

absurdo.

Cualquiera que sepa algo sobre osos sabe que eso lo empeora todo. Me acerco un poco más a la zanja, como si necesitara verlo con mis propios ojos para confirmar lo jodida que está la cosa. Estiro el cuello y, efectivamente…, ahí están. Dos crías.

—Por favor —murmuro, suavizando el tono, con la voz cargada de súplica. Extiendo un brazo y muevo los dedos hacia mí varias veces, invitándola a avanzar en mi dirección, igual que haría con un caballo asustadizo. Como domador, he tratado con muchos así: se hacen los duros, hasta que dejan de serlo.

Debe de captar la urgencia en mi voz, porque baja los hombros y traga saliva, mientras me mira a los ojos, sopesando si puede fiarse de mí.

Por fin asiente y da un paso vacilante, alejándose de la zanja. En cuanto la veo acercarse a mí, suelto un suspiro de puro alivio que me deja el pecho sin aire.

Pero el alivio dura poco, porque, en cuanto se mueve, el oso la sigue, como si estuviera unido a ella por una correa invisible.

No puedo culparlo.

Tiene un magnetismo especial, algo que te atrapa y hace que te resulte imposible apartar la mirada. Se nota cuando aparece en pantalla y cuando suena en la radio, y en persona es aún más evidente.

—Muy bien, muñeca.

—No me llames muñe…

—No hables —le ordeno, intentando mantener la voz lo más calmada posible. Miro por encima de su hombro al oso enorme que emerge de la zanja, con unas garras de diez centímetros que golpean el asfalto con un chasquido que deja a Skylar petrificada—. Camina despacio hacia mí. No corras. No mires atrás. Mantén la calma.

Parpadea varias veces, muy deprisa. Veo en su mirada que le encantaría mandarme a la mierda, pero su instinto de supervivencia pesa más que su orgullo, porque me hace caso.

El oso resopla con fuerza, y Skylar da un traspié, con los ojos muy abiertos clavados en los míos como si le fuera la vida en ello. Asiento

y vuelvo a indicarle que avance con la mano, consciente de que ahora mismo lo único que puedo hacer por ella es conseguir que se acerque lo suficiente para meterla en la camioneta.

Sigue avanzando, aunque sus pasos se vuelven un poco más rápidos y respira de forma entrecortada. Empiezo a retroceder hacia mi camioneta, esperando que me siga.

—Buena chica. Lo estás haciendo muy bien.

En cualquier otro momento me reiría de mí mismo por hablarle a una mujer como si fuera un caballo, pero en este momento tengo el cuerpo entero en alerta, listo para reaccionar si hace falta.

Ella asiente. Entonces mira hacia atrás un instante y suelta un chillido ahogado, como si acabara de darse cuenta del tamaño descomunal del oso que la sigue.

Ese sonido no era el más sensato, porque, en cuanto el *grizzly* lo oye, su interés se dispara. Se detiene y se alza sobre las patas traseras.

Lo que sale de su garganta suena casi como un ladrido; luego olfatea el aire y ladea la cabeza con curiosidad.

Curiosidad, no agresividad.

De momento.

—Ay, Dios… Ay, Dios… Ay, Dios —susurra ella con voz quebrada, a punto de llorar.

Aún con la mano extendida, reúno toda la serenidad que me queda.

—Pase lo que pase, no se te ocurra co…

Antes de que pueda decir «correr», sale disparada hacia mí. Y yo, en contra de lo que haría cualquier persona con un mínimo de sentido común, actúo sin pensarlo.

Corro directo hacia ella.

Y hacia el oso.

El animal, que ahora araña el asfalto como si estuviera a punto de embestir, da un par de saltos potentes antes de retroceder.

Cambio a modo defensivo y hago lo único que se me ocurre. Voy hacia Skylar, la agarro del bíceps y le rodeo la cabeza con un brazo antes de lanzarnos al suelo. Mi cuerpo, mucho más grande que el suyo, la cubre como un escudo.

Ella se revuelve debajo de mí.

—¿Qué estás ha…?

Le tapo la boca con la mano, me apoyo en el otro brazo y niego con la cabeza despacio.

—Para. Por favor, para. Quédate quieta y callada. Con un poco de suerte, el oso se irá.

Asiente levemente, lo justo para que retire la mano y le cubra la cabeza con los antebrazos.

Vuelve a mirarme con los ojos dorados llenos de pánico. Mientras respira nerviosa en el poco espacio que nos separa, percibo algo dulce en su aliento. Mandarina y azúcar.

—¿Crees que podremos llegar a tu camioneta?

Apenas la oigo por el latido ensordecedor de mi corazón en los oídos.

—No, no estamos lo bastante cerca y no tenemos ninguna probabilidad de ser más rápidos que un *grizzly.*

—Vale. —Se humedece los labios, aterrada, y veo cómo una lágrima le resbala por la sien y se le desliza hacia la oreja. Sigo el rastro húmedo antes de volver a mirarla a los ojos, intentando transmitirle una calma que no siento.

Mientras nos miramos, se le escapan más lágrimas.

—Lo siento —susurra y su sollozo me golpea como un puñetazo en el pecho.

Oigo al oso resoplar a un par de metros. Tengo la sensación de que el suelo tiembla cada vez que se mueve. Más abajo, en la zanja, suenan pasos más ligeros. Supongo que son las crías.

Le acaricio la coronilla con el pulgar, dibujando círculos lentos.

—Tranquila. No pasa nada. Vamos a quedarnos quietos y en silencio un rato más y luego todo va a salir bien —le susurro, aunque también me lo estoy diciendo a mí mismo.

Ella parpadea en señal de entendimiento y yo le devuelvo el gesto. Luego me distraigo contando los remolinos de color en sus iris: marrón, dorado, verde y un gris delicado. Al menos cuatro tonos entrelazados.

Unos ojos que, incluso empañados por las lágrimas, resplandecen.

No recuerdo haberme quedado tan atrapado en la mirada de una desconocida.

—Dime otra vez que todo va a salir bien —me pide en un murmullo que se pierde en el silencio de su exhalación. A pesar de lo cerca que estamos, apenas logro escucharla.

Cuando inclino la cara sobre la suya, las puntas de nuestras narices se rozan. Deslizo los labios por su mejilla, articulando un «todo va a salir bien» en silencio.

He hecho muchas locuras en mi vida. Sinceramente, todavía me pregunto cómo logré salir vivo de algunas de ellas. Pero en esos momentos siempre estaba solo. Ahora, sin embargo, estar así de cerca de otra persona, sabiendo que podría ser lo último que vea, hace que todo a nuestro alrededor se detenga.

O quizá es la edad, que me está ablandando más de la cuenta.

De pronto, noto el aliento caliente y húmedo del *grizzly* olfateándome la nuca. Y por extraño que parezca, una calma rara me envuelve. Estoy más tranquilo de lo que debería. Como si mi cuerpo entendiera que ceder a la ansiedad no serviría de nada.

Porque, aunque he visto muchos osos en Rose Hill, nunca había tenido a uno respirándome en la nuca. Y, la verdad, es una experiencia que me habría ahorrado encantado.

Pero no puedo dejarme llevar por la angustia. Tengo que conservar la compostura por Skylar. Así que mantengo la mirada fija en la suya y le suplico en silencio que se quede quieta y conmigo, aunque esté tan fuera de su elemento que parezca venida de otra galaxia.

Entreabre los labios y su respiración se vuelve rápida y frenética. Luego cierra los ojos con fuerza. Puedo oler al oso; seguro que ella también.

Sudor, almizcle y zapatillas viejas. Es abrumador. Una combinación que no voy a olvidar jamás.

El sol cae a plomo sobre mi espalda, y el calor del cuerpo del oso, tan cerca, hace que todo resulte asfixiante. Apoyo la frente en la suya e intento que respire al mismo ritmo que yo.

Tres segundos para coger aire.

Tres segundos para soltarlo.

Poco a poco, el calor se vuelve más soportable. El golpeteo de las garras ya no suena tan fuerte y el olor deja de ser tan abrumador. La zanja se queda en silencio, así que supongo que las crías se han ido con su madre.

Skylar se mueve un poco y me mira tras esas pestañas tupidas.

—¿Has visto a las crías? Son tan monas…

Froto la frente contra la suya para contener la risa, preguntándome cómo coño me las apaño siempre para terminar rodeado de mujeres incapaces de seguir la instrucción más simple, incluso cuando su vida depende de ello.

—Será mejor que nos quedemos callados un rato más —me limito a decir.

No sé cuánto tiempo llevamos tumbados en el asfalto, respirando al unísono. ¿Cinco minutos? ¿Diez? Lo suficiente para que se le hayan agarrotado los nudillos de tanto aferrarse a mi camiseta. Sigue temblando sin control, así que le paso una mano por el pelo para calmarla.

Evidentemente, sé que el oso ya se ha ido, pero sigo teniendo la sensación de que, si miro hacia arriba, me lo voy a encontrar cara a cara.

Así que me quedo donde estoy, acariciándole la cabeza e intentando recomponerme antes de levantarme.

Y, para romper un poco la tensión del momento, suelto lo primero que se me ocurre:

—Leí hace poco un artículo que decía que un seis por ciento de los americanos cree que podría vencer a un *grizzly* en una pelea cuerpo a cuerpo.

—¿Cómo? —pregunta en un susurro entrecortado, con una expresión de pura incredulidad.

—Ya ves. ¿A que cuesta creerlo?

Me mira como si dudara de que esté hablando en serio.

—¿Cuerpo a cuerpo?

Asiento antes de echar un vistazo por encima de su cabeza.

Ni rastro del oso.

Me incorporo hasta quedar de rodillas y miro hacia atrás.

Nada.

Me dejo caer sobre los talones y me paso las manos por el pelo muy corto mientras reviso todo el entorno.

Ningún oso.

Solo un cielo azul intenso y un sol cálido y dorado.

Suelto un suspiro tembloroso y, cuando miro hacia abajo, me doy cuenta de que estoy a horcajadas sobre Skylar Stone.

Me quedo mirando la curva elegante de su clavícula y el contorno de su pecho, marcado contra el escote de la camiseta. Cierro los ojos y sacudo la cabeza, pero no: sigue ahí. Debajo de mí.

Se seca las lágrimas con una mano, aunque no hace ademán de apartarse. Está tendida en la carretera, guapísima, aturdida y completamente agotada. Se muerde el labio inferior, como si estuviera pensando demasiado en algo. Y sigue agarrada a mi camiseta, con el brazo rígido y los nudillos blancos de tanto apretar la tela.

Al cabo de un rato, una risa nerviosa le sacude los hombros.

—Ese seis por ciento…, seguro que se queda corto.

Suelto otro suspiro y me uno a su risa.

—Sí, incluso descontando a los niños y a los ancianos.

Me da un golpecito en el muslo con el dedo índice.

—Y a las mujeres.

—¿Cómo?

Pone los ojos en blanco.

—Solo un tío creería que puede plantarle cara a un *grizzly* cuerpo a cuerpo.

—Y eso lo dice la mujer que hace un minuto intentaba hacerse una foto con uno.

—¡Era un vídeo!

Me pongo de pie con las piernas temblorosas, le tiendo la mano para ayudarla a levantarse y digo con una sonrisa:

—Ajá. Para tus redes sociales. Muchísimo más lógico, sí.

Mira mi mano, pero cualquier rastro de humor ha desaparecido. La tensión sigue ahí, y ahora, encima, está molesta.

—No me juzgues. Ni siquiera sabes lo que estaba haciendo.

—Muy bien, ilumíname, ¿qué estabas haciendo?

Alza la barbilla.

—Creando contenido con el que la gente pueda identificarse.

—Sí, claro, habría que comprobar a cuánta gente le ha perseguido un *grizzly* en su vida para sentirse identificada.

Se queda callada un segundo, sorprendida por mi comentario, y luego masculla:

—No me conoces lo suficiente para vacilarme.

Suelta un gruñido de frustración y me golpea la palma de la mano con la suya de forma brusca.

La levanto de un tirón. Pesa menos de lo que imaginaba y la he impulsado con demasiada fuerza, haciendo que se tambalee un poco.

Apoya la mano libre en mi pecho para recuperar el equilibrio, con los dedos demasiado cerca del agujero de mi camiseta. Se queda mirándolo un instante y se aparta de golpe, como si le hubiera dado un calambre.

Puede que no la conozca, pero sí sé que últimamente ha sido noticia por bloquearse y quedarse muda delante de las cámaras.

Hoy, en cambio, las palabras le salen sin esfuerzo.

—Todo iba genial hasta que apareciste tú, comportándote como una mezcla de Cocodrilo Dundee y… y… —me señala de arriba abajo, buscando el símil adecuado— Superman o algo así.

Me froto la barbilla.

—Es por culpa de la mandíbula marcada, ¿verdad?

—No. Es por ese odioso complejo de héroe.

Resoplo y me cruzo de brazos, mirándola con diversión. Siempre he creído que era la típica muñequita sureña: todo risitas, muchos «cielo santo», cero palabrotas y nada de pullas sarcásticas.

Me equivocaba. No es para nada así.

—Y —añade, volviendo a señalarme— esa actitud de sabelotodo.

Ahora sí sonrío de oreja a oreja.

—Los dos sabemos que te he salvado el culo. Solo dame las gracias y listo.

Niega con la cabeza mientras se agacha a recoger el móvil.

—Lo iba a hacer. Pero ahora que me lo estás exigiendo, va a parecer que te las estoy dando por obligación y sonaría un poco falso. Y estoy harta de que todo el mundo actúe como si les debiera

algo. —Se sacude los vaqueros, irritada, intentando quitarse la tierra y el polvo sin mucho éxito—. Skylar, haz esto. Skylar, haz lo otro. Skylar, sonríe y saluda. Skylar, da las gracias…

Se detiene con un suspiro agotado y me mira.

—¿Sabes qué? Lo siento. Estoy teniendo un mes horrible. No te mereces esta mierda. Ya te he hecho pasar bastante hoy. Gracias por estar dispuesto a morir por mí. Es una experiencia nueva e inesperada de la que tendré que hablar con mi terapeuta más adelante.

Enarco una ceja ante su confesión. Sigue temblando, así que intento alargar la conversación para darle tiempo a que se recomponga.

—¿Un mes horrible?

Fuerza un atisbo de sonrisa que desaparece en cuanto golpea una piedra con la sandalia.

—En realidad…, un año horrible.

—He tenido años así —respondo, observándola con atención. No puedo evitar preguntarme qué ha hecho que una mujer que parece tan fuerte no sea capaz de sostenerme la mirada.

Cambia de tema con un entusiasmo claramente fingido.

—Bueno, estoy buscando Wild Rose Records. Es un estudio de grabación nuevo, pequeño y muy cuidado. Quizá conozcas al dueño. Ford Grant. Me he desviado por la ruta más bonita y he acabado perdiéndome. Estas carreteras no están señalizadas y no hay cobertura, y pensé que me vendría bien conducir sin rumbo, ya sabes, recordarme que sigo viva.

Me río por lo bajo mientras regreso a la camioneta. Cuando agarro la puerta abierta, la miro por encima del hombro. Está preciosa, confundida y totalmente desolada.

Y su arrebato no me ha molestado en absoluto. Al contrario, me gusta que haya recuperado el carácter después del susto.

—No hay nada como una experiencia cercana a la muerte para recordarnos que seguimos vivos, ¿eh? —Me subo a la camioneta—. Venga, sígueme y te llevo con Ford Grant.

Skylar se acerca hacia mí con cara de sorpresa.

—¿Lo conoces?

Enciendo el motor justo cuando llega a la ventanilla bajada.

—Podría decirse que sí.

Frunce el ceño y se coloca el pelo detrás de las orejas, nerviosa. Es la primera vez que parece derrotada.

—Lo siento. Es que estoy abrumada por… por todo. Joder, casi me muero del susto y no sé cómo darte las gracias. No recuerdo que nadie haya estado dispuesto a arriesgar su vida así por mí.

Lo dice con tanta naturalidad que me deja helado.

«Qué pena», pienso al instante. Es muy triste llegar a adulta sin haber conocido nunca ese tipo de lealtad. Ser tan adorada como Skylar Stone y, aun así, no sentirse querida por dentro.

Cuando me mira desde debajo de esas pestañas espesas, le guiño un ojo para tranquilizarla.

—Puedes darme las gracias dejando de disculparte. Luego te subes al coche y me sigues.

Asiente, mordiéndose ese labio inferior carnoso que volvería loco a cualquiera.

—Ni siquiera sé cómo te llamas.

—Weston Belmont. El Superman-Cocodrilo Dundee de Rose Hill a tu servicio —respondo con un saludo exagerado.

Pone los ojos en blanco, aunque curva ligeramente los labios en lo que, sin duda, parece una sonrisa. Golpeo con la mano en el lateral de la camioneta y empiezo a avanzar.

Me alegro de haberle salvado la vida, pero por mucho que me tiente la idea de quedarme hablando un rato más con ella, aún tengo cuatro caballos que entrenar hoy, una granja que nunca me da tregua y dos niños pequeños que necesitan a su padre. Sí, toca seguir con el día.

—¡Espera! ¿No quieres saber cómo me llamo? —grita mientras me alejo despacio para darle tiempo a subirse al Tesla y seguirme.

Sé perfectamente cómo se llama. Llevo años siendo fan de Skylar Stone en secreto. Pero no quiero incomodarla, así que no digo nada. Además, tendremos muchas más oportunidades para hablar.

Porque si su destino es Wild Rose Records…, estamos a punto de ser vecinos.

Título original: *Wild Love*

Edición en formato digital: mayo de 2026

Mapa de Laura Boren/Sourcebooks
Ilustración de interiores: Graphicswizard/123RF

Copyright © 2024. WILD LOVE by Elsie Silver
© de la traducción: Eva Pérez Muñoz, 2026
© Contraluz (GRUPO ANAYA, S. A.), 2026
Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.contraluzeditorial.es

ISBN ebook: 979-13-87810-66-5

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Índice

Uno. Ford
Dos. Rosie
Tres. Ford
Cuatro. Rosie
Cinco. Ford
Seis. Ford
Siete. Rosie
Ocho. Rosie
Nueve. Ford
Diez. Rosie
Once. Ford
Doce. Rosie
Trece. Ford
Catorce. Ford
Quince. Ford
Dieciséis. Rosie
Diecisiete. Ford
Dieciocho. Ford
Diecinueve. Rosie
Veinte. Rosie
Veintiuno. Ford
Veintidós. Ford
Veintitrés. Rosie
Veinticuatro. Ford
Veinticinco. Rosie
VEINTISÉIS. Ford
Veintisiete. Rosie
Veintiocho. Ford
Veintinueve. Rosie
Treinta. Ford

Treinta y uno. Rosie
Treinta y dos. Ford
Treinta y tres. Rosie
Treinta y cuatro. Rosie
Treinta y cinco. Rosie
Treinta y seis. Ford
Treinta y siete. Ford
Treinta y ocho. Rosie
Treinta y nueve. Ford
Cuarenta. Rosie
Cuarenta y uno. Ford
Cuarenta y dos. Ford
Cuarenta y tres. Rosie
Cuarenta y cuatro. Ford
EPÍLOGO. Rosie
Agradecimientos

ROSE HILL: LIBRO 2. Wild Eyes. Mirada salvaje

Uno. West

Créditos